

GUILLERMO GARCÍA UZQUIANO Y ARITZ GABILONDO

Prólogos de Maldini y Alfredo Relaño

Epílogo de **Vicente del Bosque**

SUEÑOS DE GOL

El origen de las estrellas



Cristiano Ronaldo Messi Bale
Ibrahimovic Luis Suárez Falcao
Diego Costa Neymar Rooney
Balotelli Vidal Özil Eto'o Ribéry

AGUILAR

GUILLERMO GARCÍA UZQUIANO Y ARITZ GABILONDO

Epílogo de **Vicente del Bosque**

SUEÑOS DE GOL

El origen de las estrellas

AGUILAR

Prólogo de Maldini

Simplemente fútbol

Algunos viajes para Fiebre Maldini me han llevado a distintos puntos del globo, igual que Guille Uzquiano y Aritz Gabilondo. Compañeros, amigos y autores de este libro que van a disfrutar. Les aseguro que a los tres nos une la pasión por el fútbol y este libro destila eso. Pasión por el único deporte verdaderamente universal, y por los que lo hacen posible. Héroes, ídolos, emblemas, estandartes. Y también personas de carne y hueso, como todos nosotros, como el resto de los mortales. En cierto modo este libro también les humaniza. Historias personales, problemas comunes. Cómo Cristiano Ronaldo pudo superar la muerte de su padre. Cómo creció Ibrahimovic(1) en uno de los barrios marginales de Malmoe, los problemas de racismo que tuvo que sufrir Balotelli en su barrio de Brescia, en el colegio. Cruels niños, muchos de ellos hoy se echarán las manos a la cabeza al verle hacer goles. Más bien todos. Las inquietudes de Falcao, el desarrollo de Bale, los problemas de crecimiento de Messi, el más grande de todos y también el más pequeño. El fútbol tiene esas cosas indescifrables que le vuelven mágico. Se sorprenderán con muchas cosas, habrá momentos críticos y divertidos y seguro que todos estos fenómenos tienen algo en lo que identificarse con ellos. Uno tras otro, aunque ahora mismo no se lo imaginen. Pero ocurrirá, y mientras se aguantan las lágrimas o sacan la sonrisa a pasear Guillermo Uzquiano y Aritz Gabilondo les van a acercar a los más grandes.

Eduardo Sacheri es argentino, autor de la novela *El secreto de sus ojos*, llevada al cine en una de las películas más brillantes de los últimos tiempos. Con una conexión futbolera gloriosa. Su frase «*hay quienes sostienen que el fútbol no tiene nada que ver con la vida del hombre, con sus cosas más esenciales. Desconozco cuánto sabe esa gente de la vida. Pero de algo estoy seguro: no saben nada de fútbol*» es antológica y representa la esencia de este libro. El fútbol se nutre de ídolos, y ellos tienen una parte esencial que nos iguala a todos. De eso se trata. «*Cómo vas a saber lo que es la vida, si jamás jugaste al fútbol*» dijo Gonzalo Grassi o «*Algunos piensan que el fútbol es un asunto de vida o muerte. Pero es algo más importante que todo eso*» dejó para siempre Bill Shankly. Simplemente fútbol.

Termino como empecé, con los viajes para Fiebre Maldini. Un banderín del Real Madrid nos permitió saltarnos una interminable cola de coches en la frontera entre Ucrania y Polonia en la última Eurocopa. El policía aceptó el regalo sonriente. Otro día aterricé en Malabo, en Guinea Ecuatorial. Lo primero que me sorprendió, el enjambre de niños con camisetas del Barcelona y del Real Madrid. Muchos de ellos no saben exactamente dónde está España, pero conocen nuestro fútbol. Y a sus estrellas. Como las

que se despliegan en estas páginas. Enhorabuena a Guille y a Aritz y a disfrutar.

Prólogo de Alfredo Relaño

«¡Ustedes sí que son fuertes!»

Ocurrió en el Torneo Esperanzas de Toulon, un campeonato sub-20 de prestigio, en la edición de 1975. Menotti, que andaba a la búsqueda de nuevos valores para armar la selección con la que acabaría ganando la Copa del Mundo de 1978, inscribió a Argentina.

Antes de jugar vieron el partido de Alemania; no recuerdo bien el rival. Los veinte muchachos de Menotti miraban impresionados el poderío físico de aquellos muchachotes rubios, altos, fuertes, que ganaban todos los choques, que desplazaban el balón a grandes distancias con tremenda facilidad. Miraban aquello sobrecogidos, no podían evitar comparar sus físicos, su fuerza, con la de esos tremendos muchachos. Miraban como si estuvieran ante el funeral de un familiar.

Menotti lo percibió y les dijo:

—¿Qué les pasa, muchachos, que están tan serios?

Uno se animó a contestarle:

—César... ¿Vio lo fuertes que son?... Es tremendo...

—¿Fuertes? ¡Ustedes sí que son fuertes! Estos comieron solomillos desde niños, y leche alemana, y vivieron en casas con todas las comodidades, y se entrenaron en los mejores campos. Ustedes se criaron sin nada, sin agua, sin luz, sin calefacción, sin alimento. Y están aquí. ¿Ustedes creen que estos habrían llegado acá si hubieran pasado por eso? ¡Ni uno! ¡Ustedes sí que son fuertes!

Y Argentina ganó aquel torneo.

Lo traigo aquí porque me parece la mejor forma de introducir el tema del libro, la abundancia de jugadores procedentes de la dificultad; en muchos casos de la miseria. Garrincha y Maradona saltan los primeros a la mente. A Garrincha le definió Eduardo Galeano como un subproducto del hambre y la poliomielitis. Jugador genial. De las dificultades de Maradona en su infancia sabemos todos. El propio Zidane nació en Francia, pero en el peor barrio de Marsella, rodeado de peligros y delincuencia.

Ese origen nada deseable por estos y tantos otros conceptos hace muy duros a los que proceden de él. Hacen que cuando juegan tengan una necesidad de triunfo y desquite de la que carecen los que han tenido una infancia cómoda y feliz. Y su dura experiencia en la infancia hace que no les asusten los ambientes adversos ni los rivales valentones. Nada va a poder ser peor que lo que ya han pasado, no hay dificultad que no hayan superado después de criarse entre el hambre, la calle y la violencia de sus barrios.

Para el fútbol es bueno el físico bien construido y bien alimentado, y son buenas las

escuelas organizadas que enseñan a manejar el balón y dotan a los jugadores de una instrucción táctica conveniente. Pero nada de eso suplanta a la astucia a la hora de resolver situaciones imposibles, ni al carácter forjado por las terribles dificultades que viven los chicos en las desastrosas periferias de las grandes ciudades, de las que unos tratan de salir usando la droga y otros usando el balón.

Cada vez que uno de estos llega, lo celebro mucho más que cuando llega uno de los que proceden del mundo cómodo. Y algo vemos en todos ellos que resulta especial y diferente. Ese algo que hizo a los chicos de Menotti ganar en Toulon. Ese algo que llevó a la gloria a Garrincha, a Maradona, a Zidane y a tantos otros.

1

Cristiano Ronaldo

Portugal

«Lágrimas en Funchal»

Luiz Felipe Scolari también había perdido joven a su padre. Quizás por eso quiso ser él quien le comunicase la noticia. Era el seleccionador de Portugal desde hacía casi dos años. Había vencido sus reticencias iniciales y había cedido hacía ya tiempo a la presión popular que le instaba a convocar a aquel velocísimo extremo que despuntaba en el Sporting de Lisboa. Juntos habían sido finalistas de la Eurocopa 2004 como anfitriones y estaban ahora buscando el billete para el Mundial de Alemania. Era la noche del 6 de septiembre de 2005 y se encontraban concentrados en un hotel de Moscú para disputar un encuentro vital ante Rusia cuando llegó la terrible noticia: el padre de Cristiano Ronaldo había fallecido víctima del alcoholismo.

Un par de meses antes, Dinis Aveiro había sido ingresado de urgencia en un hospital de Funchal con graves problemas renales. Ronaldo había insistido en trasladarle a una clínica especializada en Londres para que le realizaran un trasplante de hígado y pudiera salvar la vida. Llevaba hospitalizado algunas semanas. Era quizás una noticia esperada, pero no tan pronto.

Scolari convocó en su habitación primero a Figo, el capitán, y luego hizo llamar a Cristiano. Como reconoció después, fue su trance más duro como seleccionador portugués, pero asimismo «en aquel momento comprendí que Ronaldo era un futbolista especial». Los dos lloraron juntos durante varios minutos. Tanto el seleccionador como la federación le ofrecieron todas las facilidades para que volviera de inmediato a Madeira. Pero Cristiano quiso permanecer en Moscú. «Quería demostrar que era un profesional, deseaba jugar y marcar un gol en honor a mi padre», recuerda en su autobiografía. El ambiente en las horas previas al encuentro fue muy tenso. En el vestuario reinaba un silencio sepulcral. «Mis compañeros no sabían cómo comportarse. Sentí la necesidad de animarles, de subirles la moral. Les animé a reírse, a seguir con las rutinas de siempre. Así que cogí el balón y empecé a dar toques».

No fue su mejor partido, pero habría marcado si Igor Akinféyev no hubiera realizado una de las mejores paradas de su carrera. Aun así, Portugal logró un valioso empate a cero en el campo del Lokomotiv que le ayudó a clasificarse para Alemania 2006, donde sí podría dedicarle el gol a su padre. Fue en el último penalti de la tanda de cuartos de final ante Inglaterra, que permitió a Ronaldo ser semifinalista en el primer Mundial que disputaba. «Levanté el dedo hacia el cielo y dije algo así como: “Eh, tú, ahí arriba, este es para ti”».

UN NOMBRE SINGULAR

Madeira es un archipiélago en medio del océano Atlántico a una hora en avión de la costa peninsular. Tierra de vinos y paraíso turístico. Mar y montaña, con un desnivel de casi dos mil metros. Muchas calles están en cuesta, como por ejemplo la mayoría del barrio de Santo António, uno de los más humildes de Funchal, la capital, que acoge a unos cien mil habitantes. El nivel de vida allí está lejos de los lujosos hoteles de la costa.

En la Quinta de Falcao vivían Dinis, jardinero, y Maria Dolores, cocinera, junto a sus tres hijos: Hugo, Elma y Cátia Liliana, que luego sería también conocida como Ronalda en su aventura como cantante. Al cuarto decidieron llamarle Cristiano Ronaldo. El primer nombre, por la devoción religiosa de la familia, sobre todo el de una hermana de la madre que trabajaba en un orfanato en Australia. Una fe que heredó el niño. Aún hoy, antes de cada partido besa tres veces el crucifijo que lleva en el pecho. Pero lo más curioso fue la elección del segundo nombre. «Fue en honor a Ronald Reagan, el político norteamericano. Era un nombre de autoridad y a nosotros nos gustaba ese nombre», explica la madre. Reagan fue un actor norteamericano de películas de serie B durante los años treinta y cuarenta que más tarde entró en política. Fue escalando peldaños en el seno del Partido Republicano hasta que finalmente se convirtió en el cuadragésimo presidente de Estados Unidos, cargo que ostentó entre 1981 y 1989.

Cuando acababa su jornada laboral, el padre de Cristiano ocupaba las tardes como responsable del material de un equipo de fútbol modesto, el Andorinha. La estrella de aquel equipo era Fernão Sousa, un centrocampista que no había logrado llegar al primer equipo del Nacional de Madeira y se había tenido que conformar con ser una estrella en el campeonato regional de la isla. Era el gran ídolo de José Dinis Aveiro. Un domingo de marzo de 1985, el Andorinha disputaba un partido en el campo del Ribeira Brava: «Jugábamos a treinta kilómetros de Funchal y el equipo no podía prescindir ni de Dinis ni de mí. Tuvimos que marcharnos corriendo en cuanto acabó el partido para llegar al bautizo. El padre me había pedido que fuera el padrino del chico. Fuimos todo lo rápido que pudimos, pero aun así el cura tuvo que esperar treinta minutos a que llegásemos — recuerda entre risas Fernão—. La madre y la madrina le dijeron a Dinis que me tendría que dar una buena propina».

La humilde casa donde vivía la familia Dos Santos Aveiro (en Portugal el apellido de la madre se pone primero) ya no existe. Fue derruida cuando Cristiano le compró a su madre un chalé con todas las comodidades y espléndidas vistas hacia el Atlántico. Sin embargo, los Andrade sí permanecen allí: «Era una familia humilde, una familia simpática. El padre era una buena persona. Podía tomarse unas copas de vino pero nunca engañó a nadie».

Desde muy pronto, Cristiano empezó a demostrar que su gran pasión era el fútbol. El padrino le regaló un coche teledirigido, pero él solo pensaba en el balón. En el colegio a menudo le castigaban porque cuando sonaba la campana del final del recreo no volvía a

clase, se quedaba jugando.

Su maestra le decía: «Deja un poco el balón, no es eso lo que te va a dar de comer. La escuela es lo realmente importante, la pelota no te aportará nada en la vida». Años después, cada vez que se encontraba con la madre, aquella profesora se mostraba avergonzada y repetía: «No le volveré a decir eso a ningún alumno».

Volvía de la escuela, cogía un plátano y un yogur —que se bebía haciendo un agujero en la tapa—, dejaba la mochila en la cama y se escapaba por la ventana de la habitación para irse a jugar. Los vecinos recuerdan que «en cuanto veía a chicos de su edad con un balón, siempre se iba con ellos. Cogía la pelota, empezaba a dar toques con el pie o la cabeza y podía estar una hora sin que se le cayese al suelo». A veces el balón caía en el jardín de otro vecino. El señor Agostinho amenazaba con pincharlo y se quejaba a su madre.

Jugaban en la carretera con dos piedras haciendo de porterías. Y en rampa. Cuando aparecía el autobús, había que parar y quitar las piedras para que pudiese pasar. Cuando se quedaba solo, Ronaldo iba a un frontón. «Había uno cerca de mi casa. Era un espacio de veinte metros cuadrados con paredes. Ahí podía tirarme horas, hasta que caía la noche y mi madre me llamaba. Entonces tenía que ir rápido a casa. Si no, ella era muy severa y podía castigarme sin jugar al día siguiente».

SU PRIMER EQUIPO

Tenía seis años cuando su primo Nuno le llevó a probar con el Andorinha. A pesar de que el reglamento no lo permitía hasta los ocho, empezó a jugar a nivel federado. Y recibió su primer mote: *Abelhinha* (pequeña abeja). «Era muy pequeño y muy flaco —recuerda Francisco Afonso, su primer entrenador—, pero también muy rápido. Y con la pelota era un superdotado». «Ya era especial. Su manera de jugar, su manera de fíntar, su manera de correr... Ya se notaba que era superior a los otros», dice el padrino.

Lo que más le llamó la atención a Rui Santos, el presidente del Andorinha, es que «no le gustaba perder. Se ponía de muy mal humor cuando perdía. Era un poco caprichoso». Lo confirma la madre: «Él llevaba la pelota, iba regateando jugadores, la pasaba a alguien y si su compañero la perdía, se echaba a llorar».

El Andorinha era un equipo modesto y cuando jugaba contra Machico, Marítimo o Câmara de Lobos, los grandes equipos de la isla, solía perder por goleada. Hubo un día que, para evitarlo, Cristiano no quería jugar. Con su tranquilidad habitual, el padre fue a casa y le dijo: «Solo los débiles se dan por vencidos sin intentarlo». Ronaldo volvió, jugó y perdió. Pero interiorizó el mensaje.

Enseguida los dos grandes clubes de Madeira se interesaron por llevarle a sus filas. El padre quería que fuese al Marítimo de Funchal y la madre prefería el Nacional de Madeira. Esta contaba con el apoyo del padrino, que era colaborador del club blanquinegro. La pugna tuvo un curioso desenlace.

«No había manera de que se pusiesen de acuerdo —recuerda Rui Santos—, así que

fijamos una reunión los tres: Andorinha, Marítimo y Nacional, con la presencia de los padres. El Marítimo faltó a la cita y puso fácil el fichaje de Ronaldo por el Nacional». El presidente del Andorinha también recuerda las cantidades del traspaso: «En realidad no hubo ningún pago en efectivo. Recibimos veinte balones de fútbol y dos uniformes de juego para los infantiles».

Con diez años, Cristiano Ronaldo fichó por el Nacional de Madeira y empezó a entrenar en un campo que hoy en día lleva su nombre.

António Mendonça, su primer entrenador, recuerda el primer día de entrenamientos: «Estaba un poco atemorizado, pero en cuanto la pelota echó a rodar, ya todo fue bien. Si ves a Ronaldo jugar hoy, es exactamente igual que en aquella época: mucha velocidad, un gran regate, facilidad para jugar con los dos pies y una capacidad desconcertante de encarar al adversario».

Tenía las mismas virtudes que ahora pero también los mismos defectos, como el individualismo, algo que le procuró roces con algunos compañeros: «Era capaz de atravesar el campo de un extremo a otro con la pelota controlada. No se la pasaba a nadie. Mi primera preocupación fue esa: educarlo en un colectivo que era más fuerte que el que había tenido en el Andorinha».

En aquella temporada 1995-1996, el Nacional ganó la mayoría de los partidos de la liga local por goleada. El día que se decidía el título, Cristiano estaba enfermo pero quería jugar. Los intentos de su madre por impedirlo fueron en vano. «Si me encuentro peor, le diré al entrenador que me cambie», prometió, y ante la sorpresa de todos se olvidó de la fiebre, jugó y marcó. Con once años ganó su primer trofeo. Lo ofrecieron días después en el estadio del primer equipo, donde jugaba Costinha, con el que mucho tiempo después coincidiría en la selección.

Ese verano le ascendieron de categoría. Con once años y en categoría alevín, pasó a jugar con los *iniciados* (infantiles), dos años mayores que él. «Era un chico bromista, pero luego se tomaba las cosas muy en serio. Le gustaba competir y ganar. Obsesivamente. Tenía unas cualidades técnicas muy por encima del resto», recuerda su entrenador de aquel año, Pedro Talhinhos.

Jugaba con el número 9 o con el 10. Se movía por todo el campo, a veces incluso de mediocentro. «Aunque actuara muy retrasado, marcaba goles desde fuera del área. Ya con once años tenía un gran disparo con ambas piernas. Pero seguía siendo muy individualista —recuerda Talhinhos—. Yo tenía un problema añadido: el equipo era muy flojo y él era muy bueno. Eso provocaba problemas porque el resto de chicos a veces no lograba responder a sus expectativas. Tenía dificultades en aceptar los fallos de los compañeros. Lloraba mucho. Cuando sus compañeros fallaban, no paraba de llorar».

El padre no se perdía un partido. Siempre discreto, siempre en un segundo plano. Pero muy orgulloso de su hijo. Contaba con detalle a sus amigos lo que Ronaldo hacía en cada partido. Los fines de semana iban juntos al mar. En la playa del Lido o en la de Formosa, que comprende varios pequeños islotes, Cristiano se divertía cruzando a nado desde la orilla hasta las rocas y vuelta. No se cansaba, le encantaba nadar.

En varios partidos de aquella temporada, Dinis Aveiro coincidió en las gradas con ojeadores de los tres grandes clubes del país, Benfica, Oporto y Sporting, que ya habían sido avisados del talento en ciernes.

El Sporting de Lisboa fue el que mejor usó sus armas. João Marques de Freitas, presidente de la peña de su club en Funchal, habló con el padrino Fernão, que remitió el interés a los padres. En la familia había ciertas reticencias. «Mi marido no quería que se fuese a Lisboa porque era muy pequeño. Prefería dejarle crecer aquí. Pero yo dije: “Él se va ahora”. El padrino me apoyó y él se fue», recuerda con gesto contundente la madre.

Tampoco se ponían de acuerdo en el destino. El padre simpatizaba con el Benfica, pero su academia no tenía tanta reputación como la de sus vecinos. Otra vez se impuso el carácter de la madre: «Yo dije Sporting y al Sporting se fue». En la Semana Santa de 1997, Cristiano Ronaldo se marchó a prueba tres días. Nunca había montado en avión, nunca había salido de la isla. Le acompañó el padrino Fernão.

Oswaldo Silva y Paulo Cardoso fueron los entrenadores encargados del primer día de pruebas a los chicos llegados desde todos los puntos del país. No les hizo falta mucho tiempo para elegirle entre los que volverían al día siguiente, ya con Aurélio Pereira al mando. «Más que su talento, me impresionó la personalidad y la confianza en sus posibilidades que demostraba. Se hizo el líder en el campo y en el vestuario ya en aquella prueba», recuerda el histórico director de la cantera sportinguista.

Cristiano convenció a los técnicos. Para que fichara, solo había que resolver un litigio con el Nacional, que se negaba a pagar los cuatro millones quinientos mil escudos (unos veintidós mil quinientos euros) que reclamaba el Sporting por Franco, uno de sus canteranos que se había marchado a jugar a Madeira. El Nacional propuso condonar la deuda con la cesión de los derechos del por entonces prometedor Ronaldo. El Sporting, aunque con reticencias de sus administradores, aceptó. Nunca antes había pagado dinero por un jugador infantil.

Al verano siguiente, con solo doce años, se mudó a Lisboa para ingresar en la academia del Sporting, una de las mejores de Europa.

En aquel momento se estaban iniciando las obras de Alcochete, el majestuoso centro deportivo de doscientos cincuenta mil metros cuadrados situado a unos cuarenta kilómetros de Lisboa, al otro lado del estuario del Tajo.

La residencia del club blanquiverde se encontraba junto al estadio Alvalade, al lado de los campos de entrenamiento. Había varios chicos de Mozambique, la colonia portuguesa, y otras ciudades lejanas del interior. Las habitaciones eran cuádruples. Iban a clase hasta las cinco y después entrenaban.

La aclimatación no fue sencilla. El acento típico de los originarios de la isla de Madeira provocaba continuas mofas de sus compañeros. «En cuanto abría la boca se empezaban todos a reír. Eso me tenía traumatizado. Tenía la sensación de ser un payaso. Llegué a pensar que hablaba un idioma distinto. Y lloraba de vergüenza», recuerda

Ronaldo.

Echaba de menos a sus amigos y a su familia, con la que ni siquiera podía hablar siempre que quería. «Solo nos dejaban llamar a casa tres veces por semana. Teníamos que asumir responsabilidades de las que un niño no suele ocuparse, como llevar la ropa a la lavandería, plancharla...». Durante el primer año, Cristiano lloraba a diario. A menudo pensó en dejarlo todo y volverse a la seguridad de su isla.

Sin embargo, su sueño de convertirse en futbolista profesional le hizo aguantar. La perseverancia de la que hablaba Aurélio Pereira la demostraba también en la sala común de la residencia, donde los chicos se entretenían con el ping pong, el billar o los dardos. Con el ceño fruncido y los labios apretados, se concentraba para ganar. Practicaba de forma obsesiva, afinaba su puntería, hasta que sus tiros empezaron a dar en el blanco de forma continuada. Se convirtió en infalible.

A Cristiano le gustaba el atletismo y en los ratos libres se iba a ver los entrenamientos de los atletas del club, donde destacaba el mediodfondista Rui Silva y sobre todo el velocista Francis Obikwelu, un nigeriano nacionalizado portugués que después haría doblete en las pruebas de velocidad de los Europeos de Gotemburgo de 2006.

Los malos momentos pasados fuera del césped se olvidaban entre las cuatro líneas. Cristiano siguió destacando en el Sporting por su velocidad, potencia, regate y disparo a puerta, aunque pecaba de adornarse demasiado. Había entrenamientos específicos para los extremos. Que hayan salido de allí jugadores como Futre o Figo no es casualidad: «Se practica mucho el fútbol por las bandas, para fomentar los desbordes, los uno contra uno...», recuerda Simão, otro de ellos.

Empezó a desarrollar un espíritu perfeccionista. Después de los entrenamientos se quedaba a ensayar golpes francos. En la habitación hacía flexiones y abdominales. Y con catorce o quince años empezó a ir al gimnasio fuera de las horas autorizadas. Tres veces a la semana, por la noche, sin que nadie lo supiera, se colaba con su inseparable Fábio Ferreira, un chico de Monte Gordo, y hacían ejercicios durante una hora, levantaban pesas o corrían en la cinta. Hasta que les descubrieron y cerraron la sala.

Pero seguía siendo el más flaco de todo el equipo. Así que, instigado por su madre, se obligó a comer dos platos de sopa en cada comida. Maria Dolores solo podía viajar una vez por trimestre a Lisboa, pero seguía siendo su principal punto de referencia. Le administraba sus primeros sueldos y le enviaba la cantidad justa para sus necesidades, básicamente ropa y productos de higiene.

SUBIENDO ESCALONES

En los encuentros como local del primer equipo del Sporting, Ronaldo ejercía de recogepeletas. Le daban cinco euros por partido. Ponía en común el dinero con los otros chicos y se iban luego a cenar a una pizzería. Pero lo más estimulante para Cristiano era poder jugar en el descanso, sentir la emoción de un estadio lleno y estar en contacto con los profesionales. Entabló cierta relación con alguno de ellos, como Afonso Martins,

que un día le regaló unas botas. O el argentino Gaby Heinze, con el que luego bromearía recordando aquello cuando coincidieron en el Manchester United.

En la academia se cuidaban todos los detalles. En las paredes había mensajes dirigidos al subconsciente de los jóvenes: «El esfuerzo llama siempre a los mejores», «No existe la suerte sino la preparación y la oportunidad». Los chicos estaban aislados, solo contaban los estudios y el fútbol. «Si no aprobaban, no podían entrenarse», recuerda Pereira. Ronaldo era un alumno mediano. Las ciencias eran su asignatura favorita, casi la única que lograba atraer su atención. A menudo llegaba tarde a clase, por lo que los responsables decidieron un día aplicarle un doloroso castigo cuando ya estaba en edad juvenil.

Iba a volver por primera vez a Madeira a jugar un partido con el Sporting. El partido se disputaría en el campo de Santo António, al lado de su casa. La familia le tenía preparado un gran recibimiento. Pero no fue convocado. «Tuve que mirar varias veces la citación. No me lo podía creer. Lloré todas las lágrimas que tenía en el cuerpo. Los responsables sabían que no me quería perder ese partido por nada del mundo. Estaba furioso. Pero pensándolo después, hicieron lo correcto. Reconozco que fue una lección importante. A partir de entonces, mejoré mucho mis resultados escolares».

En la academia los chicos disponían de tutores que les orientaban en sus estudios, psicólogos que les ayudaban con los problemas típicos de la adolescencia y médicos que vigilaban su crecimiento físico. En un chequeo rutinario cuando tenía quince años le fue diagnosticada una disfunción cardíaca, una arritmia. «Su corazón tenía una frecuencia demasiado alta en reposo. Yo vivía en Madeira, me avisaron y di la autorización para la intervención con láser. Aunque sabíamos que tenía tratamiento, estábamos muy preocupados porque existía el riesgo de que Cristiano tuviera que dejar de jugar. Pero fue todo bien y al cabo de pocos días estaba ya en el campo. Y parece que el tratamiento le permitió ser aún más veloz», recuerda con humor, una vez pasado el susto, su madre. Efectivamente, se le realizó una sencilla operación una mañana. Esa misma tarde recibió el alta y a los pocos días ya estaba entrenándose.

Superado ese contratiempo, el ascenso de Ronaldo fue meteórico. Nunca antes nadie había jugado en una misma temporada en el equipo sub-16, el sub-17, el sub-18, el filial y el primer equipo. «Recuerdo el día que me llamaron a entrenar por primera vez. Fui al colegio por la mañana y cuando volví a la academia, Jean Paul, el técnico del filial, me dijo que me preparara. Estuve contando las horas y los minutos hasta que llegaron las 16.30. Estaba nervioso, angustiado y hasta tenía un poco de miedo. Me latía muy fuerte el corazón», recuerda Ronaldo.

Aunque él tuvo la sensación de que no lo había hecho demasiado bien, le volvieron a llamar. Fue la primera de muchas veces. Con dieciséis años empezó a ejercitarse cada vez más a menudo con los profesionales. Su madre le insistió para que continuara con los estudios e intentó ir a clase por las noches. Pero a menudo llegaba tarde o muy cansado y acabó abandonando. Tampoco le atraían los idiomas. «¿Para qué me va a servir hablar inglés?». Se arrepentiría.

En el verano de 2001, el Sporting de Lisboa fichó como entrenador a László Bölöni,

que como centrocampista había ganado la Copa de Europa con el Steaua de Bucarest frente al Barça de Terry Venables en 1986. El rumano estaba en los inicios de una nómada carrera como técnico que le llevaría después a lugares tan dispares como Emiratos Árabes Unidos, Bélgica o Grecia. A principios de los años noventa había acabado su trayectoria como jugador en Francia y allí había empezado a entrenar, en el Nancy, al que ascendió a la Ligue 1. A Lisboa llegó tras una breve etapa de un año como seleccionador rumano.

A la pretemporada se llevó a los chicos más prometedores de la cantera lisboeta. Entre ellos estaba Cristiano, que marcó su primer gol con los profesionales en un amistoso contra el Atlético Clube de Portugal que acabó 7-1. Era el 16 de agosto de 2001 y Ronaldo tenía dieciséis años. El técnico pretendió contar con él ya desde esa temporada, pero un test físico desaconsejó el salto por no estar aún lo suficientemente desarrollado. Además, en su posición el club contaba con Ricardo Quaresma, dos años mayor que él.

Aquel año resultó triunfal para el Sporting, que conquistó el doblete. El decimoctavo título liguero llegó con cinco puntos de ventaja sobre el Boavista, campeón vigente, siete sobre el Oporto y doce sobre el Benfica. João Pinto y Jardel, Bota de Oro europeo con 42 goles, fueron los jugadores más destacados.

Ronaldo siguió en el filial y aprovechó para ir progresando en las categorías inferiores de la selección. Meses antes, en febrero, había disputado el Torneo sub-15 Rio Maior e Torres Novas. Allí logró sus primeros goles internacionales, contra Sudáfrica y Suecia. Y durante los primeros meses de la temporada 2001-2002 se consolidó en la sub-17 con tantos a Finlandia, Holanda e Inglaterra.

Acabó la temporada con la disputa de su primer torneo internacional relevante: el Campeonato de Europa sub-17 de Dinamarca. Tuvo la mala suerte de coincidir en la fase de grupos con los dos equipos que luego serían finalistas del torneo: Francia, ante quien Ronaldo fue expulsado en el partido inaugural; y Suiza, frente al que no pudo jugar por sanción en el segundo. Reapareció frente a Ucrania, el único encuentro que ganaron. No logró marcar ningún gol.

LA EXPLOSIÓN

En el verano de 2002 Ronaldo experimentó algunos cambios en su vida privada. Decidió abandonar la residencia del club tras cinco años y se fue a vivir junto a un amigo a un hostel en la plaza Marquês de Pombal, en pleno centro de Lisboa. Dejó a su agente de los primeros años, Luis Vega, y fichó por Jorge Mendes, que estaba en los albores de su carrera. Y con diecisiete años se permitió su primer capricho, un Mercedes 220 CDi. En cuanto se hizo mayor de edad, se sacó el carné y no volvió a coger el autobús.

Bölöni volvió a darle minutos en la pretemporada y se pudo observar un jugador mucho más formado que el año anterior. Tras dos exhibiciones contra el Lyon, en la presentación oficial del equipo, y ante el PSG, el Sporting se midió al Real Betis en otro partido amistoso. Cristiano coronó su gran actuación con un gol en el descuento,

ganándole la partida a Juanito y Rivas, los centrales, y haciendo una vaselina desde una posición imposible a Toni Prats. «Los socios todavía no han visto al mejor Ronaldo, esto es solo el comienzo», declaró después. Su entrenador intentó aplacar la euforia de prensa y aficionados con un: «Cristiano tiene grandes cualidades pero aún no es un gran jugador». Sin embargo, el fenómeno era imparable.

Y llegó el día soñado desde su infancia: el debut oficial como profesional. El primer partido oficial de la temporada para el Sporting era el 14 de agosto, ida de la fase previa de la Champions, donde se medía al Inter de Milán de Cúper, Vieri y Recoba. Ronaldo entró al campo en el minuto cincuenta y ocho en sustitución del centrocampista tinerfeño Toñito. El encuentro acabó 0-0 pero Cristiano dejó tres o cuatro buenos detalles ante defensas expertos como Zanetti o Materazzi. El Sporting caería eliminado quince días después en San Siro, pero entre medias Cristiano ganó su primer trofeo, la Supercopa portuguesa, con la goleada por 5-1 ante el Leixões en Setúbal.

Comenzó el campeonato y sus primeros minutos llegaron a finales de septiembre en el campo del Sporting de Braga. En la sexta jornada, el 7 de octubre, Ronaldo fue titular por primera vez. Lo celebró por todo lo alto, con dos goles ante el Moreirense, un recién ascendido. Uno tras una conducción de cuarenta metros y otro de gran cabezazo. Su madre, presente en las gradas, sufrió un ligero mareo fruto de la emoción.

Esa temporada el Sporting no repitió el nivel del año anterior. Finalizó en tercera posición a veintisiete puntos del campeón, el Oporto de Mourinho. Pero para Ronaldo fue la confirmación como jugador del primer equipo. En total disputó veinticinco partidos de liga, once como titular y catorce como suplente, aunque solo marcó un gol más en toda la temporada, en casa del Boavista.

Durante esa temporada, numerosos ojeadores se pasearon por Lisboa. El Valencia y el Inter fueron algunos de los que más interés mostraron. Pero fue Arsène Wenger quien dio un paso más. Le invitó a pasar unos días en Londres, le enseñó personalmente las instalaciones de Hertfordshire y le regaló una camiseta personalizada del Arsenal. Su madre reconoció que estuvo muy cerca de fichar. De hecho, el club inglés presentó una oferta de cuatro millones de libras, que fue rechazada por el Sporting. «Vi que era un talento excepcional, pero no me podía imaginar que se convertiría en el jugador que es. Lo que menos se podía predecir es su capacidad para marcar goles. Tenía algo especial pero ni siquiera se acercaba al área», contaría años después el técnico francés.

La historia habría cambiado si llega a fichar por el Arsenal. Y quizá aún más si lo hubiera hecho por el Fútbol Club Barcelona. José Ramón Alexanco, entonces adjunto a la secretaría técnica con Charly Rexach, realizó varios viajes a Lisboa en aquel periodo. Su objetivo era observar en directo tanto a Quaresma como a Cristiano Ronaldo. En un informe de un partido ante Grecia con la selección portuguesa sub-21 del 19 de noviembre de 2002, Alexanco destacó «las muy buenas cualidades técnicas», «lo bien que se adaptó a los cambios de posición que le pedía su entrenador», «un muy buen físico» y «un carácter fuerte y agresivo». Quien rellenaba el informe debía emitir una valoración numérica para cada faceta del juego entre cero y diez. En la hoja de Ronaldo solo había ochos y nueves, incluso algún diez. Como único defecto se apuntaba que «a

veces abusa de la conducción». La conclusión final decía que era «un jugador muy interesante para tenerlo en el club».

Unas semanas después, Alexanco comió con Jorge Mendes y Cristiano Ronaldo en un restaurante del puerto de Lisboa. El Barça había encargado al representante sondear al club sobre su precio. El Sporting pedía doce millones de euros por Ronaldo y seis por Quaresma. El verano siguiente, solo este último llegaría al Camp Nou.

CAMINO DE LA SELECCIÓN ABSOLUTA

Aquella generación sub-21 de la que ambos formaban parte daba que hablar en toda Europa. Acompañados por otros que luego han tenido una buena carrera, como Helder Postiga, Bruno Alves, Ricardo Costa, Bosingwa, Tiago o Hugo Viana, noquearon por partida doble a Inglaterra durante la fase de clasificación hacia la Eurocopa de 2004 de la categoría.

Ese mes de junio Ronaldo fue ascendido a la categoría superior y disputó la trigésimo tercera edición del Torneo Esperanzas de Toulon. Este prestigioso campeonato se disputó por primera vez en 1967 y ya sin interrupción desde 1974 de forma anual. Salvo en la primera edición, cuando también lo jugaron clubes, lo disputan ocho selecciones nacionales sub-23 y allí destacaron en su día jugadores como Stoichkov, Ginola, Shearer, Henry, Zidane o Riquelme.

Cristiano solo marcó un gol —otra vez frente a los ingleses—, pero hizo un gran partido ante la gran favorita, Argentina, que capitaneaba el posteriormente MVP del torneo, Javier Mascherano. Fue una de las piezas clave junto a Hugo Almeida, Danny, Raul Meireles o el máximo goleador, Luis Lourenço, para alcanzar la final ante Italia. En ella, jugando con uno menos, los portugueses remontaron el gol inicial de los italianos y, con tres tantos en el último cuarto de hora, conquistaron el tercer título de la competición para su país.

En las gradas del estadio Félix Mayol de Toulon estaba Gerard Houllier, que presentó una oferta de siete millones y medio de euros para llevárselo inmediatamente al Liverpool. Y sobre todo estaba Martin Ferguson. Alertado en su día por Carlos Queiroz, gran conocedor de las categorías inferiores del fútbol portugués, no era ni mucho menos la primera vez que había volado desde Manchester hasta el sur de Europa para seguir sus evoluciones. Ya tenía convencido a su hermano Alex para ficharle.

Ronaldo se disponía a iniciar la temporada con el Sporting. Tras la marcha de László Bölöni había llegado como entrenador Fernando Santos, al que se le conocía como «el ingeniero del penta», ya que había conquistado en 1999 con el Oporto la quinta liga consecutiva (récord en Portugal). Se trataba de un técnico con mucha experiencia, amante de la disciplina y que venía de dirigir en Grecia. Ronaldo hizo oídos sordos a los múltiples rumores de traspaso que seguían llegando. Quería ganar la liga portuguesa porque no se sentía partícipe del triunfo de 2002.

El 6 de agosto de 2003, el Manchester United se desplazó a Lisboa para participar en

la inauguración del estadio Alvalade XXI, que había sido remodelado con vistas a la Eurocopa 2004. La víspera del encuentro, representantes de ambos clubes se reunieron para avanzar en las negociaciones por Cristiano Ronaldo. La directiva del Sporting informó de que estaban valorando seriamente una oferta del Real Madrid de ocho millones de libras (once millones y medio de euros). Eso llevó a los dirigentes ingleses a subir su oferta y alcanzaron el acuerdo esa misma noche.

El Manchester United pagó doce millones de libras, 17,35 millones de euros. Ronaldo firmó un contrato de cinco años y Mendes le consiguió un salario de ciento cincuenta mil euros mensuales, ¡diez veces más de lo que cobraba hasta el día anterior en Portugal! Sin embargo, la idea inicial era que permaneciera cedido una temporada más en el Sporting.

Ronaldo conoció la noticia antes del pitido inicial. «Estaba especialmente tranquilo aquel día. Quería mostrarles mis cualidades. Y creo que jugué mi mejor partido con la camiseta del Sporting». El choque tuvo la curiosidad de que los locales disputaron cada parte con una camiseta distinta. La primera, con la habitual a franjas horizontales verdiblanco y la segunda con el uniforme suplente de la época, plata y negro. Ganaron 3-1 y efectivamente Ronaldo dio un recital.

Con mechas rubias, el número 28 a la espalda y pegado a la banda izquierda, hizo vivir un calvario a O'Shea, Silvestre y Ferdinand. Pedía el balón continuamente y siempre encaraba. Alternativamente, salía por fuera o tirando una diagonal hacia el medio. No marcó, pero fue fundamental en la victoria de su equipo. Tanto es así que sir Alex Ferguson reconoció que «al acabar el partido, vinieron a verme hombres importantes del equipo con Roy Keane y Phil Neville a la cabeza para pedirme que ficháramos a ese chico. Yo les dije que era nuestro dentro de un año, pero ellos insistieron para que viniera de inmediato porque era un fenómeno. O'Shea me confesó que le había vuelto loco».

Minutos después de finalizar el partido, Ferguson pidió verle en su vestuario. Allí estaba también Jorge Mendes, que hizo de intérprete. El veterano técnico escocés le dio la enhorabuena y le invitó a visitar Manchester para rubricar su contrato.

Pocos días después viajó a Inglaterra. Sin equipaje porque en teoría iba solo a firmar y se volvía para seguir jugando en el Sporting. El 13 de agosto se entrenó en las instalaciones de Carrington y le presentaron junto a Kleberson, un mediocentro brasileño que llegaba del Atlético Paranaense. «Estoy muy contento por llegar al mejor equipo del mundo y especialmente orgulloso de ser el primer portugués en jugar en el Manchester United».

Uno de los más cariñosos con él fue Ruud Van Nistelrooy. Sin embargo, Ronaldo no entendió ni una palabra de lo que le dijo. «Ahora vuelvo a Lisboa y aprendo inglés», pensó. Pero Ferguson tenía otros planes para él. Se habían marchado Beckham y Verón y no habían conseguido fichar a Ronaldinho. Le comunicó que se quedaba en la plantilla. Y además no le permitió seguir usando el número 28 como pretendía, sino que le impuso llevar el 7, un dorsal mítico que en Old Trafford habían vestido leyendas como George Best, Bryan Robson, Eric Cantona o el propio David Beckham. Para Ronaldo era especial porque en el Sporting lo había llevado Figo, su ídolo. «Ya no tenía esa

sensación de ser insignificante que había sentido cuando llegué a Lisboa. Me sentía más maduro, estaba más tranquilo y tenía más confianza».

Pensaba volver a Portugal para recoger sus cosas aprovechando el primer partido de la Premier contra el Bolton. Pero Ferguson volvió a sorprenderle y le convocó. Y no solo eso. Entró en el minuto sesenta con 1-0 en el marcador. Dio dos pases de gol y le hicieron un penalti. El partido acabó 4-0. Le bastó media hora para ser elegido «*Man of the match*». La afición del United tenía un nuevo ídolo.

Ronaldo no ganaba para sobresaltos. Eran días frenéticos. Vivía en una nube. Finalmente pudo volver a Portugal, pero no precisamente para recoger sus cosas ni para despedirse de su familia: Luiz Felipe Scolari le había convocado para la selección absoluta y le hizo debutar el 20 de agosto de 2003 en el estadio Municipal de Chaves ante Kazajistán. Saltó al campo en el descanso sustituyendo precisamente a Luis Figo.

Tenía dieciocho años y arrancaba de manera explosiva una carrera que daría mucho que hablar. Como su padre había soñado años antes, cuando limpiaba las botas de los futbolistas del Andorinha.

2

Diego Costa

España

«La apisonadora de Lagarto»

Zeinha siempre tuvo la ilusión de que alguno de sus hijos fuera futbolista. Zeinha es como se conoce en Lagarto a José Jesus Costa, un antiguo agricultor que cada fin de semana mataba el gusanillo por el fútbol jugando junto a sus amigos en los modestos campos en los que se podía practicar. Allí, en Lagarto, una localidad interior de la región de Sergipe, al noreste de Brasil, sintió por primera vez la enorme pasión que le provocaba este deporte. No había equipos del máximo nivel en Lagarto —de alrededor de cien mil habitantes—, pero sí llegaban a oídos y ojos de sus habitantes las hazañas de los mejores jugadores de la época. Por eso, tras casarse con Josileide en la década de los ochenta, bautizó con el nombre de algunos de ellos a sus descendientes. Al mayor de los varones le llamó Jair en honor a Jairzinho, el Huracán, que marcó en todos los partidos del Mundial de 1970; al siguiente le puso el nombre de Diego como homenaje al gran referente futbolístico de la época, Maradona, pese a ser argentino y no brasileño. Las exhibiciones del Pelusa durante el Mundial de México 86, aún fresco, le llevaron a tomar tal determinación. A ellos les acompañó una tercera hermana, Talita, que completó una familia corriente de entre otras muchas de entonces.

Los padres llegaron a estar empleados al mismo tiempo, por lo que obtenían dos sueldos que permitieron sacar adelante —sin lujos pero también sin miseria— un hogar en el que solo se hablaba de fútbol. El equipo de la familia era São Paulo, pero el pequeño Diego siempre se mostró reacio a esa vinculación y apoyó a Palmeiras por ir a contracorriente. Ya desde entonces se notaba que lo suyo era la rebeldía.

La influencia de Jair, dos años mayor, marcó mucho el carácter de Diego. Los dos querían ser futbolistas, como la inmensa mayoría de chicos brasileños de su edad, y soñaban con ello mientras jugaban en las calles y en los parques de Lagarto. Se puede decir que el mayor arrastró al menor, como suele suceder cuando de dos hermanos se trata. En la ciudad no había muchos campos de fútbol, pero eso no era impedimento para que encontraran cualquier rincón en el que darle patadas a una pelota.

Desde bien jóvenes, además, entraron en la Escuela Bola de Ouro, el primer proyecto social que se creó en la ciudad con carácter futbolístico para los chicos de los barrios más desfavorecidos. Su objetivo consistía en ofrecerles a través del fútbol una alternativa a los problemas cotidianos de los suburbios: droga, delincuencia, alcoholismo... Hasta mediados de los años noventa no hubo un equipo federado en Lagarto, el Lagartense, y la solución para la mayoría era apuntarse a esta escuela, en la que se les enseñaban

aspectos técnicos, fundamentalmente. De vez en cuando jugaban ante escuelas de otras localidades cercanas, pero no había un sistema organizado de competición que permitiera que mejoraran tanto como deberían. Pese a ello, el joven Diego Costa fue siempre uno de los alumnos más aventajados para sus primeros entrenadores.

Quien más le vio progresar y crecer de niño fue Flávio Augusto —Flavinho—, uno de los técnicos y coordinadores de la escuela: «Tenía unas ganas enormes de ser profesional, se le veía feliz jugando y demostraba una gran voluntad. Desde el principio destacó mucho como goleador. Era fuerte, potente y no se arrugaba. Nunca entrené a nadie que luchase tanto dentro del campo. Era individualista. Solo quería ganar». A muchos de los compañeros de equipo les servía de ejemplo de superación, pues a veces tardaba cuarenta minutos andando o iba de acompañante en la bicicleta de su hermano para poder acudir al entrenamiento. Una vez allí era el mejor. Los medios para llegar a la élite tampoco eran los idóneos. El campo no reunía las mejores condiciones e incluso dicen que durante un tiempo hubo un camino que pasaba por él, lo que provocaba muchas veces que los partidillos se interrumpieran a la mitad.

MEJOR CONTRA LOS MAYORES

El caso es que sus educadores veían en él al insaciable delantero que después despuntaría en Europa. Torneo tras torneo y campeonato tras campeonato terminaba como el máximo artillero del equipo con el que jugaba. «Siempre fue un goleador. A los nueve años nos pidió entrenarse y jugar contra los de once. Prefería medirse a niños mayores que él. Le motivaba. Luchó mucho en aquella época y creo que ahí forjó el carácter ganador que después le caracterizó», explica otro de sus entrenadores en la escuela, Francisco Monteiro.

Pero no solo la ambición le definía. Tenía tan fuerte el carácter que a veces sobrepasaba los límites y se mostraba excesivamente vehemente. «Contaba con la gran ventaja de ser físicamente poderoso, pero quizá a veces confundía eso con meterse en muchas peleas. Le costó mejorar en ese aspecto», cuenta Flávio Augusto. Seguramente también tuviera que ver el hecho de sentirse tremendamente superior a los chicos de su edad, algo que le hacía enfurecerse cuando no marcaba todos los goles que deseaba. El propio Diego Costa confesó en una entrevista en *El País* que maduró a base de palos más que de enseñanzas: «En el campo me peleaba con todos, no podía controlarme. Insultaba a los demás, no tenía respeto por el contrario. Pensaba que había que matarse. A los chicos que tienen formación se les enseña a controlarse. Yo siempre he sido de los que se calentaba. Me acostumbré a un fútbol en el que veía a los mayores soltar codazos a los demás. Y creía que era lo normal».

Uno de sus primeros éxitos llegó cuando todavía era cadete. En un torneo de la región, defendiendo la camiseta de uno de los equipos amateurs de Lagarto, el Fluminense da Horta, fue campeón y marcó los suficientes goles como para quedarse para siempre en la retina de su entrenador, Hélio Abreu: «Lo teníamos como el hombre gol, siempre

resolvía. Fuera del campo era un chaval muy decente». En ese equipo, por cierto, también jugó su hermano Jair, en quien su padre confiaba tanto como en Diego para que pudiera ser profesional. «Casi mejor que no jugáramos juntos. Yo era más habilidoso, pero él siempre se acababa peleando conmigo si no le pasaba el balón. Odiaba perder. Si fallaba un tiro, venía a reclamármelo y a echármelo en cara hasta que se calmaba», reconoce Jair.

No le gustaba perder, entre todas las cosas era la que más le molestaba. En la escuela Bola de Ouro trataron de corregir su agresividad cuando esto ocurría, pero él seguía siendo un chico inusualmente ambicioso en comparación con los demás. «De niño salía enfadado de los partidos y tiraba la camiseta al suelo si los perdía», llegó a declarar su padre, Zeinha. Ni siquiera él pudo imaginar que aquel hijo que se tomaba cada encuentro como algo personal acabaría transformando los enfados por perder en desafíos por seguir mejorando.

A los quince años, después de varios de rutina y fútbol desordenado en la escuela, su vida cambió. Lagarto no era el lugar idóneo para encontrar un futuro estable. La agricultura local constituía el motor de la ciudad, por lo que mucha gente vivía de las ventas ambulantes. Había poco más en lo que confiar. Posteriormente sí se produjo un crecimiento económico que ha permitido prosperar mucho a sus habitantes, pero para un adolescente en la época en la que Diego Costa lo fue lo mejor era hacer la maleta y marcharse a ciudades más importantes y con más opciones de encontrar trabajo: Aracaju, Salvador, São Paulo. Cualquiera.

En São Paulo, dos mil kilómetros al sur de Lagarto, su tío Edson regentaba un pequeño comercio en la Galeria Pajé, una de las más importantes de la ciudad. Se trataba de un establecimiento de electrónica que funcionaba bastante bien por estar situado en plena Rua 25 de Março, una de las más céntricas y representativas de la capital paulista. Edson y Dora, su mujer, ofrecieron un puesto como ayudantes a sus sobrinos y ambos terminaron marchándose hasta allí. Primero lo hizo Jair, después Diego. Comenzaba una nueva etapa en su vida.

Empezar a trabajar siendo tan joven también marcó al joven Diego. Cuando era todavía un crío, viajaba a la frontera con Paraguay para adquirir mercancía y después revenderla en la tienda del centro comercial. Eran viajes largos, de casi novecientos kilómetros, viajes en los que aprendió a saber manejarse prácticamente solo y a pelear contra el resto de competidores. «Iba y venía, trabajaba con nosotros en la tienda, pero sobre todas las cosas siempre tuvo el sueño de ser futbolista profesional», dijo para *O Globo* su tía Dora en referencia a aquellos años.

SU PRIMER CLUB FEDERADO

El tío Edson ya tenía referencias de que su sobrino Diego era buen jugador de fútbol y movió todos los hilos que pudo para encontrarle un club en São Paulo. «Primero le metió en el equipo del edificio en el que vivíamos, en el barrio de São Mateus, y de ahí sus

actuaciones llegaron a oídos de un amigo del presidente del Barcelona de Capela, club de la ciudad recientemente creado y que militaba en la cuarta división del campeonato Paulista», recuerda Jair.

«Vino a São Paulo porque quería trabajar y ganar algún dinero. El fútbol le entusiasmaba y tenía potencial para ser un gran jugador. Sin embargo, estaba decepcionado con todo lo que rodea al profesionalismo en este deporte. No tenía muchas ganas de probar en ningún equipo», confiesa su tío Edson. El propio Diego Costa lo confirmó años después: «Fue él quien me obligó a hacer una prueba con los juveniles del Barcelona de Capela».

La prueba se llevó a cabo en el campo del equipo, el estadio Capelão, cerca del circuito de Interlagos, al sur de São Paulo. Diego Costa no necesitó mucho para impresionar. «Apareció un pastor de la iglesia del barrio, la Capela do Socorro, que llegó desde el centro y que venía acompañado de su sobrino. “Este chico va a ser profesional y será el diablo; dentro de la iglesia y en casa no deja de patear las bolas de papel”, confesaba. Aquel pastor era el tío Edson. Tuvimos quince minutos y vimos que, efectivamente, era decisivo», recuerda Jabá, examinador ese día y futuro entrenador de Diego. Fue entonces cuando Diego Costa entró en el fútbol federado por primera vez, con quince años. Ahí empezaba su meteórica carrera profesional.

Aceptar la incursión en el fútbol conllevaba dejar la tienda de electrónica en la Galeria Pajé. «No te preocupes por el dinero que dejes de ganar, yo te lo daré. Tú céntrate en jugar al fútbol y en luchar por ser profesional», le dijo su tío entonces. El Barcelona de Capela, que estaba creando un equipo de la nada y eso implicaba ciertas dificultades, mandó a varios de los juveniles captados a jugar durante ocho meses con el Yuracan de Itajubá, en el estado de Minas Gerais, más de doscientos kilómetros al norte de São Paulo. Quería que en ese tiempo las promesas del club, entre ellas Diego Costa, se prepararan para poder dar el salto a la élite la temporada siguiente: «Me reuní con el presidente, Paulo Moura, a través de un intermediario, Luís Gomes, y llegamos a un acuerdo para que nos trajeran a varios jugadores para prepararse junto a nosotros. Diego estaba entre esos chicos», confirma el presidente del Yuracan, Amauri Graciani.

Con Yuracan disputó, entre otros torneos, la Copa Río sub-17, prestigiosa cita que reunió a noventa y ocho importantes clubes y en la que solo Vasco —uno de los más importantes conjuntos brasileños— fue capaz de apearles en semifinales. Diego Costa se mostró tan goleador como siempre y jugó en una posición de delantero centro nato que apenas explotaba sus virtudes, pues además de un gran rematador siempre fue un futbolista con mucha movilidad por todo el ataque. En la Liga Itajubense de Fútbol también dejó huella y a los ocho meses de su partida regresó al Barcelona de Capela como un jugador mucho más hecho, más curtido.

La situación, en todo caso, no era la mejor. El Barcelona había invertido mucho desde su creación poco tiempo atrás y enseguida surgieron problemas económicos que complicaron el futuro. El club incluso tuvo que mudarse a Ibiúna, setenta kilómetros al oeste de São Paulo, y no pudo ofrecer excesivos salarios a los jugadores contratados, entre ellos Diego Costa. «Ganaba alrededor de cuatrocientos reales al mes [unos ciento

veinticinco euros]. Su hermano y sus primos, que trabajaban en la tienda de su tío en la Galeria Pajé, podían llegar a ganar mucho más en ese tiempo. Así, cuando llegaba el fin de semana sufría por poder hacer los mismos planes que ellos. Y todo por tratar de ser futbolista —comenta Paulo Moura, presidente por entonces del Barcelona de Capela—. Le decían que dejara el fútbol y continuara trabajando con la familia».

Pero no fue así. Diego Costa empezó a ser el destacado delantero del equipo en ese 2005, en una categoría muy menor todavía como era la Serie B del Campeonato Paulista —la cuarta división estatal—. El presidente Moura, acuciado por los problemas económicos de la entidad y consciente de que aquel incisivo jugador podría interesar a algún grande, no dudó en recomendárselo a varios, según explicó a *SportTV*: «Se lo ofrecí a Corinthians, Santos y Palmeiras. La respuesta fue siempre la misma: “Como él tenemos un montón de jugadores”. Después de aquello no supimos qué hacer: si mandarlo a casa y que dejara el fútbol o buscarle otras opciones en el mercado, que estaba claro que las tenía. Y esto último hicimos».

LAS REDES DE JORGE MENDES

Cada partido de Diego, mientras, seguía siendo un ejemplo de su hambre y su pundonor como delantero. «Siempre marcaba la diferencia. Metía cuatro, cinco, incluso seis goles. Hubo un partido en el que marcó hasta ocho», afirma su entrenador en el Barcelona, Roderlei Pachani. Sus exhibiciones venían acompañadas demasiado habitualmente de incidentes propios de un jugador sin apenas recorrido en el fútbol federado. Le expulsaban mucho y cumplía sanciones por ello que le tenían apartado del equipo bastantes veces. En un partido que en principio no iba a jugar precisamente por este motivo, el técnico le sorprendió al decirle que le habían levantado la sanción y que se preparara para jugar. Había colaboradores del mundialmente conocido representante Jorge Mendes en la grada y el club había conseguido que todos los futbolistas con posibilidades de interesarles disputaran aquel encuentro. Después de una buena actuación, al término del choque se acercaron a él y le preguntaron si estaba dispuesto a marcharse a jugar a Portugal. Lo mismo hicieron con otros nueve chicos de su edad. Las redes de Mendes estaban reclutando a jugadores interesantes para el mercado europeo y seleccionaron a diez a los que buscar acomodo en algún club de Portugal.

Antes de dar el gran salto, el enlace en Brasil de la empresa de Mendes, el ojeador Armando Silva, tuvo que hacer un arduo trabajo con ellos. Les reforzó su alimentación —alguno tenía pobres condiciones nutricionales—, les ofreció la ayuda de un psicólogo y les instruyó en aspectos referentes a la educación escolar. «En São Paulo ya había notado que Diego Costa era un chico con mucha decisión sobre el campo. Quería que fuera uno de los que se marchase a Portugal a probar suerte», reconoce Silva.

Aquella noticia —la posibilidad de jugar en Europa para un chico que un año antes tenía que viajar a la frontera con Paraguay a comprar productos electrónicos que después revendía en la tienda de su tío en la Galeria Pajé— llenó de alegría a Diego. Sabía que

era una oportunidad que quizá no volvería a repetirse, una oportunidad por la que también esperaban cada día los millones de chicos brasileños que, como él, habían empezado a jugar en las calles de sus respectivas ciudades. «Tenía solo diecisiete años y me dijo que le había dado su palabra a un ojeador para marcharse al extranjero, a Portugal. Fue muy sincero. “Si no me dejas ir, me escaparé”, me avisó. Diego siempre fue alguien de palabra. Yo sufrí por la decisión, porque no sabía si iba a funcionar, pero con la ayuda de Dios todo salió bien», explica su madre, Josileide.

El club que le esperaba al otro lado del Atlántico era el Sporting de Braga, del que Mendes es en los últimos años uno de los principales suministradores de jugadores. Diego entró en el conjunto juvenil, como otros muchos chicos cada año, con la esperanza de poder llegar algún día al primer equipo. El Braga es una de las entidades más relevantes de Portugal, con casi cien años de historia y una Copa como mayor éxito en cuanto a títulos se refiere. Era un gran club para él. Se trataba de una motivación enorme por seguir trabajando y poder soñar con ser profesional. Al mismo tiempo era un orgullo para su padre, Zeinha, que desde Lagarto seguía con atención a través del otro lado del teléfono y por Internet las evoluciones de su hijo. La ilusión que siempre les había transmitido a sus dos hijos por ser futbolistas profesionales estaba muy cerca de hacerse realidad en el caso de Diego. Y Zeinha se sentía responsable de aquel desafío.

El propio Diego también sentía ese apoyo paterno aun estando tan lejos de casa. Quería contentar a su padre y que este se sintiera orgulloso de él. Por eso superó como pudo los obstáculos que encontró a su llegada a Portugal, obstáculos propios de alguien que jamás había salido de su país: «Diego me llamaba entristecido. Me decía que no se acostumbraba al frío ni a la comida. Incluso me insinuó que había días en los que el cuerpo le pedía dejarlo todo. Pero no fue así. Me prometió que seguiría luchando y que me haría feliz», reflexiona Zeinha. Solo un chico lo suficientemente maduro habría superado un obstáculo así.

En Portugal —y bajo el manto proteccionista de la empresa de Mendes—, Diego empezó a hacerse un nombre dentro del fútbol base del país. Sus actuaciones con el equipo juvenil del Braga fueron buenas, jugando principalmente como mediapunta, y al término de la primera campaña le llegó la oportunidad de dar el salto al profesionalismo. No en el primer equipo del club, como él esperaba, sino marchándose en calidad de cedido al Penafiel, un conjunto que estaba tratando de hacer una plantilla potente para la segunda división portuguesa, la conocida como Liga de Honra, con el propósito de regresar ese mismo curso a la Superliga, la primera, de la que había descendido al término de la anterior campaña. El técnico escogido para tal propósito fue Rui Bento, antiguo defensa internacional que en ese tiempo comenzaba su carrera como entrenador en conjuntos modestos de categorías bajas.

AL ATLÉTICO CON SOLO SEIS MESES DE PROFESIONAL

Bento fue el primer técnico que tuvo Diego en el nivel profesional, el que de verdad se

dio cuenta de que aquel brasileño peleón era en realidad un delantero de incalculable proyección: «Me hablaron de él algunos miembros de su agencia de representación y también compañeros, exjugadores, que lo habían visto jugar. Fui a verlo y enseguida noté que se trataba de un jugador diferente, un diamante por pulir. Yo necesitaba un futbolista de esa calidad para el Penafiel y pude traérmelo. A estos jugadores con diecisiete o dieciocho años se les ve ya una calidad excepcional. Así era él. Quería ser alguien en el fútbol. Era fuerte, con y sin balón, y rápidamente entendí que debía jugar como delantero centro porque necesitaba espacios. Sabía aguantar el balón y trabajaba bien todo el frente del ataque. Era un luchador».

Así, cuando aún no había cumplido la mayoría de edad, debutó en el segundo escalón del fútbol profesional portugués con la energía que siempre le caracterizó y el ímpetu de quien sabe que cada partido es una oportunidad que quizá no vuelva a darse. En la posición más adelantada, que Rui Bento entendió que potenciaba más sus cualidades, se erigió enseguida en el goleador del equipo y en el arma más punzante de los de Penafiel. Cada partido era como una guerra. Marcó ante el Gondomar, ante el Olhanense, ante el Portimonense, ante el Gil Vicente, ante el Leixões. Volvió locos a los centrales de todos los rivales a los que se midió. Vio nueve tarjetas amarillas en los doce partidos iniciales de liga, lo que le hizo cumplir sanción entre medias de ellos por acumulación de las cinco primeras. Y, sobre todo, llamó muchísimo la atención de los ojeadores de los principales clubes portugueses, que no sabían de dónde había sacado el Braga a aquel incansable delantero cedido al Penafiel y que no se cortaba a la hora de encararse con veteranos defensas que en algunos casos le doblaban la edad.

El Oporto fue el primero en mostrar interés. Dicen que hubo contactos, e incluso el fichaje para ese mismo mercado de invierno parecía hecho. Se llegó a publicar que Diego Costa quizá recalaría en el segundo equipo del Oporto, como tantos otros jóvenes sudamericanos que la enorme red de ojeadores de *los dragones* capta de manera brillante adelantándose a sus competidores. Pero esta vez fue a ellos a quienes se les adelantaron. Y fue el Atlético de Madrid, que ni conocía su existencia ni tenía pensado contratarlo cuando supo de él.

La primera persona del conjunto rojiblanco que escuchó su nombre fue Javier Hernández, uno de los ojeadores que por aquel entonces tenía el club en su organigrama: «Estaba en Braga viendo un partido. Recuerdo que estaban allí Rui Bento y Nuno Patrão, un agente portugués. Rui Bento me comentó que tenía a sus órdenes en el Penafiel a un chico cedido que le estaba sorprendiendo: brasileño, 1,90 metros de altura, muy bueno con el balón... Llamé a García Pitarch, entonces secretario técnico del Atlético, se lo conté y me dijo que me quedara un día más para verlo. Cogí el coche y me fui a Chaves, a un partido de la segunda portuguesa. Ahí estaba Diego. Solo tenía diecisiete años, pero era grande y fuerte. Jugaba con gente de treinta años y no se le notaba: iba con agresividad, no se arrugaba, las buscaba por arriba, por abajo, se pegaba... Y manejaba muy bien el balón. Cuando lo cogía era diferente. Tenía mucho más nivel que el resto, aunque le faltaba formarse físicamente. Estaba todavía algo descoordinado».

Después del partido, todavía impactado por el potencial que había visto, Hernández

cogió el teléfono y le trasladó sus sensaciones enseguida a su jefe: «Llamé a Madrid y recomendé su fichaje. Todo se hizo bien y rápido. García Pitarch se desplazó hasta Portugal, lo vio en acción y cerró en ese momento el fichaje. Yo recomendé su incorporación para que empezase en el filial de Segunda B y fuese conociendo poco a poco el fútbol español hasta entrar en el primer equipo. La otra opción era que se formase con cesiones a otros equipos, algo que siempre es positivo aunque los chicos no se den cuenta al principio. Y eso acabó ocurriendo».

La primera cesión de las muchas que vivió en sus inicios como profesional había sido desde el Braga al Penafiel, el equipo en el que despuntó en el fútbol portugués. Su fichaje por el Atlético iba a disparar aún más esta tendencia hasta convertirlo en un jugador demasiado habituado a los préstamos. En todo caso, él vivía en una nube. En poco más de un año en Europa había pasado de jugar en los juveniles del Braga a fichar por uno de los conjuntos más potentes del continente, aunque fuera para empezar en el filial o ser cedido a otros equipos de inferior categoría.

En Lagarto, muy lejos de donde se gestaba una prometedora carrera, sus padres y hermanos aguardaban con expectación cada noticia que les llegaba de Diego, cada vez más cerca de alcanzar tan codiciado sueño. La primera entrevista que concedió a un medio español tras hacerse oficial el traspaso la leyó su familia en febrero de 2007, en el *Diario AS*. «Para mí es un sueño jugar en la Liga y en un equipo como el Atlético. En Brasil se habla mucho de la Liga española. Yo veía los partidos en São Paulo, es un campeonato muy importante y muy exigente para ser jugador de fútbol», dijo entonces.

DE CESIÓN EN CESIÓN

Fruto del acuerdo entre ambos clubes, el Atlético decidió dejar cedido a Diego en el Braga hasta que concluyese esa temporada. Era un salto importante para él. Salía de la Liga de Honra, donde tan buen semestre había hecho con el Penafiel, para jugar en la Superliga con el Braga, a préstamo, además, por un equipo de la entidad del Atlético de Madrid. En un partido ante el Paços de Ferreira, con los dieciocho años recién cumplidos, debutó por fin en la élite: la Superliga. La primera división de una gran potencia futbolística como Portugal. Solo temporada y media después de dejar Brasil. Solo cinco más tarde de salir de Lagarto en busca de trabajo en São Paulo, más allá de lo que el fútbol le pudiese deparar.

Su técnico aquella tarde en el estadio Mata Real fue Rogério Gonçalves, que solo tuvo cuatro partidos a sus órdenes a Diego Costa antes de que fuese despedido tras una derrota ante União Leiria y suplido en el cargo por el exdefensa internacional Jorge Costa. No fue un cambio que beneficiase a Diego, al contrario: entre los pocos minutos con los que contó y los problemas en uno de los dedos del pie, que acabaron haciéndole pasar por el quirófano, la segunda parte del campeonato se esfumó sin apenas brillo. Al menos pudo debutar en competiciones europeas —marcando incluso en un trascendental encuentro en Parma— y sentir lo que es la exigencia al más alto nivel, ese en el que

todos pelean por ser titulares.

Los aficionados atléticos estaban pendientes de lo que su desconocida promesa en Portugal era capaz de hacer, pero, curiosamente, desde que se concretó su fichaje no fue demasiado. Diego pisó Madrid por primera vez al término de la temporada. Fue una visita fugaz. La idea del Atlético de cederlo se concretó y acabó en el Celta, un conjunto histórico que vagaba por la Segunda División con la idea de volver a codearse cuanto antes con los mejores. Otra cesión.

El primer entrenador que tuvo en Vigo fue una leyenda del fútbol europeo: Hristo Stoichkov. El fuerte carácter del exjugador del Barça se reflejaba en el propio Diego, que seguía teniendo problemas cuando le provocaban e insultaban. Los esfuerzos de sus primeros educadores en la escuela Bola de Ouro y los de los posteriores entrenadores no surtían efecto. Por si fuera poco, el primer año en el fútbol español fue especialmente duro. El Celta no solo no ascendió, como pretendía, sino que sufrió mucho para mantener la categoría. Además de Stoichkov, pasaron por el banquillo López Caro, Alejandro Menéndez, Antonio López y Pepe Murcia. Una mala temporada para que un chico joven como él pudiera tener la tranquilidad suficiente como para explotar. Pese a ello, jugó más o menos con regularidad y acabó la temporada con seis goles. Su problema, sin embargo, fueron las expulsiones: hasta en tres ocasiones se marchó antes de tiempo.

Se veían cosas en él de estupendo jugador pero también otras que sembraban de dudas su futuro como futbolista atlético. El club le notaba todavía muy verde y quiso que siguiera madurando en clubes en los que fuera a ser importante. Su siguiente parada fue el Albacete, otro equipo venido a menos y por aquel momento anclado en Segunda sin posibilidad de regresar de nuevo a la élite. Jorge Mendes se puso en contacto con otro agente de jugadores de la zona del Mediterráneo, Antonio Alfaro, y le habló de la posibilidad de que surgiera la cesión. Fue ahí cuando apareció la opción del Albacete.

«Había muchas dudas con él en torno al aspecto personal, pero no en el futbolístico. Venía de un año difícil y polémico en Vigo. El Atlético se hizo cargo de parte de la ficha y nos hizo un gran favor. Recuerdo que el primer día con nosotros, en un partido de pretemporada en Puertollano —la final de la Copa de Castilla-La Mancha—, hablé con él antes del encuentro y le vi muy cómodo; sin embargo, después de vernos jugar, me dijo bromeando: “Míster, pensaba que en Albacete había playa...”. La verdad es que teníamos una plantilla muy floja y gracias a sus goles nos pudimos mantener», analiza su entrenador de entonces, Juan Ignacio Martínez, posteriormente técnico en Primera División. Los nueve goles de Diego, todos ellos en partidos diferentes, mantuvieron al Alba y dispararon el interés de otros clubes por él, la mayoría de ellos ya de la máxima categoría del fútbol español.

EL CALDERÓN LE ESPERA

Todos los veranos tenía que volver a Madrid con la esperanza de que algún viaje fuera el

definitivo, el que de una vez por todas le permitiese demostrar que tenía un espacio entre los potentes delanteros que aquellos años exhibía el conjunto colchonero, sobre todo Forlán y Agüero. Pero no. El Atlético mantenía su idea de que jugara, de que creciera como futbolista, y la única y mejor manera era prestándolo a equipos cada vez más fuertes.

Más seria si cabe fue la etapa en el Valladolid. Se trataba de su primera experiencia en la Primera División del fútbol español, la mejor liga del mundo cuando la veía junto a su hermano Jair y su tío Edson en São Paulo. En Pucela hizo ocho goles, mejorándose a sí mismo cada año, superando los retos que se encontraba por delante temporada tras temporada.

Para su entrenador de aquel año, José Luis Mendilibar, fue algo más que un jugador importante: fue el delantero sobre el que construyó su equipo, bien armado a nivel defensivo y con un puñal como Diego para hacer daño cuando tocaba atacar: «Desde bastante antes de la pretemporada ya supimos que íbamos a contar con él. Venía de dos equipos de Segunda y este iba a ser su estreno en la élite. Sabíamos del potencial que tenía, aunque también que era joven y algo brusco todavía. Él mismo nos decía que había empezado a jugar con quince años y que no tenía conceptos de fútbol como los demás. Había que andar con cuidado por estos detalles, pero a nivel futbolístico era un jugador extraordinario».

Esa primera irrupción entre los mejores jugadores de la Liga hizo que la afición del Atlético pidiese para él un hueco en la plantilla colchonera. Quique Sánchez Flores le probó en pretemporada y decidió quedarse con él, aunque tuvo un papel secundario como suplente de Agüero y Forlán. Pese a ello, se sintió un privilegiado por estar donde estaba, entre los mejores jugadores del planeta, en un club que quería ser tan grande como lo había sido anteriormente tantas veces. En un partido ante Osasuna en Pamplona llegó seguramente su explosión definitiva. El *hat-trick* con el que sorprendió a todos aquel día aún es recordado por el propio Quique: «Ese día superó las expectativas que teníamos con él».

El trabajo parecía hecho, y su espacio en la plantilla del Atlético de Madrid, reservado. Pero aún quedaba tarea por realizar. Una grave lesión de rodilla le tuvo apartado varios meses de los terrenos de juego cuando el Besiktas había llegado a ofrecer doce millones de euros por él. Seguramente otro se habría desplomado por ver frenada su trayectoria estando tan cerca de la cima, pero él se rehízo con la fuerza de voluntad que siempre demostró. La que le hacía jugar contra chicos mayores en Lagarto, en la escuela Bola de Ouro; la que le llevó a São Paulo a trabajar junto a su tío en la tienda de electrónica; la que le armó de coraje para fiarse de un agente de jugadores y cruzar el charco hasta Portugal en busca de una oportunidad en el fútbol; la que le hizo sobrevivir a cesiones varias, algunas de ellas incómodas, en ciudades que ni siquiera sabía dónde estaban; la que le ayudó a esforzarse al máximo en el gimnasio en plena recuperación mientras tuvo dañada la rodilla...

Aún con secuelas de su lesión, el Rayo Vallecano le recibió con los brazos abiertos para una cesión de seis meses, la última, que destapó definitivamente al gran jugador que

lleva dentro. Su entrenador era José Ramón Sandoval: «Fue una llegada inesperada porque estaba lesionado. Nos dijeron que se encontraba en la última fase de recuperación y decidí llamarle para preguntar. Su idea era quedarse en Madrid y nosotros no podíamos optar a un delantero como él en el mercado. Me gustó la valentía que tenía. Me dijo que si no estaba bien sería sincero. Así que acepté. Le tuvimos haciendo trabajo específico durante dos semanas. En ese tiempo ya vimos que era un pata negra, un futbolista con mayúsculas. Su debut en Zaragoza lo demostró. El doctor me había sugerido que quizá era conveniente que no viajara y yo le dije que si hacía falta no se movería del banquillo, pero que se venía con nosotros para hacer grupo. Al descanso, con un par de lesionados y perdiendo 1-0, tuve que sacarlo. Al final le dimos la vuelta al marcador y además Diego marcó. Fue solo el comienzo de unos meses tremendos, en los que congeniamos de maravilla».

Y tanto. Diego hizo diez goles en seis meses y definitivamente se erigió en una estrella en ciernes, un jugador destinado a la gloria. Para entonces Simeone estaba muy al corriente de lo que hacía aquel lagarto de Lagarto, recuperado posteriormente por el Atlético. No solo Simeone estaba pendiente. También Brasil y España. También los dos países en los que se formó como persona y jugador, los dos que posteriormente acabarían pugnando por aquel chico desaliñado que hasta los quince años no descubrió el fútbol. Lagarto. Ecurridizo lagarto.

3

Zlatan Ibrahimovic

Suecia

«Sobreviviendo al gueto de Rosengard»

En diciembre de 2008 los informativos de medio mundo incluyeron en sus ediciones los disturbios en un barrio a las afueras de Malmö provocados por la clausura de una mezquita. Más que el cierre en sí, lo que motivó tanta atención fue el carácter racial del acontecimiento.

En un sótano de Rosengard, una asociación cultural islámica desarrollaba su trabajo social con los jóvenes y mantenía un lugar para rezar en su interior. El propietario del local decidió no renovar el alquiler y algunos de los chicos más asiduos decidieron resistirse y ocuparlo. Hasta que la policía procedió al desalojo forzoso. Unos cien jóvenes reaccionaron levantando barricadas, lanzando piedras y pequeños explosivos contra la policía y quemando contenedores de basura.

Los hechos coincidieron con la decisión del Gobierno sueco de conceder mayor libertad a la Policía de Seguridad (Säpo) para tener localizados a presuntos terroristas o colaboradores. Las autoridades parecían temer que en ese tipo de locales se promoviera un islamismo radical. Unos años antes, cuando tuvieron lugar los incidentes en París con multitud de coches quemados también por problemas raciales, se había reforzado la seguridad en los barrios árabes de las tres ciudades más importantes del país: Estocolmo, Gotemburgo y Malmö. La prensa nacional se preguntaba cuánto tiempo tardaría en suceder allí una revuelta similar.

Unas décadas antes, en los años sesenta, el Gobierno socialdemócrata sueco había tomado dos medidas para incrementar el número de trabajadores: facilitar la integración de la mujer al mercado laboral y una política orientada a la integración del inmigrante. A Malmö, al sur del país, llegaron avalanchas de extranjeros. Hoy en día un 30 por ciento de sus trescientos mil habitantes ha nacido fuera de Suecia. Ese porcentaje sube ostensiblemente en Rosengard («jardín de rosas» en castellano).

Se trataba de un terreno agrícola donde las autoridades habían construido bloques de viviendas para quien no se pudiera permitir una casa unifamiliar, muy extendida en los países nórdicos. En un principio fue ideado como barrio futurista, pero los suecos pronto lo rechazaron. A los polacos, libaneses, somalíes, iraquíes, afganos o exyugoslavos que llegaban se les ofrecía una casa en Rosengard. Enseguida se convirtió en un gueto.

El barrio tiene hoy unos veintidós mil habitantes. Aunque solo dista quince minutos en autobús del centro, parece estar aislado del resto de la ciudad. Se trata de un espacio multiétnico donde conviven inmigrantes de distintos países que hace poco estaban en

guerra. El islamismo es la religión predominante, como reflejan sus restaurantes, tiendas y mezquitas. Sigue siendo un barrio marginado y con el mayor índice de desocupación y dependencia de subsidios sociales de la ciudad.

Allí llegaron en busca de un futuro mejor a finales de los años setenta tanto Šefik Ibrahimovic, bosnio musulmán, como Jurka Gravic(2), croata católica. Se conocieron, se casaron y allí nacieron Sanela (1979) y Zlatan (1981). Sin embargo, sus padres se separaron cuando nuestro protagonista tenía dos años. Tras un periodo inicial, los servicios sociales decidieron que los dos niños pasaran a vivir con el padre, que tenía otro hijo llamado Sapko, ocho años mayor que Zlatan, de una relación anterior. Šefik era muy estricto y a veces tenía peleas tremendas con Sapko. Cuentan que en Sarajevo fue conocido como intérprete de canciones nacionales bosnias, llegando incluso a grabar un par de discos. Emigró a Suecia con la idea de ganar algo de dinero y volver a los dos años. Pero nunca regresaría.

Zlatan visitó Bosnia una vez antes de que estallara la guerra de los Balcanes. Cuando eso sucedió, en 1992, tenía diez años y recuerda a su padre pegado todo el día a la radio escuchando horrorizado las noticias que llegaban de su pueblo natal, Bijeljina. Las tropas serbias de Ratko Mladic(3) y Arkan habían invadido aquel territorio y estaban procediendo a un masivo genocidio de bosnios musulmanes, entre ellos varios con el apellido Ibrahimovic, parientes lejanos de Šefik. Esa situación provocó que el padre de Zlatan recayese en problemas con el alcohol.

A veces, por las mañanas, los niños se lo encontraban durmiendo en el suelo del salón, rodeado de latas de cerveza vacías. Zlatan recogía los botes, los metía en una gran bolsa de plástico y los llevaba a un chatarrero, que le pagaba cincuenta céntimos de corona por lata. Con lo recaudado se compraba paquetes de chicles que incluían cromos de futbolistas. Siempre los abría esperando que apareciera el de Maradona. «Pero me solían tocar jugadores suecos a los que no conocía de nada».

Šefik tuvo varios empleos: conserje, vigilante nocturno y dependiente en una bodega. A menudo trabajaba hasta tarde, por lo que sus hijos tenían que arreglárselas solos. Y el frigorífico muchas veces estaba vacío. «Después de estar jugando en la calle, volvía a casa hambriento y diciendo: “Por favor, por favor, que haya algo”. Pero abría la nevera y solo encontraba leche, mantequilla, zumo y cervezas, muchas cervezas. Comía algo de pan o corría a casa de mamá, donde no siempre era bien recibido», cuenta en su autobiografía.

En una ocasión, Zlatan volvió a casa con un fuerte dolor de estómago. El padre estaba borracho pero reaccionó rápido: le subió en un taxi y pidió al conductor que le llevara al hospital más cercano, infringiendo si hacía falta las señales de tráfico. Él pagaría lo que fuese necesario. Los médicos descubrieron que Ibra tenía meningitis. No se alimentaba bien. Era un chico frágil, muy delgado y bajito.

«Yo ya sabía cuándo se podía hablar con mi padre. El día después de que hubiera bebido estaba muy amable. Otras veces era especialmente generoso. Un día me dio quinientas coronas sin motivo. Pero también tengo algunas imágenes horribles en mi cabeza de cuando estaba borracho. Cuando fui mayor, en ocasiones me enfrenté a él y le

decía que estaba bebiendo mucho. Pero nunca me pegó. Por dentro era el hombre más bueno del mundo».

Šefik mimaba a sus hijos. Les llevaba a comer hamburguesas y helados y, en cuanto pudo ahorrar, les regaló las mejores zapatillas de todo Rosengard. Cuando la cama en la que dormía Zlatan se rompió, fueron a comprar una nueva a Ikea. No tenían dinero para el suplemento de transporte y montaje, así que el padre se la cargó sobre los hombros y recorrió los dos kilómetros de distancia hasta su casa con ella encima.

Sanela aguantó poco la nueva situación y volvió con la madre. Zlatan vivía a caballo entre las dos casas. Para ir de una a otra tenía que atravesar un túnel donde una vez su padre había sido atacado. Lo hacía atemorizado, así que pasaba corriendo.

En casa del padre solía reinar el silencio. Él se ponía los cascos y escuchaba música yugoslava. En casa de la madre, sin embargo, siempre había gritos y puertas que se cerraban bruscamente. Jurka tenía dos hijas y un hijo más de otra relación. Era asistenta de hogar y se pasaba el día limpiando casas ajenas, a veces hasta catorce horas seguidas. Desde muy joven, Zlatan intentó persuadirla para que se dedicara a otra cosa pero no lo logró. Sanela se convirtió en una segunda madre para el menor de los hermanastros, Aleksandar, al que llamaban Keki.

«No tenía tiempo para ser amable, no en aquel momento. Gritaba mucho y a veces nos pegaba con una cuchara de madera. Si se rompía, estábamos obligados a comprar otra porque era culpa nuestra si nos había tenido que pegar tan fuerte», recuerda Zlatan. Una vez la policía entró en su casa y arrestó a su madre, acusada de robo, y a una de las hermanastras por posesión de drogas. La enviaron a un centro de rehabilitación y, cuando salió, se alejó para siempre de la ciudad.

Aunque la situación familiar no fue la idónea, Zlatan siempre tuvo un vínculo muy estrecho con ellos. De hecho, aparecen en sus primeros tatuajes. El nombre del padre, en el brazo derecho; el de la madre, en el izquierdo. La fecha de nacimiento de su padre y sus hermanastros, en la muñeca derecha. Las de su madre y su hermana, en la izquierda.

NIÑOS DE LA CALLE

El piso de la calle Cronmans se asomaba a la plaza principal de Rosengard. «Pasábamos aquí las veinticuatro horas del día, jugábamos todo el rato al fútbol. Las chicas no nos interesaban —recuerda Elvir Hamzic(4), uno de sus amigos de la infancia—. No teníamos dinero. Solo existía el balón, no conocíamos nada más. Cuando vienes de Rosengard, te haces más duro. Aprendes a decir: “Quiero esto y lo voy a conseguir”».

En esa explanada donde dio sus primeras patadas se levanta hoy el Zlatan Court, una pista asfaltada de fútbol sala patrocinada por la marca deportiva que le viste y construida con zapatillas de deporte recicladas. Tiene las porterías de color dorado, en honor a su nombre (Zlatan significa «de oro») y las huellas de su pie, tamaño 44, en la entrada, al estilo del Paseo de la Fama de Hollywood.

A veces no le dejaban jugar porque era demasiado pequeño. Pero en aquel lugar no se

trataba tanto de ganar partidos como de impresionar a los demás chicos por tu habilidad con el balón. Y en eso Zlatan poseía un don innato. «Siempre decía que iba a ser el mejor —recuerda Elvir—. Ya desde pequeño, con su gesto característico cuando marca un gol, abriendo los brazos en cruz, quería decir que era el número uno. Tampoco podíamos saber que iba a ser tan bueno. Éramos unos veinte niños jugando aquí todos los días y más o menos todos teníamos el mismo nivel. Pero luego dio el salto».

Con seis años ingresó en un club federado, el Malmoe Boll. «Pero allí todos eran muy educados. “Vamos, chicos, buen trabajo”, decían —recuerda Zlatan—. Pero cuando pasé a jugar en el FBK Balkan escuchaba: “Voy a darle a tu madre por el culo”, y yo pensaba: “Mira, exactamente como en mi casa. Yo pertenezco aquí”». El Balkan, como su propio nombre indica, era el equipo de los hijos de los inmigrantes balcánicos. El entrenador era un bosnio que había jugado a un buen nivel en su país y que se convirtió en una especie de segundo padre para los chicos. A menudo llevaba a Zlatan en coche a casa y a veces le daba incluso dinero para que se comprara un helado o algo con lo que mitigar su hambre.

Curiosamente, Ibra empezó de portero. Jugaban en un campo de tierra con muchas piedras que ahora, con la ayuda de Zlatan, se ha convertido en un recinto de hierba artificial. Estaba a unos tres kilómetros de su casa. Sus padres nunca podían acompañarle pero él, lloviera o nevara, siempre iba a entrenarse. Lo hacía corriendo o en bicicleta. Su hermano mayor le había regalado una a la que llamó «Fido Dido». Pero le duró pocos días en Rosengård. A partir de entonces, su principal diversión era abrir los candados de las otras bicis. Se convirtió en un experto. Un día cogió la del cartero y luego la abandonó, con todas las cartas, en una esquina. Y otra vez tomó, sin saber que era suya, la del segundo entrenador del equipo. «Podía haberme echado pero se lo tomó bien. Se echó a reír».

Pero no solo robaba bicis. «Cuando necesitábamos algo, íbamos a las tiendas y lo cogíamos. Una vez, en pleno verano, fuimos a unos grandes almacenes vestidos con abrigo. Queríamos ocultar cuatro raquetas de ping pong y otras cosas». Y, claro, les pillaron. «Cuando nos detuvieron en Wessels, habíamos robado por valor de mil cuatrocientas coronas (ciento veinticinco euros). Menos mal que logré coger la carta con la denuncia cuando llegó a casa antes de que la viera mi padre. Estaba borracho a menudo, pero aun así había reglas que respetar. No sé lo que habría pasado».

Otras veces se dedicaban a tirar huevos a los vecinos que paseaban por la calle desde el cuarto piso del balcón de su madre. «¿Qué habría sido de no haber llegado a futbolista? Probablemente un criminal», ha asegurado en alguna ocasión Zlatan.

Elvir recuerda cómo, de pequeño, Ibrahimovic ya tenía el mismo carácter que exhibiría más adelante: «Un poco presumido y siempre gastando bromas. Pero también se enfadaba a menudo. Entonces, tiraba lo que tenía al suelo con rabia o insultaba a todos». «Era un salvaje, un lunático, no podía controlar mi mal humor», recuerda Ibra de aquella época.

En la escuela primaria Värner Rydén, a la que acudía, su profesora Carolina Pehrson cuenta que «hablaba mucho durante las clases. Tenía mucho sentido del humor, pero a

veces se reía de los otros alumnos y eso no era divertido». No paraba quieto. El director de la época, entre risas, le recuerda como el «minigánster del colegio. Estuve en actividad treinta años y puedo asegurar que fue uno de los cinco peores alumnos que tuve». En aquella época, por obligación, cayó en sus manos uno de los pocos libros que reconoce haber leído en su vida, *Robinson Crusoe*. Un día, con diez años, le encargaron una redacción: «¿Qué haré yo dentro de una década?». Sorprendió al profesor escribiendo: «Me convertiré en futbolista profesional, jugaré en Italia, seré rico y tendré una gran casa frente al mar».

Esa seguridad en sí mismo también la recuerda Leif Almö, el director de la academia de artes marciales Enighet, donde Zlatan había empezado a acudir para practicar taekwondo. Su tío Sabahudin Ibrahimovic fue un boxeador de éxito en la antigua Yugoslavia y su padre también hizo una incursión en ese deporte de modo amateur. Dos de los ídolos en la infancia de Ibrahimovic eran Bruce Lee y Muhammad Ali.

«Si se hubiera dedicado al taekwondo en vez de al fútbol, quizá habría llegado lejos. Porque posee algo importante: haga lo que haga, tiene determinación —recuerda Almö—. Pero un día, cuando ya estaba en el Malmoe, tuvo que elegir qué deporte practicar. Vino a verme a mi despacho y me dijo: “Voy a dedicarme al fútbol y voy a ser el mejor jugador del mundo”».

Según el profesor Pierluigi Archetti, director de las selecciones italianas de kárate, practicar taekwondo le proporcionó cosas que luego le servirían en el fútbol: «Le ayudó seguramente en la coordinación, el equilibrio y a mejorar el tiempo de reacción. Además, en las artes marciales hay que saber usar los dos pies por igual».

UN PARTIDO QUE VALE UN FICHAJE

Para entonces, en el Balkan ya había pasado a actuar de delantero y jugaba con chicos dos años mayores que él. Ya había tenido también sus primeros roces con el entrenador de turno, que a veces se veía obligado a dejarle de suplente como castigo por razones disciplinarias. Un día se enfrentaban al Vellinge y en las gradas estaba Ola Gällstad, un ojeador del Malmoe: «Zlatan empezó en el banquillo. Al descanso su equipo perdía 0-4, por lo que el entrenador decidió sacarle. Ganaron 8-5 y él marcó los ocho goles». Ese partido le cambió la vida.

El Malmoe era, obviamente, el gran equipo de la tercera ciudad más poblada de Suecia, el club en el que todos los chicos deseaban jugar. Era además, con dieciséis ligas y catorce copas, el de mejor palmarés de todo el país. Como gran éxito internacional había sido finalista de la Copa de Europa en 1979, cuando cayó derrotado por la mínima ante el Nottingham Forest.

Con doce años, Zlatan Ibrahimovic ingresó en sus filas. Seguía siendo muy bajito. En los años siguientes daría el gran estirón. Durante un verano creció trece centímetros. Con dieciséis, ya era el más alto del equipo. Junto a su buen amigo Tony Flygare, fue avanzando en las categorías inferiores del club demostrando unas condiciones muy por

encima de la media.

Pero también un carácter explosivo. Con trece años se peleó con un compañero y le acabó propinando un cabezazo que le envió al hospital. El padre del joven organizó una recogida de firmas para que Zlatan fuera expulsado del club.

«Los otros chicos eran de clase alta. Tenían el último modelo de botas, de piel de canguro. Yo me había comprado unas en Ekohallen que me habían costado cincuenta y nueve coronas (seis euros) y estaban expuestas junto a los tomates y las verduras. Y cuando jugábamos fuera, ellos llevaban encima dos mil coronas y se iban a comer pizza o hamburguesa. Yo les decía que no tenía hambre. Mi padre no había pagado el alquiler para poder darme apenas veinte coronas. Sentía que venía de Marte. Hablaba incluso diferente a ellos». Un día discutió con un compañero de forma vehemente en pleno partido y el árbitro le amonestó. «Tú también te puedes ir a tomar por culo», le dijo. Expulsado.

Era un carácter indomable. A su entrenador de aquella época, Åke Kallenberg, no le quedaba otro remedio que dejarle a menudo en el banquillo. Ola Gällstad recuerda cómo una vez, con quince años, se plantó en su despacho y le dijo que quería dejar el fútbol: «Tenía un amigo que trabajaba en el muelle y quería irse con él, abandonar el club. Le dijimos que su talento no se podía desaprovechar y, por suerte, le convencimos para que cambiara de opinión y siguiera con nosotros». Pasó a jugar en el equipo juvenil que dirigía Johnny Gyllensjö. Junto con Tony Flygare, practicaba continuamente disparos, regates y malabarismos nuevos. «Me volví muy obsesivo. Lo repetía una y otra vez hasta que conseguía hacer lo que me proponía».

También se relacionó con un tipo de gente distinto al que estaba acostumbrado cuando entró en el instituto. Por sugerencia del club, se matriculó en uno de los mejores de Malmö, llamado Borgarskolan. «Allí vestían zapatos Timberland y camisas Ralph Lauren. ¡Yo nunca había visto a un chico con camisa! En mi barrio los chicos llevaban ropa deportiva. Todos sabían que yo venía de Rosengård, estaba marcado». Quiso abandonar desde el principio pero su padre no se lo permitió. Recibía una beca de setecientos noventa y cinco coronas al mes, que venía muy bien a la economía del hogar. A Zlatan nunca le gustó estudiar pero, con un profesor extra de apoyo, acabó sacando buenas notas. Obtuvo un 5/5 en Educación Física y en Artes Visuales y un 4/5 en Física y Química.

Pero seguía con la obsesión de coger lo que no era suyo. En el instituto había taquillas individuales donde cada chico guardaba sus cosas. Una vez vio a un compañero meter un reproductor mp3, esperó a que se fuera, abrió el candado y se llevó el *minidisc*. También protagonizó algún episodio de soberbia con los maestros. Su profesora de italiano le expulsó de clase y él respondió: «No me importa una mierda. Ya aprenderé italiano cuando sea profesional y juegue en la liga italiana».

A esa edad ya había cambiado la calle por la videoconsola. En los partidos contra su inseparable Ilia siempre elegía el Inter de Milán. El ídolo de Ilia era Del Piero. El suyo, Ronaldo, aunque solo era cinco años mayor que él. Tenía la habitación llena de pósteres del brasileño y se dijo que algún día jugarían juntos.

Ronaldo Nazario fue convocado para el Mundial 94, aunque no llegó a disputar ni un minuto. Una Copa del Mundo en la que Suecia realizó un gran papel. Sin embargo, «yo nunca vi un partido de la selección sueca. Me gustaba Brasil porque Bebeto y Romário hacían cosas diferentes. Cuando tocaban el balón, hacían magia. Era algo distinto a todo lo que había visto antes».

NACIONALIDAD SUECA, SANGRE BOSNIA

El deseo de Šefik Ibrahimovic consistía en que su hijo jugara con la selección de su país natal, ya independizado. En 1998, cuando Zlatan tenía diecisiete años, escribió una carta a la Federación de Fútbol de Bosnia-Herzegovina para ofrecerle. Munib Ušanovic⁽⁵⁾, secretario general de la misma, respondió que «en Bosnia-Herzegovina había mejores talentos» y que «no quería pagar el billete de avión a un niño desconocido que quería pasar sus vacaciones gratis en Bosnia».

Tres años después recibió una invitación de la propia federación para disputar un torneo amistoso en la India con la selección sub-21, pero Ibrahimovic la rechazó: solo jugaría con la absoluta.

Para entonces ya había ganado el campeonato nacional juvenil con el Malmoe. Aunque él solía ser suplente. Cuando entraba, a menudo marcaba. Pero su entrenador no soportaba su individualismo. Discutía con compañeros y aficionados.

El primer equipo pasaba por malos momentos tanto deportivos como económicos y tuvo que recurrir a la cantera. Su amigo Tony Flygare junto a otros como Jimmy Tamandi o Guðmundur Mete fueron los primeros en tener su oportunidad. El entrenador era Roland Andersson, exdefensa internacional con más de trescientos partidos en el Malmoe. Un día vio jugar a Zlatan con el equipo sub-20 y le llamó a su despacho. «Era una figura muy respetada en el club. Todos decían que era muy estricto. Mi corazón latía fuerte. Entré y estaba muy serio. Empecé a pensar si había robado algo o había dado un cabezazo a alguien». Pero Andersson portaba buenas noticias: «Es hora de que empieces a jugar con los mayores. Bienvenido al primer equipo».

Debutó con el primer equipo el 19 de septiembre de 1999, poco antes de cumplir los dieciocho años, en el campo del Halmstads. Tenían que empatar o ganar para no ver comprometida la permanencia. Iban perdiendo 2-1 cuando les pitaron un penalti a favor en el descuento. Su amigo Flygare, tan atrevido como él, pidió tirarlo. Lo falló y desde entonces su carrera se hundió antes incluso de despegar.

Entrando desde el banquillo, Zlatan disputó los seis últimos partidos de una temporada que es considerada negra en la historia del club, ya que culminó con el descenso de categoría tras sesenta y cuatro años en la primera división sueca. Quedaron penúltimos. En el encuentro que cerraba el curso, el 30 de octubre ante el Västra Frölunda, Zlatan marcó su primer gol como profesional. Firmó sus primeros autógrafos y Roland Andersson le definió como «un diamante en bruto». El descenso a la segunda división sueca iba a ser, paradójicamente, una buena noticia para Zlatan.

Fue también la época en la que más se acercó a su padre. La hermana le había retirado la palabra y él había decidido dejar el alcohol. Hasta entonces no se había interesado mucho por el fútbol de su hijo. Pero de forma obsesiva empezó a acudir de repente a todos sus encuentros. No se perdía ni siquiera los entrenamientos. Y convirtió su casa en un museo con objetos y recuerdos de los partidos de Zlatan.

Llegó un nuevo entrenador al equipo, Micke Andersson, que en los primeros partidos le dejó en el banquillo. Se rumoreó acerca del interés de otros equipos suecos, como el AIK Solna. Pero apareció otra figura decisiva en su vida. Hasse Borg había sido un notable defensa sueco que acabó su carrera en el Malmoe tras disputar el Mundial de Argentina 78. Una vez retirado, en 1999 se convirtió en el director deportivo. Con un carácter muy pausado, le dio confianza y le instó a ser paciente: «Este es el sitio adecuado para que crezcas. Tendrás oportunidades para progresar». Firmó su primer contrato como profesional y empezó a ganar un sueldo de dieciséis mil coronas al mes (unos mil quinientos euros). Con ese dinero alquiló un apartamento cerca del estadio y se compró su primer móvil.

Muy pronto se convirtió en titular indiscutible. Llevaba el dorsal 27. La autoexigencia de Ibrahimovic era muy alta. Rara vez acababa satisfecho un partido. Y, de nuevo, se le acusaba de individualista. En un reportaje de la época, su compañero de delantera en aquel equipo, Niclas Kindvall, decía sin tapujos al final de un partido: «Zlatan es muy egoísta. Hay muchas veces que hay compañeros en mejor situación para marcar un gol pero él no nos ve. Con que diera un pase sencillito, la jugada podría acabar en gol». Según el capitán, Hans Mattison: «Zlatan es un chico problemático, tiene una actitud algo arrogante. Pero debemos entender de dónde viene. Aún está buscando su sitio en el equipo. Todavía no es la estrella, aunque él piense que sí lo es».

También protagonizó varios altercados con periodistas, sobre todo con uno de *Aftonbladet*, un diario al que más adelante vetaría durante cuatro años. Algo que también haría en distintos momentos de su carrera con el *Svenska Dagbladet* o con la televisión estatal sueca. Un día, en una reunión informal con periodistas promovida por su representante para limar asperezas, acabó gritándoles: «Si hubierais crecido donde yo crecí, no habríais sobrevivido».

Hasse Borg era el gran valedor de Zlatan y conocía mejor que nadie en el club su complicada infancia: «Es un buen chico, muy dulce. Quizá por sus orígenes duros, puede parecer un poco altivo, pero creo que solo es una máscara para protegerse. Gesticula mucho, protesta a los árbitros, discute con los rivales. Eso le distrae, le impide centrarse en el partido, le hace peor futbolista. Hemos hablado mucho con él de ese tema. Si lo corrige, puede llegar a ser uno de los mejores».

El propio Zlatan reconocía en el mismo reportaje que era «alguien con quien es difícil llevarse bien. Me gusta mucho regatear, entiendo que algún compañero pueda enfadarse conmigo. Pero no pasa nada, el fútbol tiene que ser divertido. Si no lo es, no vale la pena jugar. Soy consciente de que puedo parecer un poco presumido, entiendo que hay unos límites y yo a veces los supero. Cuando sea profesional, que lo seré seguro, la duda es saber cómo me las arreglaré por ahí fuera yo solo».

Ibrahimovic tenía por aquel entonces dos grandes aficiones: la pesca y los coches. En cuanto cumplió dieciocho años hizo un curso intensivo para sacarse el carné y se compró un Toyota Celica que fue la envidia de sus coetáneos en Rosengard.

Con sus amigos lo usaban a menudo. Se subían en el coche e iban a sitios que nunca antes habían pisado. Y, claro, volvió a meterse en líos. Como aquel día que fueron a Industrigatan, el barrio de las prostitutas, a tirarles huevos. O cuando les gastaron una broma y se hicieron pasar por policías. Llegaron los verdaderos agentes, los fotógrafos y su cara acabó en los periódicos.

Ya por entonces fantaseaba con lo que haría cuando le fichase un gran club: «Comprarme un Lamborghini Diablo de color lila metalizado. Y en la matrícula pondrá Toys (“juguetes”)». Ese sueño no estaba lejos. Acabó la temporada con doce goles en veintiséis partidos, máximo goleador del equipo y tercero del campeonato. Quedaron segundos en la Superettan y ascendieron al primer intento. Sus exhibiciones, cada vez más regulares, empezaron a tener eco en el extranjero. Esos meses, entre finales de 2000 y principios de 2001, iban a ser muy agitados.

«ZLATAN NO PASA PRUEBAS»

Arsène Wenger había obtenido buenos informes de ese joven sueco pero quería verle en directo, como hacía con multitud de chicos. Le invitó a pasar unos días en Londres. Nada más llegar, le regalaron la camiseta oficial con el número 9 y su nombre a la espalda. Sus fotografías aún circulan por la red. Wenger en persona le visitó en el hotel y le invitó a entrenarse al día siguiente con el primer equipo en el Colney Training Ground. Para cualquier adolescente habría sido un sueño. Era la época del Arsenal de Henry, Vieira y Bergkamp, que entre 1998 y 2005 siempre fue campeón o subcampeón de liga. Sin embargo, la brusca respuesta de Ibra es ya célebre: «Zlatan no pasa pruebas». El fichaje, que se daba por seguro a cambio de tres millones de libras, se frenó bruscamente. Años más tarde, Wenger declararía: «No me arrepiento. Solo se puede fichar a un jugador sin haberle visto primero si los ojeadores te dicen que están seguros al cien por cien. Si te dicen que alguien tiene calidad y quieres ser serio, debes verle en persona».

También tiempo después Zlatan recordaría así el episodio: «Cuando me regalaron la camiseta fue un momento fantástico. El Arsenal tenía un gran equipo. Así que esperé a que me convencieran pero ni siquiera lo intentaron. No me hicieron ninguna oferta, solo querían ver qué clase de jugador era. No me lo podía creer. Yo ya entonces tenía una gran fe en mis posibilidades. Estoy seguro de que otros jugadores habrían aceptado porque era el gran Arsenal y el famoso Wenger, pero yo sabía que había otros equipos que también me querían. Así que dije que no».

Acompañado por Hasse Borg y por su representante de aquel momento, visitaron también las instalaciones del Mónaco y el Verona, otros dos equipos interesados. Pero no llegaron a ningún acuerdo. Poco después de regresar a casa, el 31 de enero de 2001, fue convocado por sorpresa por la selección absoluta sueca. Debutó en un partido

amistoso contra las Islas Feroe que terminó con empate a cero. Ibrahimovic no había sido nunca titular en un encuentro de la primera división sueca.

EL GRAN SALTO

Por aquel entonces, Leo Beenhakker, extécnico del Real Madrid y del Zaragoza en los ochenta, llevaba un año como director deportivo del Ajax, al que había llegado tras entrenar al Feyenoord. Avisado del talento de Zlatan, tomó un vuelo a Murcia. Ya en aquella época, en La Manga se concentraban varios equipos escandinavos para ultimar su preparación de cara a sus campeonatos nacionales, que comenzaban en abril. El 9 de marzo de 2001, el Malmoe disputó un amistoso contra el Moss noruego. Aquel día Zlatan dio una exhibición. Marcó un gol impresionante: hizo un sombrero a un defensa y, sin dejar caer el balón, enganchó con la izquierda una volea que entró por la escuadra.

Beenhakker se marchó maravillado, sobre todo por ser el único directivo de un gran club que había presenciado aquello. Le dijo a Hasse Borg que querían conocer al chico de inmediato y a la conclusión del partido tuvieron una breve reunión en el hotel.

Ola Gällstad recuerda que «muchos clubes preguntaron por él en aquellos meses, equipos de Holanda, de Italia y de Inglaterra. Pero él quería ir al Ajax porque era un equipo que apostaba por la técnica y por los jóvenes».

A los pocos días, la plana mayor del Ajax viajó a Malmoe para cerrar el acuerdo. «De camino a la reunión le dije a Hasse Borg que quería ser el jugador nórdico más caro. Había un jugador sueco que había ido al Arsenal por cuarenta millones de coronas y el Valencia había fichado a Carew, un noruego, por setenta». El Ajax presentó una oferta de ochenta y cinco millones de coronas (7,8 millones de euros). Solo por el griego Machlas, por muy poca diferencia, el club holandés había pagado más dinero. A Zlatan le ofrecían un contrato de ciento sesenta mil coronas al mes, cuatro veces más de su salario en aquel entonces.

Todos los periódicos nacionales llevaron la noticia a sus portadas del día siguiente y todos los informativos abrieron con ello. La madre, asustada, le llamó. «Cuando alguien de Rosengard aparece en televisión, suelen ser malas noticias. Pensaba que estaba muerto o le habían secuestrado».

Quedaban apenas dos meses de temporada en la liga holandesa, por lo que Zlatan permaneció cedido en Suecia. Disputó los ocho primeros partidos del campeonato del 2001, en el que el Malmoe regresaba a la Allsvenskan. En el primero de ellos, el 9 de abril, en medio de un ambiente festivo, ganaron 2-0 al AIK y él marcó los dos goles. «Zlatan, Zlatan, SuperZlatan», retumbaba el estadio. A la salida estuvo firmando autógrafos a todos los que se lo pidieron, algo que se había autoimpuesto como norma.

Solo anotaría un tanto más hasta el 19 de junio, fecha de su despedida. La afición entonó entonces el *Zlatan & jag*, la ya popular canción que le había dedicado The Ballerinas & The Pendletones, un grupo de música sueco, y que empezaba a sonar incluso como sintonía de muchos teléfonos móviles.

Tras unas cortas vacaciones, hizo la maleta y se presentó en Ámsterdam. Le dieron el 9 que había vestido Van Basten, fue a elegir el Mercedes Benz que había puesto como condición para fichar y, según cuenta la leyenda, entró en el vestuario de uno de los clubes con mejor palmarés del mundo diciendo: «Yo soy Zlatan. Y vosotros ¿quién coño sois?».

Y es que ya lo dice una pancarta que preside la entrada del barrio en el que nació: «Puedes sacar al chico de Rosengard pero no puedes sacar a Rosengard del chico».

4

Luis Suárez

Uruguay

«La última oportunidad de Salta»

Salto es la segunda ciudad de Uruguay con más de cien mil habitantes. Se encuentra en la frontera con Argentina, unos quinientos kilómetros al noroeste de la capital, Montevideo, donde solo un río separa un país del otro, una ciudad uruguaya como Salto de otra argentina como Concordia. Apenas tiene recursos propios más allá de la producción citrícola, por lo que la vida no da para grandes alharacas. Tampoco las dio para la familia de Luis Suárez, el salteño universal, nacido y criado en el Barrio Cerro. Su abuelo Atacildo había ejercido allí como miembro del Ejército Nacional. Su padre, Rodolfo, hizo lo propio años después. Los salarios como pensionistas de ambos no permitían excesos, por lo que tuvieron que buscar otras formas de mantenerse empleados y poder llevar un mejor jornal a casa.

Lo que nunca faltaba, tuviera la familia la situación económica que tuviera, era la pasión por el fútbol. Rodolfo, de hecho, fue lateral derecho en el Deportivo Artigas de Salto y también en la selección provincial. Antes, muy joven, con la veintena aún sin cumplir, se casó con una chica local de solo quince años que respondía al nombre de Sandra. De aquel matrimonio salieron seis hijos, el cuarto de los cuales fue el pequeño Luis. El resto fueron Paolo, Giovanna, Leticia, Maxi y Diego, varios de los cuales también han hecho sus pinitos en el fútbol. De hecho, Luis siempre solía fijarse en el mayor, en Paolo, que jugaba en Basáñez, para imitar sus gestos, sus regates, sus golpeos de pelota. Todos ellos eran los Suárez, muy conocidos en la zona.

A Luis le fascinó el fútbol desde pequeño. Vivían muy cerca del Cuartel del Batallón de Infantería Número 7 de la ciudad, en cuyo bacheado terreno de juego dio sus primeros pases y marcó sus primeros goles. Así lo recordó su abuela Lila en un artículo en *The Sun*: «Lo único en lo que pensaba era en fútbol, fútbol y más fútbol. Parecía tener un balón pegado a los pies desde que aprendió a andar. Allí jugaban todos los chicos del barrio. Luis, el “cheo”, como le decíamos en casa, no tendría más de cuatro años».

Ese primer vínculo con el fútbol le hizo jugar, poco después, con su primer equipo a nivel formativo, el Deportivo Artigas, donde también había militado su padre y que precisamente disputaba sus partidos en el mismo campo del Cuartel Militar que se erigía entre las calles Asencio y Maciel. Verse allí los fines de semana marcando goles y ganando partidos le hizo superar de una mejor manera los problemas cada vez más serios que había en casa. Sus padres no atravesaban un buen momento. Apenas había trabajo y eso fue desgastando su relación. Las pocas ofertas de empleo que había, como suele ser

normal, estaban en la capital, Montevideo, por lo que decidieron mudarse hasta allí y probar fortuna.

No fue un cambio sencillo. Implicaba dejar en Salto a los abuelos y a los amigos de toda la vida con el objetivo de poder sacar adelante a una familia de seis hijos. Rodolfo, el padre, encontró un puesto de trabajo en la fábrica de galletas El Trigo; la madre, Sandra, fue contratada como limpiadora en la estación de autobuses de Tres Cruces, la más importante de Montevideo. El cambio, sin embargo, no fue del agrado de los hijos, lo que tampoco ayudó a que el clima mejorara. «El cambio de ciudad, el diferente acento que teníamos con respecto a los de Montevideo, lo que les hacía reírse de nosotros, todo influyó», expresa Luis Suárez al recordar aquel momento. En realidad su objetivo habría sido quedarse con los abuelos en Salto, pero no pudo ser pese a que hizo todo lo posible por conseguirlo.

LA SEPARACIÓN

Luis fue inscrito en la escuela número 171, en Nicaragua y Cufre, en el barrio de Tres Cruces. Tenía solo seis años en el momento de la mudanza. Era muy pequeño, pero su ilusión era encontrar un equipo que le diera cobijo y en el que pudiera conocer a más chicos como él. «Comenzamos a buscar un club en el que pudiera jugar. Me hablaron bien del Urreta, un equipo cercano al Canal 5, donde vivía la gente más acomodada. En cuanto el entrenador le vio correr con la pelota decidieron que les interesaba», cuenta Sandra, la madre de Luis. El Urreta, efectivamente, era uno de los clubes más asentados de Montevideo en lo que en Uruguay se conoce como el «baby fútbol».

Desde años atrás, los máximos estamentos del fútbol uruguayo habían puesto en marcha este proyecto con el que hacer que el mayor número de niños posible jugara los fines de semana federados y no por libre. Las dimensiones del terreno de juego son considerablemente más pequeñas que las del fútbol normal —más bien corresponderían a las del fútbol sala— y el número de jugadores también es menor. En realidad, es un fútbol a menor escala, justo lo que necesitan los chicos para ir aprendiendo a jugar de manera paulatina, acorde a las limitaciones físicas con las que todavía cuentan. En el «baby fútbol» es muy fácil distinguir el talento, analizan algunos especialistas. Hay mucho contacto con la pelota y los jugadores tampoco tienen demasiado espacio entre unos y otros. Hay que ser muy bueno para destacar. Aún a día de hoy sigue siendo una costumbre muy arraigada en Uruguay ir los fines de semana a ver «baby fútbol», animar a los pequeños y comer torta frita para saciar el apetito del mediodía.

Lo mismo ocurrió con Suárez en sus inicios. El primer encuentro que disputó con el Urreta fue un amistoso en Lagomar. Como era el nuevo, el pequeño al que nadie había visto aún en acción, se quedó en el banquillo. Al descanso su equipo perdía por 2-0 y fue entonces cuando el técnico decidió darle la alternativa. Luis, con el desparpajo de quien se sabe superior al resto, volteó el marcador con tres goles de pillo, tres dianas que de ahí en adelante le convirtieron en la estrella indudable de su equipo y también en una de las

más destacadas del «baby fútbol» de aquellas temporadas en las que lo disputó.

No obstante, el cambio de ciudad seguía siendo complicado para él y para sus hermanos. Así lo cuenta el propio jugador: «Nosotros estábamos acostumbrados a jugar en la calle todo el día. Abríamos la puerta de casa y ahí nos pasábamos horas y horas con un balón en el césped. Sin embargo, en Montevideo era muy difícil esto. Había menos seguridad y menos niños que lo hicieran. Aun así, nos las ingeniábamos para jugar todo lo que podíamos. Hice buenos amigos aquella época. Martín, Leonardo, Víctor... Me pasaba el día en sus casas porque sus padres me trataban prácticamente como si fuera un hijo más».

Y es que las cosas en el hogar de los Suárez seguían yendo mal. El matrimonio no se arregló en ningún momento. Los cambios de trabajo, los vaivenes emocionales, la responsabilidad de sacar seis hijos adelante... Todo influyó. Así, cuando Luis tenía nueve años llegó la decisión de los mayores que tanto afecta a los pequeños: Rodolfo y Sandra, los padres de la familia, decidieron separarse: «Mi matrimonio se rompió. Tuve que emplearme muy duro para poder dar de comer a mis hijos. Trabajé como limpiadora en casas de la gente, también en un hospital, y muchas veces era mi madre, la abuela Pelusa, la que tenía que cuidar de los críos. Resultó una época difícil, pero creo que nos arreglamos», analiza Sandra. Rodolfo se mantuvo también en la ciudad trabajando como portero en un edificio frente a un famoso club social de la ciudad, el Biguá. En cualquier caso, es obvio que un desenlace así siempre es un mal trago para los hijos. También para Luis: «Fueron tiempos duros. Nos encontramos los problemas típicos de una familia en la que no se puede elegir nada. Por ejemplo, yo nunca tuve la posibilidad de decir a mis padres: “Quiero estas botas de fútbol” y que me las compraran. Crecimos en un contexto diferente al de muchos».

Al tiempo Sandra conocería a un obrero de la construcción local y tendría un hijo con él, otro hermano, el sexto para Luis, el séptimo en total en la familia. Para entonces, el fútbol era algo más que una afición para la mayoría de ellos, sobre todo para Luis. Estaba llamando tanto la atención que los clubes más importantes de Montevideo y de Uruguay enseguida se fijaron en él. Un día, cuando con diez años estaba de vacaciones en el Litoral, le llamó el padre de un compañero de equipo, Martín Pérez, y le dijo que existía la opción de que pasara una prueba en uno de los clubes más grandes del país, Nacional de Montevideo. Aquello no era cualquier cosa. Nacional tiene más de cien años de historia, posee más títulos que ninguno en Uruguay y ha ganado tres veces la Copa Intercontinental, la que enfrentaba a los mejores clubes de Europa y América antes de que la FIFA ampliase el abanico de confederaciones que optan a dicho título y crease directamente un Mundial de Clubes.

Nacional se interesó por Luis, pero no fue el único: «A mi padre le preguntaron también desde Danubio y de Racing. Pero no me llamaron tanto la atención. Yo lo tenía claro». Enseguida convenció a los entrenadores y se hizo un hueco en el «baby fútbol» de Nacional. Verle jugar resultaba una delicia. Era rápido, listo, insaciable, goleador. «Tenía una increíble capacidad de recursos para un chico de esa edad. Era un chaval maravilloso, de buen comportamiento. Siempre tenía el convencimiento de que llegaría a

ser un gran jugador», recuerda Wilson Pérez, uno de sus captadores. Su primer entrenador, Germán Rolín, disfrutó de él en su estreno en el club: «Era una bestia. Con doce años hacía setenta goles en un año. Esa temporada terminamos campeones gracias a él. Era medio equipo», rememora.

PROBLEMAS EN NACIONAL

Curiosamente, desde que entrara en el club, los compañeros y entrenadores le pusieron un mote que le acompañó durante los años en los que defendió la camiseta del conjunto tricolor: Salta. A la gente le hacía gracia que aquel chico venido de una ciudad tan lejana, con ese color de piel más moreno y un acento diferente, fuera cada vez más importante en el fútbol base de uno de los clubes por antonomasia de Montevideo. Así que, en clara alusión a Salto, su lugar de procedencia, le distinguieron con el apelativo Salta, como si de una especie de gentilicio futbolístico se tratara.

Un momento clave fue cuando los técnicos de la casa, en concreto José Luis Spósito y Wilson Pérez, decidieron enrolarlo en las categorías formativas federadas de la entidad, cuyos equipos competían en un torneo auspiciado por la AUFU (Asociación Uruguaya de Fútbol Infantil) y que sí seguía las reglas del fútbol-11 tal y como se conocen: dimensiones, número de jugadores, tiempos reglamentarios...

El principal problema radicó en que la separación de sus padres siguió afectando a Luis, que estaba en una edad —pasados los diez años— en la que es muy difícil asimilar de manera madura todo lo que le estaba sucediendo. «La vida era difícil para él —dice Pérez—. Él no estaba preparado mentalmente para ser futbolista. Tenía otras cosas en la cabeza. Por eso la dura infancia que tuvo le llevó a tener tanta hambre de éxito».

Pronto comenzaron las decepciones. El clima en casa no era el mejor. Él tampoco encontraba las motivaciones suficientes como para seguir luchando cada día. Le costó mucho dejar de ser un niño. Por las mañanas iba a los entrenamientos y por las tardes a la escuela, en el barrio de La Comercial de la capital uruguaya. De entre todas las asignaturas, la que más le gustaba eran las matemáticas, pero sin excesiva pasión tampoco. En plena pubertad fue descubriendo otras cosas que poco a poco antepuso al fútbol. Empezó a conocer chicas, a salir con los amigos, a frecuentar discotecas. Lo normal en un chico de trece-catorce años como él, pero no quizá para alguien que aspiraba a ser futbolista. Ni siquiera esto último estaba claro ya.

Seguramente esa fue la época en la que se rebeló contra todo lo que le había sucedido hasta entonces. Los problemas en casa, el cambio de ciudad, las burlas por tener un acento diferente a los demás... De repente dijo no a todo eso. Se creó su propio mundo y renunció al que había fuera, ese mismo en el que llegar a ser futbolista era una posibilidad. «Antes de los doce años mi ilusión era jugar el fútbol; después, de los doce a los catorce, pasé por una etapa en la que el fútbol no me importaba en absoluto, al igual que los estudios. No me gustaba ir a los entrenamientos. Solo me gustaba jugar los partidos. Estaba enfadado. Me rebelé y eso me repercutió negativamente», relata el

futbolista en el libro *Vamos que vamos*, de la autora Anna Laura Lissardy.

Incluso se le pasó por la cabeza dejar el fútbol. En categoría cadete, en el equipo de la séptima división, se desmoronó todo. Ese año comenzó jugando, como casi todos. Sin embargo, un día el entrenador le quitó de las alineaciones y la segunda mitad de la temporada la pasó entera sin apenas jugar. Acabó el año con solo ocho goles, menos que cualquier otro año de los que llevaba jugando en Nacional.

UNA PERSONA NECESARIA: SOFÍA

Luis necesitaba algo que no encontraba en casa ni en el fútbol ni en los estudios. Necesitaba una luz que alumbrara su camino, una estrella a la que seguir su rastro. Y esa estrella llegó. Cuando tenía quince años conoció a una chica de doce, Sofía, que le hizo cambiar por completo. Aquella jovencita, casi una niña, se convirtió en su novia y desde entonces le ha acompañado durante el resto de su vida. Fue ella la que le dijo que continuara estudiando, que siguiera yendo al colegio, que no lo abandonase. Fue ella también la que le trajo la suerte que necesitaba en el fútbol o la motivación que parecía perdida y que, una vez restablecida, recuperó al Luis Suárez hambriento sobre un terreno de juego, insaciable en lo que a marcar goles se refería: «Fue un gran cambio en todos los sentidos. Yo era muy perezoso para estudiar y ella me ayudó a darme cuenta de lo que necesitaba. No era tonto. Las cosas no me iban bien porque no me interesaban. Simplemente estaba tomando decisiones como un adolescente rebelde y eran malas decisiones».

Después de esa temporada mediocre en la que concluyó con solo ocho goles, Wilson Pérez le dio la posibilidad de escoger su futuro. Le ofreció incluso la libertad. Dejarían que se marchara del club si ese era su deseo. Sin embargo, gracias al apoyo y a la fuerza que le ofreció Sofía, el nuevo pilar de su vida, quiso quedarse y demostrar que la recuperación que estaba viviendo no era ficticia, sino real. El coordinador de las categorías inferiores por aquel entonces, Daniel Enríquez, desconfiado por lo que pudiera pasar, habló con Wilson Pérez y le dijo claramente que había que dar tres o cuatro bajas y que la de Luis podía ser una de ellas. Pérez, sin embargo, negoció y acabó por convencerle: «Démole la última oportunidad». Así, con la presión también sobre sus espaldas, Pérez se reunió con Luis y le dijo las cosas tan claras como eran: «Esta es la última oportunidad que te vamos a dar, Salta. No me hagas quedar mal. Si de verdad quieres ser futbolista, cógela. Tú verás».

Y como esos momentos que lo cambian todo, esos giros inesperados de las películas que solo un golpe de guion puede provocar, el equipo cadete de Nacional viajó a Rivera para jugar un torneo que seguramente estaba predestinado. Luis seguía siendo suplente, pero la lesión de un compañero, Bruno Fornaroli —que después jugaría en el Recreativo de Huelva español, la Sampdoria italiana y el Panathinaikos griego—, le abrió un resquicio por el que supo introducirse. Hasta entonces no le había dado demasiada importancia al esfuerzo que tenía que realizar para ser futbolista, pero aquella

conversación con Pírez y los consejos de su pareja le hicieron ver las cosas de un modo distinto. Si quería unas botas para entrenar, esas mismas que nunca le había podido pedir a sus padres, la única manera de conseguirlas era entrenando y jugando con la misma ilusión que le producía contar con ellas.

Así, aquel primer partido como titular tras tanto tiempo de ausencia fue como el estreno de su nueva carrera. «Jugábamos contra San Eugenio de Artigas. El técnico, Ricardo Perdomo, me puso en el once titular y ganamos 5-1. Marqué cuatro de los goles. Al siguiente partido jugamos contra el Oriental y otra vez anoté cuatro goles. Desde entonces no hubo quien me quitase de las alineaciones», cuenta Luis. No solo Perdomo estuvo encima de él en el crecimiento que vivió a partir de entonces. Otros entrenadores del fútbol base de Nacional le ofrecieron su ayuda y él les correspondió: Rubén Rodríguez, Daniel Enríquez, Mariano Ayerra... «Empecé a meter goles. Volvía a tener confianza en mí mismo. Llegué a un nivel con el que casi rompo el récord de goles del fútbol base de Nacional. Consistía en hacer sesenta y cuatro en un año y yo me quedé en sesenta y tres», cuenta el propio jugador.

Cuando las cosas parecían haberse enderezado, cuando era uno de los jugadores más prometedores de la cantera de Nacional, el destino quiso regatearle de nuevo. Pero esta vez no pudo. La familia de Sofía fue destinada a España, más concretamente a Barcelona, y eso les separó de manera peligrosa. Vivir tan lejos, quererse en la distancia, a miles de kilómetros, fue duro para la pareja, que siguió hablando por teléfono o por Internet. El poco dinero que Luis fue ganando con el fútbol lo destinaba principalmente a hablar con su chica y sentir ese cariño que le faltaba en el día a día. Al otro lado del Atlántico, Sofía le incidía en lo que siempre le había dicho: que siguiera estudiando y acudiendo al colegio y que aprovechara cada partido y cada entrenamiento para tratar de alcanzar el sueño de ser futbolista. Desde ese momento en el que se separaron por primera vez, Luis supo que llegaría lo antes posible al primer equipo de Nacional y posteriormente a un conjunto europeo que le permitiera estar cerca de Sofía, cerca de Barcelona.

RÁPIDO BILLETE A EUROPA

En realidad fueron dos años, un tiempo demasiado largo cuando se está lejos de la persona a la que se quiere pero a la vez corto cuando significa pasar del quinto, del cuarto, del tercer equipo del club al primero, el histórico primero, camino que recorrió Luis de manera fugaz y repentina. En las tres categorías antes de llegar a la máxima fue el goleador destacado, ya erigido en el infalible delantero que hacía polvo a sus rivales con la habilidad y el desparpajo que tanto le caracterizaban. Hubo viajes a Barcelona entre medias, como es lógico, pero ya para entonces Luis estaba más cerca que lejos de la élite. Alcanzarla y fichar por un club europeo: su objetivo estaba marcado desde ese momento. No había vuelta atrás.

El club le exprimía para que diera lo mejor de sí en cada partido. Todos los

entrenadores querían contar con él. Hubo fines de semana en los que llegó a simultanear tres equipos: el que le correspondía por su edad, el inmediatamente anterior y el dos años mayor. De hecho, el día que debutó con el filial, comúnmente conocido como La Tercera, en un partido frente al Liverpool, había jugado el día anterior un tiempo con su equipo, otro con los mayores y aún le esperaban esos veinticinco minutos. A Luis no le importaba. Al revés: tenía tanta hambre que lo único que quería era seguir marcando goles, seguir jugando: «El cuerpo me pedía seguir intentándolo aunque fallara. Tenía la necesidad de marcar. Me gustaba aquello. Si no lo lograba, me volvía loco. Hubo un partido en el que fallé por lo menos veinte ocasiones claras. Me enfadé conmigo mismo. ¿Por qué estás fallando tanto?», me decía.

Ese partido ante Tacuarembó, en el que su equipo iba ganando 3-0, dejó perplejos a los entrenadores y compañeros de Luis. Al término del encuentro, ya en la ducha, se puso a llorar de manera desconsolada porque había desperdiciado muchas ocasiones de gol. La gente se dio cuenta entonces de que a ese jugador no le bastaba con que su equipo ganara o él marcara. A ese chico, a Salta, solo le valía mejorarse a sí mismo día a día. Era un ganador nato. Un punto en el que sí tuvieron que trabajar de manera considerable con él fue la generosidad con los compañeros. En esa época, quizá por ese afán de marcar y marcar, era muy individualista. Los técnicos que se cruzó en un momento tan importante de su formación le incidieron en que tenía que corregir ese aspecto: «Perdomo y Wilmar Cabrera me enseñaron eso. Evolucioné mucho. Cuando jugaba como juvenil era egoísta, un jugador al que no le gustaba levantar la cabeza. Poco a poco aprendí a apoyarme más en los compañeros».

Instalado en el segundo equipo del club, junto a una generación maravillosa de jugadores que después llegaría de forma masiva a la élite, Luis se hizo definitivamente futbolista. Donde más sobresalió fue en los partidos de máxima exigencia, en los que había que remontar o en «clásicos» ante equipos importantes. No, no era fácil que se rindiera. Las cosas nunca le parecían imposibles. Ese conjunto lo dirigía Wilmar Cabrera, exjugador internacional por Uruguay, que apostaba por los jugadores de mayor talento independientemente de su edad. Había chicos de quince años en el segundo equipo de Nacional, verdaderos niños. Todo aquel del que hubiera sospechas de que podía llegar al conjunto sénior era promocionado lo antes posible.

También, por supuesto, Luis Suárez: «Cuando me llamó Wilmar para que debutara pensé que me iban a partir por la mitad. Pero no, todo salió bien». Y tan bien. Ese adolescente que venía despuntando en las categorías juveniles de la entidad hizo lo propio en el filial, pues, pese a salir desde el banquillo, le dio tiempo a marcar dos goles en su exitoso debut (4-1) con La Tercera. El primer tanto vino en un córner sacado por Peter Vera en el que el balón quedó suelto en el área; el segundo, después de un pase de Chory Castro. Los dos han sido posteriormente jugadores profesionales, en el caso del segundo con una buena trayectoria en España en el Mallorca y la Real Sociedad.

El técnico del primer equipo de Nacional en ese instante era otro conocido de la afición realista, Martín Lasarte. Hasta él habían llegado los informes que decían que Luis Suárez era un prodigio goleador, un punta con un carácter duro sobre el campo y una

capacidad de superación que le hacían destacar muy por encima del resto. Ya le había hecho subir a los entrenamientos del primer equipo, de hecho. «Fue una decisión complicada. El equipo estaba concentrado para un partido y a un jugador le surgió una molestia. Pensamos que era el momento de darle una oportunidad con nosotros a Luis. Estaba convencido de sus posibilidades. Ya por aquel entonces se veía en él todo el potencial que después ha exhibido», desmenuza el entrenador.

Luis tenía dieciocho años recién cumplidos y ese encuentro enfrentaba a Nacional con el Junior, en Barranquilla (Colombia), en el último partido de la fase de grupos de la Copa Libertadores. Los *bolsos*, como llaman a los jugadores de Nacional, ganaban 1-2 cuando quedaba poco tiempo por delante. La situación era ideal para dar la alternativa a Suárez: un rival volcado en busca del empate y espacios por los que poder sentenciar mediante un contragolpe. Sin embargo, como ha ocurrido con otras muchas estrellas, ese primer encuentro en la élite estuvo lejos del nivel de los que después jugaría el joven y prometedor delantero de la cantera. Fueron casi veinte minutos sobre el campo, pero sin apenas participación en el juego y, para colmo, con remontada de los colombianos en los instantes finales. Nacional cayó 3-2 y quedó definitivamente eliminado de aquella Libertadores.

INICIOS COMPLICADOS

La afición de Nacional esperaba mucho de Luis, que poco a poco fue ganando en protagonismo. Siempre saliendo desde el banquillo, comenzó a aparecer con más asiduidad solo unos meses después, a partir del Apertura de 2005. Se estrenó en el Parque Central, el histórico estadio de Nacional, frente a Cerro. Jugó solo trece minutos. Al siguiente partido, también en casa ante Paysandú, logró su primer tanto en los diez minutos de los que dispuso, rematando un balón suelto dentro del área tras un disparo suyo al larguero. Lucía el número 13 a la espalda y apenas llevaba unos segundos sobre el campo tras haber sustituido a Álvez. Luego fueron treinta y dos minutos ante Fénix, treinta y tres ante Tacuarembó. Y así hasta que Lasarte se decantó un día por hacerle titular en un encuentro ante el River Plate uruguayo, también en casa, en lo que fue el verdadero estreno de Luis Suárez ante su público y ante los ojos de analistas y aficionados de todo el país: «Era muy bueno. Recuerdo haberle dicho al presidente de Nacional de formar un equipo en torno a él a partir de la temporada siguiente. Tenía dieciocho años y era un proyecto de jugador impresionante. Sin embargo, la idea no pudo plasmarse porque hizo dieciséis goles entre todas las competiciones y en medio del torneo se tuvo que marchar traspasado», analiza Lasarte.

Y eso que Luis tampoco brilló en exceso aquel día en el Parque Central, quizá desbordado por la presión de verse de titular en un grande de Uruguay. Eso piensa el propio Lasarte. «No tuvo su mejor día. Generó diez o doce ocasiones, pero fallaba en el último pase o en el último remate. Aún recuerdo la cara de un hinchas de Nacional, detrás de mi banquillo. Estuvo todo el partido criticándole, pese a que solo tenía dieciocho

años. Ese día y los siguientes, Luis lo pasó muy mal. Sin embargo, después tapó la boca a mucha gente. En cuatro o cinco meses maduró muy rápido». Y empezaron a llegar los goles, efectivamente.

El Clausura de 2006 fue el de su verdadera explosión. Cada partido y cada rival eran un reto para Luis. Si no marcaba no quedaba satisfecho, como hasta entonces en su carrera. Hizo goles de todas las formas y maneras. Alguno sentido, como en el empate (2-2) en casa en el «clásico» ante Peñarol. Otros bellísimos, por ejemplo frente a Defensor tras un doble recorte dentro del área. Y la mayoría fundamentales para que su equipo saliera campeón, sobre todo los logrados ante Rocha en la final del torneo, tanto en la ida como en la vuelta: «¡La danza de la lluvia, la danza del gol, la danza del campeonato, la danza de la red, la danza de Luisito!», gritó el narrador de la VTV uruguaya tras el gol del partido de vuelta que sentenciaba el título. Aquellas exhibiciones no pasarían inadvertidas en Europa. Había un chico de solo diecinueve años con las medias siempre bajas y la camiseta por fuera que estaba revolucionando Uruguay.

Las noticias de la irrupción definitiva en la élite también eran celebradas en Barcelona, a muchos miles de kilómetros de Montevideo. En la casa de Sofía, la novia de Luis, había un corazón latiendo más deprisa cada vez que sonaba el teléfono o el chat de Internet. El plan estaba saliendo dentro de lo establecido. Luis ya se había hecho un hueco en el primer escalón del fútbol uruguayo y solo faltaba esperar una oferta que le condujera a Europa, donde la pareja podría reunirse de nuevo.

Esa oferta llegó de Holanda, de una localidad tranquila llamada Groningen, un lugar del que nunca habían oído hablar. El presidente del club de la ciudad y el director deportivo habían viajado a Uruguay para ver a otro jugador, pero se quedaron prendados de Luis. Tanto que en quince minutos se decidieron por él y no por su objetivo inicial. El Groningen pagó ochocientos mil euros en el que muchos han considerado el fichaje más alocado pero también el mejor de la historia de la entidad. Lo resume bien el que era director deportivo, Henk Veldmate: «Con diecinueve años Luis era todo lo que se ha visto posteriormente. Discutía con los centrales, con el árbitro, no daba un balón por perdido, era insaciable. Nos reunimos con él tras el partido y nos deslumbró con su fuerte personalidad. Lo queríamos llevar con nosotros como fuera».

LA AVENTURA HOLANDESA Y CELESTE

«Mi familia se lo tomó muy bien, aunque también tenían miedo porque era joven. Ellos sabían que quería venir a jugar a Europa, fuera al equipo que fuera. Los primeros días los pasé muy mal. Estaba solo en una ciudad que no conocía y no hablaba ni holandés ni inglés. Por suerte, el club me dio unos días libres y me presenté en Barcelona para convencer a los padres de Sofía de que la dejaran venir a vivir conmigo y a ayudarme con el inglés. Tenía dieciséis años. Creo que fue la mejor decisión que pudimos tomar. Les estoy muy agradecido a sus padres por ello», ha confesado después Luis.

Y eso que deportivamente las cosas tampoco fueron sencillas. En los primeros meses

Luis no tuvo todo el protagonismo que se esperaba. Es más, el club llegó a bajarle al conjunto filial para que contara con los minutos de los que no disponía en la élite. Saberse fuera de casa y encima de esta forma tan ingrata fue un mal trago que superar. Pero Luis, que ya disfrutaba de Sofía a su lado y que jamás en su vida se rindió, pudo con eso y con mucho más. En un partido en casa ante el Vitesse, su primero como titular, todo cambió. El Groningen perdía 2-3 y quedaban dos minutos por delante. Dos minutos en los que darle la vuelta al marcador. Dos minutos en los que el talento de Luis apareció, primero empujando un balón perdido dentro del área y después definiendo con maestría tras un amago a un defensa y al portero.

Su técnico por aquel entonces era Ron Jans, un tipo muy querido por sus divertidas ruedas de prensa y su relación con los medios, en los que ha llegado a comentar partidos de la Champions. Varios días antes de ese choque, en un partido de la Copa de la UEFA frente al Partizán, había tenido un notable intercambio de impresiones sobre el césped con el delantero uruguayo después de que fuera sustituido. Incluso la decisión de bajarle al filial había sido suya, al considerar que estaba «por encima de su peso». «Era muy impaciente. En un entrenamiento no estaba haciendo nada. Le llamé delante de todo el equipo y le dije que me había prometido dar el cien por cien y no era así. Vi en sus ojos que me quería matar. Después del entrenamiento le pedí perdón a solas por haberle criticado delante de los compañeros. Lo aceptó con hombría. Seguramente ha sido el mejor jugador y el más ambicioso que haya dirigido jamás», ha explicado después Jans.

Aquel año el Groningen acabó en octavo puesto y Luis marcó quince goles entre todas las competiciones. Una gran carta de presentación para un chico tan joven. Un aperitivo que le condujo con veinte años a uno de los equipos más importantes de Europa, el Ajax, que pagó 6,6 millones por él solo un año después de que el Groningen hubiera pagado ochocientos mil euros. Ese pequeño goleador que tanto había sufrido en su vida, sobre todo tras la separación de sus padres, el Salta al que todos conocían en el fútbol base de Nacional, se había hecho definitivamente futbolista, siempre arropado por su futura esposa, Sofía, y por la unión familiar que después sí labró él en su propio hogar. El desafío del Ajax era importante, pero lo superó con creces. El de la selección de Uruguay también llegó pronto. Y también pudo con él.

Tras el Mundial sub-20 de 2007 en Canadá, llegó el aterrizaje definitivo a la absoluta. En ese torneo juvenil fue rival de España en la fase de grupos e incluso le marcó un golazo desde fuera del área en el partido de debut entre ambas. Era el acompañante de delantera de Cavani, como después lo sería de Huntelaar en el Ajax. No la referencia goleadora, sino un segundo punta que se sentía más cómodo con libertad. Ya había debutado con la absoluta de Uruguay antes del Mundial sub-20 en un amistoso ante Colombia, pero fue expulsado por protestar. Aun así, Tabárez contó con él también después del torneo y Luis enseguida le respondió con goles oficiales en la fase de clasificación mundialista, la que conducía a Sudáfrica 2010.

Pese a su juventud, se hizo un hueco rápidamente en los corazones de los uruguayos, que sabían que a su tesón y capacidad goleadora se unía una infancia difícil, llena de obstáculos superados, de esfuerzos recompensados, de decisiones valientes. La felicidad

de Luis Suárez no estaba en los lujos o en los caprichos. La felicidad de Luis radicaba en los goles que pudiera meter sobre el campo y en su chica, Sofia. Suficiente motivo como para echar la vista atrás y reconocer con orgullo que sí, que con catorce años, cuando Nacional se planteaba darle la baja y prescindir de él, cuando Wilson Pérez le concedió una nueva oportunidad, quizá la última, Salta tomó el camino correcto y se convirtió en un ganador. Se convirtió, de hecho, en Luis Suárez.

5

Mario Balotelli

Italia

«Adoptado y sin pasaporte»

«¿Perdonar a mis padres biológicos? No. Si hubiera sido por ellos, probablemente hoy estaría en algún poblado de África, quizá ni siquiera estaría vivo. Dicen que el abandono es una herida que no cicatriza jamás. Yo solo digo que un niño abandonado no olvida. Durante dieciséis años no me llamaron ni siquiera el día de mi cumpleaños. Y ahora que soy famoso quieren que todos sepan que ellos son mis padres “verdaderos”. Si no me hubiera convertido en futbolista profesional, estoy seguro de que yo a los señores Barwuah no les importaría nada». *Sportweek*, 4 de octubre de 2008.

Con dieciocho años recién cumplidos, Mario Balotelli ya era conocido. Ya había debutado en la Serie A con el Inter de Milán y ya había protagonizado algunos de los conflictivos episodios que le acompañarían en los años venideros. Pero en realidad estaba jugando con un apellido en la camiseta que no era el suyo verdadero. Hasta que no alcanzó la mayoría de edad, su nombre oficial fue Mario Barwuah, y su pasaporte, ghanés.

Corría el año 1988 cuando, con una niña recién nacida llamada Abigail, Thomas y Rose Barwuah dejaron Accra y llegaron a Borgo Nuovo, un barrio popular en la periferia este de Palermo. Mientras buscaban trabajo, Rose volvió a quedarse embarazada y dio a luz pocos días después de que se apagasen los focos del Mundial de Italia 90. Al recién nacido se le descubrió enseguida una deformación intestinal, el megacolon, un ensanchamiento del intestino grueso. Requería una operación urgente y un tratamiento de cuidados intensivos. Mario tuvo que pasar en el hospital la casi totalidad de su primer año de vida, conviviendo la mayoría del tiempo únicamente con los médicos que le atendían.

Durante ese periodo, los padres ya habían decidido mudarse de nuevo. Apenas su hijo mejoró y recibió el alta hospitalaria, abandonaron la isla de Sicilia y se mudaron al norte de Italia, donde, en teoría, habría más posibilidades laborales. Se instalaron en Bagnolo Mella, una pequeña localidad en la provincia de Brescia. Thomas encontró empleo en una fábrica y Rose se quedó embarazada por tercera vez.

«Vivíamos con otra familia africana en un estudio de cuarenta metros cuadrados húmedo y lleno de moho. Me dirigí a los asistentes sociales para que me ayudaran a encontrar un alojamiento mejor. No había una casa para nosotros, pero cuando les conté que tenía un niño enfermo, me dijeron que lo mejor sería que viviera con otra familia de la zona. Fueron ellos quienes nos hablaron de los Balotelli», relata Rose.

Franco y Silvia Balotelli estaban jubilados. Vivían en Concesio, otro pueblo de la provincia de Brescia, junto a sus tres hijos adolescentes: Giovanni, Corrado y Cristina. Previamente habían tenido otras tres experiencias similares de *affido*, de adopciones temporales. En un decreto aprobado por el Tribunal de Menores de Brescia a principios de 1993 y consensuado con las dos familias, Mario pasaría a vivir con ellos «durante el tiempo necesario para la resolución del problema», inicialmente dos años.

EL JUGUETE DE LA CASA

La casa de los Balotelli era grande y tenía un amplio jardín. Pero a Mario le gustaba más jugar en el largo pasillo. Fue allí donde dio sus primeras patadas al balón y donde rompió los primeros objetos. La señora Silvia le regañaba pero los castigos duraban poco. La diferencia de edad con los «hermanos» provocaba que estuviera sobreprotegido. Cuando le compraban algo, lo escondían y le invitaban a encontrarlo. Así descubrió su primera bici, detrás de las cortinas de su habitación. Mario llamaba la atención por lo inquieto que era. Y también por la necesidad de afecto que mostraba.

«Hasta los seis años, mi madre me llevaba siempre a la cama. Me daba la mano y a oscuras me contaba cuentos hasta que me dormía. Si me despertaba, volvía. En Brescia existe la tradición de celebrar Santa Lucía. Para los niños es como Papá Noel pero ella trae más regalos. Por las calles la suben a un carro tirado por burros pero no puedes mirarla directamente. Según la leyenda, si lo haces, te quema los ojos. Cuando llegaba ese punto, yo me echaba a llorar porque no quería quedarme ciego. Ella se reía, me abrazaba y yo pensaba: “Esto es una madre”».

Otras veces, Silvia le contaba la historia de su propia familia. Su madre había sido una judía alemana de Breslavia, territorio que se convertiría en polaco a finales de la Segunda Guerra Mundial. El amor por un piloto italiano la llevó a Italia y así consiguió escapar de la persecución racial. Sus parientes no tuvieron tanta suerte. Su hermana pequeña y sus padres murieron en campos de exterminio nazis.

Los Balotelli educaron a su nuevo hijo en los valores del respeto y la tolerancia. Cuando Mario tuvo ocasión de visitar Auschwitz en la Eurocopa 2012, se le vio especialmente emocionado. Llevaba sus habituales cascos pero en vez de oír música, escuchaba una audioguía que explicaba los horrores cometidos allí. Buscó los nombres en los libros de las víctimas y nada más salir telefoneó a su madre para compartir su conmoción.

UN NIÑO HIPERACTIVO

Pasaron los dos primeros años, el tiempo máximo del *affido* en Italia. El juez lo renovó. Sería así durante los siguientes quince años porque los Barwuah nunca aceptarán la adopción pura que solicitaban los Balotelli. La relación con sus padres naturales se

enfrió. No así con sus hermanos —Abigail, Enoch (que le acompañaría más tarde en su aventura inglesa y probaría en varios equipos) y Angel, la benjamina, nueve años menor que Mario—, a los que siguió tratando. En entrevistas posteriores, siempre dirá que tiene seis hermanos.

Empezó a acudir al colegio, la Scuola Elementare Cristoforo Colombo. Durante los años siguientes sería un alumno aplicado, con predilección por las matemáticas. Pero ya empezaba a exhibir un difícil carácter. «Los profesores me tenían señalado: si ha pasado algo, ha sido Mario; si se ha roto algo, Mario; si alguien llora, Mario».

Su hermano Giovanni recuerda cómo «después del colegio intentábamos tenerlo lo menos posible en casa. Íbamos al parque o con la bicicleta. Practicó gimnasia, natación..., muchas actividades para cansarle y que por la noche durmiera». «Si no hubiera sido futbolista, me habría gustado probar con el atletismo o las artes marciales», dice Mario. «Pero en cuanto pudimos —prosigue Giovanni—, decidimos meterle en un equipo de fútbol».

En Italia, la mayoría de las iglesias tienen anexo un campo de fútbol. Para los niños es algo habitual aprender a jugar en el *oratorio*. No es únicamente una actividad dominical ni reservada a los hijos de los católicos practicantes. En uno de ellos, el de Mompiano, hoy en día hay un campo de pequeñas dimensiones de hierba artificial. Hace años era de tierra. Un amigo de Giovanni hacía allí las veces de entrenador.

«Le conocí con ocho años —recuerda Gianni Valenti—. El primer día vino acompañado por su madre y su hermano. Enseguida vimos cómo la unión de las capacidades atléticas y técnicas le hacía único».

Uno de sus compañeros de aquella época, Andrea Ferrarese, rememora cómo «le encontrabas a cualquier hora en el *oratorio* de Mompiano con un balón en las manos. Jugábamos, ahí o en un parque cercano, partidos que empezaban a las dos de la tarde y acababan a las seis. Éramos unos pocos elegidos los que podíamos recibir pases de Mario, solo pasaba el balón a los que consideraba dignos de su calidad. Su vida era solo fútbol, solo pensaba en ganar, marcar goles..., quería ser el líder en el campo».

Esa fijación por el fútbol desde muy pequeño la recuerda también su hermano Giovanni: «En vez de dibujos animados, se pasaba horas y horas viendo vídeos de futbolistas. Van Basten, Ronaldo, Maradona, Platini..., se conocía todas las cintas de memoria. Veía una de ellas, se quedaba con algún detalle y acto seguido bajaba al garaje o al parque para intentar imitar lo que acababa de observar». «Y se divertía al probarlo también en los partidos —continúa Gianni—. Hubo un periodo en el que estaba obsesionado con la chilena y en cada partido tenía que intentarla al menos una vez. Si no le llegaba un centro para hacerla, se levantaba el balón él mismo y la ejecutaba. Aunque el balón se fuera por la línea de banda, él ya estaba contento porque había hecho su chilena».

Ya desde el principio llamó la atención un detalle que luego ha dado que hablar con el paso de los años: apenas celebraba los goles. «Era casi como si le diera vergüenza», dice Gianni. Para su hermano, influía que «era tímido pero nunca le gustaron mucho los jugadores que festejaban demasiado. Creo que después se convirtió ya en una manera

propia de celebrar». «Para él, marcar goles era como una obligación. Igual que una persona se levanta y va a trabajar, él entra al campo y marca. Y, por tanto, no siente que tenga que celebrar los goles», apostilla Andrea Ferrarese.

Muy pronto, Mario se encontró de bruces con un grave problema: el racismo. Por aquel entonces apenas había chicos negros en Italia y él escuchaba comentarios despectivos en el *oratorio*, el parque o incluso en los partidos del domingo. Cuentan que a la conclusión de algún entrenamiento, se le vio ducharse con agua hirviendo o frotarse con goma de borrar para intentar quitar el color negro de su piel. Su entrenador corrobora cómo efectivamente sufrió mucho aquella circunstancia. Según su hermano, «sentía ganas de revancha para acallar a la gente que le silbaba. Siempre ha tenido dentro una especie de rabia que quería soltar en el fútbol».

«Tenía un carácter muy fuerte —recuerda Ferrarese—. No quería que nadie le dijese lo que tenía que hacer, le costaba aceptar consejos. Sobre todo porque estaba muy seguro de sí mismo. Ya sabía lo que quería ser de mayor. Él siempre decía que quería ganar un Mundial con la selección italiana».

En los momentos de dificultad era siempre en Silvia en quien se apoyaba. «Cuando estoy enfadado, triste o decepcionado, la primera con la que me desahogo es con mi madre». Con los hermanos compartiría también algunos secretos, como sus primeros escauceos amorosos. «A mi padre también se lo contaría si no supiera que se lo va a decir a mi madre». Franco tenía un carácter menos volcánico que su mujer, a quien le refería lo sucedido para que ella tomara medidas. Pero cumplía con una tarea importante todos los fines de semana: «Entre los ocho y los doce años, los sábados tenía una doble cita: jugaba el partido de fútbol y después papá me recogía, me cambiaba en el coche y me llevaba con los *boy-scouts*, que ya se habían concentrado en algún pueblo perdido en medio del monte. Me quedaba con ellos a dormir y volvía a casa el domingo. Fue una experiencia que me ayudó mucho», recuerda Mario.

Llegó el momento de que el chico supiera toda la verdad. «Mis padres me contaron mi historia con doce o trece años. Antes sabía cómo había llegado hasta ellos pero sin tantos detalles. Hice mil preguntas. Quería estar seguro de que mamá y papá me habían querido realmente y se habrían quedado conmigo para siempre. No por miedo a que ellos también me abandonaran, sino simplemente porque me gustaba escucharlo».

LOS ESTUDIOS ANTES QUE EL FÚTBOL

La calidad futbolística de Mario no había pasado desapercibida para los ojeadores de la zona. Ya cuando tenía seis o siete años, algunos equipos habían preguntado por él, pero la familia no quería que entrara tan joven en un club profesional. La madre era la más reticente. Su objetivo era que el chico creciera como persona antes que como deportista. Cuando finalmente encontraron una solución intermedia, le hizo prometer que seguiría estudiando.

Años después, el 14 de julio de 2010, a Silvia se le encharcarían los ojos cuando

recibió la llamada de Mario. Attilia Ferrari, la directora del instituto donde había estudiado en la rama administrativa (*ragioneria*), le acababa de comunicar que había superado la *Maturità*, la prueba de acceso a la universidad. Se había examinado junto a otros compañeros del equipo Primavera del Inter, como Obi o Santon, y había superado el conjunto de exámenes escritos y orales con la nota mínima para poder acceder a la universidad: 60 sobre 100.

Pero volvamos a la incipiente carrera futbolística de Mario. En esa zona del norte de Italia, en pocos kilómetros a la redonda se concentran varios clubes importantes. Aparte del propio Brescia, la ciudad de Milán —con el Inter y el AC Milan— se halla a cien kilómetros, y Bérgamo, a unos cincuenta. Su principal club, el Atalanta, es conocido por el ejemplar cuidado de su cantera. Más cerca aún, a unos veinte kilómetros, se encuentra Lumezzane, cuyo primer equipo disputaba en esa época la Serie C-1 (el equivalente a la Segunda División B en España). Gianni Valenti, en el comienzo de una trayectoria que le llevaría después a entrenar en las categorías inferiores del Milan, aceptó una oferta para dirigir allí al equipo infantil y propuso a los Balotelli que Mario le acompañara. Esa solución le permitiría jugar a un nivel superior pero seguir viviendo en casa.

En Lumezzane empezó a jugar al fútbol-11. «Tocaba menos el balón y eso no le gustaba. Pero a cambio, con espacios más amplios, tenía más campo para correr y se convertía en devastador», según su entrenador.

Andrea Rolfi, central y compañero suyo allí, recuerda que un Mario entonces no demasiado alto le encaró en su primer entrenamiento haciendo un elástico. Andrea no había visto nunca ese truco de pies. Mario le explicó que se lo había visto a Ronaldo y él le imitaba. «Obviamente, el mayor peligro del Lumezzane era Balotelli. Los equipos rivales buscaban medidas para pararle, pero cuando estaba desatado ya podían ponerle encima el mejor defensa, que este no podría hacer nada».

«Cuando me preguntaban —recuerda Valenti—, yo no me atrevía a asegurar que se convertiría en un jugador profesional. Pero, a la vez, me decía: si no llega él, ¿quién va a llegar? En aquella época jugábamos contra el Inter, el Milan, el Atalanta, el Chievo o el Hellas Verona y ninguno de ellos tenía un jugador como Mario».

Hasta Lumezzane le llevaba todos los días un minibús que recogía a varios chicos de Brescia. El conductor se llamaba Sergio Piozzini: «Era un chico inquieto, muy bromista. Se sentaba en la parte de atrás y bromeaba continuamente. Quizá a veces llegaba a hartar un poco a los demás porque no sabía parar». Algo avergonzado, Rolfi recuerda cómo en las duchas, después de los entrenamientos, se divertía intentando orinar sobre sus compañeros de equipo. «Y esas bromas no gustaban al resto de chicos. A veces no se daba cuenta de dónde estaba el límite. Y lo superaba».

DEBUT PRECOZ

En la primavera de 2006, el primer equipo del Lumezzane estaba peleando por no descender y a falta de ocho partidos contrató como técnico a Walter Salvioni. Era un

entrenador conocido en la zona, ya que venía de dirigir a los juveniles del Parma — donde había promocionado a Buffon— y al Verona. Desde que llegó, todos los jueves disputaban un partido amistoso contra algún equipo de la zona. Pero el último jueves de marzo no encontraron rival, así que se organizó un encuentro improvisado contra los chicos de la cantera: «Jugamos el primer tiempo contra los juveniles y el segundo contra los cadetes. Cinco minutos después del descanso vi a ese chico negro que hacía cosas increíbles. Me di la vuelta y pregunté a su entrenador: “Pero ¿este quién es?”. Inmediatamente decidí que el día siguiente entrenaría conmigo».

Salvioni quedó tan impresionado con Balotelli que quería convocarle ya para ese domingo. Pero había un problema: la legislación impedía jugar en categoría profesional a menores de dieciséis años. Lo único que pudo hacer el club fue solicitar un permiso especial a la federación, con una carta donde el médico del equipo confirmó que le consideraba apto para jugar con el primer equipo.

«Mientras se resolvía el asunto se ejercitó con nosotros y cuando acabó el entrenamiento del viernes, me llamó el presidente para decirme que nos habían concedido el permiso», recuerda Salvioni. Mario volvió a entrenarse el sábado por la mañana y fue citado para jugar contra el equipo donde empezó Alessandro Del Piero. El Padova se encontraba en puestos de *playoff* de ascenso a la Serie B y el Lumezzane luchaba por no descender. Al estadio Euganeo viajaron también sus dos hermanos, que asistieron estupefactos a algunos «buuuh» racistas que acompañaron la entrada al campo de Mario en el minuto dieciocho de la segunda parte. Tenía quince años y doscientos treinta y un días y se convertía en el jugador más joven en la historia de la categoría.

«Tenía quince años pero en el campo parecía que tenía veinticinco o veintiséis. Tenía personalidad, era atrevido, no le daba miedo intentar las cosas». A los seis minutos de entrar participó en la acción del gol que le dio una inesperada victoria al Lumezzane. Salvioni recuerda también algunas lagunas tácticas: «Como era rápido, yo le pedía que aprovechara sus condiciones y se desmarcara en profundidad. Pero él buscaba siempre el balón. No hacía los movimientos adecuados. Yo me enfadaba pero en realidad no podía pretender más. Llevaba dos días entrenándose con nosotros».

De vuelta a casa, la familia aprovechó la ocasión: pidió al entrenador que fuera a hablar con el director del instituto, donde había protagonizado algún episodio de rebeldía: «Delante de él me comprometí a que si no demostraba un buen comportamiento en clase, no le convocaría para los siguientes partidos».

Jugó al domingo siguiente, en casa contra el Genoa, y participó en algunos encuentros más hasta final de temporada. Jugaba de delantero centro o a veces de extremo. No pudo evitar, sin embargo, el descenso de categoría de su equipo tras quedar antepenúltimos y perder en el *playoff* contra la Sambenedettese.

En aquellos dos meses, Salvioni forjó una buena relación con Mario. Sin embargo, no acababa de entender por qué el chico se marchaba siempre rápidamente al acabar los entrenamientos. Nunca se quedaba a la parte voluntaria del entrenamiento, donde los jugadores practicaban el disparo a puerta o mejoraban su técnica individual. «Él me decía que se tenía que ir a estudiar, pero yo no me lo creía. Así que un día le exigí saber

la verdad y me contó que se iba a jugar con sus amigos al *oratorio*. Delante de él me enfadé, aunque en realidad me reía por dentro. Él solo quería jugar». A veces recorría cinco o seis kilómetros en bicicleta para irse a jugar otras dos horas con sus amigos de la parroquia. Si el hermano le acompañaba en coche, le llevaba a casa a estudiar.

RUMBO A BARCELONA

Finalizada la temporada, volvió a reactivarse el interés de varios clubes importantes. El Lumezzane estuvo cerca de llegar a un acuerdo con la Fiorentina, pero la familia tenía otros planes para él. Su hermana Cristina era periodista y Corrado trabajaba en la cooperación internacional, con una ONG que unas navidades más adelante le permitiría a Mario apadrinar el proyecto solidario Mata Escura-Mata Atlantica en las favelas de Salvador de Bahía. Los contactos de ambos le abrieron las puertas de una oportunidad única. «Nos gustaba la idea de que Mario tuviera una aventura en el extranjero siendo joven, una experiencia de vida. Nos pusimos en contacto con el Barcelona para saber si existía una posibilidad de probar allí», recuerda el otro hermano, Giovanni.

La solicitud llegó a manos de Albert Benaiges, que, una vez se hubo documentado sobre el jugador, pidió la aprobación de José Ramón Alexanco, director de la cantera. El chico fue invitado a pasar cinco días en La Masía para entrenarse junto al equipo cadete que dirigía Fran Sánchez.

Aquel era un grupo espectacular, con muchos jugadores que han llegado a ser profesionales como Carles Planas, Marc Bartra, Martín Montoya, Martí Riverola, Oriol Romeu, Cristian Tello, Isaac Cuenca o el más destacado de todos, Thiago Alcántara. Este último había nacido en el sur de Italia, cuando Mazinho jugaba en el Lecce, y era capaz de articular algunas palabras en italiano, por lo que entabló una buena relación con Mario. «En realidad, hablaba muy poco. Era muy introvertido, supongo que por la barrera del idioma. Pero en los entrenamientos intentaba hacer todo lo que se le pedía», recuerda Fran Sánchez.

«Mario en esos días dio un gran espectáculo. Quizá fue uno de los momentos en los que mejor le he visto jugar. Estaba entusiasmado», recuerda Giovanni y corrobora Salvioni, al que Mario envió una postal desde la Ciudad Condal transmitiéndole su alegría.

El fin de semana fueron a jugar un torneo en las instalaciones de la Penya Barcelonista Anguera. «Marcó siete u ocho goles en dos partidos. Tenía un perfil distinto a los chicos que conocíamos aquí. Aparte de su físico espectacular, era habilidoso y un gran rematador», afirma Sánchez.

Alexanco también recuerda que el chico «jugó un primer partido excepcional, marcó cinco goles. La verdad es que demostró tener nivel para el Barça, nosotros estábamos interesados». Pero Balotelli nunca fichó por el equipo catalán. Giovanni aduce que le dieron excusas vagas: «Nunca entendimos realmente por qué no se concretó el interés. Parecía que querían apostar más por los chicos españoles».

El informe deportivo que le pidieron a Fran Sánchez fue inmejorable, pero para Alexanco influyó negativamente el carácter explosivo del chico, fuente de problemas, y también «que a la hora de la verdad surgieron multitud de agentes, que hicieron imposible la contratación».

En realidad, las cantidades tan altas que pidieron los Balotelli sirvieron como excusa a los responsables azulgrana. «Era muy bueno pero no nos gustó nada su forma de estar en el campo. Tenía una actitud algo chulesca, detectamos que era un trasto. Le dijimos que podía quedarse pero sin cobrar. Nos arriesgamos a que aceptara porque en realidad no queríamos meter a un chico así en La Masía», recuerda Benaiges.

Su talante impidió la contratación. Aunque de haberla aprobado, el Barça se habría encontrado con otro problema. Un problema legal. En la situación de adopción temporal en la que se encontraba no podía realizarse un cambio de residencia al extranjero sin la autorización de su familia biológica y del juez. Además, Mario aún no disponía del pasaporte italiano y por eso no había podido acudir a las llamadas de la sub-15 y la sub-17. De hecho, la selección absoluta ghanesa quiso aprovechar el vacío legal y convocó oficialmente al delantero poco antes de que cumpliera diecisiete años para disputar un partido contra Senegal. Mario rechazó.

Según la ley italiana, los hijos de ciudadanos no italianos no pueden obtener la nacionalidad hasta los dieciocho años, aunque hayan nacido y vivido siempre en Italia. Por ello tuvo que esperar hasta el 13 de agosto de 2008, un día después de cumplir los dieciocho, para recibir su pasaporte italiano en un acto celebrado en el Ayuntamiento de Concesio. El evento concitó gran interés mediático y él, flanqueado por sus padres, declaró: «Soy italiano. Me siento italiano. Jugaré siempre con la selección italiana».

EL INTER

Pero estábamos en el verano de 2006. Tras el rechazo del Barça, Balotelli estuvo a punto de marcharse a jugar a Suiza cuando, en el último momento, apareció el Inter de Milán. Realizó una oferta el penúltimo día antes del cierre del mercado y a las siete de la tarde del 31 de agosto se firmó el acuerdo. Piero Ausilio era el director de su cantera: «A Mario le conocíamos. Sus gestas en el Lumezzane habían llegado a través de nuestros ojeadores». Seguramente no sabían que en realidad simpatizaba más con los colores rojinegros del Milan, como quedaría en evidencia más adelante.

Le incluyeron de inicio en el equipo cadete, la categoría que le correspondía por edad. Él esperaba jugar con los juveniles. Decepcionado, llamó a Salvioni, que le pidió paciencia. «Dales tiempo para que te conozcan, ya verás». Daniele Bernazzani, su primer entrenador, recuerda su primer contacto: «Entró en el restaurante donde estábamos comiendo y todos los chicos se quedaron mirándolo. Impresionaba por su corpulencia. Luego en el campo unía técnica y físico. Era un delantero completo como yo no había visto nunca a su edad. Se le quedaba claramente pequeño ese equipo». Según Piero Ausilio, «no digo que ganara él solo todos los partidos pero casi. Ralentizamos el salto a

los juveniles por problemas de comportamiento».

Uno de aquellos episodios negativos tuvo lugar con la profesora de castellano, a la que Mario contestó maleducadamente un día. La directora del instituto donde los chicos de la academia del Inter acudían juntos a clase informó de lo sucedido a los responsables deportivos. Se disputaba un partido importante contra el Empoli pero Mario fue castigado. «Renunciar a él era arriesgado, pero más importante aún era transmitir valores tanto al grupo como a él. Ganamos 3-0 y le demostramos a Mario que lo más importante es respetar las reglas, saber convivir en un grupo. Él no se lo tomó bien pero acabó pidiendo perdón tanto a la profesora como al equipo».

Bernazzani recuerda cómo «cuando Mourinho entrenó aquí, me echaba en cara a mí y al resto de entrenadores de la cantera la falta de educación de Balotelli. Era un chico al que había que estimular. En los entrenamientos a veces tenía largas ausencias. Pero era tan superior a los demás que al final le perdonábamos todo».

Marcó diecinueve goles en sus veinte primeros partidos. Seis meses después de haber llegado, Piero Ausilio aprobó su paso al equipo Primavera, donde jugaban chicos hasta tres años mayores que él. «Y la verdad es que ahí también se aclimató con mucha personalidad. Un poco porque era muy bueno técnicamente y un poco también porque físicamente ya estaba desarrollado».

En aquel equipo, los jugadores más destacados eran Jonathan Biabiany y Leonardo Bonucci, que luego llegaría a la selección jugando en la Juventus. Según el entrenador, Vincenzo Esposito, «tenía dificultades en aceptar las jerarquías. Tuvo algunos roces al principio pero rápidamente los compañeros le reconocieron sus dotes técnicas y le integraron en el grupo».

De hecho, la primera semana que se entrenó con ellos no era una semana cualquiera. Se jugaba el derbi contra el Milan, un partido muy esperado por todos los jugadores incluso en edad juvenil. El talento que vio Esposito en aquellos primeros días le incitó a elegirle como titular. «Me di cuenta de que tenía delante a un gran talento. En su debut marcó dos goles y ganamos 4-2. Fue protagonista desde el primer día».

Con el segundo equipo del Inter anotó ocho goles en once partidos hasta final de temporada, incluido uno en el minuto noventa de la *finale scudetto* de la categoría disputada en Bressanone contra la Sampdoria. Ese triunfo permitió al club *nerazzurro* coronarse campeón de Italia tras cinco años sin conseguirlo.

A Mario le sirvió mucho ese paso por la cantera, ya que pudo completar su formación con entrenadores muy expertos. Para entonces medía ya 1,80 metros. Finalizado el curso, abandonó la academia del Inter y alquiló un piso en la zona de Niguarda, al norte de Milán, cerca de los campos de Interello, donde jugaba el equipo juvenil. La madre viajaba desde Brescia una vez a la semana para supervisar la situación y ordenar el apartamento. Ese verano realizó la pretemporada con el primer equipo a las órdenes de Roberto Mancini y marcó su primer gol, en un amistoso contra el Südtirol.

Pero arrancó la temporada y regresó al equipo filial. El periodista de Inter Channel que narraba los partidos de ese equipo era Alessandro Villa. Tenía una buena relación con Mario y recuerda una conversación informal con él a finales de 2007. «Me quiero ir,

basta. No juego». «¿Qué dices? Estás jugando todos los partidos del equipo Primavera». «Pero ¿qué Primavera? Yo tengo que jugar en el primer equipo». Acababa de cumplir diecisiete años y, efectivamente, estaba a punto de debutar en la Serie A. Fue el 16 de diciembre de 2007 en Cagliari y entró en el minuto noventa, sustituyendo al hondureño David Suazo.

Pero en realidad la explosión llegó en partidos de la Coppa Italia, donde los equipos utilizaban a sus jugadores menos habituales. Tres días después de su estreno, el Inter entraba en liza en los octavos de final de la competición jugando en campo de la Reggina. Balotelli fue titular y anotó dos goles.

Después del parón navideño, el sorteo deparó un enfrentamiento contra la Juventus en cuartos de final. En la ida en San Siro empataron a dos. Mario no jugó. En el encuentro de vuelta, el 30 de enero de 2008, el Inter ganó 2-3 en Turín. Balotelli volvió a marcar dos goles, ambos de gran factura técnica. Había nacido una estrella.

Todo hacía indicar que el chico se mantendría ya de forma indiscutible en el primer equipo. Sin embargo, el club, en una nueva decisión educativa, lo envió de vuelta al filial para que disputara con sus compañeros el prestigioso torneo de Viareggio.

«Teníamos que saber llevarlo, pero sobre todo teníamos que saber manejar todo lo mediático que se había creado alrededor de este chico tras sus dos goles en Turín», recuerda Piero Ausilio. «En realidad, todas las semanas hablaba con él y me decía que quería seguir jugando con nosotros», comenta Esposito. «A pesar de haber debutado con los mayores, se sentía aún parte de nuestro grupo».

Balotelli sorprendió a todos por su humildad. Se le vio concentrado y responsabilizado. Marcó ocho goles en seis partidos y, como guinda, convirtió el penalti decisivo en la tanda de la final contra el Empoli. Recibió el trofeo al mejor jugador del torneo. «Lideró al equipo con actitud y ganas. Se echó el equipo a la espalda y lo llevó a esa victoria, que fue histórica».

REAPARECEN LOS BARWUAH

Mario Balotelli se convirtió en un personaje muy popular. Su rocambolesca historia dio la vuelta al mundo y los medios de comunicación bucearon en sus orígenes y sacaron del anonimato a sus padres biológicos, que seguían viviendo a las afueras de Brescia. «Queríamos decirle a Mario que siempre le hemos querido, que estamos muy agradecidos a la familia Balotelli que le ha educado. Al principio él venía a vernos, pero luego la relación se fue enfriando. Aunque yo seguía yendo a verle jugar casi a escondidas», declaró a una revista Thomas Barwuah.

Los ecos de la polémica llegaron hasta Ghana, donde el abuelo paterno, Nana Kwadwo Barwuah, seguía las evoluciones de Mario. Entrevistado en su casa de Konongo, en la región de Ashanti, recordó cómo «Thomas me llamó cuando el niño tenía dos años. Tuvieron que darlo en adopción porque no tenían dinero para los gastos médicos. Mi hijo y su mujer temían que pudiese morir».

La reacción de Mario no se hizo esperar, aunque nadie imaginaba que sería tan virulenta. En una nota de prensa publicada en su página web oficial, contestó: «¿Por qué nadie pregunta a los señores Barwuah, que ahora aparecen en los periódicos con caras tristes y una fotografía mía, el motivo de que nunca solicitasen recuperar mi custodia? Ahora desean mi afecto, como si fuera un derecho adquirido por tener la misma sangre. Yo solo tengo lazos con las personas que me han querido como un hijo. Los otros para mí son dos extraños».

«No nos interesa que ahora sea famoso. Si viniera con las manos vacías, le acogeríamos en nuestra familia. Queremos que recuerde que nosotros también somos sus padres. Las cosas fueron de una manera que quizá él ni siquiera sabe, pero queremos dejar claro que nosotros no le abandonamos», respondieron a su vez Thomas y Rose. Fue poco antes de mudarse a Birmingham, en Reino Unido, para que la hija mayor pudiera aprender inglés e impulsar así su carrera.

Aprovechando su belleza y su vínculo con Mario, Abigail Barwuah había empezado a aparecer en revistas y platós de televisión y se disponía a participar en varios concursos televisivos. Precisamente, tras su salida de la Isla de los Famosos 2011 añadió un capítulo más al folletín cuando declaró que rompía relaciones con su hermano: «Es un egoísta, le molesta que alguien más de la familia pueda ser famoso. No quiero verlo más, no merece mi cariño ni que lo considere mi hermano. Me alegro de haber demostrado que no somos iguales. De hecho fuimos educados por dos familias distintas».

En entrevistas posteriores, los Barwuah endurecieron el tono: «Mario está convencido de que le abandonamos en un hospital. Eso es lo que la familia Balotelli le ha metido en la cabeza y es lo que nos duele. Durante diez años quisimos recuperar a nuestro hijo pero el tribunal nos lo impidió. Los Balotelli conocen a mucha gente influyente y nosotros no pudimos hacer nada». Aunque Thomas acabó tendiendo una mano, la última, a Mario: «Sería precioso que se pudiera leer también Barwuah en su camiseta».

No parecía ser precisamente esa la intención de Mario, que, cuando fue mayor de edad, depositó su petición de adopción definitiva en las oficinas judiciales. En la primavera de 2009, después de dieciséis años, por fin Franco y Silvia se convertían en sus padres a todos los efectos. La imagen más emotiva llegó a la conclusión de aquella semifinal de la Eurocopa 2012. Mario corrió a abrazar a su madre a las gradas del estadio de Varsovia después de marcar dos goles ante Alemania y quitarse la camiseta. Desafiante. Mostrando al mundo su musculado pecho. Un pecho de piel negra.

6

Franck Ribéry

Francia

«De “Scarface” a Bilal Yusuf Mohammed»

«Esta religión ayuda a seguir el camino correcto. Te ofrece un estilo de vida más saludable. No bebemos, no fumamos. Para un deportista de élite es lo mejor». Son palabras de François Ribéry, hermano pequeño de Franck, musulmanes ambos antes incluso de que este fuera gran estrella del fútbol mundial. Los dos, franceses de nacimiento, se convirtieron al islam como consecuencia de sus matrimonios con una marroquí, en el caso de François, y una argelina, en el de Franck. En enero de 2008 el internacional galo visitó por primera vez La Meca. Al menos una vez en la vida debía hacerlo, como manda el Corán. Allí, en la ciudad de Mahoma, mientras giraba en torno a la Kaaba como el resto de fieles, miró al cielo y rezó. Rezó por las dificultades que siempre le brindó la vida, por los obstáculos que debió superar, por el cambio que a través de la religión sufrió su personalidad. Seguramente aquello sería el final de un largo trayecto. O el principio, quién sabe. Nada sería igual para él desde entonces. Y tampoco lo sería para los muchos jóvenes, magrebíes la mayoría, que a partir de ahí le consideraron un ídolo al que venerar, un ejemplo al que seguir, un espejo en el que mirarse.

Por dedicación, por valentía, por fe. Por todo. La historia de Franck Ribéry se escribe con la más sobria de las letras. La hoy estrella del Bayern y de la selección francesa fue el cuarto hijo de una modesta familia afincada en Chemin-Vert, un suburbio a las afueras de Boulogne-Sur-Mer, en el departamento de Pas de Calais, al norte de Francia. En el bloque de edificios en el que crecieron los Ribéry no había lujos de ningún tipo. El padre de familia era albañil y trabajaba largas horas para poder dar de comer a cuatro hambrientos hijos. La madre cuidaba de todos ellos. Eso, mientras la vasta vegetación amenazaba con reconquistar el espacio que un plan urbanístico de los años cincuenta y sesenta había permitido ocupar en forma de amarillentas viviendas destinadas a la clase obrera trabajadora. Se trataba de viviendas tipo HLM, las más baratas y las menos espaciales de cuantas existen en Francia. Muchos de los vecinos del barrio eran empleados del puerto de Calais y de la siderurgia que atraía. Muchos, la mayoría, inmigrantes en busca de trabajos ingratos que gran parte de la población no estaba dispuesta a aceptar. En los últimos años ha habido un nuevo plan para demoler esos edificios y sustituirlos por otros más blancos pero igual de fríos. En invierno la niebla se cuela entre unos y otros. Se oyen carreteras de fondo, no se sabe muy bien de dónde. En Chemin-Vert la vida es dura. Parece que cueste hasta sonreír.

De modo que para sobrevivir hay que pelear. Y así hizo Ribéry, el chico de la calle, el futbolista urbano. Para empezar, sin preámbulos ni avisos, el primer episodio pudo costarle la vida. Tenía solo dos años. Su padre conducía por Boulogne un día cualquiera, un trayecto cualquiera. Atrás iban sus hijos. Sin saber cómo, perdió el control y el vehículo dio un latigazo cuyo seco parón disparó a través de la ventanilla frontal al joven Franck, que después de romper el cristal y el parabrisas delantero quedó tumbado sobre el frío y húmedo asfalto de ese día. La imagen fue dura para quien corrió a auxiliarle. Tenía mucha sangre por todo el rostro, estaba inconsciente y se temía por su vida. Las atenciones médicas fueron abundantes. Aunque no hubo traumatismos excesivamente graves, el impacto directo del cristal con la cara afectó a una zona especialmente sensible para médicos y cirujanos. Tuvieron que coserle varias partes, reconstruirle otras y aplicarle en total más de cien puntos de sutura. Un difícil proceso, más teniendo en cuenta que se trataba de un pequeño de dos años en plena formación física. Su cara quedó marcada. Una enorme cicatriz se adueñó de su pómulo derecho, también de la frente. La ceja izquierda tomó una forma distinta y la boca se vio igualmente afectada. De ahí para siempre el pequeño Franck sería especial. Desde entonces las secuelas del accidente le harían distinto. La marca en su cara era ya parte de su vida.

LAS SECUELAS DEL ACCIDENTE

La infancia que le esperaba después de aquello no sería sencilla. Aparte de recuperarse de las secuelas físicas —que le costó lo suyo—, también tuvo que hacer frente a las mentales. Para ningún niño es fácil saberse diferente al resto. Que una larga cicatriz en la cara te lo recuerde cada mañana es algo duro de sobrellevar. Sobre todo en un barrio del extrarradio, donde solo los más fuertes sobreviven. Al resto se les deja de lado por diferentes, por estar al margen de la masa, bien sea por su personalidad o por un aspecto físico distinto. Es por eso que Franck lo pasó mal. Sufrió en silencio vejaciones e insultos que llevó consigo a casa, pero que en vez de hundirle le hicieron más resistente a los problemas. «Sé que me llamaban Frankenstein o Scarface... Afortunadamente no muchas veces lo oía, porque si no reaccionaba con agresividad. He sufrido por esta cicatriz, pero también me ha hecho más fuerte», declaró el jugador a *Bild*. Otro asunto mantuvo su ímpetu hasta en los días más deprimentes: el fútbol. Jugando sin descanso en su barrio adquirió un dominio de la pelota que ha mantenido con los años. Era bueno técnicamente, pero sobre todo era osado y atrevido. No se arrugaba ante nada ni ante nadie. Así es el fútbol de la calle.

Algo que también caracterizó la infancia de Ribéry fue la más que notable influencia magrebí. Desde siempre esta cultura perfiló su carácter y su personalidad. Los primeros amigos, esos mismos con los que jugaba sin descanso al fútbol, eran hijos de los venidos desde el norte de África. Como sus vecinos. Como todo lo que le rodeaba, en realidad. Una forma austera de vida mediante la que aprendió a apreciar lo verdaderamente bueno y a compartir lo poco que siempre tuvo. Pocos años después, en plena adolescencia, se

vería atraído por la hija de uno de esos vecinos de bloque, Wahiba, hija de inmigrantes argelinos instalados en Boulogne. No fue una relación más. El amor que surgió entre ambos les llevó a casarse y la afinidad que Franck tuvo desde siempre por la comunidad magrebí se vio entonces culminada con la reconversión al islam. Fue ahí cuando surgió el nombre de Bilal Yusuf Mohammed. Así es como se conoce a Ribéry entre los musulmanes. Y él está orgulloso de serlo.

Pero hubo más, mucho más, antes de culminar este proceso. Los prometedores primeros pasos en el fútbol del pequeño pero atrevido niño de Chemin-Vert, ese peculiar con la cara cortada por un accidente, no se hicieron esperar. Enseguida se hizo popular en su barrio. Algunos chicos traviesos le pusieron apodos por su singularidad física y él tuvo que soportar las burlas de todos ellos durante mucho tiempo. La forma en la que se ganó el respeto fue a través del fútbol. Franck era el mejor de su parcela, el mejor de la calle, el mejor del barrio. Cuando se ponía a conducir la pelota, no había quien se la quitase. Ni siquiera los mayores que él, aquellos que hacían referencia a su marcada cicatriz cada vez que trataban de arrebatarle el balón y no lo conseguían. Es duro decirlo, pero muchas veces el fútbol configura castas entre los jóvenes. Los buenos siempre están arriba; los malos, abajo. A Ribéry, en todo caso, le costó que esto fuera así. En innumerables ocasiones llegaba llorando a casa después de escuchar comentarios de todo tipo. Incluso dicen que hay un rincón entre calles de Chemin-Vert al que solía acudir bastantes veces en solitario para pensar y reflexionar. Siempre con su balón. Seguramente para sufrir junto a él.

La niñez del pequeño Franck tuvo, además, un componente extra que la hizo aún más difícil. Durante los años ochenta hubo una grave crisis de la industria de la ciudad y la gente empezó a perder sus empleos. Fue un goteo constante. El puerto de Calais, que abastecía y cobijaba a muchos de los habitantes de su barriada, redujo considerablemente el número de trabajadores. La parcela de cinco bloques amarillentos en la que se crio Ribéry se vio seriamente afectada. El 80 por ciento de sus vecinos se quedó sin empleo. La tasa de paro, sobre todo juvenil, se disparó hasta límites peligrosos del 66 por ciento. En un suburbio joven y de clase más bien baja esto vino seguido irremediablemente de un incremento en el número de actos delictivos. Poco a poco aparecieron los problemas que siempre se agudizan en épocas de crisis para los adolescentes, sobre todo drogadicción y alcoholismo. Ser joven en Chemin-Vert durante los años ochenta y noventa suponía mirar a los ojos a estos dos males de la sociedad. Alejarse de ese círculo vicioso era el reto que sin saberlo afrontaban cada mañana los chicos del barrio.

DEL AIGLON AL LILLE

La mejor forma de hacerlo, como suele ser frecuente, fue el deporte. Para Ribéry y para la mayoría de su generación, de hecho, así ocurrió. Habría que situar como epicentro de todo ello el Chemin de la Légion d'Honneur, muy cerca de la costa. A pocos kilómetros de la casa de la familia de Franck, el campo de fútbol del barrio que allí se alzaba fue el

refugio en el que los jóvenes explayaron todo el talento que anteriormente habían pulido entre parques y plazas. En esos verdes campos de fútbol jugaba el Aiglon Boulogne, el primer equipo en el que militó el mediapunta tímido y callado que llegaba dos días a la semana a entrenarse junto a sus amigos argelinos, tunecinos o marroquíes. No destacaba por encima de ellos, por encima de nadie, hasta que la pelota echaba a rodar. Entonces todo cambiaba. Cuentan sus técnicos de aquella época que parecía sentirse más cómodo dentro del campo que fuera, como si con una pelota en los pies pudiera burlar a los defensas contrarios igual que ellos hacían con él por la cicatriz en su rostro. «Esa cara desfigurada pudo ser su fuerza», declaró para *Libération* uno de sus primeros entrenadores, José Pereira. Y no le faltaba razón. «Con siete y ocho años ya era muy talentoso. No había necesidad de ejercer presión sobre él ni de motivarle...», recuerda.

Pero cuando de verdad enseñó el gran don que poseía para el fútbol fue a partir de los trece años. Ya se descubrían en él unas virtudes enormes, unas ganas locas por jugar y olvidarse del resto de cosas, pero con eso no vale para llegar a ser uno de los mejores jugadores del mundo. Hace falta algo más. Y ese plus vino en la última temporada de infantiles, en la que el uniforme naranja del Aiglon se paseó de manera triunfal por la mayor parte de campos de la comarca. Ribéry era el líder destacado entre sus compañeros. En las situaciones límite los balones eran para él y las resolvía con la naturalidad de los elegidos. Muchos de los compañeros, técnicos y aficionados del club —de origen magrebí— vieron en él el gran ejemplo que debían seguir en cuanto a superación y competitividad se refiere. El talento que emergía de sus botas era el de todo ese suburbio marginal del norte de Boulogne, que rápidamente le convirtió en un referente y un icono a través del boca a boca. Francés pero muy ligado a la comunidad norteafricana, trabajador y de una familia obrera y humilde, confiado en sus posibilidades pese a la cicatriz que le atravesaba la cara. Lo tenía todo para llamar la atención entre sus vecinos.

Un día le llegó la oportunidad de enrolarse en la escuela de un gran club de Francia como es el Lille, el equipo de la región y uno de los históricos del norte del país. Después de varios años coqueteando con el descenso a segunda división, este se había consumado y la apuesta de la directiva de *les dogues* fue reforzar el fútbol base y construir un equipo de cantera para afrontar la vuelta y posterior asentamiento en la élite. Su técnico durante la última temporada en el Aiglon, Pascal Bonvalet, le recomendó probar fortuna en los equipos formativos de una entidad profesional como la de Lille. «Nunca se lo dije al resto de chavales, pero ganábamos los partidos gracias a él. Un día no teníamos líbero y le puse en esa posición, a pesar de que normalmente era delantero. Tomó la pelota, regateó a cinco o seis jugadores y marcó con calma. Era un prodigio», analiza.

Quién más que él iba a confiar en su pupilo, al que había visto hacer cosas ese año que nunca antes apreció en cualquier otro jugador. Una hora y media en coche y ciento cuarenta y un kilómetros de distancia separaban la moderna escuela de jugadores del Lille de Chemin-Vert, la que era casa de Ribéry y de la que nunca antes había salido. Y mucho menos para jugar al fútbol. Por eso el salto se hizo demasiado grande. Desde el

principio todo le resultaba extraño. Para empezar, estar lejos de su gente, de su barrio, de su familia. Uno no se da cuenta de lo ligado que está a su tierra hasta que un día tiene que dejarla. Pero sobre todo lo que peor llevó fue la jerarquía de los grandes clubes, el exceso de profesionalismo que aplican a los chavales, la disciplina que imponen desde que entran a formar parte de ellos.

PROBLEMAS EN LILLE

Él, que venía de jugar con los amigos entre edificios y árboles, sin más ataduras que las del modesto equipo del barrio, se vio desbordado enseguida por la situación. El fútbol siempre había sido un divertimento, nunca un corsé. Por eso tuvo problemas con compañeros y técnicos, quienes desde el principio recelaron de su carácter rebelde dentro del campo. Tampoco fueron mejor las cosas más allá del césped. El Lille exigía que sus jugadores en edad de formación aprobaran los exámenes y los cursos por delante incluso del rendimiento que pudieran ofrecer vestidos de corto. Y ahí encontraron la excusa perfecta para buscarle las cosquillas a Franck.

Porque los estudios nunca fueron su especialidad y tampoco le interesaron demasiado. Seguramente no fue culpa suya. En casa siempre había visto que la única manera de salir adelante era levantarse pronto por las mañanas para ir a trabajar. Su padre les insistía constantemente a él y a sus hermanos que en cuanto les fuera posible les llevaría a poner ladrillos y levantar paredes, algo que a aquel albañil de también poco recorrido académico le había permitido sacar adelante a toda una familia. Estudiar no era el objetivo de Franck, aunque los dirigentes del fútbol base del Lille se empeñaran en que si no lo hacía tendría que dejar el club.

Tras dos años y medio de mucha tensión, alguna pelea con compañeros y muy malas notas —esto jamás cambió—, el Lille tomó la determinación de expulsar al futbolista de sus filas por mala conducta y mal ejemplo para sus compañeros. Años después, Pascal Bonvalent, el entrenador que le había aconsejado marcharse hasta allí, dio con la clave de lo que pudo pasar: «Hasta un ciego habría visto que Ribéry era un gran jugador. Pero se trataba de un niño crecido en la calle y no le gustaba la disciplina. Necesitaba un código distinto». El propio futbolista dio detalles desconocidos de lo sucedido antes de enfrentarse al Lille en un partido de Champions con el Bayern, ya como profesional: «Tuve una lesión en el codo que también fue decisiva para mi salida. Ya habían querido prescindir de mí anteriormente esgrimiendo que era demasiado pequeño para jugar al fútbol».

La vuelta a casa fue celebrada en todo el barrio y también en la cabeza del propio jugador. En cierto modo se quitó de encima una tensión acumulada que le impedía ser feliz. No le importaba haber dejado pasar una oportunidad muy buena de ser profesional si eso implicaba tener que ser diferente a lo que se sentía. En Chemin-Vert volvió a rodearse de su gente y conoció más en profundidad a Wahiba, la hija de los vecinos de bloque, su futura esposa. Cada vez estaba más cómodo con ella y con sus amigos

musulmanes. Por aquel entonces ya notaba que esa era la religión que más se adecuaba a su forma de pensar. El regreso, por lo tanto, no le salió del todo mal. Tampoco en lo futbolístico, por cierto.

TRABAJANDO COMO ALBAÑIL

Lo que sí varió diametralmente fue su concepto de la vida. Tal y como había avisado su padre, a los dieciséis años y con el graduado escolar mínimo, Ribéry empezó a trabajar junto a él ejerciendo de albañil en la empresa para la que trabajaba. No se le cayeron los anillos. No se lo tomó como un castigo ni nada parecido. Al contrario. Se esforzó como siempre había hecho con todo y peleó duro por sacar un buen jornal que pudiera servir para ayudar al bienestar en casa. «Me sirvió para aprender», ha comentado el jugador con sinceridad en entrevistas posteriores. Y mientras tanto, por supuesto, siguió jugando al fútbol. El equipo más fuerte de la ciudad, el Boulogne, le abrió las puertas de su conjunto filial y le permitió seguir progresando sin tener tanta presión ni tanta disciplina como en el Lille. Durante un tiempo estuvo compaginando las dos tareas que entonces le ocupaban. Por las mañanas trabajaba en la obra como peón de construcción y por las tardes se entrenaba junto a sus compañeros para matar así un poco el ansia por el fútbol. Dicen que quien llega a lo más alto nunca olvida sus orígenes y Ribéry tampoco lo hace, orgulloso de haberse esforzado por igual en actividades tan dispares como estas dos. Así es la vida.

El Boulogne militaba por aquella época en el CFA, lo que en Francia se conoce como campeonato amateur y que equivaldría al cuarto escalón del fútbol del país tras Ligue 1, Ligue 2 y Championnat National. Al final de la temporada, con el equipo jugándose el ascenso, decidieron subir al talentoso Ribéry para que aportase ese juego callejero que tanto le caracterizaba. Pese a ser el más joven de todos, el CFA parecía un nivel muy bajo para la clase y categoría de ese peculiar futbolista, famoso ya en la ciudad por su paso fallido por el Lille y por la cicatriz y el carácter subversivo que marcaban su fuerte personalidad: «Ya había entrenado con nosotros desde antes —afirma Jacky Colinet, el técnico del equipo por aquella época—. Cuando le vi arrancar por primera vez, regatear defensas y su facilidad para manejar las dos piernas me quedé atónito. No exagero si digo que me recordó a Cruyff. Debe de ser que yo soy de la generación del 70 y esa influencia es más grande de lo normal».

Franck era un *bad boy* en toda regla. Ha habido muchos futbolistas de indudable talento a los que esa vitola de chicos malos les terminó por superar. Ribéry corría el riesgo de que así fuera. Los rivales de la comarca ya le conocían y le buscaban. Algunos compañeros seguían mirándole con recelo por su peculiar conducta. Sin embargo, fue en este punto en el que realmente se notó la influencia de su entonces novia, Wahiba, y de su familia para entender el proceso que amansó su carácter. Desde que se conocieron se tranquilizó y se mostró más pacífico. Entendió la vida de otra manera y se vio un ganador, más que un luchador. El apoyo que recibió de su futura esposa fue fundamental

para ello. Y por supuesto también el contexto que le rodeaba, con novia, familiares y amigos ejerciendo sobre él una fuerte influencia musulmana. Él era uno de ellos, no tenía dudas.

El albañil feliz de la cara cortada había deslumbrado cada fin de semana con el filial del Boulogne y le tocaba ahora hacer lo mismo con el primer equipo, agobiado por la presión de tener que ascender a Championnat National casi por obligación. Pese a jugar en el gran equipo de la ciudad y a que mucha gente depositaba su fe en él para que algún día llegara a la élite del fútbol francés, como así sucedió años después, Franck no se olvidaba de sus orígenes. Cada vez que podía se pasaba por los campos de entrenamiento de su anterior club, el Aiglon, para dar consejos a los niños que hasta allí acudían como antiguamente había hecho él. Les decía que tuvieran ilusión, que se esforzaran al máximo y que respetaran a sus compañeros como si fueran ellos mismos. Les hablaba como un ídolo, pese a estar todavía muy lejos de serlo. Seguramente muchos de aquellos niños recuerdan esas palabras con más cariño que las posteriores que habría podido dedicarles, ya como internacional francés o rutilante estrella del panorama futbolístico mundial.

LA FALLIDA AVENTURA EN LOS ALPES

El caso es que sus actuaciones en el último tramo de la temporada en el CFA fueron muy sonadas y comenzó a ganar un dinero, quinientos francos al mes —unos ochenta euros—, mediante el fútbol que le invitó a abandonar su trabajo como peón. No es por comparar ambas profesiones, pero Ribéry vio en aquellas primeras nóminas como futbolista exactamente lo mismo que en las de albañil: una manera de llevar dinero a casa y poder ayudar al sostenimiento de la familia. El Boulogne se benefició de su eclosión definitiva como jugador. Tenía solo diecisiete años, pero pese a ello fue fundamental en el ansiado ascenso de categoría. La ciudad lo celebró y el norte de Francia comenzó a saberse su nombre de memoria. No era para menos. «Con respecto al fútbol yo tenía poco que enseñarle, pero en cuanto a disciplina debía ser educado como jugador casi a diario. Era un muchacho de barrio, un rebelde que necesitaba aprender modales del juego», rememora Jacky Colinet.

En definitiva, reunía unas características futbolísticas y también físicas que le hacían muy reconocible allá por donde pasaba. Es por eso que los ojeadores de varios clubes de la zona apuntaron su nombre y valoraron su fichaje. Solo una cosa les echaba para atrás y era el borrón que en su historial suponía haber salido de manera tan polémica de un gran club como el Lille. Los equipos más punteros de la región tenían miedo de que ese carácter complicado siguiera afectando a su juego más que las propias cualidades futbolísticas innatas que poseía. No hubo quien diera el paso de volver a arriesgarse con él y por eso se mantuvo en el Boulogne, ya en Championnat National, el tercer peldaño del fútbol francés.

Fue una temporada complicada para un recién ascendido, en un nivel al que cuesta

mucho aclimatarse. Aun así, Ribéry, que acababa de llegar a la mayoría de edad, terminó siendo titular indiscutible y cerró el año con seis goles marcados. Su familia había depositado muchas esperanzas en que la ilusión que siempre mostró por el fútbol pudiera traducirse en una carrera fructífera. Sin olvidar, por supuesto, que en caso de que las cosas no salieran bien debería volver a trabajar como hacían sus padres y hermanos, quién sabe si de nuevo como albañil. El Boulogne descendió, pero ese curso sirvió para que la trayectoria como futbolista de Ribéry tomase velocidad. Las ofertas por él llegaron. La apuesta parecía tener sentido.

La única manera de mantenerse en la categoría fue aceptar la propuesta del Olympique Alès, un conjunto modesto pero con un ambicioso proyecto deportivo. El gran problema es que Alès se encuentra en la provincia de Languedoc-Rousillon, al sureste del país, muy cerca de los Alpes. Es decir, en la otra punta de Francia con respecto a Boulogne. Si los ciento cuarenta y un kilómetros de distancia entre su casa y Lille se le habían hecho largos cuando probó suerte con catorce años, qué se podía pensar de los novecientos sesenta y siete que ahora le volvían a separar de su cotidianidad y de su círculo más cercano. Era un riesgo, pero solo los valientes saben afrontarlos por segunda vez y tras haber tropezado una primera. Y hasta allí se marchó el joven Franck. Algo importante cambió esta vez, eso sí. En 2002 contrajo matrimonio con su novia Wahiba, que desde entonces le acompañó en experiencias como aquella. La única manera de poder contraer matrimonio con la chica que había controlado su carácter y de la que se había enamorado paseando por el barrio fue convirtiéndose al islam. Hija de inmigrantes argelinos, como ya se ha contado anteriormente, su religión acabó por envolver a Ribéry y hacerle igual que sus mejores amigos de Chemin-Vert, todos ellos de origen magrebí. El gran paso estaba dado, bien fuera por amor o por convicción. Sus padres, por cierto, tuvieron que aceptarlo sorprendidos. «Nadie me obligó a hacerme musulmán. Lo hice yo por mi propia iniciativa porque sentí que era lo mejor», ha declarado el futbolista al recordar aquel paso.

Deportivamente hablando, la experiencia en Alès no salió como se esperaba. Franck progresó como futbolista, pero el club fue declarado en bancarrota y descendido, por lo tanto, de categoría. «Le ofrecieron cinco veces más de lo que ganaba. De quinientos francos al mes le subirían el sueldo a dos mil quinientos y le pagarían el carné de conducir. También pusieron un apartamento a su disposición. Pero nada era verdad. Me llamaba tres o cuatro veces a la semana para que le sacara de allí. Yo le decía que no se preocupara», cuenta Colinet. Todos los jugadores del Alès quedaron en libertad tras aquello. Así que un verano más llegó el momento de barajar las propuestas que había encima de la mesa y ver cuál era la mejor. Fue ofrecido al Guingamp y al Caen, pero ambos clubes declinaron su contratación.

DE BREST A LOS OJOS DE JEAN FERNANDEZ

Así que la alternativa que más sedujo al ya veinteañero jugador y a su esposa fue la del

Brest. El equipo militaba en la misma categoría en la que anteriormente había jugado Ribéry con Boulogne y Alès, pero por nivel de plantilla e historial parecía destinado a luchar por el ascenso a Ligue 2, la segunda división francesa. Y así fue. Su director deportivo, Philippe Goursat, confiaba en él, y el responsable de ojeadores del club, Jacky Le Gall, acabó convenciéndole para que fichara: «Tras el fracaso en su intento por ir al Guingamp estaba muy bajo de moral. Creía que no le pagaríamos, como había sucedido en Alès la temporada anterior. Tuve que convencerle de que en Brest esto no sería así. Como no tenía carné de conducir, le acompañaba a todas partes. También le ayudaba a hacer la declaración de la renta. Era muy listo, pero necesitaba ayudas en cosas tan fundamentales de la vida como esas».

A lomos de un fantástico Ribéry, el conjunto bretón completó una temporada sensacional que le condujo directamente al segundo escalafón del fútbol galo. Un éxito que tuvo un nombre propio claro, el del mediapunta de la cicatriz en la cara, el talento que recitaba el Corán antes de los partidos, ese que se movía sobre el campo con el desparpajo de quien sortea adversarios como antes había hecho con latas y plásticos en vez de con un balón. A esa clase de jugadores se les distingue a primera vista. No engañan.

También ocurrió con él, por supuesto. Cuentan que a uno de los últimos partidos de la temporada con el Brest acudieron a verle algunos de los ojeadores más destacados de Francia, advertidos de la calidad y el desequilibrio del singular jugador de los bretones. En la grada estaba Jean Fernandez, por aquel entonces entrenador del Metz de la Ligue 1, la primera división francesa. Su veredicto fue más firme que el del resto: había que fichar a ese atrevido chico de solo veinte años. Pocas veces había visto una actuación personal que le llamara la atención más que la suya, pese a ser el descubridor de otra leyenda del fútbol mundial como Zinedine Zidane.

Así, la decisión de uno de los técnicos más carismáticos de Francia de contar con él permitió que en apenas unos meses Ribéry pasase de jugar de manera modesta en el Championnat National a hacerlo en la Ligue 1. «A los dos días de estar con nosotros ya tenía la impresión de que había jugador de élite para diez años. Me pasó algo parecido a cuando vi por primera vez a Zidane y Henry», reflexiona Jean Fernandez. Es curioso lo del fútbol: a veces los caprichos de un entrenador pesan más que el trabajo constante de los jugadores. Pero así funciona esto. Lo que está claro es que nadie regaló nada a Ribéry, pues, además de ser el mejor con el Brest, ese mismo verano también contó con más ofertas de cierta enjundia.

Tal era su proyección que, a los pocos partidos con el Metz y después de destacar muchísimo en su debut al máximo nivel, fue convocado por la selección sub-21 de Francia en un salto del que no se recuerda comparación igual. Cinco meses: eso es lo que tardó en pasar del fútbol semiprofesional al segundo equipo nacional. Y cuatro años: eso es lo que fue desde que trabajase de albañil junto a su padre en Boulogne a ser portada de *L'Equipe* y *France Football* como una de las más firmes promesas del fútbol galo. Asombroso.

Desde entonces ya nada fue igual en Chemin-Vert. Las fotos del Ribéry más joven

pueblan hoy las oficinas del Aiglon, también las del Boulogne, orgullosos de quien por allí pasó y un día junto a ellos se formó. Los pósteres e imágenes del jugador actual engalanan comercios, escaparates, colegios. Las camisetas con su nombre se reproducen en cualquier partido callejero como los que Franck disputaba siendo niño. La todavía mayoritaria comunidad magrebí tiene como referencia a quien superó todos los retos que la vida le fue presentando: el accidente con dos años, las burlas por su cicatriz en la cara, la fama de *bad boy*, el fracaso en Lille, el trabajo como albañil junto a su padre, el recorrido por el fútbol más modesto en busca de alcanzar el más lujoso...

Pero sobre todo es venerado por haber respetado su cultura, su pensamiento, sus creencias. Por haber aceptado siempre a inmigrantes o hijos de inmigrantes y haberlos hecho parte de su vida hasta el punto de convertirse al islam y ser uno más de ellos. En un partido amistoso entre Francia y Marruecos en Saint-Denis, ya con Ribéry consolidado como gran estrella mundial, la afición marroquí, compuesta fundamentalmente por hijos de inmigrantes, se lo reconoció ovacionándole cada vez que tocaba la pelota. También ocurrió frente a Túnez. Y se repetirá cada vez que juegue ante países del norte de África. Porque allí ya no es solo Franck Ribéry, allí es Bilal Yusuf Mohammed. Algo más que un futbolista. Un ídolo.

7

Neymar

Brasil

«Días tristes en Chamartín»

Corría el mes de junio de 1992. Neymar y Nadine aprovecharon su primer fin de semana libre en mucho tiempo para coger el coche y recorrer los apenas cien kilómetros que separan Mogi das Cruzes de Santos para presentar en sociedad a su primogénito, Neymar júnior. Habían pasado cuatro meses desde su nacimiento pero los sucesivos partidos del padre habían hecho imposible llevarlo a conocer a la familia.

Era una ruta que conocían bien. Había que atravesar un puerto y la carretera era de un solo carril en cada sentido. Pero aquel día llovía, y eso complicaba la visibilidad. De repente, un coche en el sentido contrario adelantó peligrosamente. Todo sucedió en décimas de segundo. El padre pegó un volantazo pero no consiguió evitar la colisión. Volcaron. Y se quedaron al borde del precipicio que costeara la carretera.

La primera reacción de ambos fue mirar atrás para comprobar cómo se encontraba el bebé. Pero la sillita se había desenganchado del asiento y Neymar júnior no estaba allí. La única opción era que hubiera salido despedido hacia delante. Nadine tuvo una crisis de nervios. Presa del pánico, abrió su puerta. Pero no podía bajar: caería directamente al vacío. Solo cabía atravesar el vehículo por dentro y salir por el hueco de la luna trasera, que, como todas las demás, habían saltado por los aires en pedazos.

Después de unos segundos de gritos y angustia, el bebé apareció. Estaba encajado debajo del asiento del conductor. Tenía la cara ensangrentada, fruto de un corte en la cabeza por los cristales rotos. ¡Al menos estaba vivo! La madre también tenía algunos rasguños pero el peor parado fue sin duda el padre. Sufrió una fractura de cadera que le obligó a pasar por el quirófano. Estuvo ocho meses de baja, sin poder andar ni sentarse durante un buen periodo al principio. Aquel accidente significó el final de su carrera como futbolista profesional.

UN JORNALERO DEL BALÓN

Dicen las crónicas que Neymar da Silva Santos fue un discreto delantero. Más que sus condiciones técnicas, se le valoraban las dotes de mando, el liderazgo, el carisma.

Jugó en las categorías inferiores del Santos entre los catorce y los dieciséis años. Como todos los chicos de aquella época, perseguía el recuerdo de Pelé, que en los años

sesenta capitaneó un equipo santista que conquistó diez Campeonatos Paulistas, seis Campeonatos Brasileños, dos Copas Libertadores y dos Copas Intercontinentales. El Santos, uno de los pocos que nunca ha descendido en Brasil, fue elegido por la FIFA como el mejor club americano del siglo XX y el quinto más importante del mundo.

Pero Neymar solo pasó dos temporadas allí. Poco después de abandonar su escuela, cuando tenía diecinueve años, contrajo una tuberculosis muy grave que le tuvo diez meses de baja. Dejó el fútbol y empezó a trabajar como mecánico junto a su padre. Parecía que el fútbol era un capítulo cerrado en su vida, pero le seguía picando el gusanillo. Tiempo después, volvió a los campos aunque de forma aficionada, sin cobrar. Empezó a jugar con el Jabaquara, un club con cierta trayectoria en la ciudad de Santos en los años sesenta. Un día en 1989 se enfrentaron al União Mogi, que estaba en la tercera división paulista. Jugó tan bien aquel partido que el equipo rival presentó una oferta para contratarle. Así que dejó a su padre y se marchó con Nadine Gonçalves, con la que ya se había casado, a esta ciudad cercana a São Paulo de unos cuatrocientos mil habitantes.

Era un club modesto pero histórico. Acababa de celebrar su centenario. Le proporcionaron una vivienda de alquiler en el barrio Do Rodeio y le asignaron un pequeño sueldo. Disputaba el campeonato estadual durante el primer semestre y luego era cedido a otros clubes porque el União Mogi no tenía actividad en el segundo. En aquella época defendió también las camisetas de Coritiba, Lemense y Catanduvense. «Yo no era un crack pero tampoco un mal jugador. Sabía qué hacer con la pelota y tenía noción del juego. Pero el cuerpo muchas veces no acompañaba lo que la cabeza pensaba», recuerda Neymar.

Y allí, en el hospital Santa Casa de Misericórdia de Mogi das Cruzes, nació su primogénito en febrero de 1992. No tenían las condiciones económicas para realizar el estudio de sexo previo, así que descubrieron que era varón durante el parto. «No sabíamos cómo llamarle. A mi mujer le gustaba Mateus, pero estuvo una semana sin nombre». Finalmente, de camino al registro, cambiaron de idea y decidieron llamarle como el padre: Neymar, que en portugués significa «el que viene del mar».

Cuentan excompañeros de equipo de aquella época que Neymar sénior, en su primer entrenamiento tras el parto, estaba eufórico y no paraba de proclamar que su hijo sería «el mejor jugador de Brasil». Se llamaba Neymar júnior pero en la familia desde el principio le llamaban Juninho.

En los meses previos el padre había sufrido distintas lesiones. Cada vez le costaba más jugar. «Cuando conseguía entrenar bien durante la semana, a la hora del partido me dolía todo. Tenía que tratarme en casa para que el club no supiera de mis problemas físicos».

Pero cuando nació su hijo, de repente todo cambió. Los jugadores casados podían dormir en casa la víspera de los partidos. Y el niño no paraba de llorar. «Mi mujer quería que me fuese a otra habitación y descansara, pero yo prefería quedarme con él, tenerlo abrazado y darle calor. Aunque no durmiera, al día siguiente jugaba bien. Quizá fue mi mejor época como profesional. Aquel contacto con Juninho me daba fuerzas», recuerda.

Pero el accidente lo cambió todo. Se vio obligado a dejar de jugar y encarar una interminable rehabilitación. No pudo cumplir su sueño de ser un futbolista importante.

Pero tenía a su hijo.

INICIOS EN EL FÚTBOL SALA

Cuando nació Rafaella, cuatro años después que Neymar, se mudaron a Praia Grande, ya en la ciudad de Santos, para estar más cerca de la familia. En 1998 el padre encontró trabajo en la CET (Compañía de Ingeniería de Tráfico) de Santos. Inicialmente el puesto era como mecánico, pero le tocó también trabajar de albañil e incluso alguna vez limpiar los baños. Ganaba el salario mínimo, así que por las tardes se dedicaba a vender aparatos de purificación de agua. Y los fines de semana volvió a jugar al fútbol. Los sábados lo hacía con un equipo; los domingos, con otro. Con todas aquellas actividades reunió algo de dinero y decidió invertirlo en un viejo objetivo. Adquirió un terreno de doce por treinta metros, compró material de construcción y, con la ayuda de varios amigos, levantó una casa propia. Pero vivían al límite. Neymar lo había hipotecado todo. Algunas veces no tenían para pagar la factura de la luz y se la cortaban. A los niños les encantaba que se hiciera de noche y tener que encender las velas. Era un juego para ellos.

Ya por entonces Neymar sentía una pasión irrefrenable por el fútbol. Coleccionaba balones. Llegó a tener más de cincuenta. En casa situaba las sillas y las mesas de manera que fuera un reto ir esquivándolas con el balón. «Con tres años ya me devolvía la pelota en la dirección correcta. Dominaba el balón», recuerda el padre. Cuando iban a casa de sus abuelos, también usaba a su hermana y a sus primas como obstáculos. Siempre estaba con la pelota. Y cuando marcaba, él mismo gritaba: «Gooooool de Neymarzinho».

Otras muchas veces jugaba solo. Se situaba delante de una pared. Cuando se cansaba de darle con la derecha, lo hacía con la izquierda. Después golpeaba el balón y cuando volvía lo paraba con el pecho. Y luego daba toques con la cabeza. Era incansable. «También organizaba torneos imaginarios, con grupos, semifinales y final. Así empecé a ganar partidos y campeonatos virtuales. Soñando que un día todo se pudiese realizar», recuerda el jugador en el libro *Neymar: conversaciones entre padre e hijo*.

Con seis años empezó a jugar al fútbol sala, el origen habitual de la mayoría de niños en Brasil. Un día, a finales de 1998, su padre estaba disputando un partido en la playa de Itararé y él estaba brincando en las escaleras de la grada. Uno de los espectadores de aquel partido era Roberto Antônio dos Santos, conocido por todos como Betinho: «Me sorprendió la coordinación que tenía para su corta edad. Yo estaba montando un equipo de niños nacidos en 1991 en el Tumiaru e invité a su padre a que le llevara». Ya en su primer día mostró un repertorio que dejó boquiabiertos a todos. «Tenía más agilidad y velocidad que los chicos de su edad. Y cuando golpeaba al balón, era algo diferente. Desde el principio pensé que podía ser como Robinho, al que también había descubierto yo».

Neymar reconoce la importancia de aquellos primeros años en su formación: «Utilizo muchos fundamentos del fútbol sala en el campo. Aprendes a pensar, a moverte y a ejecutar regates más rápido». Jugó desde el principio con chicos de una categoría

superior. Y a pesar de ser el más joven y el más delgado de todos, ya por entonces destacaba, como recuerda Alcides Magri, su entrenador en el Gremetal, al que pasó poco después.

Su padre le acompañaba siempre tanto a entrenar como a jugar. En ocasiones le llevaba en moto, pero la mayoría de las veces iban en autobús. De camino le iba dando consejos sobre cómo jugar («muévete todo el rato, si te quedas parado, es más fácil para el marcador»), pero sobre todo sobre no sentirse superior a nadie. Humildad y respeto al rival.

«Lo que soy, lo que tengo, se lo debo todo a mis padres y a Dios. Sé que puedo contar con mi padre como referencia, dentro y fuera del campo. Cuántas veces dentro del campo pensé: “¿Qué haría mi padre en una situación como esta?”... No existe palabra suficiente en este mundo para agradecer tanto amor y dedicación. Mi padre es el mejor crítico que tengo. El mejor y el más duro. Después de cada partido me da una copia con mis jugadas editadas para poder perfeccionarlas. Me muestra estadísticas y me dice dónde acerté, dónde me equivoqué y cómo puedo mejorar. Así aprendo. Le estoy muy agradecido», declaraba Neymar cuando era adolescente.

Uno de los episodios donde más necesitó a su padre fue cuando dejó embarazada a una chica con dieciocho años. El padre inicialmente montó en cólera pero luego le apoyó y le obligó a asumir su responsabilidad con su hijo Davi Lucca. Cuando nació, en 2011, lo presentó en su página web así: «2,810 kilos de *ousadia e alegria*». Esa frase se convirtió en uno de sus lemas y apareció tanto en sus botas como tatuada en su cuerpo.

Los nombres de su madre y su hermana también aparecen inscritos en su cuerpo, concretamente en los antebrazos. Otros de sus tatuajes son de carácter religioso: una cruz, un verso de la Biblia y la inscripción «*Deus é fiel*» en la muñeca izquierda. Salir ilesos de aquel terrible accidente acercó aún más si cabe a la familia a la iglesia. Neymar fue bautizado por el rito evangélico y continuó asistiendo a la iglesia Batista Peniel, en São Vicente, una vez por semana. Lo hacía de manera discreta, sentándose siempre en las últimas filas, intentando pasar inadvertido. Siguió entregando su diezmo, cada vez con cantidades más importantes, incluso una vez que se convirtió en profesional.

La religión ha continuado estando presente en su vida. Sigue llamando a su madre antes de cada partido para rezar y de vez en cuando ambos recuerdan el único día que fue protagonista en el culto. Newton Lobato, el pastor de la iglesia, le obligó una vez cuando era adolescente a levantarse: «Tengo un mensaje de parte de Dios para ti. Serás un jugador importante en el mundo», le dijo.

UNA AVENTURA DEMASIADO TEMPRANERA

A Neymar no le gustaba demasiado la escuela. Odiaba las matemáticas, aunque sí le atraían las clases de historia. Y, por supuesto, la educación física, donde practicaba varios deportes. Cuando entró en la academia del Santos, tanto él como su hermana recibieron una beca para estudiar en una escuela privada. Progresaría hasta el segundo

grado (bachillerato).

De la mano de Betinho pasó a jugar en un club más importante: la Portuguesa Santista. Fue su primera experiencia en el fútbol-11. En esa primera época jugaba de delantero centro y ya marcaba muchos goles. En un reportaje de la televisión brasileña cuando tenía diez años, mostraba su habitación plagada de trofeos de máximo goleador de todos los torneos que disputaba. En esa entrevista reconocía también que su equipo desde pequeño había sido el Palmeiras, «porque era la época en que lo ganaba todo, con Evair y Rivaldo». A partir de entonces, ya siempre afirmaría ser del Santos.

Varios clubes importantes de la zona, como el São Paulo, intentaron seducirlo, ofreciendo a la familia buenas condiciones. Pero fue el Santos el que se movió más rápido. Para convencerle utilizó a una leyenda del club. Zito disputó quince temporadas y más de setecientos partidos en el «Peixe». Fue el capitán en la época gloriosa del club. Desde su posición defensiva, fue también uno de los líderes de la selección brasileña que conquistó dos Mundiales en 1958 y 1962. En la final de este último torneo, ante Checoslovaquia, marcó incluso uno de los goles. Una vez retirado, se convirtió en director de la cantera. «Vino a vernos a finales de 2003, cuando todos hablaban ya de Neymar. El Santos no tenía un equipo para chicos de esa edad pero lo crearon ex profeso para poder ficharle», recuerda Betinho.

Desde el principio tuvo un salario. «No me preocupaba la responsabilidad que tenía por la inversión que había realizado el Santos por mí, no dejé de vivir mi vida. La presión que tengo es la de jugar al fútbol, y tener presión por hacer algo que amas es maravilloso», comentaba tiempo después Neymar júnior.

Otro excompañero de Pelé en el gran Santos de los años sesenta fue su primer entrenador en la escuela del Santos. Antônio Lima dos Santos le retrasó un poco la posición y le incitaba siempre a disparar con las dos piernas. Todos decían que era un calco de Robinho, su ídolo, que en aquella época estaba triunfando en el primer equipo. Había conquistado los Campeonatos Brasileños de 2002 y 2004 y había incluso alcanzado la final de la Copa Libertadores de 2003, en la que el Santos perdió ante el Boca Juniors de Carlos Tévez y Marcelo Delgado.

Neymar sénior no se perdía un partido de su hijo pero no siempre podía acompañarle a los entrenamientos. Entonces lo hacía Betinho, que se había convertido en una especie de padrino del chico. Un día le presentó a la familia al agente de jugadores Wagner Ribeiro, que también era el representante de Robinho. «Quedó impresionado por el talento de Neymar y desde el principio apostó por él», recuerda el padre. Junto a su socio, el uruguayo Juan Figer, empezó a llevar los asuntos de Neymar cuando este tenía doce años.

Pero Ribeiro se enemistó poco después con la directiva del Santos a raíz de la salida de Robinho, en verano de 2005. Había quien aseguraba que Neymar no jugaría en el Santos mientras mantuviera ese representante. Y entonces sucedió algo inesperado. Poco antes de cumplir los catorce años, Ribeiro le ofreció a Neymar la posibilidad de pasar una prueba con el Real Madrid. Era una oportunidad única. La ocasión de asegurarse el futuro. Viajaron el padre y el hijo. La madre se quedó con la hermana en Brasil.

El primer día entrenó con los chicos de su edad. Era el más delgado y el más bajito pero técnicamente resultaba muy superior a todos. A continuación trabajó con los de un año más. Se le seguía quedando pequeño. El tercer día ya pasó a ejercitarse con los nacidos en 1990. En aquellos diecinueve días coincidió con jugadores como Dani Carvajal o Pablo Sarabia, que luego han llegado a Primera División.

Emilio Butragueño e Isidro Díaz, que era el encargado de acompañar a los jugadores de la cantera que llegaban de fuera, fueron algunos de los exjugadores que observaron en directo aquellos partidos de entrenamiento, en los que Neymar logró un total de veintisiete goles.

El Madrid vio rápidamente su potencial y a los tres días tenía ya el contrato preparado. Habían buscado también escuela tanto al chico como a su hermana Rafaella e incluso le habían empadronado en Villanueva del Pardillo.

El chico volvió a saludar a Robinho, el ídolo de su infancia, departió con los otros brasileños del Madrid, Ronaldo y Cicinho, y se fotografió con Beckham y Zidane. Y conoció el Bernabéu por dentro, en un 4-0 a finales de marzo de 2006 ante el Deportivo de la Coruña.

«Pasé momentos maravillosos en Madrid. Todo era perfecto, casi todo. Los primeros días estaba muy feliz, todo era una novedad, el club era espectacular. Pero era muy pequeño y al final eché de menos a mi familia, mis amigos y el clima de Brasil. Me di cuenta de que eso no era lo que quería en ese momento. Estaba un poco deslumbrado al principio y luego me puse triste y decidí volver», recuerda el jugador.

El Madrid vivía un periodo institucional convulso. Florentino Pérez acababa de dimitir y el presidente era Fernando Martín, el mandatario menos longevo en la historia del club, ya que solo estuvo cincuenta y siete días al frente del club. Ramón Martínez, secretario técnico, solicitó a Carlos Martínez de Albornoz, director general corporativo con firma en el club, el fichaje del chico. Wagner Ribeiro pidió sesenta mil euros para llevarlo a cabo. Neymar sénior tenía a sus padres a su cargo y necesitaba adquirir una vivienda para ellos, cuyo precio era ese.

Pasaban los días y el Madrid no se decidía, no daba noticias. Nadie quería asumir la responsabilidad de pagar el dinero solicitado. El equipo cadete tenía que ir a jugar un torneo a Barcelona y contaba con el brasileño. Este, sin embargo, tomó un avión a Brasil, de vuelta a la seguridad de su hogar. La ficha federativa, de color naranja con Neymar vestido con ropa de entrenamiento madridista, nunca se llegó a entregar en la federación. Quedó guardada en un cajón del Santiago Bernabéu. Sesenta mil euros tuvieron la culpa.

La familia se cansó de esperar aunque la explicación del padre años más tarde sería la siguiente: «Yo podía aguantar la *saudade*, ya había pasado por muchas dificultades en mi vida. Pero él era un niño de trece años. Al sexto día no aguantábamos más. La comida era buena pero echábamos de menos nuestro arroz con frijoles. Pensamos que no era el momento, decidió el corazón. Quizá estábamos perdiendo mucho dinero, pero yo solo quería que Juninho fuera feliz jugando al balón. No había dinero en el mundo que comprara la felicidad de mi hijo. Aunque mucha gente nos dijo que estábamos locos,

sabíamos que tendríamos otras propuestas de Europa».

En la decisión final también influyó el millón de reales (cuatrocientos mil euros) que Marcelo Teixeira, el presidente del Santos, prometió a la familia si decidían continuar en el club. Cuando se publicaron fotos en Brasil de una joven promesa paulista a punto de fichar por el Real Madrid, comenzó la movilización. Vanderlei Luxemburgo había regresado precisamente de la capital de España y fue uno de los más insistentes para que el presidente del Santos y el representante del jugador apostaran por la continuidad de Neymar. El chico firmó un nuevo contrato. Sería la primera de varias mejoras. Con quince años ganaba diez mil reales al mes (cuatro mil euros), y con dieciséis, veinticinco mil (diez mil euros), el mismo sueldo que algunos jugadores profesionales. Se fijó una cláusula de rescisión de cincuenta millones de reales (veinte millones de euros). Sus padres, intuyendo que el futuro les pertenecía, crearon una empresa de gestión deportiva con las siglas de su nombre, NR Sports, desde donde gestionarían todo el dinero ganado a partir de entonces.

PASO A PASO EN LA CANTERA

El Santos también puso a disposición de la familia una casa más grande al lado de Vila Belmiro, el estadio del club, «para no perder de vista el objetivo». Desde ahí, Neymar iba a entrenar a menudo en bicicleta. «Trabajar mucho no cansa cuando haces lo que te gusta. Y él no se cansaba de entrenar y jugar al fútbol. Siempre llegaba el primero. Siempre intentaba perfeccionar regates, disparos», recuerda el padre.

Era un chico alegre, estaba continuamente bromeando y contando chistes. Tenía ya formado su grupo íntimo e inquebrantable de amigos: Joclécio (que llegó a vivir con su familia una temporada porque era de Pernambuco), Gustavo, Gilmar Ferreira, Guilherme..., todos los que le acompañarían años después en su presentación con el Barça y que se hacen llamar los «Toiss».

Neymar sénior seguía sin perderse un partido de su hijo. No tenía coche pero su amigo Zeferino le llevaba por todos los campos de São Paulo: São Caetano, Barueri, Mauá..., aunque estuvieran escondidos, aunque los partidos fueran a las nueve de la mañana. Le gustaba apostar con su hijo para motivarlo. Y seguía dándole consejos que él ponía en práctica en los partidos. «Cuando encares al portero, espera a que abra las piernas. Las va a abrir seguro. Entonces, le metes el balón por debajo». Y cuando la jugada salía, el chico corría a abrazarlo a la grada.

Desde el principio coincidió con Paulo Henrique Ganso y ambos se hicieron muy amigos. Se les empezó a comparar con Robinho y Diego, los «Meninos da Vila» originales. Ganso sería años después el padrino de su hijo. Desde el principio se percibía que era un predestinado, que iba a ser un jugador importante. Le pedían fotos y autógrafos ya cuando acababa sus partidos con el equipo sub-13 o el sub-15. Ya por entonces, otros grandes de Europa se interesaron por él. Giovane Élber recomendó al Bayern Munich, donde había jugado años antes, que le fichara, pero al club alemán le

pareció caro.

Su gran explosión tuvo lugar en la Copa São Paulo de Júniores, en enero de 2008. La Copinha es la competición juvenil más importante de Brasil. Robinho también había destacado en el mismo torneo en 2002. Seis años después, en su 39ª edición, la disputaron ochenta y ocho equipos de todo el país. Neymar no había completado aún su desarrollo. Medía 1,65 metros, todavía no había cumplido los dieciséis años y jugaba con chicos tres o cuatro años mayores que él. «Estaba un poco nervioso. Sentí “frío en la barriga” cuando debuté. Pero crecí mucho en ese torneo, fue donde exploté». El entrenador que le lanzó en aquel torneo, Márcio Fernandes, recuerda que «era un jugador con un talento natural, con gran potencial. Era un torneo muy importante para la formación de los jóvenes y quería que él fuera cogiendo experiencia».

El Santos ganó sus cinco primeros partidos pero en cuartos de final perdió en penaltis contra el Internacional de Porto Alegre. Neymar solía entrar en las segundas partes, pero le dio tiempo a marcar algún gol y dejar su sello. De ahí al primer equipo solo quedaba un paso.

En agosto de ese año 2008, Márcio Fernandes fue ascendido a técnico del primer equipo y, pese a las presiones externas, no quiso acelerar los tiempos: «Es muy bueno pero aún necesita madurar, continuar trabajando y endurecerse físicamente. No podemos precipitarnos y poner una responsabilidad muy grande sobre el chico. Hay que ser pacientes. Con calma, todo se desarrollará con naturalidad».

UN DEBUT MUY ESPERADO

«La *torcida* solo despertó cuando el *garoto* Neymar entró en lugar del colombiano Molina en el minuto cincuenta y nueve. En su primera jugada ya demostró apuntar muy alto, que merece el prestigio que tiene con la *torcida*, al mandar al palo un disparo». Así relataba *O Estado de São Paulo* el estreno de «Ney» la noche del 7 de marzo de 2009. Tenía diecisiete años y un mes y vestía el dorsal 17. En el estadio de Pacaembú, en São Paulo, el Santos derrotó al Oeste (2-1) en partido del Campeonato Paulista ante veinticuatro mil personas.

Según el jugador, aquel «fue el encuentro más importante de mi carrera, porque todo empezó allí. Yo estaba en el banquillo pero la gente coreaba mi nombre. Fue una emoción indescriptible». Según el padre, «hasta entonces Neymar había sido mi hijo. A partir de entonces, yo fui el padre de Neymar».

Tres días después llegó el primer partido en casa. Y una semana después, su primer gol. De cabeza, tirándose en plancha, el 3-0 al Mogi Mirim en Pacaembú. Repitió la celebración típica de Pelé en su época. Llevaba el dorsal 7, el que había vestido siempre en las categorías inferiores. «Al final del partido, el profesor Lima me preguntó qué número quería llevar. Y elegí el 11, el que había llevado Romário».

Poco después conoció a Pelé, disputó un partido contra Ronaldo, uno de los ídolos de su infancia... Era un sobresalto detrás de otro. El Santos había iniciado aquel torneo en

reconstrucción. Había acabado séptimo la temporada anterior en el Paulistão, el torneo estadual de la región de São Paulo que se disputa en los primeros meses del año como preludio del Brasileirão, el Campeonato Nacional. Ese 2009 el Santos alcanzó la final, donde perdió con el Corinthians. Neymar fue elegido jugador revelación del torneo. Los cuatro años siguientes ya sería nombrado mejor jugador.

A finales de ese año disputó su primera gran competición internacional, aunque no era la primera vez que se ponía la camiseta de la selección. En 2007 había ganado el Sudamericano sub-15 y en la Semana Santa de 2008 dio junto a Coutinho una exhibición en el MIC (Mediterranean International Cup), prestigioso torneo que se disputa anualmente en la Costa Brava. En octubre de 2009, la cita era el Mundial sub-17 de Nigeria. Neymar marcó en el debut frente a Japón, pero Brasil perdió después ante México y Suiza y quedó eliminada en primera fase.

Fue su primera gran decepción con la *canarinha*, pero no sería la última. La Copa América de 2011, en la que perdió en cuartos de final ante Paraguay, o los Juegos Olímpicos de 2012, derrotado en la final por México, fueron otros malos momentos de los primeros años de Neymar con la selección.

Pero también los hubo buenos. En enero de 2011 Brasil conquistó a lo grande el Sudamericano sub-20 de Perú al derrotar por 6-0 a Uruguay en el partido decisivo. En el estreno en aquel torneo, Brasil venció a Paraguay con cuatro goles de Neymar. Al día siguiente, el diario deportivo argentino *Olé* tituló «Neymaradona».

«Juninho» ya era una de las grandes estrellas del continente. Había sido elegido tercer mejor jugador de Sudamérica, solo superado por Andrés D'Alessandro y Juan Sebastián Verón. Ya había debutado también en la selección absoluta.

En los primeros meses de 2010, sus exhibiciones con el Santos provocaban un cántico unánime en la grada: «Ao, ao, ao, Neymar é Seleção». El grupo Mc Bellot compuso un rap llamado *Convoca o Neymar*, donde se insistía a Dunga de la necesidad de que le incluyera en la lista para el Mundial de Sudáfrica. Pero el seleccionador, que había levantado la Copa del Mundo como jugador en 1994, no lo consideró oportuno. Brasil hizo un mal torneo y cayó en cuartos de final ante Holanda con un gol en propia puerta de Felipe Melo. Dunga fue destituido de forma fulminante. Su sustituto, Mano Menezes, que acababa de ganar el doblete con el Corinthians, sí convocó a Neymar para su debut, el 10 de agosto de 2010 en Nueva Jersey ante Estados Unidos. Y Neymar marcó. Fue en el minuto veintinueve tras un centro desde la izquierda. Extrañamente el gol fue de cabeza, como también había sido su primer tanto con el Santos.

SU ÉPOCA REBELDE

En aquel partido, Neymar jugó con sus amigos Robinho y Ganso. André empezó en el banquillo. Los cuatro formaban un cuarteto imparable en el Santos. Robinho había regresado cedido de Europa y el equipo logró algunas goleadas muy recordadas, como aquel 10-0 al Naviraiense o el día que Neymar anotó cinco tantos en un partido, contra el

Guaraní. El equipo ganó la Copa de Brasil y el Paulistão, el primero de tres títulos consecutivos, algo que no conseguía el club desde la época de Pelé.

Como tampoco lograba desde los años sesenta la Copa Libertadores, el gran título que alcanzó el Santos en 2011. La final les enfrentó a doble partido ante Peñarol de Montevideo. Tras el empate sin goles de la ida en Uruguay, los de Muricy Ramalho ganaron por 2-1 un encuentro que acabó en tangana. Neymar marcó el primero de los goles y contribuyó a que su equipo lograra un trofeo que faltaba en sus vitrinas desde hacía cuarenta y ocho años.

Como consecuencia de aquel partido, pudo enfrentarse meses después a sus futuros compañeros del Barça en la final del Mundial de Clubes. Aquel día en el estadio Internacional de Yokohama fueron goleados por 4-0. No tuvieron ninguna opción.

Aunque la gran espina clavada de Neymar en esta primera etapa como profesional fue el Campeonato Brasileño, donde el Santos no pudo brillar, finalizando 12º, 8º, 10º y 8º en sus cuatro participaciones.

En el primero de ellos fue cuando Neymar sufrió más problemas. Tras su fulgurante debut y copar portadas de periódicos, el éxito le confundió. Se distanció del padre, empezó a no seguir sus consejos como antaño, pretendió más independencia. Comenzó a quedarse a menudo en el banquillo. Se le fotografió en locales nocturnos, llegó tarde a varios entrenamientos y protagonizó conatos de indisciplina con rivales y compañeros. El más grave tuvo lugar cuando su técnico, Dorival Júnior, no le permitió lanzar un penalti. Neymar, muy enfadado, le insultó y se pasó el resto del partido haciendo filigranas y sin pasar el balón a nadie. Fue reprendido por compañeros y afición. El entrenador le impuso una multa del 30 por ciento de su salario mensual, le apartó del equipo y no jugó a la semana siguiente. Pero diez días después se disputaba el partido más esperado del año, el derbi contra el Corinthians. El presidente intentó mediar para que se le levantara el castigo, Dorival no cedió y fue destituido por ello. Neymar había ganado el pulso. Sin embargo, aquel episodio significó un punto de inflexión. El jugador reflexionó, pidió disculpas, volvió a acercarse a su padre, moderó su comportamiento y, desde aquel momento, nunca más ha vuelto a desafiar a la autoridad en público.

A partir de ahí el fenómeno fue imparable. Se convirtió en un ídolo de masas y las grandes marcas comenzaron a buscarle para que fuera su imagen. En 2012 apareció en 5.472 anuncios publicitarios de televisión brasileña, número solo superado por la modelo Gisele Bündchen.

El salto a Europa parecía inminente. En realidad pudo haber llegado mucho antes. El 23 de agosto de 2010 el presidente del club convocó a Neymar y a su padre en la sede del Santos. Habían recibido una suculenta oferta del Chelsea. «En un momento de la reunión, el presidente apagó la luz y me dijo: “Desde la muerte de Ayrton Senna no hay un gran ídolo deportivo nacional. Si rechazas la propuesta del Chelsea, darás el primer paso para serlo”», recuerda el jugador.

Aquel día el propio Pelé llamó por teléfono y le pidió que permaneciera en Brasil. Nunca se había hecho tanto para mantener a un jugador en el país. «No fue fácil pero de nuevo decidimos más por mi felicidad que por el dinero». Al año siguiente firmó un

nuevo contrato financiado por más de una decena de patrocinadores, que permitía igualar la escala salarial europea.

Pero tras quedar decimotercero en la votación del Balón de Oro 2012 (gran logro jugando aún en Sudamérica), decidió que era hora de intentar la aventura europea. Su despedida del continente fue el título y el Balón de Oro logrado en la Copa Confederaciones 2013. Le esperaban el Barcelona, la Liga española y la Liga de Campeones. Muchos cambios, pero la esencia no variaría: «El sentimiento que tengo por el balón es desde pequeño. Una pasión que me ha acompañado durante toda mi vida. La pelota es un objeto femenino del que estoy completamente enamorado».

8

Wayne Rooney

Inglaterra

«El boxeador de Croxteth»

«*Remember the name: Wayne Rooney*». Así despidió la conexión aquel día Clive Tyldesley, el periodista de la ITV que comentó el Everton-Arsenal de la décima jornada de la Premier. Era 2002. Su canal de televisión había ganado a la BBC la pelea por los derechos de emisión de partidos del campeonato inglés y la visita de los *gunners* a Goodison Park se consideraba el mejor partido del fin de semana. No era cualquier Arsenal. Era el de Seaman, Vieira, Ljungberg, Henry, Pires y Bergkamp. Un equipazo, campeón de la Premier y de la FA Cup la temporada anterior. Un equipazo también porque llegaba al encuentro en una impresionante racha de treinta y un partidos sin perder. La última vez que había sucumbido había sido ante el Newcastle en Highbury en diciembre de 2001. Hacía casi un año de aquello. El Arsenal era un rodillo.

En el Everton, sin embargo, florecía desde ese verano un talento de dieciséis años que no pasaba inadvertido para nadie. Pelirrojo, con muchas pecas y un fuerte carácter, se había convertido en la nueva esperanza de los *toffees*, que no atravesaban su mejor momento deportivo ni económico. Su nombre futbolístico era Rooney, Wayne Rooney. El entonces técnico, David Moyes, se lo había llevado a la pretemporada pese a ser un crío y le había terminado por convencer. Tenía algo. Por eso le hizo debutar como titular ante el Tottenham en la primera jornada de aquella temporada. Y por eso repitió con él hasta ese día, casi siempre saliendo desde el banquillo. Incluso en la Copa de la Liga, en un partido de segunda ronda frente al Wrexham, había marcado sus dos primeros goles como profesional.

Pero las puertas de la fama se abrieron de par en par para él esa tarde gris en Liverpool. Con el número 18 a la espalda, Moyes lo introdujo en el campo en lugar de Radzinski cuando quedaban diez minutos por delante. El imbatible Arsenal cabalgaba firme en busca de su partido número 32 sin perder. El resultado era de empate a uno y la situación estaba controlada. Pero no. En el minuto noventa, sin tiempo ya para la reacción, el balón llegó al adolescente de dieciséis años al que marcaban Cygan y Campbell y su tiro fortísimo desde veinticinco metros sorprendió al portero Seaman y a los aficionados *gunners*, que vieron truncada su racha por un chico que aún compaginaba fútbol y colegio. Increíble.

Después del partido, no había otro protagonista del que hablar. «El técnico ya nos había dicho que era un jugador al que vigilar de cerca; nos confiamos», dijo el francés Cygan, que después militaría en España en el Villarreal y el Cartagena. «Perder nuestro

récord de imbatibilidad es una pena, pero por lo menos lo perdimos en manos de un gran talento como Rooney. Es la mayor promesa inglesa que he visto desde que estoy en Inglaterra», sentenció Wenger, el entrenador del Arsenal y un consumado especialista en descubrir talento. No se equivocaba.

Lo que entonces nadie sabía era el camino duro y muchas veces oscuro que había tenido que recorrer Rooney para llegar hasta ahí. Al día siguiente fue portada de todos los tabloides ingleses, apertura en todos los espacios deportivos de televisión, protagonista en todos los resúmenes de la jornada de cualquier emisora de radio. Era inevitable hacerse la pregunta que enseguida surgió en los aficionados ingleses y en los amantes de la Premier en general. Querían saber de dónde provenía ese mocoso descarado que con solo dieciséis años —a una semana vista de cumplir los diecisiete— había hecho hincar la rodilla al todopoderoso Arsenal de Wenger.

La respuesta está a solo dos millas de Goodison Park, el estadio del Everton. Allí, en un barrio obrero típico de Liverpool llamado Croxteth, fue donde el pequeño Wayne nació y creció hasta convertirse en lo que siempre soñó con ser. Como cualquier otro chico de entre los muchos que cada año nacían allí. Como cualquiera, en realidad, de los muchos que crecían en los barrios obreros ingleses que a finales de los ochenta sufrieron tanto el desempleo y la crisis.

ORÍGENES EN EL BOXEO

La familia de Rooney tenía vínculos muy fuertes con el boxeo. Su tío Richie regentaba el Croxteth Amateur Boxing Club y había peleado de manera semiprofesional durante varios años. Su padre, también llamado Wayne, había probado durante un tiempo y era un gran aficionado. También uno de sus hermanos, Graham, que fue campeón escolar y con el que solía acudir asiduamente al club de su tío. ¿Y él? Él también. «Solía practicar boxeo y fútbol a partes iguales. Me entrenaba por las tardes en el club de mi tío. Me gustaba, aunque creo que no tenía demasiado estilo. El problema es que a los quince años el Everton me recomendó que lo dejara para centrarme única y exclusivamente en el fútbol. Estaba cerca del primer equipo y era una buena oportunidad de alcanzarlo», recuerda el propio futbolista.

Ahí terminó una rutina que acompañaba a Wayne desde bien pequeño. Solía acudir los lunes, miércoles y viernes hacia las cinco de la tarde al club de su tío y allí se pasaba largas horas entrenándose o viendo a los demás pelear. Cuando no, jugaba al tenis de mesa o al *snooker* en el salón de juegos que había cerca de allí. Su tío Richie también es consciente de que habría dispuesto de un buen futuro en el boxeo, pese a la poca estima que se tiene el propio Wayne al recordarse en un ring: «Era muy bueno, un chaval muy fuerte. Pero es verdad que el Everton habló con sus padres y les recomendó que dejara de venir al gimnasio y se dedicara en exclusiva al fútbol». Y, visto lo visto, acertó.

En todo caso, esa fortaleza física y mental de los boxeadores le sirvió para sobrevivir en un barrio peligroso como Croxteth, que ha sido noticia en Inglaterra en más de una

ocasión por los conflictos y la delincuencia entre sus vecinos. En 2007, sin ir más lejos, un chico de once años llamado Rhys Jones resultó muerto por arma de fuego en un aparcamiento cercano a un famoso pub del barrio, el Fir Tree. Como todos los días, volvía de entrenarse con su equipo ataviado con la camiseta azul del Everton, del que era un ferviente seguidor, y ese fue el simple motivo para que un supuesto seguidor del Liverpool acabara con su vida.

Eso ha especulado siempre la prensa inglesa, sobre todo después de que se supiera el nombre del asesino que fue condenado por ello, Sean Mercer, un antiguo alumno del colegio De La Salle, el mismo que el de Rooney. «*In Rhys name, get guns off our streets* (en nombre de Rhys, mantened las pistolas fuera de nuestras calles)», reza todavía hoy una pintada bien visible en el lugar del crimen. Pero no fue un caso aislado, desgraciadamente. En numerosas ocasiones el periódico local *Liverpool Echo* ha denunciado la existencia de bandas criminales que se dedican al tráfico de drogas, la extorsión y los robos. Mal lugar en el que educarse, sin duda, aunque para ello el gimnasio de su tío Richie sirviera de excelente ayuda, pues Wayne y sus dos hermanos pequeños se pasaban muchas horas allí junto a él y su padre viendo peleas. Mejor eso que estar en la calle sin nada que hacer.

Cerca de allí, en el Fazakerley Hospital, habían nacido los tres hijos de la familia. El padre, que le dio el nombre de Wayne al mayor de los tres, se ganaba la vida con diferentes trabajos aunque ninguno lo suficientemente estable, lo que le hacía estar alguna temporada desempleado; la madre, Jeanette, trabajaba como señora de la limpieza en el colegio al que luego fueron los hijos, el ya mencionado De La Salle. Antes habían ido a otra escuela de primaria, el Our Lady & St. Swithin's RC.

Vivían en una casa de ladrillo blanco de Armill Road. Estaba en la ruta del autobús número 14, una línea que utilizaban asiduamente los miembros de la familia porque ni el padre ni la madre tenían carné de conducir. En una ciudad en la que es fácil distinguir a alguien del Liverpool de otro del Everton, aquella zona parecía reservada para los hinchas *toffees*. Incluso en alguna vivienda de Storrington Avenue, a una manzana de allí, hay quien ha osado serigrafiar un escudo del Everton en su fachada y la frase en latín «*Nil Satis Nisi Optimum*», el lema que el club ha hecho suyo y que traducido significa «Nada es suficiente excepto lo óptimo». Desde hace ya tiempo los Rooney no viven allí, pero alguien de manera voluntaria escribió un día con un rotulador las iniciales del jugador y de su equipo («WR, Rooney E. F. C.»), como para hacer inolvidable el sitio en el que se había iniciado una de las leyendas del club.

En realidad, el colegio era lo que menos atraía a Wayne de cuantas ocupaciones puede tener un chico de su edad en un barrio como aquel. Así lo escribió en su autobiografía: «No me interesaba nada aparte del fútbol, tampoco el colegio. De todas las asignaturas solo me gustaban las matemáticas. Además, llegué al primer equipo del Everton cuando tenía dieciséis años y no pude ver el momento de darle más tiempo a los estudios. Es difícil imaginar a qué me habría dedicado si no hubiera sido futbolista».

En la parte trasera del bloque de casas entre las que se encontraba la suya había unos espacios en los que Wayne jugaba al fútbol con sus hermanos y sus amigos. Los Rooney eran conocidos por ser los hinchas más apasionados de entre sus vecinos. Eran del Everton, muy del Everton, y les encantaba el fútbol. «Era gente muy resistente, con afinidades muy arraigadas. Se trataba casi de una comunidad cerrada. Se desvivían los unos por los otros. Tenían un tipo de protección hacia el prójimo que llamaba la atención», explica uno de los primeros entrenadores de Wayne, John McKeown. Cuenta la leyenda que McKeown iba anunciando a los cuatro vientos que tenía un jugador en su equipo que debutaría con Inglaterra antes de los dieciocho años, como así fue.

«Jugaba al fútbol a todas horas. A veces volvía del colegio y ni siquiera me quitaba el uniforme. Solía gastar tres o cuatro uniformes escolares al año. Detrás de casa había un pequeño campo de fútbol sala. Iba a jugar con mis hermanos, mis primos y algunos amigos. No había porterías, solo las que nosotros fabricábamos para cada partido. Nos pasábamos allí dos, tres y hasta cuatro horas», cuenta Wayne al recordar sus primeros pasos en este deporte.

Todos los días, incluso cuando volvía del colegio, se pasaba un rato dándole patadas al balón en su calle. Desde bien pequeño tuvo esa costumbre. Antes de cenar solía divertirse un poco con la pelota enfrente de su casa. Incluso cuando llegó al Everton lo siguió haciendo. Incluso también cuando debutó con el primer equipo y seguía viviendo en casa de sus padres. Quién entre los vecinos iba a pensar que aquel chico que siempre golpeaba la pared con un balón, a veces en solitario, iba a llegar a ser la estrella del barrio, de la ciudad, del país.

«Mi recuerdo de él como niño es verle en la puerta de casa con un balón, casi siempre dándole toques o haciendo como que driblaba con él. Siempre me pareció tener un don especial. Desde pequeño marcaba goles en todos los partidos. Hacía cinco, seis y hasta diez tantos por encuentro», explica su tío Richie, un fanático del Everton y del fútbol, además del boxeo.

En la primera escuela a la que fue, el Our Lady & St. Swithin's RC, no jugó al fútbol de manera formal. Sí lo hizo a los siete años con el equipo para menores de diez del Western Approaches. El primer partido que disputó, al ser el más pequeño de todos, lo hizo como suplente. En la segunda parte, cuando le dieron entrada en el campo, enseguida marcó. Era el más joven pero también el mejor de cuantos componían el equipo. Al año siguiente, ya con ocho, el pelirrojo hijo de los Rooney participó en su primer campeonato oficial.

Fue en el equipo Coppelhouse para menores de diez, por lo que seguía teniendo dos menos que la inmensa mayoría de chicos que jugaron aquella liga de Walton and Kirkdale, una de las más prestigiosas de Merseyside y cuna de otros jugadores profesionales, como Robbie Fowler y Steve McManaman. Wayne era el delantero estrella de su equipo. En ese campeonato es donde le vio por primera vez McKeown. Cómo olvidarse de aquello: «Cuando tenía ocho años jugaba como si tuviera quince.

Impresionaba su inteligencia sobre el campo para lo joven que era. Su hermano Graham también fue muy bueno luego, pero no tenía nada que ver con Wayne. Cualquier imagen suya de esa época ya refleja unas piernas y un espíritu de futbolista».

Varias cosas llamaban la atención nada más verle. Por una parte su potencia, pese a no ser muy alto, forjada poco a poco en esos entrenamientos vespertinos en el gimnasio de su tío Richie; por otra, su rapidez, algo que siempre había demostrado también en las clases de educación física del colegio: «No había quien le cogiera. Era muy rápido desde el punto de vista físico pero también desde el mental. Conseguía ser el más veloz de todos pese a que también era muy poderoso», relata McKeown. Dicen de él que podía alcanzar pases en profundidad desde cuarenta metros pero también disparar con potencia desde esa misma distancia. Era muy completo.

Sus exhibiciones de ese año no pasaron inadvertidas para los grandes clubes de la ciudad. El padre de Wayne era hinchas del Everton como toda la familia y los fines de semana que los *toffees* jugaban en casa usaba su abono anual para ir a Goodison Park a animar. Por eso se quedó un poco petrificado cuando el primer ojeador que se le acercó para preguntarle por su hijo le explicó que era del Liverpool y que quería ofrecerle al pequeño una prueba con los *reds*. Seguro que Wayne senior le dio muchas vueltas a esa tarjeta de visita del ojeador del Liverpool. No es fácil llevar a tu hijo al club que siempre rivalizó con el tuyo.

Sin embargo, el nivel de su hijo despertó también el interés inmediato del ojeador del Everton, que se encontró el trabajo hecho casi antes de que se le ocurriera preguntar. Su nombre era Bob Pendleton y se trataba de un jubilado que durante muchos años había trabajado como maquinista de tren. Se encargaba de que los árbitros firmaran las actas de aquella liga de Walton and Kirkdale, pero también tenía la consigna de avisar al club si veía algún talento fuera de lo normal. La tarea del fútbol base *toffee* no era nada sencilla. Como ya se ha dicho, el Everton atravesaba una época muy mala en lo deportivo y en lo económico, por lo que tenía muchos menos medios que su rival. Mientras, el Liverpool seguía siendo uno de los grandes de Inglaterra y de Europa. Los niños de la ciudad, salvo casos de emotividad tan palpables como el de la familia Rooney, solían escoger a los *reds* si ambos clubes les pretendían.

LA LLEGADA AL EVERTON

Aquel fin de semana de 1994 fue el origen de la relación entre Wayne y el club por el que tanta admiración profesaba. Pendleton decidió ir a ver al equipo para menores de diez años del Coppelhouse. A sus oídos ya había llegado el nombre del pequeño pelirrojo imparable en carrera y fortísimo en el golpeo. No necesitó muchos minutos para constatar que era cierto. Abrió su libreta, cogió su bolígrafo y escribió marcando lo máximo posible: «Wayne Rooney».

«Fui al campo de abajo donde ellos jugaban porque tenía que hablar con su entrenador, Big Neville. Fue entonces cuando vi a ese pequeño fenómeno. Se le veía

cómodo con la pelota, natural. Era muy superior a los demás. El entrenador me señaló quiénes eran sus padres. Me acerqué a ellos y les dije que me gustaría llevarme a su hijo a Bellefield y que jugara para nosotros. Su mirada lo dijo todo. Eran del Everton», declaró Pendleton en su día.

El jueves de esa semana, en el despacho de Ray Hall, responsable del fútbol base del Everton, se presentaron Pendleton, el padre de Rooney y el pequeño Wayne. Pendleton estaba rebotante de felicidad. Sabía que en esos momentos estaba captando al mejor jugador de su edad de toda la ciudad: «Ray no le había visto jugar pero confió totalmente en mí. Les senté en el despacho deseando que se encontraran a gusto y después entró Ray, que dejó la puerta abierta a propósito. Al poco rato pasó por el pasillo Joe Royle, entrenador del primer equipo. Ray, muy astuto, le invitó a pasar para que saludara a sus invitados. Para el padre de Rooney era uno de sus ídolos de la infancia, pues había sido jugador, además del técnico por aquel entonces del Everton, su equipo del alma. Charlaron unos minutos del club. Después, nada más irse, Wayne nos dijo que estaba convencido: su hijo jugaría en el Everton», explicó.

El propio Ray Hall define la reunión como un momento importante entonces y mucho más por lo que supuso en el futuro: «El chico era tímido, muy callado, pero cuando vi que Bob temblaba al hablar de él, incluso derramando su té por todas partes de lo nervioso que estaba, comprendí que teníamos entre nosotros un talento especial. Había que ficharlo».

Wayne empezó jugando en el equipo para menores de nueve años del Everton. Desde el principio fue un escándalo su nivel. En un partido frente al conjunto de la misma categoría del Manchester United, un choque que se presumía igualado, marcó seis goles y dejó con la boca abierta a entrenadores y ojeadores de diversos clubes que presenciaban el encuentro. Enseguida le subieron de categoría. Pasó a jugar con los menores de diez, luego con los menores de once, pese a ser todavía más pequeño que esa edad. Aun así, completó una temporada estratosférica y marcó ciento catorce goles en solo veintinueve partidos de liga, es decir, a casi cuatro por partido. Ese récord se ha recordado con precisión en las oficinas del club hasta hace bien poco, cuando un nuevo talento llamado Gerard Garner ha logrado superarlo.

Pese a ello, su vida no cambió en exceso. Iba al colegio, ya al nuevo, el De La Salle, y por las tardes se entrenaba con el Everton. Tres días por semana pasaba por el club de boxeo de su tío para fortalecer también los músculos. Cuando llegaba a casa, en esos ratos libres, se bajaba a la calle y era feliz con el balón. Los fines de semana, además de jugar y golear, tenía la oportunidad de ir a Goodison Park a ver al primer equipo. De hecho, en algún partido le tocó hacer de mascota, además de en otros muchos de recogepelotas. Todo lo que tuviera que ver con el fútbol y con el Everton era algo que le hacía feliz.

Rooney fue subiendo escalones en su progresión. Varios clubes importantes se fijaron en él pese a que aún era un crío. Muchos le querían ya en sus conjuntos sub-19, aunque fuera para jugar con chicos cinco y seis años mayores que él. Su padre, sin embargo, siempre dijo que hasta los diecisiete años no tenían la intención de firmar ningún

contrato profesional. Divertirse: esa era la palabra que más se repetía Wayne, aunque en su cabeza y en la de todos los que le rodeaban estaba la posibilidad —muy real— de llegar a ser un jugador profesional.

Había episodios que hacían pensar en ello, desde luego. A los trece años llegó su debut internacional. La selección inglesa sub-15 se midió a Gales y entre los convocados estaba él. Si suele ser difícil que en categorías inferiores haya chicos de menor edad que la categoría que les corresponde, que sea en la edad más baja de todas y por dos años de diferencia es casi imposible. No para él. Rooney fue suplente en aquel choque, pero cuando salió en el segundo tiempo hizo lo que acostumbraba: marcar. Otro récord de precocidad quedaba entonces batido: el de goleador más joven con cualquier selección inglesa. Luego vendrían más.

En el Everton también fue rompiendo barreras en cada temporada que pasó. Con quince años ya militaba en el equipo sub-19, con el que consiguió el hito de llegar a la final de la FA Cup juvenil y ganarla. En los ocho partidos hasta esa final marcó otros tantos goles que le hicieron ser el máximo goleador del equipo. Pronto integró también la selección inglesa sub-17 que peleaba por ser la mejor del continente y que disputó la fase final del Europeo de Dinamarca, en 2002.

Era un equipo muy vulgar dirigido por Dick Bate y sin jugadores que después hayan llegado al máximo nivel, si acaso Wayne Routledge (Swansea). Pero con la sola presencia de Rooney funcionó hasta alcanzar las semifinales. En cuartos, de hecho, en un partido contra Yugoslavia, el jugador del Everton se bastó para conducir a su selección entre las cuatro mejores con un soberbio gol. En semifinales cayeron ante Francia (3-0), pero en el partido por el tercer y cuarto puesto ante España se volvió a poner de manifiesto la calidad de Rooney. Frente a un equipo en el que destacaban Borja Valero, Soldado o Silva, el delantero inglés firmó una actuación individual de gran valía coronada además con tres goles. La UEFA decidió premiarle por ello con el MVP del torneo.

RUMBO A GOODISON PARK

Ese reconocimiento le hizo un hueco entre los aficionados ingleses, especialmente entre los del Everton. El Manchester United había intentado ficharlo cuando tenía catorce años, pero no había podido. También otros clubes se habían encontrado con la misma respuesta. Rooney se quería quedar en el Everton por el momento. Su salario hasta firmar el primer contrato profesional con los *toffees* era de cien libras a la semana, así que no era económico, ni mucho menos, el vínculo que le ligaba al club temporada sí y temporada también. Seguía estudiando en el colegio y entrenando por la tarde como cualquier otro chico de su edad.

Y eso que el técnico del primer equipo por aquella época, Walter Smith, sabía de sus enormes cualidades, pese a que solo contara dieciséis años: «Quisimos que debutara antes de lo que lo hizo, pero no nos dejaron porque aún seguía estudiando en el colegio.

Después sí conseguí el permiso y poco más tarde entró en los entrenamientos. Era un jugador excepcional pese a ser joven, seguramente la mejor promesa que jamás haya visto en mi carrera. Y eso que he tenido la suerte de dirigir a algunos muy buenos. Puedo recordar cuando le vi por primera vez. Tenía trece años y jugaba en el equipo de los menores de dieciséis. Era un fenómeno».

Una vez obtenido el permiso de su colegio y firmado ya su primer contrato profesional, Smith le subió al primer equipo. Era un niño entre figuras. Casi podía ser el hijo de gente como Blomqvist, Gravesen, Ginola o Duncan Ferguson, uno de los ídolos de su infancia. También de su padre. De hecho, pasó de venerarle desde la grada a entrenarse junto a él de un día para otro. Las cosas, sin embargo, no marchaban bien en el club. El Everton cada vez estaba más abajo en la clasificación y la directiva tomó una medida muy poco frecuente en el fútbol inglés: despedir al entrenador a mitad de temporada.

Después de una derrota en Londres ante el West Ham, comunicaron que Walter Smith dejaba de ser el técnico *toffee* y que su puesto lo ocupaba David Moyes, hasta entonces mánager del Preston North End: «Soy de una ciudad, Glasgow, que no es muy diferente a Liverpool. Me gustan los equipos que pertenecen al pueblo y en Liverpool la mayoría de las personas que encuentras por la calle son del Everton. Era una oportunidad fantástica, algo con lo que sueñas. Dije sí de inmediato. Se trataba de un club muy grande».

En el barrio de Croxteth, por ejemplo, se vivía con atención todo lo que sucedía con el equipo. El Everton no sabía lo que era jugar en segunda división desde 1954 y esas cinco décadas seguidas en la élite del fútbol inglés corrían serio peligro aquella temporada. Por si fuera poco, uno de los suyos, el sobrino de Rooney el boxeador, el vecino de Armill Road, era ya una pieza más del vestuario. Pese a sus dieciséis años, el club le otorgó un dorsal de la primera plantilla que no era cualquiera por aquel entonces: el 18. Hasta pocos meses antes, ese número había pertenecido a Paul Gascoigne, pero su problema con el alcohol y su posterior rehabilitación en Canadá propiciaron que se marchara al Burnley a mitad de temporada y dejara un hueco libre. El hueco fue para el joven Wayne.

En un partido ante el Southampton de la jornada 36, cuando solo restaban tres para el final del campeonato, Moyes le convocó por primera vez para un partido oficial. Se sentó en el banquillo, disfrutó de la experiencia, comprendió lo que se siente abajo, en el terreno de juego, y no en la grada. Ahí notó que su sueño de ser futbolista era real. Rooney no pudo debutar aquella tarde ante los 31.785 espectadores que se dieron cita en Goodison Park, pero lo recuerda como si fuera hoy. El Everton ganó y con esa victoria se aseguró una permanencia que había costado mucho obtener. Un chico de dieciséis años fue partícipe de la fiesta.

Cuando sí tuvo más protagonismo fue a partir de la siguiente campaña. Moyes fichó a jugadores como el chino Li Tie, el nigeriano Yobo o el portero inglés Richard Wright. Sin embargo, el gran «fichaje» de la temporada acabaría siendo Rooney. Ya en verano destacó mucho en la gira de pretemporada del equipo inglés por Austria. En un amistoso

frente a un conjunto local, el SC Weiz, disputado a mediados de julio, participó de la goleada (2-10) marcando tres goles, los primeros con la camiseta sénior del Everton. Fue también, por supuesto, su primer *hat-trick* como profesional, aunque fuese en un amistoso. A los pocos días repitió triplete ante el Queens Park Rangers en otro amistoso. Después también le marcaría al Hibernian. Por eso no es de extrañar que Moyes le alineara de titular en el primer partido de la temporada, ante el Tottenham.

La familia Rooney al completo, como solía hacer, fue a Goodison Park ese día. Esta vez la historia era diferente, pues además de ver a su equipo se disponían a presenciar el debut de su hijo con la camiseta azul del Everton. Fue muy especial. El Everton empató a dos y Wayne jugó sesenta y siete minutos, hasta que fue sustituido por Alexandersson. «Hace solo unos meses este adolescente de dieciséis años marcó dos goles en White Hart Lane que sirvieron para dejar fuera al Tottenham de la FA Cup juvenil. Es más, hace solo cinco años estaba alrededor del campo como recoge pelotas. Ni siquiera ese recuerdo tan cercano le asustó», escribió al día siguiente Dominic Fifield en su crónica del partido en *The Guardian*. Cuando concluyó el choque, el entrenador del Tottenham, el exjugador de los *spurs* y de la selección inglesa Glenn Hoddle, se refirió a aquel debut tan precoz por parte de Rooney: «Es muy rápido y juega siempre con la cabeza alta. Tiene un futuro brillante si sabe mantener los pies en el suelo», declaró.

INTERNACIONAL PRECOZ

Un par de meses después, en un partido de la Copa de la Liga, Wayne marcó sus primeros goles oficiales como profesional. Era segunda ronda y el Everton visitaba al Wrexham. Después de sustituir a Radzinski en el minuto sesenta y tres, aprovechó dos buenas ocasiones en los últimos minutos para dejar el resultado en 0-3 y firmar su primer doblete. Luego llegaría el famoso partido ante el Arsenal y su gol en el último minuto para truncar la racha de treinta y un partidos sin perder de los *gunners*. Rooney había derribado la puerta del primer equipo a lo grande. Ya no era solo la promesa de la cantera que muchos anunciaban desde hacía tiempo que podía triunfar. Desde ese gol se convirtió en algo más. Se convirtió en la realidad que el Everton necesitaba para alejar los fantasmas del descenso y pelear por puestos europeos, como así hizo. Sus seis goles de aquel año presagiaban un futuro espléndido para él. Ya no había dudas.

En medio de esa temporada, aún con diecisiete años pero ya titular en el Everton de Moyes, cuando todavía seguía yendo al gimnasio de su tío Richie y mantenía la costumbre de jugar un poco con la pelota antes de cenar con sus padres, llegó otra noticia que le hizo entrar en la historia. El seleccionador inglés, el sueco Sven-Göran Eriksson, le convocó por primera vez para jugar con Inglaterra. «Tiene un gran talento y venimos siguiendo su evolución desde hace bastante tiempo. Estamos convencidos de que nos puede ayudar», comentó entonces. El encuentro amistoso se disputó en Upton Park, en Londres. Los ingleses estaban inmersos en la fase de clasificación para la Eurocopa de 2004, pero esa fecha internacional quedó libre y Eriksson aprovechó, entre

otras cosas, para probar a gente nueva como Rooney.

Con su estreno en la absoluta, Wayne se convirtió en el jugador más joven en la historia en jugar con los *pross* —diecisiete años y once días—, un récord que ostentó hasta que Theo Walcott se lo arrebató unas cuantas temporadas después. Junto a él debutaron otros dos jóvenes sobre los que había depositadas bastantes esperanzas: Francis Jeffers y Jermaine Jenas. Era un equipo joven, pero ni eso justificó la derrota en casa ante los *aussies*. El 1-3 con el que concluyó el choque levantó una gran polvareda entre la prensa más crítica con el seleccionador. «El abismo más absoluto», dijo el analista de la BBC Alan Green. Fue peor todavía que Eriksson dijera tras el encuentro que Inglaterra «no había jugado tan mal». Los cuchillos estaban afilados y lo único que se salvó de aquella noche fue el debut de Rooney, quien, junto a los otros dos jóvenes que se estrenaban ese día, fabricaron al menos el único gol del equipo.

Eriksson quedó satisfecho con Wayne, pues a partir de ese día le hizo un fijo en sus convocatorias. «Era el chico de oro del fútbol inglés. Hemos disfrutado de una gran carrera por su parte y ha sido uno de los jugadores más completos que ha dado la Premier en los últimos años. Tiene una gran influencia sobre el equipo. No solo juega bien él, sino que hace jugar bien al resto. Entonces ya ocurría igual», analiza. En los siguientes meses a su debut llegó a pelear incluso por la titularidad, ya en partidos de clasificación para la Eurocopa de 2004, y junto a Owen formó una delantera temible. Tenía diecisiete años, pero marcó por ejemplo en los encuentros fundamentales ante Macedonia y Liechtenstein que aseguraron la participación inglesa en la cita continental de Portugal.

Su afianzamiento en el Everton y en la selección se hizo aún mayor. Lo único que mucha gente le achacaba era su fuerte carácter sobre el campo. Ese espíritu de Croxteth, ese chico de barrio que tenía dentro, salía a relucir con demasiada frecuencia. En su segunda temporada en el Everton, de hecho, vio más tarjetas amarillas que goles marcó: diez contra ocho. Pese a ello, siguió siendo fijo para Moyes y también para Eriksson. Varios clubes importantes de Inglaterra prepararon sus chequeras para contratarlo, aprovechando también que el Everton se encontraba en una situación en la que necesitaba vender. El más interesado, al igual que había ocurrido años atrás, fue el Manchester United, que pagó treinta y siete millones de euros por hacerse con sus servicios. La oferta, a todas luces, era irrechazable. «Fue inevitable que se marchase. Después ha ganado ligas, copas y hasta una Champions con el United. Creo que nadie puede reprochar que quisiera progresar como jugador. Su adiós fue un gran dolor para el Everton, pero no había otra», ha reconocido su tío Richie.

En su club de boxeo siempre hubo chicos que después de aquello soñaron con ser como Rooney. Barrios difíciles en los que surgen ídolos rápidamente de entre quienes triunfan. Croxteth es uno de ellos. En las televisiones de sus hogares siguieron con atención la Eurocopa de 2004. Allí Wayne siguió rompiendo moldes al convertirse en el jugador más joven en marcar en este torneo, después de sus dobles frente a Suiza y Croacia. El récord perduró hasta que Vonlanthen lo rompió en 2008. Luego llegaría el infortunio en forma de lesión en el partido de cuartos de final ante Portugal. Después,

ese mismo verano, el adiós al Everton y la llegada al United. El United, ese club que había sido arrollado por el propio Wayne unos años antes en un partido entre sus equipos de categoría sub-10. Aquellos padres que aplaudieron espontáneamente ese día al pequeño delantero pelirrojo del Everton son los mismos que hoy le aplauden un fin de semana tras otro en Old Trafford. El talento de entonces es el mismo que el de ahora. El talento de Rooney.

9

Arturo Vidal

Chile

«La salvación de Jacqueline»

Hay niños que maduran muy tarde, algunos nunca del todo, y hay otros que por circunstancias lo hacen de forma adelantada a lo que les corresponde. Es cuestión de genética, de la posición con respecto a los hermanos, de las circunstancias que ofrezca la vida. La de Arturo Vidal, uno de los mejores jugadores que haya dado Chile jamás, le condujo a sentirse mayor cuando aún era niño. Solo un adulto habría sobrevivido a lo que él sobrevivió. Solo alguien con la cabeza tan bien puesta habría reaccionado de su mismo modo. Y tiene mérito.

En San Joaquín, una comuna al sur del Gran Santiago, en el límite con la capital chilena, vivían a principios de siglo XXI casi cien mil personas que fundamentalmente subsistían gracias a trabajos que se llevaban a cabo en Santiago. A primera hora y también a última, los trenes y metros que salían y llegaban a la comuna iban cargados de vendedores, conductores, oficinistas o limpiadores que se movían en busca de un puesto en la capital. También la madre de Arturo, Jacqueline. Trabajaba como asistenta en diferentes hogares, y esforzarse al máximo para poder llevar un sueldo a casa era su principal preocupación. Sobre todo después de que el padre de familia la abandonara de la noche a la mañana y la dejase al cuidado de sus hijos pequeños, seis en total. El varón mayor de todos ellos era Arturo. Tenía siete años entonces. Desde aquel triste episodio, la figura de su padre quedó difuminada para siempre, aunque no desterrada, y la de su madre reforzada hasta sentir adoración por ella.

Seguramente lo más importante de todo aquello es que sirvió para fidelizar a los hijos con la madre y a la madre con los hijos hasta extremos poco habituales. En el caso de Arturo, todavía más. Desde los siete años, antes incluso que cuando se deja de ser un niño para convertirse en un adolescente, él ya ayudaba a su madre y a sus hermanos con la potestad que le otorgaba ser el mayor de los varones. Enseguida fue asumiendo ese papel que había quedado vacío en casa tras el abandono de su padre. La figura paterna fue recayendo en él, un niño en lo físico pero sorprendentemente un adulto en lo mental. «Yo me iba a trabajar, le dejaba dicho lo que había que hacer y siempre cumplía las órdenes a rajatabla. Era un alivio tremendo tenerle a su lado. Siempre me hacía caso», ha declarado Jacqueline refiriéndose a su hijo.

Y es que en el barrio, en Villa Huasco, en plena comuna de San Joaquín, había riesgos diarios con los que convivir. Riesgos como droga, alcohol o delincuencia que afortunadamente para Arturo pasaron de largo, aunque no así para otros chicos de su

edad. A él lo que de verdad le gustaba era el fútbol. Siempre que tenía tiempo y reclutaba a algún amigo, aprovechaba para practicarlo en la calle. De hecho, cerca de su casa del pasaje Aníbal había un campo de tierra en el que se pasó largas horas durante su infancia. Estaba en el paradero 14 de Santa Rosa. Allí jugó en su primer equipo, el Rodelindo Román.

Era un club pequeño, de barrio. Pertenecía a la Asociación San Joaquín Oriente de la Regional Metropolitana. Curiosamente, en aquellos mismos campos de tierra en los que él jugaba también lo hacía su padre, Erasmo —bautizado por todos como Choca—, pues pertenecieron a diferentes categorías de clubes, Rodelindo Román y Ricardo Mejías, que compartían tiempo y lugar. Su padre era un mediapunta de calidad, pero el alcohol acabó por arrastrar su carrera como también había hecho con su matrimonio. Pese a ello, pese a haber condicionado tanto su vida, Arturo ha cuidado de él cuando lo ha necesitado de manera generosa y ejemplar. Incluso le puso un trabajo atendiendo a sus caballos en el Club Hípico cuando la afición del futbolista por las carreras se convirtió también en un negocio, pero el alcohol no entiende de sentimentalismos ni amor. El alcoholismo se lo lleva todo por delante, aunque sea algo tan estrecho como la relación entre un padre y un hijo.

DE SAN JOAQUÍN A COLO COLO

Vidal pasaba tanto tiempo jugando al fútbol que sus familiares le llamaban de forma cariñosa «el cometierra», pues siempre llegaba manchado a casa de tirarse al suelo. Su siguiente equipo, ya más importante, fue el Deportes Melipilla. Tenía once años. Se trataba de un club de más entidad, con un equipo profesional que puntualmente jugaba en la primera división del fútbol chileno. Para los ojeadores de los grandes clubes de la ciudad era más fácil captar un jugador estando allí que en un club de San Joaquín, como era el Rodelindo Román. Por eso un par de años en Melipilla fueron suficientes para que Colo Colo llamase a su puerta.

Aquel chico que deslumbraba dentro del campo por su fuerza y carácter lo hacía también fuera en una época en la que su madre, Jacqueline, tenía serios problemas para sacar a la familia adelante: «Lo que de verdad me interesaba eran sus estudios. Aun así siempre le apoyé en el fútbol. Muchas veces no podía estar con él en los partidos porque tenía que trabajar. Daba igual. Él se iba en bicicleta y cuando volvía a casa me decía que todo iba bien. Nunca me daba problemas, ni siquiera cuando estaba en Colo Colo, y después de cada temporada me enteraba de que tenía la incertidumbre de si seguiría o no en el equipo. Entonces le decía que era bueno y que yo rezaría por él. Y funcionaba», relata su madre.

La madre de Arturo tenía razones para no preocuparse por él. Era buen futbolista y casi mejor alumno. Estudió en el colegio Santa Fe y después en el Manuel Bulnes, junto a algún otro compañero de Colo Colo. A diferencia de otros chicos de su edad, sobre todo con los que compartía equipo, él sí tenía claro que llegaría lo más lejos posible en

su formación académica. Incluso en su época de cadete pidió instancia para hacer un preuniversitario que le allanase el camino hacia la universidad. Lo recordó Juan Gutiérrez, su técnico aquellos años en Colo Colo, en un artículo en *La Tercera*: «Se lo llevaban a la Clínica Meds a las siete de la mañana para trabajar la parte física. Luego entrenaba, por la tarde estudiaba, y después de las seis de la tarde asistía al Preuniversitario Pedro de Valdivia. Luego llegó al primer equipo y ya no pudo seguir».

Vidal era un entusiasta de la educación física y por eso estudiaba. De hecho, de no ser futbolista seguramente habría ejercido como preparador físico. En Colo Colo aprendió que cuidarse y ser responsable con uno mismo es uno de los secretos para llegar hasta la cima. Las diferencias entre las facilidades que encontró en este sentido en Deportes Melipilla y las posteriores en Colo Colo fueron enormes. Tenía trece años cuando entró en el club más laureado de Chile y el único del país en conquistar una Copa Libertadores. El Popular es el nombre con el que se conoce a este histórico equipo, relacionado siempre con la clase llana, con el pueblo en sí, a diferencia de otros más ligados a clases estudiantiles o altas, como pueden ser la U de Chile o la Católica.

Si algún club correspondía a Vidal por estrato, además de por sentimiento, era Colo Colo. «Su primo Gonzalo Vásquez lo trajo al club. Era pequeño, frágil, alegre y muy divertido, con ambición y muchas ganas de triunfar. Venía a entrenarse en bicicleta. Si llovía o no tenía dinero para el transporte, llegaba igual. A veces empapado de sudor y otras de lluvia, no faltaba a ningún entrenamiento pese a que en los primeros años no lo pasase muy bien en el club», incide Gutiérrez, su primer entrenador en el club. Y así fue. En esos dos primeros años en Colo Colo jugó muy poco, bastante menos de lo que habría deseado y de lo que cualquier especialista en promesas consideraba suficiente como para pensar en que podría llegar al primer equipo. Hasta que un técnico, Hugo González, se cruzó en su camino: «Tuve la suerte de contar con él a los quince años, cuando era cadete. Tenía una personalidad exuberante, además de unas capacidades individuales altísimas. Todo lo que obtuvo se lo ganó a pulso. Recuerdo que no pasaba por una buena situación económica y quizá por eso no destacaba tanto entre sus compañeros al principio. Pero con el tiempo se situó a la par, se le fueron los complejos y enseguida superó a todos».

AFICIÓN POR LOS CABALLOS

El propio Arturo ha confesado que el dinero fue un aspecto que marcó mucho sus inicios, por lo que significaba en una casa en la que solo su madre aportaba un salario con el que tirar de la familia: «Lo primero que gané en el fútbol, veinte mil pesos —unos treinta euros—, lo llevé a casa para darle la mitad a mi madre. Después igual con ganancias cada vez mayores. Incluso con los ciento cincuenta mil que me dieron al subir a entrenarme con el primer equipo. Lo compartía con ella porque éramos cinco y no siempre había para el desayuno». Es más, hay quien dice que Jacqueline llegó a pedir prestado dinero para comprarle ropa deportiva a su hijo, algo que Arturo le correspondió

dándole la mitad de lo ganado en sus primeros años.

En muchos casos, parte de la otra mitad iba destinada a su otra gran afición: las carreras de caballos. Chile es un país con un índice altísimo de apostantes y la lotería está extendidísima entre sus habitantes. Muchos juegan en el Teletrak, una red de locales que retransmite las carreras y permite las apuestas. Fue ahí donde Arturo se aficionó a los caballos. Cuando tuvo posibilidades y se lo pudo permitir, también fue un asiduo espectador desde las gradas del Club Hípico de Santiago. Le encantaba el ambiente que se respira en los hipódromos. Es más, con el tiempo acabó por invertir y comprar caballos de competición. Aún hoy conserva ese sano interés que desde pequeño le recorrió todo el cuerpo.

De la mano de Hugo González se empezó a ver de lo que era capaz Vidal en las categorías inferiores de Colo Colo. Jugaba de defensa central, pero bien podía ocupar cualquier posición en el campo. De lo que no había duda era de su condición innata de líder. En realidad fue entonces, mientras también estudiaba para entrar en la universidad, cuando descubrió que sus esfuerzos sobre el campo podrían ayudar a su familia. Desde entonces se marcó el reto de ser futbolista para que su madre y sus hermanos vivieran mejor de lo que lo hacían.

Uno de los utileros de su equipo, Nelson Pizarro, fue quien le puso un apodo, «Celia», que ha llegado después hasta Alemania, primero, e Italia, después. ¿Y por qué Celia? «Fue un día, saliendo del vestuario. Tenía un peinado especial, como el de la cantante Celia Cruz. La cabeza se le veía rara y la nariz achatada. Se me ocurrió decírselo y ahí se quedó. No se enfadó conmigo. Es más, le he visto muchas veces luego y siempre ha tenido una onda muy buena», explica Pizarro. Después el apodo acabaría derivando en Celia Punk por la moderna evolución de su peinado, otro de los rasgos característicos de Vidal y que tuvo como punto de partida el Sudamericano sub-20, en Colombia.

Para entonces el club ya había decidido llevarlo al hogar de Colo Colo, la residencia en la que algunos jugadores jóvenes vivían con el fin de poder prestar el mejor rendimiento en su etapa formativa. A Arturo no le entusiasmaba la idea de residir allí, pese a las grandes facilidades con las que se encontraba. «Pensábamos que viviendo allí se olvidaría de la carga que eran sus problemas domésticos, pero fue al revés. Se sentía incómodo por estar caliente y con tres comidas diarias mientras su familia lo pasaba mal», indica Gutiérrez. Arturo era el hombre de la casa, el hermano mayor entre los varones, y quería estar al corriente de todo lo que sucedía en su hogar, aunque supiese que los réditos económicos por estar a las puertas de un grande del fútbol chileno resultaran también fundamentales para la familia.

A finales de 2005 llegó la constatación de que los esfuerzos estaban mereciendo la pena. Un primer paso fundamental en la carrera del prometedor futbolista se produjo ante la expectación de todos los que le rodeaban. Después de un tiempo entrenándose con el primer equipo, debutó oficialmente con la camiseta de los *albos* en el máximo nivel del fútbol chileno en un partido que les enfrentó, cosas del destino, a su antiguo club, el Deportes Melipilla. Hacía una semana que había cumplido dieciocho años. El técnico por aquel entonces, el argentino Marcelo Espina, miró al banquillo y optó por

Celia, que sustituyó a Héctor Tapia cuando quedaban nueve minutos para el final. Sus cinco hermanos, su madre, Jacqueline, sus amigos de San Joaquín, todos disfrutaron de verle con la camiseta del equipo que tanto veneraba.

BORGHI LE HACE UN HUECO

Fue un paso fugaz, pues hasta su siguiente oportunidad pasaron seis meses. Arturo siguió trabajando con el primer equipo, siempre preparado para que el técnico le llamara de nuevo. Marcelo Espina, para muchos el verdadero descubridor de Arturo, fue destituido como consecuencia de su mal papel en el Apertura de 2005. La derrota en cuartos de final ante Huachipato (4-0) fue una losa insalvable. El club apostó por Ricardo Dabrowski, que no contó con Arturo tanto como se esperaba. Solo en un encuentro frente a Melipilla, otra vez ante su exequipo, tuvo la suerte de aparecer. La lesión en los últimos minutos de Felipe Muñoz permitió ver de nuevo en acción a Vidal. «Estoy satisfecho con los minutos de Arturo, es un jugador joven de nuestra cantera, un valor con mucho futuro por delante», dijo el técnico tras el choque. Aquel día jugó como central volcado por la derecha. Colo Colo volvió a caer en cuartos del Clausura de ese año y el club cambió de nuevo de técnico. Eran tiempos complicados para que ningún chico de la cantera tomara las riendas. Ni siquiera uno de los que más prometía por su polivalencia y su responsabilidad dentro y fuera del campo.

Toda esa tendencia cambió con la llegada de otro técnico argentino, Claudio Borghi, con el que por fin se vería la mejor versión de Vidal. En la temporada de su debut llegó el primer título y Arturo tuvo la suerte de participar, todavía como suplente, en los decisivos partidos de cuartos de final ante Unión Española y, sobre todo, en la ida de la final ante la U, el gran rival histórico de los *albos*. Para el Bichi Borghi era un jugador importante, un chico joven con el que se podía contar en caso de necesidad, un defensa agresivo pero con buen trato de balón y mucha fuerza. Un comodín estupendo. De hecho, cuando al término de esa temporada comunicó que uno de sus nombres propios más conocidos, el central paraguayo Celso Ayala, no seguiría en el equipo por constantes problemas físicos, los medios enseguida le preguntaron sobre posibles sustitutos. «¿Hacer un fichaje para esa zona? ¿Para qué, si ya está Arturo Vidal?», fue su respuesta.

Y de verdad lo pensaba. En el siguiente semestre, en un equipo de Colo Colo que aún se recuerda, con jugadores de la talla de Matías Fernández, Humberto Suazo y el más joven Arturo Vidal ya consagrado, llegó el segundo título consecutivo y la irrupción definitiva de Celia, un chico que servía para todo. De hecho, Borghi le utilizó indistintamente en su línea de tres centrales o de carrilero por la izquierda, un puesto en el que por primera vez dejó la defensa y pudo participar mucho más del juego ofensivo.

El origen del Vidal posterior, el Vidal centrocampista con mucha llegada y presencia, está probablemente en aquellos primeros partidos fuera de lo que había sido su posición natural hasta entonces. Así reconoció después Borghi cuando sus caminos volvieron a

cruzarse, esta vez como seleccionador y jugador nacional: «A Vidal siempre le vi en muchas posiciones. Incluso puede jugar como enganche por detrás de un delantero. Cumple en todos lados, es veloz, le pega con las dos piernas... Hay gente que cree que es un pecado ponerlo de defensa, pero es un puesto tan importante como cualquier otro en el equipo».

Las buenas noticias que se sucedían en el terreno de juego no lo eran tanto fuera. Desde que Arturo destacara en el equipo juvenil de Colo Colo, su padre había intentado retomar el contacto con él, pese a abandonarle junto a su mujer y al resto de hermanos cuando estos eran niños. Su problema con el alcohol perduraba. Arturo asumió la ausencia de la figura paterna desde mucho tiempo atrás e incluso fue él personalmente quien ayudó a su madre, Jacqueline, a sacar adelante a la familia, primero cuidando cuando era necesario de sus hermanos menores y después aportando una parte importante de los jugosos salarios que el fútbol le estaba permitiendo obtener.

Arturo hizo todo lo que estuvo en su mano con su padre, hasta el punto antes mencionado de darle un trabajo en el Club Hípico junto a uno de sus hermanos cuando los ahorros le permitieron convertir su afición por los caballos en una pequeña inversión. Sin embargo, el día de Año Nuevo de 2006 las cosas volvieron a torcerse. Erasmo, nombre que por cierto otorgó como segundo a su hijo Arturo, se presentó en la casa de la familia con claros síntomas de embriaguez y puso en un compromiso a todos. Un altercado desagradable que no quedó ahí, pues al día siguiente fue noticia en todos los informativos de Chile. Aquel jugador de Colo Colo que empezaba a tener hueco en los planes de Borghi se veía envuelto en una polémica a la que la prensa sensacionalista chilena sacó toda la punta que pudo.

EL FÚTBOL COMO VÍA DE ESCAPE

Aunque se arrepintió públicamente después de aquello, el padre de Arturo siguió teniendo recaídas de su enfermedad que resultaron un filón para los medios y una tortura para el cada vez más popular futbolista. Dos años después intentó suicidarse. Cinco más tarde fue detenido por tráfico de drogas. Episodios que han hecho muy complicada la relación del jugador con su padre y con los periodistas. Los entrenadores que fue teniendo también sabían de ello, temerosos de que pudiera afectarle después en el rendimiento sobre el campo. «En esa época en la que despuntaban pedí información de los núcleos familiares de los jugadores, porque muchos tenían problemas. Me llegaron noticias de que el padre de Vidal tenía problemas con el alcohol. No me lo mencionó nunca. Para él la figura paterna casi ni existía», cuenta José Sulantay, seleccionador de Chile sub-20 en el tiempo que Arturo rondaba esa edad.

En realidad el fútbol seguramente era la mejor manera de mantenerse al margen y seguir prosperando en su vida. Ese Clausura con Borghi fue el mejor ejemplo. El preparador físico del equipo se llamaba Hernán Torres, y para él tuvo aún más mérito lo que hizo Vidal por los problemas que siempre había encontrado en casa: «El pilar

fundamental para un futbolista es la familia. Es muy difícil que un jugador que provenga de una familia descompuesta y no cuente con su apoyo pueda llegar a primera división». Pero Arturo lo logró. Y como él, varios chicos que provenían de núcleos familiares modestos. Aquel Colo Colo campeón, de hecho, requería de cuidados especiales por parte de sus responsables, pues había muchos jugadores juveniles en sus filas. «Lo primero que les decía a los chicos es que estudiaran. Para ser jugador de fútbol hay que ser inteligente y eso se obtiene en gran medida estudiando. La obligación de ser futbolista viene a los dieciocho años, no a los diez. Hasta entonces esto es un juego», rememora sobre ese equipo, quizá el mejor que haya dirigido jamás, el técnico Borghi.

Vidal siguió estudiando cursos preuniversitarios hasta que la compatibilidad con el primer equipo de Colo Colo se lo puso muy difícil. En ese sentido no hubo problemas. Arturo sabía que lo que le había enseñado su madre y con lo que también comulgaba Borghi eran consejos que debía aplicar en su intento por ser mejor jugador y, sobre todo, mejor persona. Lizardo Garrido, coordinador del fútbol base colocolista, así lo expresa también: «Más allá de que sean buenos o regulares futbolistas, lo que más nos importa de los chicos de la cantera con los que trabajamos es que sean buenas personas».

Los éxitos personales y colectivos llegaron con celeridad para Arturo. A las órdenes de Borghi se convirtió en una pieza fundamental en el segundo título consecutivo de los *albos*, logrado ante Audax Italiano en una final plácida resuelta con dos victorias (3-0 y 2-3). Además, aquel primer semestre como indiscutible también tuvo su prolongación en el plano internacional, pues Colo Colo alcanzó la final de la Copa Sudamericana, en la que solo los mexicanos de Pachuca pudieron con un equipo reforzado para entonces con otra promesa que ya había llamado la atención en Cobreloa, Alexis Sánchez. Vidal jugó completos los dos partidos de aquella final meticulosamente seguida por los ojeadores europeos; el de ida, saldado con empate (1-1) en México, y el de vuelta, disputado en el Estadio Nacional de Santiago y que concluyó con derrota (1-2), lo que dio el título a Pachuca.

Muchos fueron los clubes que descubrieron entonces a Arturo Vidal, un jugador joven, con alma, polivalente y muy poderoso. La mayoría de los ojeadores que viajaron al Sudamericano sub-20 de Paraguay lo hicieron con su nombre apuntado entre los futbolistas a los que debían analizar. No les defraudó. El seleccionador en aquella cita, José Sulantay, optó por él como volante, pues entendía que dotaba al equipo de una gran fuerza ubicándolo en esa posición. Arturo era el pulmón del conjunto, pero además empezó a tener una relación con la portería contraria que hasta entonces no era tan conocida. Terminó el torneo con seis goles, el más efectivo de su equipo, y Chile logró una plaza en el Mundial juvenil de Canadá, que iba a disputarse meses más tarde. Casi sin saberlo, estaba siendo partícipe del nacimiento de una generación chilena de oro, seguramente una de las mejores de su historia.

LA SELECCIÓN Y LAS OFERTAS

Vidal era parte fundamental de ella. Venía de ser titular indiscutible en Colo Colo y se sentía importante, poderoso. Estaba en una edad en la que había dejado de ser alguien anónimo para la gente para convertirse en un chico reconocible para todos los aficionados. Los entrenadores temen esta edad, pues saben que muchos jugadores se creen más de lo que son y acaban por perder la perspectiva real de sus carreras. A Arturo también le costó superar este punto. De hecho, en aquel Sudamericano juvenil protagonizó algún episodio que indicaba lo especial de su carácter. Uno tuvo que ver con la capitania. El técnico, José Sulantay, propuso que los compañeros eligieran entre Carlos Carmona, Gary Medel y el propio Arturo Vidal. Fue el vestuario el que por amplia mayoría eligió a Carmona y no a él, pero eso le molestó tanto que llegó a tener problemas con varios jugadores y el técnico: «Tuvimos roces. Después del empate (2-2) ante Brasil, en el que marcó los dos goles, Arturo quería ser el capitán. Yo mandé que se votara en el vestuario y ganó por mayoría Carmona. Se enfadó mucho», relata Sulantay.

El caso es que Chile quedó cuarta en el torneo y eso le permitió clasificarse para el Mundial de Canadá, previsto para el verano. El tiempo que pasó entre la cita continental y la mundialista fue trepidante para Arturo. Las cosas se estaban sucediendo deprisa en su carrera, pero desde entonces fueron aún mucho más lanzadas. Para empezar, el seleccionador nacional por aquella época, el uruguayo Nelson Acosta, le hizo debutar con la absoluta de Chile. Ya desde unos meses atrás le venía siguiendo y se había especulado con su convocatoria para un amistoso ante Paraguay, pero fue su rendimiento con la sub-20 lo que de verdad precipitó su debut. Así, en otro amistoso ante Venezuela, como parte también de la preparación para la Copa América de ese año, Vidal se estrenó por primera vez con La Roja. Lo hizo jugando solo un minuto, pero fue el primero de muchos partidos con su país.

Desde entonces Acosta le fue utilizando como carrilero izquierdo en los siguientes choques de preparación: Argentina, Costa Rica, Jamaica... Parecía que tenía un puesto asegurado en la selección mayor para la Copa América de Venezuela, pero, sin embargo, el deseo del propio jugador y de algunos miembros de la federación fue que disputara el Mundial sub-20, que coincidía en fechas y para el que Chile tenía un equipo temible, capaz de conquistar, por qué no, el título. «Yo estoy para lo que me digan. El seleccionador es el que manda. Sin embargo, el equipo para el Mundial ya está hecho y tengo ganas de poder ser parte de él y tratar de lograr el título mundialista en una cita así. Tanto Alexis Sánchez como yo coincidimos en este aspecto», llegó a insinuar. La respuesta del seleccionador Acosta hacia dos de los últimos en llegar a su equipo no se hizo esperar: «Cuando llegue el momento daré la convocatoria para la Copa América. Lo que está claro es que quien no quiera estar, no estará...». Algunos de los pesos pesados de la historia del fútbol chileno se posicionaron a favor de que Vidal viajara con la absoluta a Venezuela. No había líbero como él en el primer equipo, decían.

Mientras, los éxitos de Arturo con Colo Colo siguieron imparables. A los dos campeonatos anteriormente logrados se sumó un tercero en el que también fue fundamental en esa doble posición en la que podía actuar, central por la izquierda o carrilero zurdo. El equipo de Borghi se hacía definitivamente legendario con un nuevo

título, el tercero consecutivo. A mediados de esa campaña, como consecuencia del papel en el Sudamericano sub-20 y de las reiteradas buenas actuaciones como jugador *albo*, empezaron a llegar ofertas procedentes de Europa. El club que más apostó por él y que acabó convenciendo al jugador fue uno que se había especializado en contratar a las mejores promesas de cualquier parte del mundo: el Bayer Leverkusen.

Su director deportivo, el exjugador Rudi Völler, había ido a verle en directo a un partido de la Copa Libertadores en Caracas frente al equipo local del mismo nombre. Colo Colo acabaría cayendo frente al América de México en los octavos de final de aquel torneo, pero la fase de grupos se saldó con el liderato por parte de los chilenos y tuvo a Vidal una vez más como líder destacado en la zaga del equipo de Borghi. También esa noche de marzo en Venezuela, Völler, que tenía informes excelentes de aquel chico, acabó por decantarse: «Nos quedamos impresionados por su calidad, por ser capaz de jugar a una alta intensidad y por su perseverancia. Podía jugar en varias posiciones y cumplía muchos roles dentro del campo. Siempre estaba luchando y corriendo hasta el último minuto».

No solo existió esa oferta para que Vidal hiciera las maletas. Udinese había hecho una muy suculenta, que la directiva de Colo Colo rechazó a la espera de una mayor, y también Lazio e Inter mostraron su interés. Sin embargo, a mitad de campeonato en Chile, adelantándose al resto de pretendientes, Rudi Völler, como director deportivo, y Michael Reszke, gerente del club alemán, se presentaron en Santiago y pusieron una oferta sobre la mesa de diez millones de dólares por el 70 por ciento de los derechos del jugador que tanto el presidente colocolino, Gabriel Ruiz-Tagle, como el asesor para compraventas, Raimundo Valenzuela, entendieron como muy buena. También, por supuesto, Arturo, que pasaría a cobrar un millón al año. Todas las partes aceptaron y el traspaso para la siguiente campaña se consumó satisfactoriamente.

CARÁCTER DENTRO Y FUERA DEL CAMPO

«Cuando llegó a casa y nos dijo que se marchaba a Alemania nos pusimos a llorar todos. No nos lo creíamos. Yo solo había salido de Chile para ir a Paraguay y pensé que de San Joaquín solo me sacarían en un ataúd», reflexionó su madre Jacqueline cuando se enteró de la noticia. Ahora podría ir a Alemania junto al resto de sus hijos a ver a Arturo, ese que con su esfuerzo había adoptado tantas veces el papel del padre ausente, ese que iba en bicicleta a los entrenamientos con las categorías inferiores de Colo Colo y que a partir de ese momento pasaría a formar parte de uno de los equipos y de las ligas más importantes de Europa.

El propio jugador se sintió en una nube cuando rubricó su firma por el Leverkusen, en realidad la puerta para salir de una infancia dura y entrar en una vida mejor: «Me cuesta creer lo que está sucediendo. Quiero dar las gracias a los directivos del club, a mi representante y al entrenador Borghi, que siempre confiaron en mí». El técnico, por cierto, no pudo ocultar lo que para muchos era una evidencia: «Arturo es un futbolista

que llama la atención, rinde en cualquier parte, es ágil y rápido. Es muy completo. Era lógico pensar que estaría poco tiempo con nosotros».

De este modo, con el fichaje por el Leverkusen consumado y su tercer título consecutivo en el bolsillo, se sintió con la tranquilidad suficiente como para completar un buen verano con la selección. Faltaba por saber cuál de las dos integraría: la mayor, con la que jugaría la Copa América, o la sub-20, a la que le esperaba el Mundial. Fue el seleccionador absoluto, Nelson Acosta, el que resolvió la duda cuando ofreció la convocatoria para la Copa América: «A pesar de que me juego mi continuidad, pongo los intereses de Chile por delante, porque la sub-20 tiene posibilidades de conquistar un título mundial, a pesar de que tanto Alexis como Arturo son titulares en mi equipo. Irán con ellos a Canadá».

La noticia alegró a Vidal, que ya había hecho público su interés por estar con sus compañeros de generación en una competición tan bonita como la mundialista. Ahí acabó la relación entre él y Acosta, pues el entrenador fue despedido después de caer vapuleado en los cuartos de final de la Copa América ante Brasil (6-1). «Fueron muchos los buenos jugadores que dirigí durante mi etapa y no quiero nombrar a uno por delante del resto. Salas y Zamorano, por ejemplo, destacaban mucho. También Alexis es un jugador excepcional. Y por supuesto también Vidal, el Vidal comprometido con el equipo y los compañeros», reconoció luego.

El mismo Vidal que se vio sobre el campo en Canadá, en un Mundial sub-20 en el que Chile acarició la gloria con la punta de los dedos. José Sulantay optó por Vidal en mediocampo, en una línea en la que le acompañaban Currimilla, Medel, Carmona o Isla. En dicho torneo destacó el jugador hambriento que ya había llamado tanto la atención en el fútbol chileno, pero también el que hacía gala de un carácter demasiado problemático. Un día, junto a su compañero Cristián Suárez, llegó tres minutos tarde al autobús que debía dirigirles al entrenamiento y el resto de la expedición se marchó sin ellos. Otro, se quejó amargamente en una radio de que entrenaban demasiado y recibió la reprimenda pública de su entrenador. Arturo era un líder, a veces un líder incontrolable.

Al mismo tiempo, esa personalidad le permitía echarse el equipo a la espalda como había hecho siempre, tanto en el fútbol como en su vida doméstica diaria. Chile quedó primera de grupo por delante de Austria, Congo y Canadá. En octavos eliminó a Portugal y en cuartos a Nigeria, partido este último en el que no jugó Vidal por sanción. Y en semifinales, frente a Argentina, llegó el choque que tristemente pasó a la historia del fútbol chileno. Los argentinos se impusieron por 3-0 en Toronto en una noche en la que el árbitro alemán Wolfgang Stark perjudicó con sus decisiones al equipo de Sulantay. Nerviosos por ello, algunos jugadores estuvieron a punto de agredirle al término del encuentro y la policía canadiense tuvo que intervenir e incluso detener a varios miembros de la expedición chilena.

La imagen fue muy triste, aunque en medio del tumulto sobresaliese otra que también dio la vuelta al mundo. Fue la imagen de un Arturo Vidal encorajinado, encendido, llorando de rabia por lo que podía haber sido y no fue, por lo que consideraba suyo y no le pertenecía. Un chico de apenas veinte años que se sabía un ganador, un ganador nato,

para muchos uno de los líderes de aquella Chile, también de Colo Colo y probablemente desde entonces del Bayer Leverkusen y de los clubes que apostaran por él en el futuro, caso de la Juventus. Mientras, en su casa, en San Joaquín, su madre Jacqueline lloraba desconsolada por él. Ese líder también había sido su líder. El líder de una familia rota. Su salvación.

10

Radamel Falcao

Colombia

«Del béisbol a tigre evangelista»

A finales del siglo XIX, una serie de estudiantes venezolanos regresaron al país tras su estancia en universidades norteamericanas. En Estados Unidos habían conocido el béisbol y, junto a algunos cubanos residentes en Venezuela, empezaron a difundirlo entre las clases altas de la población. En 1895 Ameodoro Franklin fundó el primer club, el Caracas Baseball Club. En 1927 nació la Federación Venezolana de Béisbol y en 1941 —antes incluso de tener un campeonato profesional propio— la selección venezolana conquistó la Copa Mundial de Béisbol en su primera participación.

Los «héroes del 41» fueron el embrión de una gran afición al deporte en este país sudamericano bañado al norte por el mar Caribe. Mientras en los países colindantes el fútbol se hizo rápidamente el deporte rey, todavía hoy en Venezuela se puede considerar el béisbol como el más seguido. Los Leones del Caracas y Los Navegantes del Magallanes han protagonizado durante décadas una histórica rivalidad y los mejores jugadores venezolanos han acabado siendo figuras en la MLB, la liga profesional norteamericana.

Radamel Falcao pudo haber sido jugador de béisbol. Hay quien pronostica que habría llegado a las grandes ligas como sus ídolos de infancia, Omar Vizquel y Ozzie Guillén. Con seis años vivía en Venezuela y practicaba ambos deportes, aunque al final la afición de su padre por el fútbol le acabó empujando a seguir sus pasos.

Radamel García King fue un central no precisamente virtuoso. «Se especializaba en rechazar balones y aporrear canillas ajenas con la camiseta del Unión Magdalena», dice una crónica de la época del diario *El Tiempo*. Desarrolló su carrera en los años setenta y ochenta en equipos de Colombia y Venezuela. Cuando jugaba en la capital colombiana conoció a Juana Carmenza Zárate, una estudiante de Economía en la Universidad de Bogotá, la quinta de nueve hermanos. Juana completó un posgrado y una maestría en administración financiera antes de seguir a Radamel a Santa Marta, su ciudad natal, una zona con cierto reclamo turístico al norte del país, cercana a la frontera con Venezuela.

Allí, en la tierra del «Pibe» Valderrama, el jugador más popular de la historia del fútbol colombiano, nació su primogénito en febrero de 1986. «Desde que nos conocimos me había dicho que cuando tuviera un hijo quería llamarle Falcao. A mí no me gustaba nada, me parecía una locura. Pero no hubo manera de impedirlo», recuerda Juana entre risas. Paulo Roberto Falcão fue un gran centrocampista brasileño que destacó en el Internacional de Porto Alegre y la AS Roma y, sobre todo, en aquella inolvidable

selección brasileña de España 82. Era el ídolo de Radamel sénior, para quien suponía un orgullo que su hijo se llamara como él y como su futbolista favorito. Por eso eligió un nombre compuesto: Radamel Falcao.

DOS INFLUENCIAS TEMPRANAS

Tiempo atrás, cuando Radamel García había ido a jugar un partido a Cali, había entablado una relación peculiar. Arvey era un chico aficionado al fútbol de familia muy humilde. Cuando los equipos rivales visitaban su ciudad, él iba al hotel donde se alojaban. «Me ofrecía a hacerles mandados, a servirles. Fue así como conocí a Radamel, nos hicimos amigos». Tal era la precariedad en la que vivía Arvey que un buen día, junto con otros cinco chicos de su edad, decidió hacer el petate y marcharse a conocer las playas del norte del país. Tenía quince años. Había seguido en contacto con Radamel y pensó que le podría ayudar en su sueño de ser futbolista. Recorrieron «echando dedo» (haciendo autoestop) los más de mil kilómetros que separan Cali de Santa Marta.

Tras algunas gestiones, Radamel consiguió que los chicos pudieran dormir en los bajos del estadio y que Arvey se entrenara a veces con el equipo profesional. Le compraba los «guayos» (las botas). Hasta tal punto cuidaba de él que, pasados unos meses, le invitó a vivir en su casa del barrio Mamatoco. Le adoptó justo cuando nació su primer hijo. «Era un chico negrito, de la calle. Le adoptamos en casa y fue de gran ayuda para mí. Ahora forma parte de la familia», recuerda Juana.

«Conocí a Falcao cuando tenía veinte días. Ayudaba a bañarle o a vestirle y le cuidaba cuando la madre tenía que salir. También íbamos al estadio Eduardo Santos desde que tenía pocos meses. Le llevaba en brazos a que se hiciera la foto con el padre y luego le acompañaba a la grada con la madre». Arvey era el coordinador de los recogepeletas en los partidos locales del Unión Magdalena. Con él, Falcao dio también sus primeras patadas al balón. Antes incluso de caminar sin ayuda, ya jugaba con una pelota de papel que había fabricado Arvey.

Hubo otra influencia importante en los primeros años de vida de Radamel. Fue Mabel Deleño, una empleada de hogar de diecisiete años, que era una devota cristiana y, junto con Juana, enseñó a rezar al niño. «Mi marido no era practicante pero me profesó apoyo en la crianza para que acudiéramos a la iglesia cristiana. Fue muy respetuoso y eso fue un motivo de gran alegría para mí», recuerda la madre. «Fui educado por las enseñanzas de la Biblia y trato de llevar una vida según esos principios», diría Falcao muchos años después en una entrevista del programa *Informe Robinson*, de Canal+.

Esa situación duró hasta los cuatro años, cuando la familia comenzó su peregrinaje. Arvey se marchó a la capital a casa de una hermana de Juana a la que ella iba mucho con el niño: «En realidad, mi hijo estuvo siempre más arraigado a Bogotá que a Santa Marta. Pasábamos todas las vacaciones y mucho tiempo allí desde que nació».

El padre cambió mucho de equipo en los años siguientes: Deportes Tolima, Bucaramanga, Independiente de Medellín y Deportivo Táchira, donde el pequeño

Radamel empezó a jugar al fútbol. Su primer entrenador fue Larri, un dominicano. «Con seis o siete años, era un niño muy dócil, muy amoroso. A menudo llegaba a casa con flores que cogía en los jardines y me las regalaba», recuerda Juana.

Tras algunas mudanzas más, fue en el Unión Atlético El Vigía donde Falcao alternaba los dos deportes después del colegio. «Cuando llegamos allí, los chicos llevaban sus guantes y sus bates de béisbol. Mi hijo nunca había agarrado una pelota de béisbol y la primera vez que intentó jugar le golpeó en la nariz. Todos los chicos se burlaron de él y me pidió que le enseñara. Le compré un bate, una pelota y un guante y practicábamos en casa. Un entrenador le invitó a probar y enseguida me dijo que valía, que era muy rápido para correr las bases. Me acuerdo que lo rotaban en la primera base, de *pitcher*».

Disputó varios campeonatos locales y fue convocado para una preselección regional. Los sábados tenía doble sesión: por las mañanas jugaba al béisbol y por las tardes al fútbol. Ya en aquella temporada 1993-1994, su entrenador —el señor Farinha— y su padre estaban empeñados en que fuera futbolista. Pero lo que le dio el impulso final fue el regreso definitivo de la familia a Colombia tras la retirada del padre. Falcao tenía diez años y acababan de nacer sus dos hermanas, Melanie Grecia y Michelle Andrea, ocho y diez años menores que él respectivamente.

«Le cambió la vida. Hasta entonces era muy individualista. Solo le gustaba jugar y ver *El Zorro* en la televisión. Yo le hacía las tareas para que no le castigaran. Reclamaba un hermanito para jugar y cuando supo que estaba embarazada le cambió la vida. Se volvió un niño responsable, me ayudaba a cuidarlas, les lavaba la ropa...», recuerda Juana.

Falcao empezó a jugar en el Club Deportivo La Gaitana. El entrenador era su padre, como ya había sucedido en una breve etapa tres años antes en Mineros de Guayana, donde el club obligaba a sus futbolistas a entrenar a un equipo de la base. «Tú tienes que ser delantero, que son los que ganan plata», le decía. Radamel enseñó a su hijo a golpear el balón con las dos piernas y a cabecear sin miedo, con los ojos abiertos. «Él influyó muchísimo para que yo tomara los hábitos de un profesional desde muy joven. Yo asimilé todo lo que él vivió y eso es lo que quería para mi vida», recuerda Falcao.

UNA ESCUELA DE VIDA

El padre de Falcao había coincidido tanto en Unión Magdalena como en Deportes Tolima con un argentino llamado Silvano Espíndola, al que todos conocían por haber jugado con Maradona. En efecto, ambos estuvieron juntos de pequeños en Los Cebollitas y luego compartieron la delantera de aquel Argentinos Juniors que en agosto de 1980 fue subcampeón del Metropolitano solo por detrás de River Plate. Maradona se marchó a Europa y Espíndola comenzó su andadura por varios equipos argentinos y colombianos, donde llegó a ser el fichaje más caro de la liga. Combinaba el fútbol con su devoción cristiana. Cuando se retiró, se instaló en Bogotá y empezó a trabajar como pastor evangélico en la iglesia Casa sobre la Roca (ahora con sede en Miami).

En 1993 fundó la escuela de fútbol Fair Play al norte de Bogotá. «Me di cuenta de que

Dios me dio un *feeling* con los jóvenes y pensé que el fútbol podía ser una gran herramienta para influir positivamente en el desarrollo de los chicos. Si los marcas siendo niños, cuando sean grandes van a mantenerse íntegros —dice Espíndola—. El nombre surgió porque la idea inicial era no pensar solo en lo deportivo, sino formar a los chicos sobre todo como personas».

«Acá te traigo a mi *pelao*. Todos lo quieren, todos dicen que juega muy bien», le dijo Radamel García a Silvano Espíndola cuando llevó a su hijo a entrenar por primera vez en Fair Play. «Yo había sido testigo ocular de su nacimiento en 1986. Puedo garantizar que las acusaciones de que nació dos años antes son falsas. Cuando me reencontré con él, más de una década después, me bastaron cinco minutos para darme cuenta de que era distinto a todos», recuerda Espíndola. Estaba muy por encima del resto de chicos y a veces se enfadaba cuando sus compañeros perdían el balón. Entonces el argentino le apartaba y le decía: «Vos sos el mejor jugador del equipo. Si vos regañás a tus compañeros, se van a caer; si lo regaña algún otro no les importa, pero en cambio si los animás, vas a tener diez fieras atrás, porque sos un referente».

A Falcao le enseñaron que ganar no era lo más importante. Completó su formación con una beca en el Gimnasio Cristiano, un colegio con unos valores y principios muy marcados, como la tolerancia o la solidaridad. Allí, en unas instalaciones de élite, eran permisivos con los horarios para que pudiera entrenarse y con la dieta, que fuera la ideal para la práctica deportiva.

Ese año 1997 marcó cincuenta y dos goles en la popular Copa Tutti Frutti, un récord que aún sigue vigente. Le obsequiaron con trescientos mil pesos y le convocaron para la selección infantil de la región. La escuela Fair Play fue campeona de Bogotá, superando a Millonarios y Santa Fe, los equipos más tradicionales. Guillermo Villarreal, uno de los cofundadores de la escuela, recuerda cómo «se le trabajó mucho la definición, era nuestro goleador en todos los torneos que jugábamos. Le enseñamos que evitara el contacto, que trabajara de espaldas a los defensores, que abriera los brazos y se desprendiera rápido de la pelota». Falcao ya por entonces tenía el objetivo de «ser alguien famoso, salir de Colombia», según declaraba en una entrevista de la época.

Y esa oportunidad pudo llegar ya con doce años. Un empresario le recomendó al Ajax de Ámsterdam, que presentó una propuesta en firme para llevarse al chico a su centro de formación en Holanda. Pero la madre quería que acabara el bachillerato y por eso evitó un primer intento de fuga de su hijo preadolescente. «Dijimos que no. Era un lugar muy lejano, un idioma muy distinto y un país sin muchos principios morales», añade Espíndola.

UN DEBUT PRECOZ

Pero su escalada era imparable. Con trece años jugaba al mismo tiempo en el equipo infantil —el de su edad—, el cadete y el juvenil. Goleaba en tres encuentros en un mismo fin de semana.

Juan Pedro Cadavid es hoy periodista de RCN. En 1999 era jugador del juvenil del Fair Play y compartió partidos y entrenamientos con Falcao, cuatro años menor que él: «Era un chico muy humilde y muy centrado. También era un superdotado, más físico que técnico. La escuela casi giraba en torno a él. Nunca tuve dudas de que iba a ser profesional. Su destino estaba marcado».

«Lo teníamos muy trabajado —recuerda Espíndola—. Le puse un preparador físico personal, Jorge Solís. Trabajaba lo que podía trabajar. Y luego tenía buena muela, comía como un tigre». «Todo en él era innato. La fuerza, la potencia, la cabeza...», recordaba años después Hernán Pacheco en una entrevista al *Diario AS*. El Fair Play había comprado la licencia de un equipo sénior, el Lanceros Boyacá. Pacheco fue el técnico que hizo debutar a Falcao en el primer equipo con trece años y ciento doce días, el jugador más joven en iniciarse en el fútbol colombiano.

Fue en un Lanceros Boyacá-Deportivo Pereira, de la Liga Postobón, la Nacional B colombiana. Así lo recuerda *El Tiempo* en su edición del 31 de agosto de 1999: «Por su parte, el equipo de Boyacá creó algunas jugadas de peligro, especialmente con Radamel García júnior, Falcao, el juvenil jugador que irá al fútbol argentino y quien demostró que es un excelente prospecto del balompié colombiano. Falcao entró en el minuto cuarenta y nueve y mientras tuvo el balón propició jugadas de peligro, pero no pasó de ahí».

Pacheco recuerda su debut, con el dorsal 9. «Íbamos perdiendo y necesitaba meter un delantero. El traje le quedaba grandísimo. La defensa rival quiso intimidarle. La primera vez que tocó el balón le dieron una fuerte patada. Pero esa falta acabó en gol, así que fue decisivo desde el primer día —ríe—. Me criticaron muchísimo. Me decían: “¿Cómo va a meter usted a un niño? Nos estamos jugando el ascenso”. Yo les contesté que el fútbol no es de edades. Que es de condiciones y el muchacho las tenía».

La madre no estaba muy contenta con esa precocidad a la que le obligó la escuela: «Lo viví mal, lo explotaban, lo hacían jugar con varios equipos a la vez. El eslogan del que tanto presume la escuela (“Juego limpio, vida limpia”) con nosotros no lo aplicaron. Querían que fuera profesional muy pronto. En la vida, todo tiene que tener etapas. Por más que uno se levante temprano, no va a amanecer más rápido. En la Argentina, Dios detuvo todos los procesos de Falcao».

Graves lesiones frenarían posteriormente la carrera del colombiano, pero aún quedaban unos años para eso. En 2000 disputó otros siete partidos con Lanceros. El 5 de mayo debutó como titular y el 23 de julio se estrenó como goleador, curiosamente batiendo al «Neco» Martínez, un portero con el que más adelante jugaría en la selección.

El 13 de agosto jugó su último partido tras tres años y medio con Lanceros y se despidió del fútbol colombiano. Estuvo entrenándose unos días con Millonarios de Bogotá pero ya se sabía que su destino estaba en otro país, al sur del continente.

«Todos nosotros aspirábamos a irnos a jugar a Argentina. Era una salida más fácil para nosotros por los contactos que tenía Silvano. Todos los años en el mes de enero jugábamos un torneo allí, en el sur del país. La marcha de Falcao a Buenos Aires era absolutamente normal», asegura Cadavid.

Falcao había disputado cuatro veces ese torneo y había sido elegido incluso mejor

jugador del mismo. Además, seguía la liga argentina por televisión. Veía los partidos junto a Silvano Espíndola, que le decía: «Tú vas a ser una mezcla entre Ronaldo y Martín Palermo: rápido y potente como el primero y gran cabeceador como el segundo».

Con la intermediación de Jorge Cyterszpiller, el histórico representante de Maradona, Falcao consiguió una prueba en Vélez Sarsfield. Viajó con Sebastián Palisa, otro chico destacado de la escuela. Pero no quisieron pagar dinero por el traspaso de un chaval tan joven. Surgió entonces el contacto con River mediante Jorge «Tapón» Gordillo, otro conocido de Espíndola, al que aseguró que tenía entre manos «uno de los cinco mejores jugadores del mundo en el futuro». Esas mismas palabras las repitió ante Néstor Sívori, representante de futbolistas e hijo del mítico jugador que triunfó en la Juventus en los años sesenta. «Me parecía prematuro, el desarraigo para un niño de catorce años era grande. Pero hablé por teléfono con él y ya demostraba una madurez sorprendente».

Espíndola aceptó que Falcao se marchara a prueba pero puso dos condiciones que al principio sorprendieron por la extrema osadía a los dirigentes de River. «Yo les dije: “Esto es como el póquer, tenés que pagar por ver”. Solo aceptaba vender el 50 por ciento del pase y exigía que entrenara con el primer equipo o con los reservas». Espíndola también conocía a Roque Alfaro, ayudante del Tolo Gallego, entrenador del primer equipo, que acabó llamando en persona a Bogotá para preguntar si el chico era realmente tan bueno como decía.

VIVIR SOLO CON QUINCE AÑOS

En marzo de 2001, con quince años recién cumplidos, Falcao se despidió de su familia y tomó el vuelo de seis horas que separa Bogotá de Buenos Aires. Su padre le recordó que cuando él comenzaba tenía que recorrer quince horas en autobús entre Santa Marta y Bogotá. Juana fue la más afectada por su marcha: «Resultó muy doloroso, estaba muy apegado a su madre y a sus hermanitas. Tuvimos que aceptarlo, y entender que no nos pertenecía».

Silvano Espíndola le dio un último consejo antes de despedirse: «Falky, si te mandan de vuelta a casa, que sea por atrevido, no por tímido».

Radamel Falcao viajó de madrugada y aterrizó a las seis de la mañana en el aeropuerto de Ezeiza. Fueron a buscarle Néstor Sívori y Roque Alfaro. La residencia de River Plate estaba en obras, por lo que debían llevarle al hotel Sarum, de tres estrellas, en el barrio de Belgrano, muy cerca del estadio Monumental. Pero, aunque apenas había dormido, no quiso ir a descansar. Solo quería entrenarse. «Siempre había soñado con ir a River, no quería dejar pasar esa oportunidad y decidí con toda la convicción ganarme un lugar», recuerda Falcao. En realidad todo formaba parte de la estrategia que había urdido Espíndola. «Que un chico con quince años mostrara esa ambición convenció a la gente de River ya antes de verle entrenar».

Tal y como habían pactado, le llevaron a entrenar con el primer equipo. Uno de los jugadores más carismáticos de aquel plantel era el veterano defensa Hernán Díaz,

conocido por su dureza. «La Hormiga», como le llamaban, fue el encargado de marcar a Falcao en su primera sesión: «Poníamos pierna fuerte en los entrenamientos para que los chicos se fueran haciendo. Le entré varias veces muy fuerte... ¡pero muy fuerte! No lo pude parar, parecía que llevaba cinco años entrenando con nosotros. Era una roca».

Falcao también recuerda aquel lance: «Me pegaba y me pegaba. Y yo me decía: “Tiene algo contra mí, le caí mal seguro”». Pero salió victorioso. En realidad, le bastaron pocas demostraciones para que River pagara el medio millón de dólares en que estaba tasada la mitad de su pase. Sívori se convirtió en su representante. Tampoco fue una elección al azar precisamente. «Tenía que haber alguien cerca del chico para cuidarle. Ni yo ni la familia podíamos estar. Sívori era muy respetado y además, por el pasado de su padre, la línea directa para Falcao a la Juventus estaba clarita». Lo tenía todo perfectamente planeado Silvano Espíndola, que viajó a Buenos Aires para cerrar el acuerdo con David Pintado, el presidente del club.

La relación del mentor con la familia no acabó bien. Años después, la madre le acusó de haberse quedado con una parte del dinero que les correspondía por el traspaso. El argentino adujo que servía para saldar una deuda anterior cuando el padre de Falcao pasaba por un mal momento económico y él les ayudó a conseguir un préstamo para mantener el taxi que conducía. Aún hoy, la madre no reconoce la importancia de Espíndola en la vida de su hijo. «Después de que mi hijo estaba formado como persona y como prospecto de deportista aparecieron todos los que hablan de Falcao adjudicándose su formación como persona y como futbolista. Espíndola nos hizo mucho daño y retrasó la ida de Falcao a Europa por abuso de confianza porque quería apoderarse del 50 por ciento restante del pase de Falcao».

SUBIENDO ESCALONES

Falcao pasó a entrenarse con los chicos de su edad. El entrenador era Rodolfo Rafaelli, que estaba acostumbrado a recibir jugadores que venían con las mejores credenciales: «Me dijeron: “Va a venir un chico de Colombia, dicen que es un fenómeno”. Pasaba muchas veces pero luego había que comprobarlo. Pero en aquella ocasión me encontré con un jugador de físico privilegiado. Le pegaba con las dos piernas y sobre todo era especial en el juego aéreo. Ya cabeceaba como ahora».

Las obras en la residencia de River finalizaron y, cinco meses después de su llegada, Radamel pudo abandonar el hotel. Pasó a compartir una habitación cuádruple en unas instalaciones inmejorables. Había piscina, pistas de tenis, cancha de baloncesto... En total eran unos ochenta chicos de las provincias. Algunos como Mascherano, Carrizo o Augusto Fernández también llegarían a Europa.

La importante cantidad de dinero que River había pagado por él provocó que fuera recibido con recelo. Pero Falcao conquistó rápidamente a los compañeros con su humildad. También se ganó pronto un apodo, algo obligatorio para todo el que se precie en el fútbol argentino. En *Fútbol de Primera*, un programa de televisión, entregaban al

mejor jugador de cada partido un trofeo con forma de tigre, ya que estaba patrocinado por las gasolineras Esso. Falcao obtuvo tantos que se convirtió en «El Tigre» para siempre. El «Hachita» Ludueña, un compañero de la época que luego haría carrera en Chile, Ecuador y Perú, fue quien se lo puso.

En esa época hacía de «alcanzapelotas» en el estadio Monumental, y cuando Colombia visitó a la Argentina de Bielsa en el camino hacia Japón y Corea 2002, él solicitó poder estar cerca de sus ídolos. «Le pedí al encargado de la pensión que por favor me dejara ir. Cada vez que atacaba mi selección, yo me emocionaba y él me decía: “Quedate quieto”. Yo quería acercarme a los jugadores, pero tenía que entender que allí todos animaban al equipo celeste y blanco».

A finales de 2001, Falcao vivió su primera gran experiencia internacional. La «octava» de River viajó a Berlín para disputar la Nike Premier Cup, un prestigioso torneo internacional sub-14 en el que participaban veinte equipos. Ganaron el primer partido 10-0 y Falcao empezó a destacar. Siempre con la inscripción «Jesús te ama» en la camiseta interior, lista para ser mostrada tras un gol. La superioridad frente a sus rivales era exagerada.

River fue pasando rondas hasta que se encontró con el Real Madrid en semifinales. En aquel equipo jugaban, entre otros, José Manuel Jurado y Miguel Torres.

«Todo el mundo hablaba mucho de él, era el referente de su equipo —recuerda Miguel Torres—. Tenía el pelo corto y ya se veía que era un jugador diferente. Estaba mucho más desarrollado que nosotros, era fortísimo físicamente. Y con el balón tenía muchísima calidad. Asumía su rol de jugador decisivo». River ganó 1-0 con un tanto en el último minuto. ¿Quién marcó? Falcao, por supuesto.

«Fue un balón aéreo que Radamel cabeceó por encima de todos. Ya antes de que lo parase el portero, él se estaba levantando para remacharlo a la red», recuerda Marcelo Marzoratti, uno de sus compañeros. «Nunca vi a un jugador de esa edad demostrar las maravillas que le vi hacer contra los mejores equipos del mundo», apostilla Rafaelli.

La final les enfrentó al Vitória Bahia. Otro gol de Falcao a la salida de un córner adelantó a River Plate. Pero los brasileños marcaron dos tantos de penalti y ganaron por sorpresa el torneo. «A los quince años aprendí a valorar lo que es jugar una final, a sentir lo que es perder una final». El colombiano, pese a todo, fue elegido mejor jugador y máximo goleador del torneo.

LAS LESIONES CORTAN SU TRAYECTORIA

En 2002 su entrenador pasó a ser Jorge Theiler, que había sido defensa central en Newell's, San Lorenzo y River Plate y había jugado con Bilardo en la selección argentina. De Falcao, al que entrenó en «sexta» (dieciséis años) y «quinta» (diecisiete), destaca antes a la persona que al jugador: «Tenía un corazón enorme, todos le adorábamos». En lo futbolístico recuerda que «era un nueve muy completo. Conocía muy bien el área, remataba desde cualquier posición. Incluso a veces dudábamos de que

tuviera solo quince años»; y también su afán de perfeccionismo: «Se quedaba a entrenar lo que creía que debía mejorar: la definición, el remate con la izquierda, etcétera. Por ponerle un defecto, era un jugador lento».

Sin embargo, fueron años oscuros para Radamel por culpa de las lesiones. A caballo entre 2002 y 2003 estuvo diez meses parado por una pubalgia. Su padre viajó desde Colombia y estuvo un mes con él. Cuando ya parecía restablecido, sufrió una grave lesión de tobillo en vísperas de marcharse a jugar el Mundial sub-17 de Finlandia con la selección colombiana. «No pudimos acudir a la operación y él decía: “Yo quiero ver a mi mamá”. Pero la gente de River se portó muy bien. Me llamaban cada cinco minutos para ir informándome de cómo iba. Y luego le dieron todo el espacio para que se recuperara», recuerda Juana.

Radamel inició una lenta recuperación. Sus compañeros habían regresado a sus hogares por vacaciones y él estaba solo en la residencia. A veces Rafaelli lo invitaba a su casa para que tuviese compañía y su mujer le cocinaba comida típica colombiana.

Fueron meses muy duros para un chico de diecisiete años. Tuvo la tentación de dejarlo todo y regresar a su país. «No sé qué hago aquí perdiéndome los mejores años de mi juventud —reconoce que pensó—. Pero seguí luchando y dije: “Voy a hacer que valga la pena el haber sacrificado tantas cosas”». La pensión de River posee unos grandes ventanales de frente al estadio Monumental y Falcao se prometió que algún día sería ídolo allí dentro.

Fue también la época en la que se refugió en la fe. Acudía a la iglesia Rey Jesús, en el barrio de Palermo. Cuando no podía ir él, Jorge Ramos, uno de sus pastores, iba a la pensión de River. Entablaron cierta relación. Los lunes se organizaban reuniones con chicos, donde había jóvenes jugadores de otros clubes de Buenos Aires. Falcao era uno de los hijos. Tenía que pedir permiso para volver más tarde de las ocho.

Intentaba que sus compañeros de equipo le acompañaran. El «Hachita» Ludueña cuenta cómo los domingos «nos escondíamos porque Falcao nos buscaba por todas las habitaciones para llevarnos a la iglesia». «Un día le vimos orando y no entendíamos nada. Le miramos como si fuera un marciano», recuerda Augusto Fernández. «Oraba y rezaba y luego nos juntaba a todos y pedía a Dios que cuidara de nosotros, nunca un resultado», añade Marzoratti.

Según otro compañero, Guillermo Schwenzel, era «un líder que ayudaba a superar momentos difíciles a los que le rodeaban, en mi caso la pérdida de un hermano. “No te pido que hagas lo mismo que yo. Quiero que seas tú pero que entiendas cómo es el camino”», recuerda que le dijo una vez.

«Todo lo que ha logrado en el fútbol se debe a la paz interior que tiene. En el campo le llaman “El Tigre” pero fuera de la cancha es un pastor. Creo que sería un buen técnico, pero estoy seguro de que va a ser un gran pastor», asegura Rafaelli.

EL DEBUT COMO PROFESIONAL

Durante su rehabilitación, Falcao se empeñó en terminar los estudios secundarios en la escuela del club. Y cuando acabó, se inscribió en la Universidad de Palermo para estudiar Periodismo. Corría el año 2005 y su familia se había trasladado a vivir con él a Buenos Aires tras cuatro años de separación.

En el primer cuatrimestre había acudido con regularidad a clase y había aprobado dos asignaturas con buena nota: Periodismo deportivo y Redacción de texto. En el segundo cuatrimestre empezó a entrenarse en doble sesión y ya casi no podía asistir. Nunca desveló a sus compañeros de pupitre que por las tardes se entrenaba con las grandes promesas del país en el equipo más veces campeón del fútbol argentino. Por eso, muchos de sus compañeros se sorprendieron cuando el 6 de marzo de 2005 vieron, algunos en la cancha y otros por televisión, que ese colombiano de 1,77 metros que iba a su clase era el mismo que debutaba con la franja roja en un partido ante Instituto de Córdoba.

Tenía diecinueve años y el entrenador era Leonardo Astrada, un mito del club, con diez campeonatos y una Copa Libertadores en su palmarés. Sin embargo, apenas tuvo continuidad, jugó cuatro partidos y volvió a las inferiores, hasta que el «Mostaza» Merlo le incorporó de manera definitiva al primer equipo durante el Torneo Apertura de 2005. El 2 de octubre de ese año vivió su primer gran momento como profesional.

«Veníamos de jugar la Copa Sudamericana ante el Corinthians y necesitaba refrescar el equipo ante Independiente. Falcao estaba en el filial y le llamé para decirle que podría jugar un rato en la segunda parte. Él contestó: “No, profe, yo quiero disputar todo el partido”. River empezó perdiendo, pero, con el 31 a la espalda, Falcao anotó dos goles en un Monumental abarrotado, uno picando el balón con la izquierda ante la salida del portero y otro de gran derechazo».

«Era un chico muy humilde, muy educado y muy profesional. Llegaba el primero y se iba el último de los entrenamientos. Y en el campo era un goleador terrible, de área, con muy buenos movimientos», recuerda el «Mostaza», uno de los entrenadores más carismáticos de la historia reciente del fútbol argentino.

Hasta ese momento alternaba el filial y el primer equipo. Tras ese encuentro, ya no volvería más al equipo reserva. Marcó siete goles en siete partidos antes de que Merlo renunciara a su cargo. Le sustituyó otra leyenda de River, nada menos que Daniel Alberto Passarella, quien había levantado la primera Copa del Mundo ganada por Argentina.

El siguiente torneo tenía que ser el de la consagración definitiva de Radamel. Sin embargo, otra vez vio frenada su carrera en seco. En enero de 2006 sufrió la rotura de los ligamentos del tobillo derecho. «El instante en que sucedió la lesión fue insoportable, no me podía mover. Después pude enderezar la pierna y caminar, pero el dolor era muy fuerte».

Permaneció seis meses de baja. De nuevo armándose de paciencia y refugiándose en la congregación Campeones para Cristo. En la iglesia Rey Jesús fue donde conoció a Lorelei Tarón. Era una chica argentina de origen alemán que había llegado del interior a la capital para estudiar y que compartía la fe con Falcao. Ambos se casarían en esa misma iglesia en 2007, cuando el colombiano tenía veintiún años.

Cuando se recuperó de su lesión, había explotado Gonzalo Higuaín, que le cerraba el paso. Le costó mucho superar la inactividad. Marcó únicamente un tanto en doce partidos. Sin embargo, Passarella solo guarda palabras de elogio para él: «No encontrarás a un riverplatense que te hable mal de Falcao. Fue un ejemplo de vida y de profesionalidad. Ojalá algún día vuelva a River en el futuro».

En el segundo semestre de 2007, un *hat-trick* a Botafogo en la Copa Sudamericana y goles importantes a Newell's, Estudiantes y sobre todo su estreno en un «superclásico» ante Boca Juniors le devolvieron al estrellato. Pero fue con la llegada de Simeone con quien alcanzó su mejor nivel. El Cholo venía de ganar con Estudiantes y «nos convenció a todos de que podíamos ganar», recuerda Falcao. Junto con Abreu y Buonanotte formó el tridente que acabó con una sequía de cuatro años en el club. El 8 de junio festejó su primer título con una bandera colombiana en la cintura. «No soy el típico delantero que espera en el área. Trato de participar, de entrar en los circuitos de ataque gracias a mi movilidad», comentaba el jugador en una entrevista de esa época.

Sin embargo, conoció los vaivenes del fútbol argentino. En el siguiente torneo, River Plate pasó de campeón a colista, por lo que Simeone decidió irse. Falcao, que había trabado una gran relación con él, fue a pedirle que no se fuera. Tardaría poco en marcharse él también. Por cinco millones y medio al Oporto en verano de 2009. Dejaba «el equipo de mi vida» con cuarenta y cinco goles en ciento once partidos y Pinto da Costa hacía el negocio del siglo. Radamel Falcao García cruzaba el charco. Y a partir de ahí, la historia es ya bien conocida.

11

Samuel Eto'o

Camerún

«Un león indomable por Barajas»

Samuel Eto'o cumplió el sueño que persigue cualquier chico africano. Samuel Eto'o es progreso, es trabajo, es modernidad. En realidad, Samuel Eto'o es África, el África que muchos piensan que puede llegar a existir, cada vez más preparada, cada vez más decidida, con más ambición. Los datos económicos reflejan que el africano es el continente más pobre y subdesarrollado del mundo. En la última década las economías de países como China o India se han disparado, las de Sudamérica han sufrido un crecimiento considerable y las de Europa se han mantenido. Las de África, por el contrario, han decrecido en líneas generales. Todo el mundo ve potencial donde los números indican lo contrario. Pero hay esperanza. Y la esperanza la aporta gente como Eto'o, que salió cuando era un niño de una modesta aldea de Camerún y ha llegado a ser su propia empresa, la que cada año factura varios millones de euros a través de su despacho de París, la que le ha permitido ser uno de los jugadores mejor pagados del mundo.

¿Cómo fue todo? ¿Dónde comenzó este viaje hacia el primer mundo? ¿Quién era Samuel Eto'o antes de conquistar una plaza tan importante como la europea? El punto de partida está en Nkom, un pequeño barrio a las afueras de Yaoundé, la capital de Camerún. Allí nació Samuel como consecuencia de que su padre, David, de profesión contable, y su madre, Christine, habían sido trasladados por motivos laborales desde Douala, la ciudad natural de la familia. Él fue el segundo de una saga de seis hermanos: Sidonie, Samuel, Madeleine, Pauline, David y Étienne. Hasta los seis años vivió y aprendió en aquella barriada, en la que comenzó a jugar al fútbol en la calle y a ser feliz cada vez que tenía la oportunidad de salir con un balón. Nkom-Kaná es un modesto distrito del noroeste de Yaoundé y está delimitado por la Rue Max Kamwa y la Avenue Jean Paul II. No hay mucho más aparte de multitud de pequeñas casas que se agolpan las unas contra las otras. Entre ellas, sorteando los pocos coches que de tanto en cuanto pasaban, era posible jugar al fútbol si algún vecino sacaba su viejo balón.

Cuando Samuel tenía seis años, sin embargo, su padre perdió el trabajo y la familia regresó a Douala, al barrio de New-Bell, de donde eran originarios y en el que se instalaron. Fue la época más dura que les tocó vivir, pero sobrevivieron a base de fuerza y de sacrificio por parte de todos. También de Samuel, que siendo prácticamente un crío se sacaba un puñado de francos vendiendo pescado en el centro de Douala. Los Eto'o forman parte de los bassá, una de las doscientas etnias existentes en Camerún,

probablemente la más beligerante y combativa de todas, por lo que no era de extrañar que de entre su seno surgieran ganadores natos. El tío de Samuel, Hervé Nkom, trabajaba en un banco y era un gran aficionado al fútbol. Un día, sabedor también de que a su sobrino le encantaba, le regaló un balón reglamentario, el primer balón que tuvo Eto'o, un obsequio que le hizo feliz para siempre. «Jugábamos en la calle, solo eso. No teníamos nada. Nos conformábamos con el fútbol y éramos felices», cuenta Eto'o.

Aquella infancia en New-Bell, cerca de la cárcel y del aeropuerto abandonado de Douala, marcó muchísimo el carácter de Samuel. Se trata de uno de los barrios más peligrosos de la ciudad, con altos índices de delincuencia juvenil y evidentes síntomas de pobreza. Se creó a principios del siglo XX para dar cobijo a las fuertes migraciones internas que se producían en Camerún, especialmente entre etnias como la bamileké o la bassá, la de Eto'o. No había prácticamente nada, pero con muy poco los niños eran felices jugando al aire libre. El balón que su tío Hervé le había regalado era un objeto preciado para Samuel y sus amigos, que se pasaban horas disfrutando con él mientras soñaban con ser Roger Milla, el ídolo local.

Corrían los finales de los ochenta. Camerún ya había jugado el Mundial de España, el primero de su historia, pero se disponía a llamar la atención del mundo entero en el de Italia. Aquel equipo de los N'Kono, Kana-Biyik, Tataw, Makanaky, Oman-Biyik o Milla había dejado en el camino hacia la cita mundialista a selecciones como Nigeria, Angola o Gabón. En el partido decisivo de clasificación, frente a Túnez, reunió a más de ochenta mil personas en el Stade Omnisports de Yaoundé. La fiebre por el fútbol y por los Leones Indomables, como popularmente se conoce al conjunto camerunés, era enorme. Mucho más cuando, a ojos de todo el planeta, derrotaron a Argentina en el partido inaugural de Italia 90 y se deshicieron de Colombia en octavos, tras aquel error histórico del portero colombiano Higuita. Solo los ingleses, en un partido tremendo de cuartos que se tuvo que decidir en la prórroga, fueron capaces de acabar con el sueño de un país entero que, para entonces, ya había enseñado a sus niños y a sus jóvenes que el fútbol era otra forma de alcanzar el ansiado desarrollo. Ese Mundial marcó la historia de Samuel.

EL PRIMER EQUIPO DE ETO'O

Los padres de Eto'o no querían que su hijo se dedicase exclusivamente al fútbol. Sobre todo su madre, Christine. Le habían inscrito en el colegio Newell Bassa con la intención de que fuera un buen estudiante, algo que nunca lograron. Tampoco cambiándole a la escuela Joseph Mongo. Lo único que de verdad entusiasmaba a Samuel era el fútbol. Su padre le había llevado a ver encuentros en directo de la selección y él se había puesto como propósito triunfar algún día en Europa. Entonces todavía jugaba con los chicos del barrio en torneos entre barrios. Era fútbol cien por cien callejero. Hasta que un día fue captado por un ojeador que peinaba la zona, Diallo Siéwé, que por aquella época pertenecía a la escuela de fútbol Brasseries: «La facilidad en el juego, la capacidad en el regate, la finalización... Lo tenía todo», recuerda. Después de uno de esos partidos, se

acercó a Samuel y le propuso jugar con ellos. Aún tiene fresca en su memoria la respuesta de aquel chico de solo nueve años: «¿Usted es el entrenador Diallo? No sé si sabe lo bueno que soy. ¡Dudo que me pueda enseñar algo!».

Así de espontáneo y directo era Samuel, así sigue siendo, aunque después recapacite y escoja el camino correcto. «Yo era un respetado técnico, ningún niño me había hablado nunca igual. Pero él era especial. Esa noche le vi irse a casa, que estaba a quinientos metros de la mía, flanqueado por sus dos hermanos menores. Había cambiado de opinión. A partir de ese momento sentí que iba a favor de la corriente. Aquel día comenzó la aventura...». Jugar en aquel modesto conjunto de Douala introdujo conceptos como disciplina o compañerismo en el fútbol de Eto'o, que hasta ese momento era virgen, salvaje. Ahora no. Ahora le tocaba ir a entrenar, defender una camiseta, un escudo, pelear al máximo por lograr los objetivos de su equipo. Le servía para olvidar también los problemas que sufría en casa, con sus padres desempleados y una familia numerosa a la que cuidar. Lo detalló Jean René Noubissi, colaborador de Diallo por aquel entonces en la escuela Brasseries, en una entrevista a *Le Temps*: «Cuando marcaba un gol le dábamos mil francos africanos para comprar una botella de agua o un bocadillo. No tenía nada y la vida era dura para él. Pero son bassá y los bassá son guerreros y luchadores. Nunca se rinden».

Samuel marcó tantos goles que fueron muchos los bocadillos o las botellas de agua que tuvieron que darle. Enseguida se vio que tenía un talento descomunal. Era tal su capacidad para hacer goles que con doce años debutó en el equipo profesional de la escuela, el Avenir de Douala, que militaba en la segunda división del fútbol camerunés. Los estatutos prohibían que un chico tan joven jugara en una categoría tan alta y ante futbolistas que en la mayoría de los casos pasaban de la veintena, pero todos hicieron la vista gorda con él porque su caso era claramente diferente al resto. «Era un niño muy tranquilo, gentil y tímido. Cuando las circunstancias le hacían caer anímicamente, enseguida se recuperaba. Era increíble su deseo de ganar. El camino que ha vivido hasta llegar a ser lo que hoy en día es fue muy duro, pero cada vez que le atacaron se hizo más fuerte. No ha olvidado nada de lo que le enseñamos. Estoy orgulloso de él», cuenta también Noubissi. Otra circunstancia que convertía a Samuel en especial era su fuerte devoción religiosa antes de los partidos. Cuentan incluso que en el vestuario antes de jugar rezaba en alto alguna oración escrita y que durante el partido la llevaba con él metida en la media, lo que le hacía jugar con mayor seguridad.

Aquellos primeros partidos en segunda división y la insultante juventud que tenía —doce años nada más— hicieron que otros clubes pusieran sus ojos sobre él. El que acabó llevándoselo y haciéndole un hueco fue la Kadji Sport Academy, la KSA. Eran mediados de los años noventa y el empresario Joseph Kadji Dephoso creó una escuela en la parte oeste de Douala con cuarenta hectáreas destinadas única y exclusivamente a las actividades deportivas. También, por supuesto, al fútbol. En África es habitual que empresarios particulares e incluso agentes de futbolistas creen este tipo de clubes de los que después sacan partido vendiendo a sus mejores exponentes. En Douala, en ese tiempo, había uno al que había que vigilar de cerca: Samuel Eto'o. La recién creada

entidad le ofreció la posibilidad de jugar allí y no tardó en convencerle. Contaría con instalaciones de calidad y podría seguir militando en segunda división. El movimiento era perfecto para alguien con trece años recién cumplidos como él.

El director de la KSA era alguien reputado en Camerún. Se trataba de Michel Kaham, lateral derecho de los Leones Indomables en el Mundial de 1982, el de España, y segundo entrenador en el del 1990, ese mismo en el que Eto'o se había aficionado tanto al fútbol. «Físicamente era frágil. Era muy joven y jugaba con chicos hasta ocho y diez años mayores que él. Tardó poco tiempo en estar a su nivel e incluso por encima», rememora. El hijo del empresario que puso en marcha aquel proyecto, Gilbert Kadji, quien después fuera presidente de equipos franceses como el Rouen o suizos como el Sion, tampoco olvida la primera imagen de Samuel en aquella academia levantada precisamente para que salieran jugadores como él: «Normalmente a su edad los chicos miran hacia abajo cuando hablas con ellos. Él no. Él miraba directamente a los ojos. Irradiaba sinceridad y una gran fuerza interior. Estaba muy seguro de sí mismo y de su potencial. Y por otra parte era una máquina de hacer goles. Sabía que iba a tener éxito en el futuro en el mundo del fútbol; es como si lo hubiera decidido de antemano».

UN «SIN PAPELES» EN PARÍS

En ese tiempo jugando con la KSA le hicieron su primer contrato profesional y cobró su primera nómina. Eran alrededor de trescientos euros al mes que venían muy bien a la familia, que seguía teniendo más dificultades de las deseadas para llegar a fin de mes. Los éxitos, las primas y los incentivos no tardarían en sucederse. Tampoco las decepciones. Durante una de las primeras temporadas allí, la academia Kadji fue uno de los participantes extranjeros en un torneo en Aviñón, Francia. Era una oportunidad perfecta para demostrar su valía. Pero nada salió bien: «Aproveché el viaje y hablé con una tía mía que vivía en la región de París. Me quedé algunos meses en su casa, en Bobigny. Yo no tenía papeles. No podía vivir y desplazarme libremente, como alguien de allí. Intenté presentarme a unas pruebas organizadas por el PSG, pero, como no tenía papeles, no me dejaron quedarme. Me sentí frustrado porque entonces ves que nosotros, los africanos, tenemos límites para todo. Siempre dependemos de alguien. ¿Por qué? Lo probé sin éxito también en Le Havre y creo que tuve la oportunidad de ir al Cannes, pero no sé qué pasó. Al cabo de nueve meses tuve que regresar a Camerún. Fue muy frustrante», se lamenta ahora.

«En Francia no le dieron tiempo a aclimatarse a sus grandes instalaciones y recursos. Los dirigentes de algunos clubes quieren ver lo mejor de un chico en tres días, pero a veces hay que darles más», analiza Michel Kaham, que volvió a abrirle las puertas de la academia Kadji cuando Samuel se vio obligado a salir de territorio francés por motivos diplomáticos y volver a Camerún. La historia comenzaba de nuevo, el sueño de llegar a ser futbolista y jugar en las mejores ligas de Europa debía tomar otro rumbo, distinto, alternativo, pero en ningún caso imposible para él. Era un bassá. Y, lo dicho, los bassá

nunca se rinden.

De nuevo asentadísimo y ya una de las estrellas del equipo en la segunda división camerunesa, llegó uno de los puntos álgidos en la hasta entonces joven y prometedora carrera de Samuel. Era la temporada 1995-1996. Había tocado un emparejamiento de cuartos de final de la Copa de Camerún muy duro frente al Tonnerre de Yaoundé, equipo de la capital que estaba plagado de internacionales absolutos. Todo el mundo pensaba que, al ser de categoría superior, los visitantes pasarían por encima de su rival y no tendrían problemas para eliminarles. Sin embargo, se toparon con un fenomenal Eto'o, un grandioso Eto'o. El delantero, a sus catorce años, fue noticia en todo el país al marcar dos goles en una victoria histórica (4-2), una de esas que no se olvidan por muchos años que pasen.

La siguiente ronda de Copa —las semifinales, ni más ni menos— emparejó al KSA con el Coton Sport de Garoua, el gran equipo de Camerún, el club más laureado del país con doce títulos nacionales, cinco coperos y un subcampeonato de la Champions africana. Es decir, el partido más importante en la vida de Eto'o. Todo un gigante del país frente al modesto conjunto revelación del torneo, una simple academia de jugadores en la que su estrella apenas era un crío: «Hubo aspectos ajenos al juego que marcaron el choque. Veníamos de eliminar al Tonnerre en la ronda anterior y eso no había gustado mucho. El partido estuvo completamente influenciado por el árbitro. Fuimos víctimas de una conspiración y Samuel, pese a ser el más joven de todos, se dio perfecta cuenta. Estaba fuera de sí. Fue expulsado y gritó de rabia. Era un ganador nato de catorce años y medio. Creo que aquel fue su último partido en Camerún», relata Kaham abochornado por cómo se las gasta el poder futbolístico de su país.

Después de aquella exhibición en la Copa, el nombre de Samuel Eto'o llegó a todos los puntos de la geografía camerunesa. La prensa se hizo eco de sus llamativas actuaciones y el debate alcanzó también a la sede de la federación. Los Leones Indomables le incluyeron en una de sus convocatorias, aunque dada su corta edad decidieron que integrara el equipo juvenil y no el sénior, que por aquel entonces estaba sumido en un mal momento después de haberse quedado fuera del Mundial de 1994 y haber cuajado un discretísimo papel en la Copa de África de 1996, en Sudáfrica. El objetivo inmediato pasaba por volver a estar entre los mejores del planeta en Francia, en la cita mundialista del 1998.

LLEGADA AL MADRID Y A LA SELECCIÓN

En ese torneo con las categorías inferiores de la selección de Camerún, en Abidján, la capital de Costa de Marfil, había ojeadores del Real Madrid. En concreto el entonces secretario técnico del club, Pirri, y uno de sus ayudantes, José Luis López Serrano. Habían acudido al torneo para ver en directo al marfileño Salomon Kalou, del que tenían muy buenas referencias y al que seguían desde hacía tiempo. Lo que se encontraron, sin embargo, fue un talento descomunal, un flaco delantero camerunés de quince años que

respondía al nombre de Eto'o. Camerún venció 2-4 y Samuel marcó dos goles. Fue una exhibición.

Al término del partido, Pirri se acercó a él: «Trabajo para el Real Madrid y quería invitarte a que pasaras unas pruebas en nuestras instalaciones», le dijo. Lo mismo le comunicó a uno de sus compañeros. Aquella era la noticia que más feliz podía hacer a Eto'o: «Fue una emoción tremenda. ¡Era el Real Madrid! ¿Qué iba a contestar yo? Les dije que me subía al primer avión con ellos. Era domingo. El miércoles ya estaba entrenándome en la Ciudad Deportiva junto a mis ídolos: Redondo, Seedorf, Luker, Mijatovic(6)...». Pero para llegar a ese punto aún hubo más obstáculos que superar, sobre todo uno que le recordó de dónde venía y adónde llegaba.

Los emisarios del Madrid se marcharon antes, por lo que a Samuel le tocó hacer el viaje hacia la capital de España en solitario, únicamente con la presencia junto a él de aquel compañero —Antoine Olise— del que nunca más supo, pues no pasó la prueba. Era invierno en Europa. Hacía frío. Mucho frío. Pese a ello, seguramente por no pensar que hiciera tanto, ese chico adolescente con ganas de comerse el mundo se presentó en Barajas en pantalón corto y camiseta. La imagen en el aeropuerto debió de ser muy llamativa, con aquellos dos chicos africanos vestidos en ropa deportiva esperando a que alguien del club les viniera a buscar. Y esa fue precisamente la otra gran curiosidad que tuvo el aterrizaje de Eto'o en España, porque nadie, absolutamente nadie, le fue a buscar.

Hasta para eso es diferente. Las aglomeraciones típicas a la llegada de un futbolista o los coches de alta gama con espejos tintados que les conducen de sitio a sitio parecían reservados para otros, no para él. Su origen tan humilde impedía que el inicio de la aventura fuera menos convulso: «En realidad sí fueron a buscarme, pero había cogido una compañía aérea local de mi país que llegó con mucho retraso y ya se habían ido. Cuando aterricé en el aeropuerto el castellano me parecía chino, pero lo recuerdo como una bonita historia. Me busqué la vida, tuve la suerte de encontrar a un señor que hablaba francés y me ayudó a llegar al Santiago Bernabéu. Después los dirigentes del Madrid se portaron muy bien conmigo».

Eto'o tuvo que estar veintiún días a prueba en el club blanco para convencer a los técnicos de su valía. El entrenador del primer equipo por aquel entonces era Fabio Capello. Y algo le vio, al igual que el resto de ojeadores de la entidad, porque el 7 de febrero de 1997 se rubricó el contrato que unía al jugador camerunés con la entidad de Chamartín. En principio se quedaría en el Castilla, con el objetivo de que fuera mejorando como jugador y adquiriendo una mayor potencia física, aunque esos primeros meses los pasó únicamente entrenando, pues no tenía la edad mínima para ser inscrito y tampoco podía jugar con los juveniles, ya que la normativa vigente impedía que hubiera extranjeros en dicha categoría. Todos los técnicos de la casa que le evaluaron vieron lo mismo: parecía muy frágil, pero era un depredador.

Donde sí contaba, y mucho, era en la selección. En marzo de ese mismo año, en un partido amistoso contra Costa Rica que concluyó con derrota (5-0), la mayor en la historia de Camerún, Samuel debutó con la absoluta el día previo a cumplir los dieciséis años. Tenía unas ganas enormes de comerse el mundo, pero quién iba a decirle entonces

que se convertiría en el máximo goleador histórico de los Leones Indomables y en uno de los mejores jugadores que siempre dio África: «No se me olvida mi debut, sobre todo el resultado. ¡Qué goleada nos metieron! Perdimos 5-0. Ahí estaba Wanchope y todos los costarricenses, que parecían “maradonas”. Jugaron muy bien, la verdad». El técnico que dirigía al conjunto camerunés era un belga, Henri Depireux, antiguo mediocentro que llegó al banquillo de una de las mejores selecciones africanas después de haber entrenado en su país, Francia, Portugal, Yugoslavia y Suiza. «Geremi, Rigobert Song, el propio Eto'o... Yo creo que ha sido el equipo con más talento que he dirigido jamás. Sabía que tenía entre manos a jugadores que iban a marcar época. En el caso de Samuel, aún más. Era todo ambición. Una pena que en Camerún vivan once millones de personas y a la vez haya once millones de seleccionadores. La presión era demasiado grande».

La abultada derrota en Costa Rica y los escarceos de la federación con Claude Le Roy para el Mundial —para el que ya estaban clasificados— hicieron que la etapa de Depireux en el banquillo fuera más corta de lo esperado. Dejó, sin embargo, tres hitos que pasarán a la historia: la clasificación para la cita mundialista de Francia 1998, también para la Copa de África de Burkina Faso de ese mismo año y, sobre todo, el debut con la absoluta de Samuel Eto'o, llamado por todos a marcar una época, como así haría.

DE LEGANÉS AL MUNDIAL

En el Real Madrid todo el mundo empezó a conocer de verdad a Samuel, con sus cosas buenas y también las malas. La primera gran reprimenda se la llevó por parte de Paco de Gracia, uno de los encargados de la cantera en el club blanco. Resulta que con el primer sueldo que cobró del Madrid se fue de compras y se gastó la nómina entera en un reloj. En cuanto los responsables del fútbol base se enteraron, le hicieron ver de la forma más vehemente posible que ese no era el camino a seguir. Había trabajo que realizar con él, seguramente porque no entendía del todo el valor material de las cosas, seguramente porque, por no haberlos tenido antes, no era consciente del trabajo que cuestan los caprichos en la vida. Poco consiguieron enseñarle, bien es cierto, pues los relojes —y los coches deportivos— siempre han sido la gran debilidad del delantero, que llegó a tener colecciones de ambas cosas valoradas en millones de euros.

Eto'o vivía en el hotel que el Real Madrid tenía para algunos de sus jugadores cerca de la antigua Ciudad Deportiva, a quinientos metros de Plaza de Castilla. Su vida consistía en entrenarse por las mañanas, aprender español y disfrutar de la vida propia de un futbolista. No podía jugar, pero en los entrenamientos ya dejaba claro que era un fuera de serie. «Era muy buen chaval, con unas enormes ganas de triunfar, aunque con los problemas típicos de la juventud. Había que estar bastante encima de él», recuerda Pirri, su gran descubridor.

Con la llegada de una nueva temporada, la ventana del profesionalismo se le abrió de par en par. El Madrid cambió de entrenador. Jupp Heynckes relevó en el cargo a

Capello, que había decidido retornar a Italia. Pese a dejar buenos detalles en pretemporada, el Madrid y el técnico alemán decidieron cederlo a un club familiar como el Leganés, equipo también madrileño que militaba en la Segunda División del fútbol español. Era una cesión cómoda. No le obligaba a cambiarse de ciudad y podría tener los minutos que a su edad le era imposible encontrar en un equipo de la dimensión del Madrid. Todo estaba calculado. Todo perfectamente medido para que progresara.

En el Leganés conoció también lo que es la exigencia del fútbol moderno, con muchos jugadores peleando por solo once puestos en cada partido del fin de semana. Se trataba de un club modesto y la lucha por mantenerse en Segunda resultaba un desafío importante. Aquel vestuario se aprovechó de la adrenalina que desprendía Eto'o, aunque también lo hizo este de la experiencia que varios de sus compañeros le brindaron: Unanua, Mesas, Llorens, Moj, Alfredo, Catanha... A todos ellos les dirigía Pedro Braojos, histórico entrenador de Segunda B y Segunda en España: «Samuel tenía problemas tácticos y con el idioma. Al principio le costó jugar, pero la calidad y el desparpajo los poseía de sobra. Le puse en una banda, fue adaptándose y acabó jugando», cuenta al referirse a él. Jugó veintiocho partidos, diecinueve como titular, y marcó tres goles, ante Toledo, Albacete y Logroñés. El Leganés, gracias en parte a él, quedó en el puesto undécimo y mantuvo la categoría. Mediada esa temporada, Samuel cumplió diecisiete años. Aún era un crío.

La disciplina era otro de los puntos en los que Eto'o parecía incorregible. En uno de los primeros partidos de aquella temporada con el Leganés, en el campo del Xerez, el camerunés montó en cólera al oír de boca del técnico Braojos que no estaba en el once titular. «¡Me vuelvo a Madrid! ¡Me vuelvo a Madrid! —repetía gritando mientras los compañeros no daban crédito a lo que estaba pasando—. ¡Alquilo un coche y me vuelvo a Madrid!», insistía entre gritos. Durante ese episodio —y algunos más— el encargado de tranquilizarle y hacerle ver que se estaba equivocando era el central y capitán José Jesús Mesas. También canterano madridista y a lo largo de siete temporadas inamovible en Segunda División en Leganés y Sporting, su tranquilidad a la hora de explicar las cosas era lo que en realidad necesitaba Eto'o. Ese paternalismo cada vez se hizo más fuerte. Se entendían tan bien que incluso el capitán le llevaba a diario a entrenar en su coche, algo que les unió aún más. Compartieron tantas confidencias que dos años después, cuando Mesas decidió retirarse, recibió la llamada del camerunés para ofrecerle llevar sus asuntos y convertirse en su agente. Novato y veterano congeniaron durante mucho tiempo.

La más que aceptable temporada de Eto'o con el Leganés en la Segunda División española y la fe ciega que la federación camerunesa tenía puesta en él propiciaron otro hecho fundamental aquel año. Camerún, con un técnico interino habitual, Jean-Manga Onguene, en lugar del destituido Henri Depireux, había fracasado en los cuartos de final de la Copa de África de 1998, celebrada en Burkina Faso. Una inesperada derrota ante el Congo había dado al traste con las esperanzas del pueblo camerunés, que tenía al delantero M'Boma y al portero Songo'o como referencias pero que en realidad esperaba el asentamiento definitivo en la selección de la buena generación que venía pisando

fuerte por detrás: Kalla, Womé, Geremi, Foé, Olembé, Rigobert Song...

Faltaban cuatro meses para el Mundial y el panorama no era el mejor, más teniendo en cuenta el duro grupo en el que habían quedado encuadrados en Francia 98: Italia, Chile y Austria. Hacía falta más. Hacía falta la gran promesa de Douala: Eto'o. Como era de esperar, la federación contrató a Claude Le Roy para llevar el mando camerunés en el torneo. Le Roy era y es una leyenda del fútbol africano. Francés de Bretaña, llevó a Camerún al subcampeonato en la Copa de África de 1986 y lo había hecho muy bien también con Senegal. Los dirigentes cameruneses tenían una fe ciega en él. Creían que era el hombre perfecto para el cargo.

Su lista para el Mundial fue una continuación de la de la Copa de África. Un equipo jovencísimo, lleno de nuevos valores del fútbol del país, pero esta vez con una sutil diferencia: la convocatoria del mayor talento de todos ellos, Samuel Eto'o. «Teníamos un equipo de chicos jóvenes con ganas y ambición, pero los arbitrajes nos perjudicaron en todos los partidos. Se ha dicho que Camerún me debe mucho, pero la realidad es que yo le debo mucho más a Camerún. Convoqué a Eto'o pese a ser el jugador más joven del Mundial y le di unos minutos ante Italia. Para mí Samuel es como un hijo. De hecho, él me llama papá».

Efectivamente, los árbitros perjudicaron a Camerún en su intento de volver a hacer historia, como en 1990, y los empates ante Chile (1-1) y Austria (0-0) más la derrota frente a Italia (3-0) provocaron que el sueño mundialista de Eto'o se truncase antes de tiempo. Eso sí, para el recuerdo quedarán siempre sus veinticuatro minutos en Montpellier en la segunda parte ante Italia, que le convirtieron en el futbolista más joven de aquel Mundial y uno de los más precoces de cuantos han disputado esta competición: diecisiete años y tres meses. El espigado chico que el Madrid había cedido al Leganés, el proyecto de gran jugador que salió de Camerún rumbo a Europa con la intención de progresar y hacer progresar a los suyos, se hacía famoso.

VOLANDO LEJOS DE MADRID

La vuelta a Madrid cortó de cuajo el optimismo de Samuel. Heynckes no fue renovado y el banquillo lo ocupó Hiddink, después de que Camacho dimitiese tras pocos días en el cargo. Pese a hacer otra buena pretemporada y esta vez sí quedarse en el equipo madridista, la falta de oportunidades obligó a buscarle de nuevo una salida en el mercado invernal. Morientes, Mijatovic, Ucker y Raúl eran demasiada artillería como para hacerse un hueco entre ellos. Al menos debutó, eso sí, con la camiseta blanca en un partido ante el Espanyol en Montjuïc. En diciembre se firmó una nueva cesión, en esta ocasión a Primera y precisamente al Espanyol.

Fue la primera vez que conoció Barcelona y también la amargura de estar tan cerca de la cúspide y no alcanzarla. Y es que el entonces técnico perico, el argentino Brindisi, apenas contó con él. No le dio ni un minuto en Liga. En Copa sí, un rato en una tarde fría en Valladolid. Nada más. Estar sin jugar era lo que más podía dolerle, más aún que todas

las penurias que había tenido que superar en su infancia en Camerún. «Antes de irse cedido habló personalmente con Brindisi, que le aseguró que contaría con él. No sé qué pasó. El Madrid quería que Eto'o fuera a un equipo que le diera minutos», explicó Juan Onieva, directivo blanco en aquella época. Fernando Molinos, entonces director general del Espanyol, dio su versión: «Vino cedido sin opción de compra. Pirri no quería perder el control de Samuel. Creía mucho en él».

Pero lo cierto es que Eto'o seguía teniendo la calidad y el espíritu de superación de siempre. «No recuerdo un chaval de diecisiete años que me diera tantísimos problemas en los entrenamientos», llegó a declarar Pochettino, compañero suyo. «Era un diablo», reconoció también otro de ellos, Cristóbal Parralo.

Samuel no se desesperó. No se desesperó ni cuando, de vuelta al Madrid, la noticia del verano fue el fichaje de un serbio sin apenas currículum, Perica Ognjenovic(7), para cubrir precisamente su posición. El año anterior había ocurrido algo similar con Morientes. Ni la marcha de Luker y Mijatovic le aseguraba un puesto en el equipo. Aun así, con Toshack en el banquillo fue cuando más jugó vestido de blanco. Participó en dos partidos de Liga, tres de Champions y uno del Mundialito de Clubes. Poco. Al equipo le fue mal y llegó Del Bosque, que dejó de contar definitivamente con él. La puerta de salida se le volvía a abrir, esta vez para siempre.

Una anécdota protagonizó la relación del camerunés con Del Bosque y seguramente marcó su futuro. El nuevo técnico le vio llegar a un entrenamiento en un flamante Mercedes SLK descapotable. A Vicente, que llevaba muchos años orientando a los jóvenes desde su cargo de responsable de la cantera, no le gustaba la ostentación. Mucho menos en alguien que no era una estrella, sino más bien un joven sin apenas minutos. Y mucho menos —y esto es lo peor— en alguien al que aún le faltaban unos días para cumplir los dieciocho años con los que se puede conducir en España. Nunca se sabrá si fue por eso, pero el caso es que Eto'o tuvo que hacer de nuevo las maletas en busca de su lugar ideal, su espacio perfecto, su hábitat natural.

Y como los supervivientes, como el bassá que lleva dentro y que siempre fue, encontró ese paraíso en Palma de Mallorca, donde permaneció cedido la primera media temporada y también la segunda. Los goles ya eran parte de él. Primero, seis; al año siguiente, once. Su gran éxito con la selección también vino entonces: el oro olímpico en los Juegos de Sidney. Después le esperaban Copas de África y Balones de Oro africanos. El Mallorca consiguió ficharle en propiedad, aunque con una opción de recompra por parte del Madrid que en el futuro utilizaría para hacer negocio y vendérselo al Barça, su eterno rival pero a la vez un buen pagador. Craso error. Seis, catorce, diecisiete; su cifra goleadora en el Mallorca fue en aumento, así como también su personalidad, su carisma.

Un día, al término de un partido amistoso en Lorca ante el conjunto local, se había cruzado con Mesas, aquel capitán con el que había tenido tan buena relación en el Leganés, en sus inicios. Eran sus últimos días como jugador y los pasaba jugando en Tercera. Se preparaba ya para colgar las botas y hacerse representante. «¿De verdad? Pues quiero que lleves mis asuntos. Tú y José Luis López Serrano (uno de sus descubridores cuando fue captado por el Madrid en África) sois las únicas personas en

las que he podido confiar en España», le dijo. Y así ocurrió durante varios años. «No le regalaron nada. Me llamaba cuando no jugaba y yo le recordaba que era joven y que triunfar no es tan fácil. Sufrió mucho», observa Mesas.

Y así fue, sufriendo, como aquel niño de New-Bell, ese bassá con un don para meter goles, superó cuantos obstáculos se encontró, obstáculos deportivos pero también humanos. «Trabajar como un negro para vivir como un blanco», lo definió él mismo años después al ser presentado por el Barcelona. El camerunés al que nadie del Madrid fue a buscar a Barajas. El espíritu de África, del África moderna. Siempre polémico. Siempre inconformista. Siempre Eto'o.

12

Mesut Özil

Alemania

«Sangre turca en Bulmke»

Durante los años sesenta y setenta Alemania vivió lo que se conoce como *Wirtschaftswunder* o milagro económico. Las empresas crecieron mucho en poco tiempo y eso les hizo requerir mano de obra barata que en ocasiones costaba encontrar. Fue tal la demanda de los empresarios que el Gobierno decidió tomar medidas. Se firmaron tratados con países extranjeros. Alemania ofrecía la posibilidad de trabajar en sus boyantes fábricas a aquellos inmigrantes que aceptaran las condiciones ingratas de empleos duros, en la mayoría de los casos. Así, se produjo un proceso migratorio que afectó a italianos, yugoslavos, griegos, españoles y, sobre todo, turcos. Solo a principios del siglo XIX se registraron noticias de que en Alemania hubiera existido una colonia de turcos, aunque minoritaria y sin relación alguna con este éxodo posterior. Porque fue un fenómeno social, un movimiento masivo que cambió para siempre el panorama demográfico en Alemania y la relación de sus ciudadanos con los procedentes de Turquía, algunos de los cuales se asentaron en el país, trajeron a sus familias y tuvieron descendencia. Nacieron así los turco-alemanes. Surgía de este modo un grupo que ya alcanza los cuatro millones de personas, es decir, un 5 por ciento de la población total de Alemania.

Entre ellos, con sus ojos saltones y sus rasgos inconfundiblemente otomanos, se encuentra Mesut Özil. Alemán pero hijo y nieto de turcos. Alemán pero musulmán como sus familiares y amigos. Alemán pero íntimamente ligado a las costumbres y cultura turcas. El caso de Mesut es uno más entre tantos otros que se produjeron en el país durante el último tercio del pasado siglo. «Mi padre [el abuelo de Özil] llegó a Gelsenkirchen en 1961 tras aceptar la invitación de trabajo del Gobierno. Era minero. Solo tenía una maleta, nada más. Ni siquiera conocía la lengua, tampoco a la gente. Entonces no había tiendas de alimentos ni restaurantes turcos. Fue recibido con los brazos abiertos, pero fue una época dura y una decisión difícil —relató a *Die Welt* en su día Mustafa, el padre de Özil—. Yo me uní a mis padres cuando tenía dos años, hasta entonces viví con mis abuelos en Turquía. Tampoco fue sencillo aquello. En este sentido la tercera generación, la de Mesut, tiene mucho trabajo realizado y vive bastante bien».

Hubo innumerables esfuerzos por parte de aquella generación para que se beneficiaran paulatinamente las posteriores. Primero dejando su país de origen y ejerciendo en la minería, como el abuelo de Özil. Después creciendo y madurando fuera de casa, como su padre, Mustafa. Este al principio trabajó en varios empleos, pero luego decidió

convertirse en empresario y abrió sus propios negocios: un bar, diferentes comercios, tiendas... Todo ello permitió que su matrimonio con Gülizar se asentase y llegaran los hijos, nacidos en Alemania pero sin el pasaporte alemán salvo que lo pidieran, como parte de la normativa de trabajo aplicada con sus antecesores: el mayor, Mutlu, Mesut y las más jóvenes, Nese y Duguy. El nicho familiar se instauró en el distrito de Bismarck, al noreste de Gelsenkirchen, donde también residían muchas otras familias inmigrantes como la suya. A diferencia de muchos vecinos, a los Özil las cosas les fueron bien desde el principio. Por eso lo único que preocupaba a Mustafa y Gülizar era que sus hijos sacaran buenas notas en el colegio y supieran aprovechar el tiempo libre junto a sus amigos. Sabían lo que les había costado a ellos llegar a su estatus y no querían que se repitiera el sufrimiento en el futuro.

LA JAULA DE MONOS

Mesut era un chico feliz y reservado. Y sobre todo cuando podía salir a la calle y jugar con la pelota, algo que desde siempre le produjo una gran satisfacción. Pronto tuvo un ídolo al que imitar: Zinedine Zidane. En una reciente entrevista con aficionados a través de Twitter reconoció que el francés es «el mejor futbolista que ha habido» y que de pequeño quería ser como él cuando jugaba en las calles. Fue cerca de su hogar, en Bulmke, también repleto de inmigrantes turcos o hijos de estos, donde forjó su nombre. En una modesta calle llamada Olgastrasse se encuentra la pequeña explanada de tierra a la que solía acudir Mesut junto a su hermano mayor casi a diario a jugar. Encontrar el lugar es difícil. Está escondido por árboles altos y el terreno no parece el propicio para practicar el fútbol. Además, todos los edificios del barrio son muy parecidos: casas bajas de ladrillo oscuro que se construyeron para dar cobijo a los inmigrantes de la minería llegados desde el extranjero. Como el abuelo de Özil. «Era un lugar muy peculiar. Toda la vida le llamamos *Affenkäfig* (jaula de monos) porque el campo estaba rodeado de una gran verja», cuenta el jugador al recordarlo.

En ese campo de arena entre casas fue donde el pequeño Mesut empezó a ser futbolista. Al principio ganando los partidos que disputaba con los amigos frente a su hermano mayor y los de este. Y luego pasando al fútbol federado y sénior. Sus primeros profesores de colegio ya le veían un don especial: «Mesut no era el típico estudiante que se quedaba quieto en la mesa. Siempre fue muy tímido, casi autista, pero si le veías jugando al fútbol parecía otro. Era darle una pelota y salir disparado. Enseguida te dabas cuenta de que tenía un talento especial», cuenta Christian Krabbe, su maestro en la escuela Gesamtschule Berger Feld. No fue sencillo controlar aquel ímpetu y educarlo en una época —principios de los noventa— en la que varios comercios cerraron, algunos inmigrantes se marcharon y las revueltas antisistema se hicieron cada vez más patentes en aquel barrio obrero en el que vivía.

En todo caso, el fútbol motivaba a Mesut más que cualquier otra cosa. Ni siquiera el ajedrez, su otra gran pasión, le podía igualar. No había más. Las largas tardes jugando

con Mutlu en la «jaula de monos» despertaron su apetito por militar en un equipo federado, más aún desde que vio a su hermano hacerlo los fines de semana. Su padre, gran aficionado, no lo dudó. Se informó sobre cuál era la mejor opción y con siete años inscribió al pequeño en uno de los equipos del barrio, el Westfalia 04. «Te traeré a mi hijo la semana que viene. Desde entonces no perderás ni un partido más en toda la temporada», le dijo el padre de Özil al técnico del equipo benjamín del club, Ralf Maraun. Una frase inolvidable porque, como esperaba su progenitor, las mismas exhibiciones a las que Mesut tenía acostumbrados en aquel campo callejero de Bulmke pasaron enseguida a los pequeños estadios de toda la ciudad. Lo recuerda bien el propio Maraun, su técnico entonces: «La primera vez que le vi era muy pequeño, tranquilo e introvertido. En el campo era donde de verdad se hacía grande. Se enfrentaba a chicos mayores que él y aun así era mucho mejor y más listo que ellos. Tenía una inteligencia fuera de la común. No jugaba como el resto de chavales persiguiendo el balón, sino que utilizaba todo el campo con un gran sentido del fútbol. Era la estrella de nuestro equipo».

Lo de Mesut en sus primeros años fue un abuso. Hubo partidos en los que llegó a marcar hasta diez goles. De hecho, si se marchaba a casa sin hacerlo —rara vez—, el enfado le duraba toda una semana. «Hubo un partido en el que ganamos 12-0 y él metió casi todos los goles. Era muy frágil físicamente, pero podía disparar desde veinticinco metros. Llamaba mucho la atención nada más verle», insiste Maraun. Su hijo Fabian, que era de la misma edad que Mesut y compañero de equipo durante el tiempo que coincidieron, también lo recuerda así: «Al principio nos reíamos de él porque era bajito. Pero todo cambiaba cuando empezaba a jugar y a regatearnos. Con los rivales ocurría igual. Nadie pensaba que un chico tan pequeño pudiera ser tan bueno. Y las risas se terminaban en cuanto rodaba la pelota. Por lo general a los cinco minutos de los partidos ya había marcado tres goles». Cuentan que algunos técnicos incluso trataron de dialogar con el primer entrenador de Özil y le insinuaron que no jugara los partidos contra ellos. Con él sobre el campo el resto de equipos no tenía nada que hacer.

En las oficinas del Westfalia 04 aún se recuerda aquel meteórico paso con fotos y recortes de periódico. Fueron tres años intensos, tres temporadas sin perder un solo partido y repletas de talento que han quedado solo en historia: «Da rabia comprobar las cifras millonarias que se han pagado por Mesut y que el primer club en el que jugó no haya recibido ni un solo euro por derechos de formación. Son otros los que se han llevado esa gloria», denunció su primer entrenador en este sentido. Para los diez años el padre de Özil ya sabía del descomunal talento de su hijo. «Le hablaba en turco desde la grada y el chico le hacía más caso a él que a su entrenador», reconocen sus técnicos de aquel entonces. Quizá fruto de esa buena sintonía y del hecho de que el Westfalia 04 no tuviera el suficiente nivel para él, Mustafa decidió sacarlo de allí y buscarle acomodo en otros clubes de la ciudad. El primero fue el Schalke Teutonia Nord, con el que volvió a ganarlo absolutamente todo en la única campaña en la que estuvo. Y después ocurrió parecido con el DJK Falke, al que llegó con solo once años.

Eran los noventa. La colonia turca ya estaba más que asentada en Alemania y la tercera generación, la nacida allí, comenzaba a tener un peso relativamente importante dentro de la sociedad. Ya había incluso futbolistas con raíces turcas que deslumbraban en la Bundesliga. Era el caso de Mehmet Scholl o Yıldıray Bastürk(8). De hecho, fueron los primeros que, llegado el momento, tuvieron que elegir si jugar con la selección de Alemania o hacerlo con la de Turquía. Eran nacidos en tierras germanas, pero descendientes de turcos y con una enorme influencia familiar al respecto. Igual que Özil. Igual que muchos otros.

La decisión no era fácil y tampoco lo fue años después para Mesut. De hecho, Scholl aceptó jugar por Alemania, y Bastürk, por Turquía, lo que hizo intuir que el fútbol también serviría para ahondar en la cada vez más fuerte disputa política y social que vivía el país entre alemanes y turcos. «La gente turca recibió temporalmente atención y, en ocasiones, hasta cariño. Se mejoraron las condiciones de trabajo y se les consideró de muy buena manera. Después han empeorado las cosas. Es verdad que ahora no están en el escalón más bajo. Los inmigrantes turcos de segunda y tercera generación no viven cohibidos y existe un proceso de normalización. Están integrados, pero sigue ahí una sensación de rechazo y marginación. Continúa habiendo desigualdades en cosas tan relevantes como la sanidad o la educación», reseña el sociólogo y escritor Günter Wallraff, quien en los años ochenta se hizo pasar por inmigrante turco y después lo contó todo en un libro: «Los turcos tenían los peores trabajos y atravesaban por una penosa situación de miseria. Su condición era muy grave en Alemania. Eran la última suciedad, sin ningún tipo de derechos y expuestos al racismo».

Pero Alemania aprendió a convivir con ello. En la actualidad más de quince millones de sus habitantes tienen un trasfondo migratorio, por lo que equiparar e igualar a los unos con los otros se convirtió en algo obligado. «Yo nunca noté racismo en el fútbol. Siempre integré equipos multiculturales. Había libaneses, polacos, turcos, alemanes... Éramos como una familia. Todos nos ayudábamos y no había problemas entre nosotros», ha confesado Özil al respecto. El gran secreto para que esto se produzca está en normalizar la convivencia desde la propia infancia. Hacer iguales a los niños con independencia de sus rasgos o expresiones. Todos alemanes, en definitiva.

Con doce años, esa edad en la que Mesut comenzaba a tener conciencia de lo que era el fútbol y lo que el futuro podía depararle si seguía progresando, llegó al primer club importante de cuantos le han acogido. Se trata del Rot-Weiss Essen, hoy en la Regionalliga, algo así como la Segunda B española, pero con un dilatado recorrido por la élite del fútbol alemán. Más de cien años de historia, una Bundesliga y una DFB Pokal ganadas en los años cincuenta, integrante de la primera edición de la Copa de Europa, finalista de Copa en 1994... Un buen club, en definitiva. Allí se encontró con un entrenador de prestigio que le hizo mejorar mucho, Andreas Winckler, exjugador de la cantera del Bayern que jugó después en Hannover, Eintracht Braunschweig y Rot-Weiss Essen, entre otros. «No recuerdo oírle decir otra cosa que no fuera “sí” o “no” durante

los primeros meses. Se expresaba a base de monosílabos y era muy tímido. La primera vez que habló conmigo y enlazó más de dos frases fue un día que se metió en mi despacho y me pidió un par de botas. Era la época en la que todos las querían negras, pero él me las pidió de colores, las más llamativas que hubiera. Le compré unas nuevas todos los meses. Era lo mínimo que podía hacer al comprobar el enorme talento que tenía».

El padre de Mesut, Mustafa, volvió a tener un papel fundamental para que su hijo llegara al Rot-Weiss Essen, al igual que a todos los equipos anteriores. Parecía que tenía claros los pasos a seguir con su hijo en su intento por convertirle en jugador profesional. De hecho, el hermano Mutlu y el tío Serdar jugaban para equipos claramente integrados por inmigrantes turcos, el Firtinasport y el Gençlerbirliği(9) Resse, pero con Mesut se optó desde siempre por tratar de hacerle hueco en clubes con claro arraigo alemán: «No hay nadie en el Rot-Weiss Essen que pueda decir que fue el primero en apostar por Mesut. Fue su padre el que vino a nosotros y nos dijo que iba a ser uno de los mejores jugadores del mundo. Lo tenía muy claro». Y tan claro. Con el 9 a la espalda y un mechón rojo como inusual coetilla, las cinco temporadas en aquel modesto club venido a menos fueron una constatación más de su gran valía. A los dieciséis años, incluso, tuvo la ocasión de debutar con el equipo sub-19 en un doble enfrentamiento ante el también filial del Schalke, algo que seguramente cambió la historia para siempre. El Schalke era el gran equipo de la ciudad y sabía del potencial de Mesut. El uno conocía al otro y el otro al uno. Parecían destinados a cruzarse. Por si acaso, el padre de Özil dirigió de nuevo el destino. Después de aquella temporada pidió un contrato profesional para su hijo y el Rot-Weiss Essen no se lo dio, algunos dicen que porque no se lo podía permitir y otros porque no confiaron lo suficiente en su hasta entonces jugador. El cambio de aires era inminente.

LA LLEGADA AL SCHALKE

Hubo varias partes implicadas en la llegada de Özil al Schalke. Entre otras, su colegio. Resulta que la escuela en la que estudiaba, el Gesamtschule Berger Feld, tenía un acuerdo con el principal equipo de la ciudad y cuyo estadio estaba muy cerca, prácticamente pegado a sus instalaciones. Dicen que Özil podía ver desde su clase el Veltins Arena, el recinto deportivo en el que aspiraba a jugar cualquier niño de Gelsenkirchen. Si había algún jugador que destacase entre los alumnos, el Schalke enseguida echaba sus redes para llevárselo. Una persona del colegio se encargaba específicamente de ello, Jochen Herrmann: «En los recreos era sin duda el mejor de todos. Se lo repetía una y otra vez al Schalke, pero tenían dudas. No sé si le veían demasiado pequeño o flaco. Era difícil de entender que no se interesaran por él y sí por otros». Hasta que de repente todo eso cambió, quizá en el momento preciso y en el lugar oportuno, tras el enfrentamiento con el equipo sub-19 del Rot Weiss-Essen.

Helmut Schulte, director de la escuela del Schalke, y los entrenadores de las

categorías inferiores, entre ellos Norbert Elgert, que fue quien apostó definitivamente por él, contactaron con el colegio y con Mesut y le hicieron ver su interés por que jugara con ellos. Fue una decisión que cambió la carrera de aquel joven de dieciséis años. Significaba firmar su primer contrato, dejar el Rot-Weiss Essen, integrar el equipo sub-19 de uno de los grandes clubes de Alemania, soñar incluso con poder debutar en la Bundesliga... Implicaba dejar la «jaula de monos» a la que seguía yendo a jugar con sus amigos para tratar de ser profesional. Su padre, Mustafa, contrató los servicios de un representante y entendió que había llegado el momento de dar el salto definitivo: «La época juvenil fue maravillosa. Siempre que podía iba al campo a animar a Mesut porque merecía la pena verle. Fueron años más hermosos incluso que los de ahora, pues se jugaba al fútbol por pura diversión y no por profesionalismo. Recientemente recibí la llamada de alguien del Rot-Weiss para darme las gracias por haber tenido a Mesut en sus filas. Los posteriores traspasos de mi hijo les han dejado unos conceptos por derechos de formación que les vienen muy bien. Nos alegramos».

Pero el Schalke era otra cosa. Palabras mayores. Nada de lo que hoy es Özil habría sido posible sin el trabajo del ya citado Norbert Elgert. El entrenador del equipo sub-19 había descubierto en él cosas que solo tienen los elegidos: «La primera vez que le vi fue en el colegio en el que estudiaba, con el que teníamos un convenio de colaboración. Se organizaban partidos de cuatro contra cuatro en las pistas de tenis y él tenía una técnica exquisita. Era capaz de jugar con la cabeza levantada y el balón pegado a la bota. No le afectaba la presión. Después de aquello le pregunté dónde jugaba y me dijo que en el Rot-Weiss; le pregunté también dónde vivía y me respondió que cerca de allí, en Gelsenkirchen-Buer. No tenía dudas. Aquel chico debía jugar en nuestro equipo. Desde entonces nos interesamos por él».

Dicho y hecho. Adentrarse en las entrañas de un club como el Schalke fue un primer paso hacia la élite. Tal era su talento que en solo un año pasó de estar jugando en el colegio con sus amigos y en el Rot-Weiss Essen los fines de semana a hacerlo en las categorías inferiores de la selección alemana y con el primer equipo del Schalke en la Copa de la UEFA, nada menos. Tremendo. La primera sorpresa llegó al firmar su contrato semiprofesional por los *mineros*. El club había decidido hacerle un hueco en el equipo sub-19 pese a que aún tenía dieciséis años. La culpa, una vez más, fue de Elgert: «Si Mesut no se hubiera cruzado en su carrera con este entrenador, no estaría donde está hoy —sentencia sobre el tema el padre del futbolista—: Es asombroso lo que era antes de llegar al Schalke y lo que Elgert consiguió que fuera después. De cada equipo sub-19 que pasa por sus manos tres integrantes llegan a la élite y algunos de ellos, como mi hijo, al máximo nivel. No creo que haya muchos casos parecidos entre otros formadores de futbolistas como él. Le debemos muchísimo».

Sirvió de mucho para que este enorme paso fuera posible su participación en el torneo sub-19 de fútbol *indoor* que la Bundesliga organiza durante el parón invernal. Es una costumbre de hace muchos años en Alemania. Para no perder la forma en la época en la que se detiene el campeonato a causa de las condiciones meteorológicas, se montan torneos de fútbol *indoor* en polideportivos y recintos de todo el país. Lo juegan las

primeras plantillas de la mayoría de los clubes y también sus filiales. Las reglas son un poco distintas. Juegan seis contra seis en un terreno de juego de césped artificial y dimensiones reducidas. La principal característica, sin embargo, reside en que no hay líneas que delimiten el campo, sino una pared de un metro de altura que lo rodea y que hace que la pelota nunca salga. Como en el hockey sobre hielo. Por eso exige mucha condición física y una destreza con la pelota que enseguida descubre a los mayores talentos. Özil lo era, no cabe duda, en aquella edición de 2006.

Llevaba apenas unos meses en el Schalke pero su zurda empezaba a ser muy conocida por la zona. En ese torneo, por si fuera poco, había ojeadores de los mejores clubes de Alemania y también representantes de la DFB, la Federación Alemana de Fútbol. Incluso el seleccionador absoluto, Joachim Löw, se presentó uno de los días como invitado. Buscaban jugadores que hubieran progresado más tarde o que estuvieran fuera de su órbita. Mesut, por raro que parezca, era uno de esos casos. «He visto chicos que tienen calidad para estar en la *Mannschaft* en los próximos años, especialmente uno», dijo el propio Löw cuando fue entrevistado y en clara alusión a Özil. Lo confirmó el exjugador del Madrid Uli Stielike, miembro de la DFB en aquella época, cuando también se le cuestionó: «El número 11 del Schalke es sin duda el que más nos ha gustado. Es maravilloso y tiene mucha calidad». El número 11, por supuesto, era Mesut.

ALEMANIA ANTES QUE TURQUÍA

Seguramente aquel torneo le catapultó definitivamente dentro del contexto del fútbol alemán. Terminó como campeón, como máximo goleador y como mejor jugador. Pero, sobre todo, entró definitivamente en los planes de la federación alemana para que jugara con ellos desde entonces y en adelante. «Sé que tiene la nacionalidad turca y que está en trámites para solicitar la alemana. Le corresponde hacerlo por el hecho de ser hijo de inmigrantes invitados por causas laborales. Habrá que darse prisa con él porque nos interesa mucho. No queremos que nos pase lo mismo que con Nuri Sahin(10)», dijo Stielike, recordando el caso del jugador del Dortmund que acabó jugando con Turquía por la falta de agilidad de la DFB a la hora de llevar los trámites.

La guerra por Özil con la federación turca comenzó en ese preciso momento. La presión prometía ser grande y se le preguntó públicamente al jugador por sus gustos: «Creo que las cosas van por buen camino. En dos meses tendré la nacionalidad alemana y ya podré jugar con la selección. ¿Turquía? Ya se verá más adelante, nunca se sabe. De momento quiero jugar con Alemania, que es donde he nacido y donde me he criado. He hablado con los dirigentes y me han invitado a disputar con ellos un amistoso ante Francia con la sub-18. Estoy contento». La otra gran pregunta fue si se veía capacitado para dar el salto al primer equipo del Schalke, a lo que respondió también sin titubear: «Sí. Espero que así sea. A final de temporada quiero contar ya con algún minuto. Voy a intentar convencer al entrenador».

Las noticias de la eclosión de Özil como jugador del filial del Schalke enseguida

llegaron a Turquía. La familia procede de Hisiroglu(11), en la provincia de Zonguldak, al norte, pero en realidad fue todo el país el que se volcó en el asunto. Pese a la declarada voluntad del chico de jugar con Alemania, nadie quería que la selección germana se llevase otro talento de su valía, como ya había ocurrido antes con otros jugadores. Este, además, parecía destinado a ser uno de los grandes futbolistas de la siguiente década.

Para muchos aficionados y analistas turcos el fútbol de su país corre serio peligro por culpa de la injerencia alemana. Así lo han llegado a exclamar personalidades tan fuertes como el varias veces seleccionador Fatih Terim: «Estamos preocupados. Este asunto es de interés nacional». Desde hace unos años se mandó reforzar la oficina de captación de jugadores creada en Colonia a finales de los noventa y que dirige Erdal Keser. Sus ojeadores tienen la tarea de descubrir niños talentosos con raíces turcas y adelantarse a los intereses alemanes para que jueguen con ellos. Ciudades como Colonia, con ochenta mil habitantes turcoalemanes, o Hamburgo, con sesenta mil, son viveros de jugadores seleccionables. Se les vigila muy de cerca. El primer futbolista de renombre en derribar este muro y jugar con la *Mannschaft* fue el ya citado Mehmet Scholl. Después vinieron algunos otros de cierto nivel, como Mustafa Dogan(12), Malik Fathi, Serdar Tasçi(13), Ömer Toprak o Ilkay Gündogan(14). Y aún hay una larga lista en las categorías inferiores alemanas actuales: Baris(15) Özbek, Rahman Soyudogru(16), Taner Yalçın, Cenk Tosun, Yunus Malli, Özcan Yildirim, Murat Bildirici, Samed Yesil(17)... Pero ninguno como Mesut Özil. Nadie tan especial.

Su apuesta quedó clara desde el primer momento. Alemania, la tierra donde había nacido y crecido, el país en el que se trataba de hacer un hueco como futbolista, fue su elección. Con el paso del tiempo recordó aquel capítulo y desveló cosas que no se supieron entonces: «La federación turca no lo dio todo por mí y la alemana sí. Por eso siempre tuve claro que jugaría para Alemania. Yo nací allí, crecí allí, jugué en equipos de allí, en las categorías inferiores de allí. ¿Por qué no iba a querer jugar con Alemania? El problema es que por temas burocráticos esperé mucho tiempo a que llegara una convocatoria. La federación turca sí presionó bastante entonces para que cambiara de parecer, pero mi decisión estaba tomada. Con diecisiete años jugué con la sub-19 alemana y estoy contento por haber tomado esta dirección». Su padre, turco, también recuerda aquellos tiempos de indecisión: «La última palabra se la dejamos a él, aunque obviamente lo discutimos entre toda la familia. Mesut nació y se crio en Alemania; lo correcto era que se decidiera por la selección alemana. Tampoco quería que mi hijo fuera abucheado por los turcos jugando para Turquía por el hecho de haber nacido y crecido fuera, algo que sí les ocurrió a otros».

La versión turca, de la mano de su ojeador en tierras germanas, Erdal Keser, también incide en la voluntad de Özil de jugar desde un principio con Alemania: «Yo nunca renuncié a que Mesut pudiera cambiar de idea y viniera a jugar con nosotros. Hicimos horas extras con él. Nos reunimos para tratar de convencerle, pero no hubo manera. Fue una lástima. Seguimos a más de mil jugadores en su misma situación y el 90 por ciento prefiere jugar con Turquía a hacerlo con Alemania. Los alemanes, de hecho, tienen miedo a perder jugadores con sangre turca porque saben del potencial que tienen. Sin

embargo, en el caso de Özil fue imposible ganar la partida. Su decisión era firme y estaba tomada de antemano».

En septiembre de 2006, en un amistoso sub-19 entre Alemania y Austria, Mesut Özil se vistió por primera vez la camiseta de la *Mannschaft*. Los alemanes lo celebraron, los turcos se lamentaron. Una de las más incipientes promesas del fútbol europeo se había decantado entonces y para siempre. El seleccionador, Frank Engel, fue el primero en darse cuenta de lo que tenía entre manos: «Es un chico especial. Cuenta con un talento innato para jugar al fútbol que después sabe aplicar muy bien sobre el campo. Si sigue progresando adecuadamente, puede dar momentos muy importantes a nuestro fútbol en el futuro». Aquel primer amistoso de Alemania con Özil se saldó con victoria por 0-1. En marzo del año siguiente marcaría su primer tanto como jugador alemán en un encuentro frente a Georgia (2-0). Y en verano sería una de las estrellas del Europeo sub-19 de Austria. Ya para entonces se había hecho un nombre en el fútbol alemán. La Bundesliga le había abierto las puertas.

HA NACIDO UNA ESTRELLA

Norbert Elgert, el técnico de Özil en el equipo sub-19 del Schalke, sabía perfectamente dónde debía trabajar con él para que diera el salto definitivo. Trazó unas duras sesiones de trabajo físico personal tras las cuales Mesut llegaba extasiado a casa. Fueron meses ingratos. Más de una vez invitaban a dejar la exigencia del Schalke y regresar a la modestia y el divertimento del Rot-Weiss Essen. Sus amigos seguían yendo a la «jaula de monos» a divertirse y a pasar el rato, pero él tenía que entrenar o descansar para estar apto para la próxima sesión. La dureza del fútbol profesional caló de manera inmediata en la cabeza y en las piernas de Özil: «Esa es la misión de un formador en un mundo tan competitivo como este. Es como tener tus propios hijos. Como un buen padre, hay que preparar a los niños para que se puedan valer por sí mismos en el menor tiempo posible. Así hicimos con Mesut y el tiempo nos dio la razón», explica Elgert, técnico que también ha criado a otros talentos como Draxler o ahora Meyer.

Además de en el físico, otro aspecto en el que se trabajó mucho con Özil fue en el mental. Su entrenador de entonces lo confiesa: «Con el tiempo se ha vuelto mucho más seguro de sí mismo, es carismático y cuida su imagen. Al mismo tiempo, sigue siendo el Mesut amable y cercano de siempre. Fue un aspecto en el que incidimos muchísimo durante su etapa de formación con nosotros. Queríamos que, desde la humildad, tuviera la confianza necesaria como para tratar de ser uno de los mejores jugadores del mundo. Talento tenía como para conseguirlo». Lo mismo piensa su padre: «Siempre tuvo esa mentalidad tan modesta. Tratamos de educar a nuestros hijos en esa manera reservada y humilde de ver las cosas. Creo que hicimos bien. Pero a veces, como futbolista, no hay que ser tan modesto».

Los dos conceptos en los que incidieron los educadores del Schalke enseguida se notaron en su juego. Özil empezó a aguantar mucho mejor físicamente los partidos y las

entradas de sus rivales. Al mismo tiempo, se mostró muy confiado en sí mismo y se erigió enseguida en el líder del equipo que le demandaba su entrenador. Aquel año del equipo sub-19 del Schalke fue uno de los mejores de la historia de cualquier conjunto juvenil alemán. Dominó la liga regular, conquistó el campeonato nacional tras vencer en la final al Hassel 1919 y dejó para siempre las exhibiciones continuas de un zurdo con nombre turco y ojos saltones: Mesut Özil.

El entrenador del primer equipo, Mirko Slomka, fue el primero en mantenerse en contacto con su homólogo juvenil, Norbert Elgert, y analizar el tremendo poderío que atesoraba el número 11 del conjunto sub-19. Entre ambos decidieron durante aquel exitoso año que subiera a entrenarse con la primera plantilla pero que siguiera jugando con el filial. Era joven, tenía tiempo por delante y había que ver cómo le afectaba la presión. Fuera del campo, los agentes que rodean al fútbol también empezaron a moverse con urgencia. Varios representantes llegaron a llevar sus asuntos y las marcas deportivas se pelearon por que firmara en exclusividad con ellos y no con otros.

Concluida la temporada con el conjunto sub-19 y habiendo sido indiscutiblemente el mejor jugador de la categoría en Alemania, el Schalke y Özil llegaron a un acuerdo para que firmara su primer contrato profesional y pasara a formar parte de la primera plantilla. La firma del contrato fue una noticia celebrada por todo lo alto en casa de la familia y en Bulmke. El joven jugador derribaba la puerta de la élite. El chico tímido y siempre pegado a un balón era ya reconocido en Gelsenkirchen por los aficionados más acérrimos del Schalke. También, por supuesto, pasaba a recibir unos emolumentos que harían vivir más cómodos a los suyos. El primer salario fue destinado a hacer una reforma en casa y a pagarse el carné de conducir. Poco después se compraría su primer coche. Comenzaba su vida de futbolista.

Mirko Slomka, técnico del Schalke, se lo llevó de pretemporada a Inglaterra y allí le dio sus primeros minutos junto al elenco de estrellas que conformaban la plantilla de aquella temporada: Kurányi, Altintop, Asamoah, Kobiashvili, Neuer... Sin embargo, su primera gran actuación para el escaparate europeo fue durante las semifinales de la Ligapokal, el torneo veraniego ya abolido que enfrentaba a los cinco mejores equipos de la temporada anterior en busca del campeón de la Copa de la Liga. Fue su debut oficial. El rival fue el Bayer Leverkusen y Özil dejó muestras de su enorme talento en los setenta y siete minutos que estuvo sobre el campo. «Su actuación solo se puede analizar desde una crítica positiva. Ha demostrado cómo manejar la pelota de forma rápida y segura. Sabe crear opciones para él mismo y para sus compañeros», dijo tras el partido el entrenador Slomka.

El director general del club, Andreas Müller, fue más allá: «Sabemos que es un gran talento, por eso lo hemos subido tan pronto al primer equipo. Físicamente aún no está del todo hecho, pero juega de manera inteligente y brillante. Eso sí, tiene diecisiete años y debe mantener los pies en el suelo». Incluso uno de los pesos pesados del equipo, Halil Altintop, se refirió a él: «Mesut tiene pinta de poder ser un gran jugador de fútbol. Su pie izquierdo es impresionante, lo tiene todo, en especial su dominio del balón y el entendimiento del juego». Y a todo ello Özil respondió con la humildad de siempre: «He

empezado demasiado nervioso».

Ese mismo verano, solo quince meses después de dejar el Rot-Weiss Essen y ser captado por el Schalke en el colegio Gesamtschule Berger Feld, con apenas un año de diferencia entre jugar con sus amigos en el barrio y hacerlo de manera profesional en uno de los grandes clubes de Alemania, llegó su debut en la Bundesliga frente al Eintracht de Frankfurt. Luego vendría el estreno en la Copa de la UEFA, la marcha al Werder Bremen, la exhibición en la Eurocopa sub-21, el salto a la absoluta de Alemania, los fichajes por el Madrid y por el Arsenal... Una carrera que Mesut ya soñó en la «jaula de monos» cuando pretendía ser Zidane. Un ejemplo para los inmigrantes turcos o hijos de estos que supieron adaptarse a otro país y para los alemanes que les acogieron e integraron. El fútbol sirve para unir lazos y el fenómeno turco-alemán no sería lo mismo sin la figura de Mesut Özil. Rivalidad deportiva, sí, pero con integración social.

13

Gareth Bale

Gales

«Whitchurch y el deportista total»

El País de Gales es una nación constituyente del Reino Unido. Tiene tres millones de habitantes y una superficie de veinte mil kilómetros cuadrados, un tamaño inferior a, por ejemplo, el de la Comunidad Valenciana. Personalidades como el escritor Ken Follett, el músico Tom Jones, los actores Anthony Hopkins y Catherine Zeta-Jones, el golfista Ian Woosnam o los futbolistas Ian Rush y Mark Hughes han salido de este pequeño territorio.

En el siglo XIX el sudeste de Gales sufrió una gran industrialización. El puerto de Cardiff, la capital, era a principios del siglo XX uno de los más importantes de Europa. Pero tras la Segunda Guerra Mundial se produjo el declive de la industria minera. Esa crisis provocó el crecimiento del sentimiento nacionalista contra la soberanía de Londres. En el primer referéndum de 1979 no triunfó pero en 1997 ganó el sí, lo que permitió la creación de un parlamento galés en Cardiff.

El galés (*cymraeg*) es, junto con el inglés, el idioma oficial del país, aunque apenas un 20 por ciento de la población lo utiliza como lengua principal.

Se trata de un pueblo tradicional y orgulloso. A la sombra de los ingleses en algunos aspectos, se escudan en el deporte para fomentar su identidad nacional. En el rugby, deporte nacional por excelencia, su palmarés está al nivel del de los ingleses.

Gales no tuvo liga de fútbol hasta 1991. Cuando se creó, con carácter semiprofesional, los principales equipos del país —los tres que tenían experiencia europea— decidieron solicitar un permiso para continuar inmersos en las estructuras deportivas del fútbol inglés. En octubre de 2013 tuvo lugar el primer derbi galés en la historia de la Premier League, entre dos de ellos: Cardiff City y Swansea City.

A nivel internacional, la FIFA les permite competir con una selección propia al ser una de las primeras federaciones existentes («*Home Nations*») aunque no sea un país independiente. A lo largo de la historia, solo en una ocasión la selección galesa disputó una Copa del Mundo. Fue en Suecia 1958 y firmaron una gran actuación. Empataron sus tres partidos de la primera fase, incluido uno sin goles ante la anfitriona y posteriormente finalista. John Charles, el *gigante bueno*, que jugaba en la Juventus, se convirtió en ídolo nacional tras marcar el primer gol de la historia del país en un Mundial. Después de ganar a Hungría en un partido de desempate, perdieron por 1-0 en cuartos de final ante el finalmente campeón, el Brasil de Pelé, autor del único gol.

Con el nivel actual de Gales, difícilmente Bale disputará algún día un Mundial o una Eurocopa. Lo habría podido hacer con la selección inglesa, ya que su abuela materna posee esa nacionalidad. «Pero no me habrían dejado entrar en casa», ironiza. «Nunca he pensado en jugar para nadie más. Soy galés, mis padres son galeses. Para mí es un honor jugar con Gales».

Gareth pudo jugar una gran competición internacional en el verano de 2012. Como el COI solo reconoce al equipo unificado, estaba en la preselección de Reino Unido para los Juegos Olímpicos de Londres. Pero se armó un gran revuelo con voces críticas. El jugador adujo unas misteriosas molestias de espalda y renunció a la convocatoria. Luego disputaría su primer partido amistoso de pretemporada con el Tottenham el mismo día que el Team GB debutaba en Londres.

Quienes dice él que, de haber elegido Inglaterra no le habrían dejado entrar en casa, son sus padres. Frank era conserje; Debbie, gerente en la consultoría Emyr Pierce Solicitors en Rhiwbina. Tenían ya una niña de tres años, Vicky, cuando Gareth Frank nació en 1989. Vivían en el número 81 de Velindre Road, en Whitchurch, un barrio residencial de clase media al norte de Cardiff. Su casa era como todas las demás: un adosado de dos alturas, con tres habitaciones y un pequeño jardín en la parte de atrás.

Allí empezó Gareth a dar patadas al balón. Su padre le recuerda como «un chico fantástico, loco por el fútbol. Veía muchos partidos en la tele, incluso de la Liga española». Y por ese motivo llegó a su casa la camiseta que se vio en su presentación como nuevo jugador madridista. «A algunos chicos les gustaba el Barcelona. Él prefería el Madrid. Nos pidió la camiseta y se la compramos». Solía jugar junto a su vecino Ellis Randall, un amigo íntimo que ha mantenido toda la vida (también estuvo en la presentación en el Bernabéu). De vez en cuando la pelota se colaba en la casa de al lado. «Al ver que me enfadaba, empezó a tener más cuidado y a ser más preciso en sus tiros», bromea William Tout, de ochenta y tres años.

El vecino de toda la vida de los Bale recuerda también cómo Gareth, con sus inconfundibles orejas de soplillo, era «un chico muy introvertido. Saludaba correctamente pero no decía mucho más».

Whitchurch tiene una calle comercial, Merthyr Road, donde todos conocen a Gareth. Mandy Richards regenta junto a su amiga Anna un pequeño local de alimentación, la Mannas Baguette Café. Fue compañera de la madre de Bale en la escuela pública Eglwys Newydd Primary School, a la que también acudió Gareth. «Y mi madre se casó con su tío, así que conozco mucho a Gareth. Venía a menudo con su madre y su hermana a la pescadería donde yo trabajaba hace años. Era un chico muy educado. Su familia es muy buena».

La suya era una familia de deportistas. Pero quizá el empujón final por el fútbol se lo dio su tío. Chris Pike fue un fornido delantero que jugó en el Cardiff City entre 1989 y 1993 tras su paso por el Fulham. Era el goleador del equipo. Desde los tres años, Bale iba a ver sus partidos a Ninian Park. Acudía con su padre, al que Bale define como «su héroe. Siempre ha estado ahí. Incluso cuando trabajaba, siempre hizo lo que fuera por mí. Ha sido la mayor influencia de mi vida».

Frank Bale recuerda cómo el Cardiff City no tenía categorías inferiores para chicos tan pequeños. Así que empezó a jugar de forma organizada en el Cardiff Civil Service Football Club, un modesto club de barrio situado a varias millas de su casa. En Sanatorium Road Leckwith, donde estaban las instalaciones, hoy apenas queda una pista de fútbol sala. En su lugar se levanta una empresa de seguridad. El club desapareció hace unos años. «No sé si era mejor que los demás. Siempre creí que era bastante bueno. Como hacen todos los chicos. Pero nunca pensé si era el mejor», recuerda Gareth. Iba a durar poco en ese club.

CAPTADO A LA PRIMERA

La academia del Southampton empezó a funcionar en 1998 bajo el mandato del presidente Rupert Lowe. Para dirigir el ambicioso programa para jóvenes de entre nueve y dieciocho años, reclutó a dos expertos en categorías inferiores: Huw Jennings, director, y Malcolm Elias, que llegó del Swansea como responsable de fichajes. Se buscaban chicos que estuvieran desarrollados físicamente, inteligentes y con actitud. De enseñarles los conceptos técnicos ya se encargarían ellos, en especial el francés Georges Prost, contratado como entrenador del equipo reserva. La academia tenía un coste superior a los dos millones de libras anuales, pero los resultados no tardaron en llegar. El equipo sub-19 conquistó el título nacional en 2004. Un año después, los sub-18 ganaron su liga y también alcanzaron la final de la FA Youth Cup.

La ley estipulaba que solo se podían reclutar chicos de un círculo no superior a noventa kilómetros de distancia. Pero al tratarse de una ciudad costera, la mitad de su zona de influencia estaba situada en el mar. Por ello, al Southampton se le permitió abrir una academia satélite en Bath. Desde allí podrían controlar a los chicos del oeste del país y de Gales. El mánager de esa academia, Rod Ruddick, coordinaba a los ojeadores locales. El de Cardiff se llamaba Gareth Hale y le señaló un chico que curiosamente se llamaba casi igual que él. En el verano de 1997 se disputaba un torneo de seis contra seis con chicos de ocho años en Newport.

«Solía decir que no era yo quien tenía que buscar a los chicos, sino ellos los que debían ofrecerse a mí. Aquel era el típico torneo al que había ido cien veces como *scout* sin encontrar nada. Pero en aquella ocasión un zurdo rapidísimo que superaba a todos llamó mi atención —recuerda Ruddick—. Futbolísticamente sacaba una cabeza a cualquiera del resto de chicos del torneo. Era algo especial. Ya por entonces superaba a todo el que se le ponía delante por la banda izquierda y marcaba goles».

Bale recuerda cómo al final de aquel torneo —él cree que, en realidad, jugaban cinco contra cinco— Ruddick «fue a hablar con mi padre y luego también lo hizo conmigo. Me invitó a una prueba en sus instalaciones».

A partir de entonces, Gareth y su padre empezaron a cruzar dos veces por semana el Severn Bridge para ir a entrenar a Bath, a noventa kilómetros de casa. Los domingos jugaba en Southampton (a doscientos veinte kilómetros) y en la zona sur de Inglaterra.

«A los partidos solía venir también mi hermana. En los viajes nos divertíamos, nos reíamos, íbamos cantando juntos», recuerda Bale. Era un gran sacrificio para toda la familia. «Según me ha reconocido Gareth, él se siente en deuda con sus padres por lo que hicieron por él, dice que les debe su carrera a ellos», asegura Paul Abbandonato, jefe de Deportes del diario *Media Wales*.

«Vi a Gareth la primera vez con diez u once años. No era un chico que llamara especialmente la atención en aquella época. Era bastante atlético y tenía buena técnica, pero no sobresalía por encima de los demás», recuerda Huw Jennings. Lo corrobora también Malcolm Elias: «No estaba considerado como uno de los mejores. Pero insistimos con él porque era zurdo, podía irse de los rivales y centraba bien. Pero si me hubieras preguntado en aquel momento si creía que iba a ser un gran jugador, te habría dicho que no».

UN COLEGIO CON MUCHAS FACILIDADES

Con once años, Gareth ingresó en el Whitchurch High School, el instituto más grande de Gales. Acogía a dos mil quinientos alumnos y estaba dividido en el Lower School (once-trece años) y el Upper School (quince-dieciocho años). Allí conocería a la que sería su única novia y, posteriormente, madre de su hija: Emma Rhys Jones. A ella le ha dedicado siempre los goles imitando la forma del corazón con los dedos cuando marca.

Steve Hodnett fue profesor suyo de Educación Social y Personal. Recuerda que Gareth era «un buen chico, muy tranquilo, nunca dio problemas. De vez en cuando tenía que faltar a clase para ir a Bath pero, como era un buen estudiante, las recuperaba. Se aplicaba en los estudios tanto como lo hacía en el fútbol. No era un líder por lo que decía, pero sí por cómo se comportaba».

Por lo que más destaca el instituto es por sus facilidades deportivas. Instalaciones interiores y exteriores de primer nivel que los chicos utilizan cuando finalizan las clases, desde las cuatro hasta las siete de la tarde. En el pasillo del *hall* principal hay una galería de fotos con todos los alumnos que han logrado éxitos importantes: hay medallistas olímpicos de ciclismo como Geraint Thomas, el tristemente fallecido jugador de críquet Tom Maynard o dos jugadores de la selección galesa de rugby, como Elliot Kear o el capitán Sam Warburton. Y por supuesto Bale.

El profesor de Educación Física de todos ellos fue Gwyn Morris. «Quiero creer que hemos ayudado un poco a que algunos chicos hayan alcanzado el más alto nivel». En las clases de Educación Física practicaban todo tipo de deportes. «Gareth destacaba en todos ellos: rugby, hockey, natación..., lo que fuera. Lo hacía con una gran actitud, intentaba ser lo mejor posible desde muy joven». Pero si a algo habría podido dedicarse además del fútbol era al atletismo. Ya entonces era muy rápido. En los campeonatos interescolares para menores de once años había quedado segundo en la especialidad de cincuenta metros lisos. Más tarde, con catorce años, corría los cien metros en 11,4 segundos.

«Pero también tenía resistencia, era bueno en los ochocientos y en los mil quinientos metros, e incluso en las pruebas de cross. Él ahora aterroriza a los defensas con su ritmo y además tiene resistencia, aguanta todo el partido. Eso viene de haber entrenado desde una edad muy temprana su condición física», recuerda Morris.

Se hizo muy amigo de otro superdotado para el deporte: Sam Warburton, que era también compañero suyo de clase. Steve Williams, que dirigía el equipo de rugby, recuerda cómo «Gareth y Sam eran *gentlemen* fuera del campo pero tigres dentro del mismo». Según Gwyn Morris, «tras esa fachada de buen chico se encontraba alguien tremendamente competitivo».

Los caminos de Sam y Gareth pronto se separaron. El primero también jugaba al fútbol e incluso pasó una prueba en el Cardiff City, pero se decidió por el rugby. Bale brillaba con el balón en los pies, sobre todo con la zurda. Así que su profesor le puso una regla: podía tocarlo solo con la derecha. «Cuando eres educador, intentas potenciar las virtudes y mejorar los defectos. Él utilizaba la izquierda continuamente. Yo intenté convencerle de que si manejaba las dos piernas, sería un futbolista más completo».

Antes de irse a Southampton, con quince años, ganó con el instituto la Cardiff & Vale Senior Cup, de categoría sub-18. En su despedida del colegio fue condecorado por el departamento de Educación Física por sus servicios al deporte. En la presentación del acto, Morris dijo: «Gareth tiene una fuerte determinación para triunfar y el carácter y las cualidades para alcanzar las metas que se proponga. Además es una de las personas menos individualistas que he tenido el placer de educar».

LA ESPALDA LE FRENA

Para entonces, seguía entrenándose en Bath y viajando los fines de semana a Southampton. La intensa actividad deportiva del instituto completaba su formación. No era un joven muy desarrollado físicamente. Pero, de repente, creció de forma brusca. Demasiado brusca. Los huesos crecieron en mayor proporción que el peso.

«Era un problema relativamente común entre los adolescentes. A algunos les afectaba en las rodillas, a otros en las caderas y a Gareth le afectó en la espalda. Tenía movimientos muy limitados durante largos periodos», cuenta Jennings. Fue una etapa muy difícil para Bale. Le dieron un programa de ejercicios para hacer en casa, pero la tecnología no estaba tan evolucionada como ahora y no quedaba otra solución que el descanso. «Recuerdo verle empezar partidos pero tener que ser sustituido a los pocos minutos. Sabíamos que tenía condiciones para ser muy rápido. Solo hubo que esperar a que se pusieran de acuerdo las partes de su cuerpo para manejar esa velocidad».

El tiempo de espera se alargó hasta los dieciocho meses. Entre los catorce y los dieciséis años Bale apenas pudo jugar. Tenía miedo. Pensaba que quizá no podría volver a pisar un campo.

El Southampton tenía que decidir qué hacer. Si resolvían seguir contando con él, debían otorgarle una beca para que pudiera continuar estudiando. Malcolm Elias

reconoce que tuvieron dudas sobre si iba a llegar al más alto nivel: «Ahora suena increíble, pero no sabíamos si estaría preparado tanto física como mentalmente».

«Recuerdo un gran debate sobre su situación. Los técnicos de la academia nos reunimos con la madre en diciembre. Ella estaba segura de que podría superar las dificultades que tenía y nos pidió algo más de tiempo», recuerda Huw Jennings. Decidieron darle un par de meses para que demostrara su calidad. Un encuentro en concreto marcó su destino. Fue después del periodo navideño, en el campo del Norwich, con el equipo sub-18 en la FA Youth Cup. Malcolm Elias lo recuerda así: «Para Gareth, fue uno de esos días con los que sueñas de niño. Ganamos 5-1 y tanto el entrenador como yo acabamos deslumbrados con su actuación».

El Southampton le dio la tan ansiada *scholarship*. Se trataba de una beca para participar en un programa nacional que combina estudios y fútbol. Tocaba irse de casa. Para seguir estudiando y jugando al fútbol ya de modo más serio. Con dieciséis años.

El club había comprado un hotel, el Darwin Lodge, y lo había transformado en una residencia privada donde alojaba a los chicos de fuera. Gareth ya se había quedado allí alguna vez cuando pasaba un par de días en Southampton. Se encontraba en el número 164 de Hill Lane, en una zona residencial. Allí vivían entre diez y veinte chicos, según la época, y había una mujer al cuidado de todos ellos, Julia Upson. «Estuvo dos años aquí. Era un joven muy educado, buen compañero, nunca dio problemas». Huw Jennings estaba expectante por ver su aclimatación: «Si vas a vivir con otros veinte chicos, necesitas integrarte en el grupo y saber relacionarte con los demás para desarrollar tu personalidad». Por eso se alegró cuando Julia le contó que «era tranquilo hasta las diez de la noche; luego solía darse una vuelta llamando a las puertas de los otros chicos». Esas eran todas las travesuras que Gareth protagonizaba, pero a Jennings le parecieron positivas. No era tan tímido como parecía.

Los chicos desayunaban en la casa y luego pasaban casi todo el día fuera, primero estudiando y luego entrenándose. Volvían en el mismo minibús que les había llevado y a última hora de la tarde estaban en sus habitaciones, en la sala de ordenadores, jugaban al billar o veían partidos o películas en la sala común. Tenían un cocinero que les daba a elegir entre varias opciones para la cena. Si querían salir, tenían que pedir permiso a Julia y volver pronto. «Pero él casi nunca salía, salvo alguna vez para jugar a los bolos con Jake Thompson y Theo Walcott». El posteriormente jugador del Arsenal se convirtió en su mejor amigo. Desde que llegaron, compartieron una de las habitaciones más demandadas, una espaciosa que hacía esquina. Más tarde pensarían en alquilar un piso juntos, pero los acontecimientos se iban a precipitar.

La casa tenía catorce habitaciones y veintiuna camas. Algunos podían estar solos pero otros debían compartir. El segundo año podían elegir, pero en el primero lo decidía Julia Upson. Bale recuerda cómo «todos los chicos de aquella casa teníamos mucho en común. Hice muchos amigos allí. Todos bromeábamos con todos».

Llamó la atención de Brian Flynn, entrenador de las categorías inferiores de la selección galesa. «Le vi con quince años en la academia del Southampton. Tenía mucho talento, era rápido y un pie izquierdo sensacional». Flynn le llevó a Chipre a disputar un torneo de clasificación para el Europeo sub-17 de 2006. Era un cuadrangular junto a la selección local, Moldavia y España. En aquel equipo jugaban Sergio Asenjo, Nsue, Camacho o Azpilicueta, entre otros. España ganó 2-0 y a la conclusión del choque Juan Santiesteban preguntó a su homólogo galés por aquel fenómeno.

Gareth jugaba con el filial como lateral izquierdo. «A veces incluso como central izquierdo porque iba bien por alto —recuerda Huw Jennings—, pero él siempre quería ir hacia arriba. Recuerdo que una vez me preguntó si le podía pedir al entrenador jugar de delantero. Pero nosotros le veíamos como un lateral que defendía decentemente, podía subir y centrar bien».

Según Malcolm Elias, «desde el día que tuvo el contrato como interno, la gente vio un cambio brutal en él. En el aspecto mental, en la confianza e incluso físicamente. La gente se preguntaba quién era ese jugador. Antes podían quitarle el balón y ahora todo lo que podían hacer era ver el número en su espalda».

El primer equipo del Southampton acababa de descender de la Premier League. Tenía problemas deportivos y también económicos. Había llegado el momento de mirar a la cantera. Nathan Dyer y Theo Walcott debutaron ya en otoño.

Tony Husband es un periodista de la BBC en Southampton que ya por entonces seguía la actualidad futbolística local. «El equipo estaba en declive pero seguía teniendo una gran academia. Bale era el siguiente en la línea de producción. Nos dijeron que era un defensa prometedor. Había atraído cierta atención pero no creo que nadie en ese momento hubiera podido predecir el impacto que iba a tener».

El escocés George Burley era el entrenador del primer equipo. Le vio por primera vez en un partido de la Youth Cup en el Saint Mary's Stadium tres semanas después de llegar. «Era especial por su habilidad, su energía, su pie izquierdo. Tenía habilidad y garra, algo que no sueles ver en jugadores tan jóvenes. Tenía pase en corto, pase en largo, un gran centro, tiraba las faltas... Cuando ves a un adolescente, te das cuenta rápido de si puede llegar. No tuve miedo en darle la oportunidad. Entró en el equipo con mucha energía y entusiasmo y nunca miró atrás», recuerda.

El 17 de abril de 2006 el equipo ya se había quedado sin objetivos en la temporada. Bale debutó con el dorsal 37 contra el Millwall con dieciséis años y doscientos setenta y cinco días, el segundo jugador más joven en la historia del club. Solo su amigo Walcott, ciento treinta y dos días más joven, le superaba. Los *Saints* ganaron 2-0, con goles de Kenwyne Jones y Ricardo Fuller.

Tony Husband comentó ese partido en la radio: «Poco después de entrar, recibió el balón, se fue por la izquierda y sacó un muy buen centro. Fue la primera vez que mucha gente le veía y despertó un “oh” de admiración». Jugaría otro partido más quince días después, el último del curso, otra victoria en casa ante el Leicester. Acabó la temporada y se fue con la selección sub-21.

RENOVACIÓN EN LA SELECCIÓN DE GALES

John Benjamin Toshack había entrenado en dos etapas al Real Madrid (ganando una Liga en 1990), en otras dos a la Real Sociedad (conquistando la Copa del Rey de 1987) y también al Deportivo de la Coruña (Supercopa de España de 1995). Después de dirigir también en Portugal, Turquía, Francia e Italia, fue nombrado seleccionador galés a finales de 2004. Con Mark Hughes al frente, acababan de rozar su mayor éxito en mucho tiempo: fueron segundos de grupo tras Italia en la fase de clasificación para la Eurocopa de Portugal antes de ser derrotados luego en la repesca por Rusia. Hughes comenzó el reto hacia Alemania 2006 pero se quedó pronto sin opciones y dimitió.

«Toshack heredó un equipo veterano. Tenía que rejuvenecerlo», recuerda Paul Abbandonato. Tras alguna derrota más y ya sin opciones matemáticas, parecía la ocasión ideal de dar oportunidades. A finales de mayo de 2006 se celebraban los típicos amistosos de preparación para el Mundial. En la CONCACAF, Trinidad y Tobago había dado la sorpresa al clasificarse por primera vez. Los caribeños, dirigidos por Leo Beenhakker, estaban concentrados en Austria y hasta allí, hasta el estadio Arnold Schwarzenegger de Graz, acudió la selección galesa como *sparring*. Toshack convocó por sorpresa a Gareth Bale. «Era un joven de pocas palabras pero muy profesional», recuerda el técnico.

Empezó en el banquillo, pero mediada la segunda mitad le llamó a la banda y le hizo entrar al campo en lugar de James Vaughan. Con dieciséis años y trescientos quince días se convertía en el jugador más joven en la historia de Gales. Toshack jugaba con un esquema de tres centrales y él actuó de carrilero por la izquierda. Subió la banda con su habitual desparpajo y en una de las últimas jugadas, en el minuto ochenta y siete, dio el pase de gol a Robert Earnshaw para situar el 1-2 definitivo en el marcador. ¡En su debut habían ganado con un pase suyo!

Después del verano, Bale debutó como titular en un amistoso contra Brasil en White Hart Lane, el campo del Tottenham. Toshack cree que fue entonces cuando el equipo londinense empezó a fijarse en él. Brasil ganó 1-0 con gol de Marcelo pero, según Paul Abbandonato, el seleccionador acabó satisfecho: «Él me decía que solía situarse en la banda para ir dando indicaciones a los jugadores jóvenes. Pero que con Bale no hacía falta porque sabía colocarse en la posición adecuada. Eso, junto a sus condiciones innatas, le hizo destacar sobre el resto de sus compañeros». La banda izquierda era suya, pero Toshack ya le veía potencial para jugar en otras posiciones. Y recuerda cómo un día, en un partido en Moscú ante Rusia en 2008, «jugó los últimos veinte minutos como delantero centro, porque era muy rápido».

Nadie le movería ya del equipo titular. Su primer gol no tardó en llegar. Fue dos meses después, en un partido de nefasto recuerdo. El 1-5 ante Eslovaquia en el Millennium Stadium de Cardiff supuso la peor derrota en casa de Gales desde 1908. Era un partido de clasificación para la Eurocopa 2008, el primero oficial de Gareth. En el

minuto treinta y siete Gales dispuso de una falta en la frontal, en una posición idónea para un zurdo. Tenía diecisiete años y acababa de llegar a la selección. Nadie esperaba que pudiese tirarla él. Pero se atrevió y la clavó en la escuadra.

«Es realmente excitante ver a jugadores jóvenes subir al primer equipo y hacerlo tan bien como Gareth. Es una ráfaga de aire fresco, te da una esperanza para los próximos años», declaró tras el partido su ídolo de la infancia, Ryan Giggs. El histórico jugador del Manchester United llevaba jugando en la selección desde 1991, cuando Bale tenía dos años. Como se retiró de la misma en junio de 2007, solo jugarían juntos dos partidos más antes de realizar el traspaso de poderes virtual.

INTERÉS DE LOS GRANDES

Para entonces ya había comenzado también la temporada 2006-2007 con el Southampton. Pudo escoger dorsal, pero no quedaban muchos disponibles. Eligió el 22, dos veces su 11 favorito, precisamente el de Giggs. Y arrancó el año de manera inolvidable. Primer partido de la temporada, el 6 de agosto, a domicilio en Derby. Falta a treinta metros. Bale la pide. Y marca por la escuadra. «Aquel partido se televisó en todo el país. Mucha gente descubrió ese día a Gareth Bale», recuerda Husband. Acababa de cumplir los diecisiete. Pero lo más sorprendente es que tres días después, en la segunda jornada, lo repitió. Partido en casa contra el Coventry... y de nuevo gol de falta. Desde ese momento se convirtió en el jugador a seguir.

Su siguiente tanto fue en noviembre, en el último minuto del partido contra el Burley que dirigía Roy Keane. Les dio el empate. Al final del partido, el legendario exjugador del United comentó: «El único jugador al que no quieres que le caiga el último balón es a Bale. Es un excepcional jugador».

Empezar tan bien le dio mucha confianza, se convirtió en indiscutible. Antes de Navidad había marcado otros tres goles más, dos de falta. En diciembre Gareth ganó el premio Carwyn James, otorgado por la BBC Wales, como personalidad masculina joven del año. Al recoger el galardón, vestido con pajarita en una glamurosa ceremonia en un centro de convenciones en Newport, le preguntaron por el interés de grandes equipos de Inglaterra. Los rumores empezaban a ser insistentes.

Cuando el Manchester United ofreció diez millones por él en diciembre, Burley comentó con sarcasmo: «Pero ¿por el pie derecho o por el izquierdo?». «Claro, habíamos vendido a Walcott por cinco o seis millones y Gareth tenía un mayor potencial, arrancaba desde más atrás, abarcaba más campo. Con dieciséis o diecisiete años era un jugador especial, tenía mucha influencia en el juego para ser lateral», explica el técnico escocés.

John Benjamin Toshack tenía una buena relación con Txiki Begiristain, entonces director deportivo del Fútbol Club Barcelona. En sus múltiples conversaciones sobre fútbol en general, el nombre de Bale salió a la palestra. Y como reconoce el propio exseleccionador galés, «el Barça estuvo atento a la progresión de Gareth». Pero no llegó

a presentar oferta.

«Estábamos en permanente contacto con la familia y ellos tenían claro que debía seguir con su aprendizaje en el Southampton. Así que confiábamos en que se quedara», recuerda Huw Jennings. Finalmente permaneció en el club para intentar subir a la Premier con los *Saints*.

Esa temporada 2006-2007 disputó cuarenta y cinco partidos. El equipo alcanzó los *playoffs* pero Gareth se lesionó el 12 de mayo en la ida de la primera eliminatoria contra el Derby County. El equipo se quedó a las puertas del ascenso. Sin embargo, él fue elegido mejor jugador joven de la liga e incluido en el once ideal del torneo.

«Creo que en ese momento Gareth estaba destinado a seguir los pasos de Walcott, que fue perseguido por todos los grandes clubes antes de ser vendido al Arsenal. El Southampton no quería perderlo, pero la oferta que llegó fue irrechazable», recuerda Husband.

El Tottenham ofreció diez millones de libras (catorce millones de euros) más una serie de variables y ganó la competencia al Manchester United y al Arsenal, que a última hora también mostró interés. El jugador puso rumbo a Londres. «Lo irónico es que el Southampton seguía con problemas financieros y poco después renegoció esos términos variables. Recibieron algo más de dinero pero eliminaron el porcentaje de una futura venta. Al Southampton le habrían correspondido entre diez y quince millones de su traspaso al Madrid si se hubiera respetado el acuerdo inicial», comenta Husband.

«Todo el mundo sabía que era el lateral izquierdo ofensivo más destacado del país — recuerda David Pleat, exentrenador del Tottenham—. Era mucho dinero por un chico tan joven, pero Daniel Levy, el presidente, fue valiente en apostar por él».

Cuando firmó por el Tottenham por cuatro temporadas, recibió una llamada de felicitación de Rod Ruddick, su descubridor. Le dijo: «Vas a un gran club, pero empieza a aprender español». Toda una premonición.

UN CALVARIO INESPERADO

Se fue a vivir a Londres, al barrio de Chigwell (Essex), una zona de apartamentos al norte de la ciudad donde vivían futbolistas como Ashley Cole o Teddy Sheringham o el piloto Kimi Räikkönen. Allí coincidió con otros dos chicos galeses: Chris Gunter jugaba también en el Tottenham y compartía el apartamento de abajo con Aaron Ramsey, del Arsenal, dos años menor que Gareth. Para tranquilidad de la madre, que recuerda cómo «había mucha camaradería entre ellos. Me alegré de que pudiera estar con chicos de su misma ciudad en Londres».

Una vez más, el dorsal 11 estaba ocupado, así que eligió el 16. Martin Jol, el técnico holandés, había sido junto con Damien Comolli, el director deportivo, uno de los más insistentes en su fichaje. Le dio la titularidad en cuanto estuvo en condiciones: en la jornada cuatro, el 26 de agosto de 2007. Nada menos que en Old Trafford ante el Manchester United. Una semana después, en un derbi londinense ante el Fulham, anotó

su primer gol. Igual que en la siguiente jornada, en su estreno en casa, en otro derbi ante el Arsenal. Debutó también en competición europea. En lo personal las cosas iban bien, no así en lo colectivo. Pasados tres meses de su llegada, Bale aún no había ganado un partido de Premier. Martin Jol fue destituido y ficharon al español Juande Ramos. Y llegó el fatídico día.

El 2 de diciembre una brutal entrada de Fabrice Muamba le rompió los ligamentos del tobillo. Necesitó cirugía. No jugaría más esa temporada porque en febrero, cuando estaba a punto de regresar, sufrió una recaída. Se perdió su primer título, la Copa de la Liga lograda en marzo ante el Chelsea en Wembley.

Fueron meses difíciles. Se frenó su progresión. «Encontrar problemas es lo que ayuda a hacer a un futbolista a largo plazo. No hay ningún jugador que no pase por dificultades alguna vez durante su carrera», comenta Huw Jennings.

Los siete primeros meses de 2008 se los pasó en el gimnasio. Aparte de su recuperación del tobillo, aprovechó para hacer pesas y moldear su físico. «Aprendí mucho en esa época. Cuando estás lesionado, casi lo único que puedes hacer es observar cómo lo hacen los demás para intentar mejorar tu juego. Y cuando vuelves, intentas ponerlo en práctica», recuerda Bale.

Una de las pocas buenas noticias en esa época fueron los halagos de Mourinho desde Milán, que dijo que sería uno de los grandes cuando se recuperara. La confianza del club en sus posibilidades era enorme pese a todo. Le dieron el dorsal 3 y le mejoraron el salario (de quince mil a veinticinco mil libras semanales).

César Sánchez, exportero del Real Madrid entre otros, llegó a Londres ese verano de 2008 y recuerda a un Bale «que sufría porque no jugaba pero ya tenía las condiciones que vemos ahora. Físicamente era una bestia». Gareth disputó once encuentros con Juande Ramos antes de que despidieran a este último a finales de octubre. El equipo era colista con dos puntos en ocho partidos. Gustavo Poyet, ayudante del técnico manchego, recuerda que «era demasiado bueno. Yo siempre le decía que tenía que tener más mala leche». Y en un arranque de furia, en un partido ante el Stoke City, tuvo lugar la única expulsión de su carrera.

Llegó Harry Redknapp, su tercer entrenador en apenas quince meses en Londres. Curiosamente había sido el entrenador del Southampton cuando Bale llegó allí para jugar en el filial, aunque nunca habían llegado a hablar. Tampoco fue agradable su primer contacto en Londres. «Deja de estar tan pendiente del pelo», le dijo a Gareth en uno de sus primeros entrenamientos. El joven galés no supo cómo reaccionar. No se lo esperaba porque nunca había tenido roces con ningún entrenador. «Acababa de llegar e íbamos últimos. Creo que quería estimular a los jugadores y eso fue lo que utilizó para motivarme a mí», comentó tiempo después Gareth.

En el primer partido con Harry Redknapp en el banquillo, el Tottenham derrotó al Bolton. Pero Bale estaba sancionado. Proseguía su maldición: aún no había ganado un partido de la Premier League. A partir de entonces se dio una curiosa circunstancia: el equipo logró varias victorias pero Bale nunca participó. Cuando él jugaba, aunque fuera empezando de suplente, el equipo no ganaba. Sí en Copa de la UEFA o en la FA Cup,

pero no en la Premier League. Llegó a convertirse en una obsesión. Se le consideraba gafe. Y así se pasó la temporada entera.

Redknapp recuerda cómo en un partido contra el Manchester United «Ferguson me dijo que no le pusiera, que él era muy supersticioso para estas cosas... ¡Y yo también lo era!». Precisamente contra los *Red Devils* el Tottenham perdió la final de la Copa de la Liga en marzo. En junio, con la temporada acabada, se operó del menisco. Necesitaba limpiar la articulación.

No pudo empezar la temporada siguiente. Sin embargo, cuando se puso en forma, a finales de septiembre, Redknapp decidió que había llegado el momento de acabar con esa absurda situación. En un partido que iba ganando 4-0 contra el Burnley, hizo entrar a Bale al campo en el minuto ochenta y cinco. Bale ganó su primer partido de Premier League. ¡Habían pasado dos años desde su llegada al Tottenham! ¡Veinticuatro partidos! Al final del choque, Bale declaró al *Daily Telegraph*: «Simplemente era una casualidad. Es verdad que se comentaba en el vestuario, pero a mí nunca llegó a afectarme».

LA EXPLOSIÓN

Vencido el maleficio, Bale tenía otro problema: la gran forma del camerunés Benoît Assou-Ekotto como lateral izquierdo titular. Según César Sánchez, «le ganaba esa lucha por el puesto porque era más aguerrido. Bale tenía un carácter mucho más ofensivo de lo que solía ser habitual en un lateral en Inglaterra».

El Birmingham presentó una oferta de tres millones de libras, que fue rechazada por el Tottenham. «No voy a encontrar otro mejor que Bale. Tiene que aprender a defender mejor, pero lo tiene todo para ser un gran jugador. Ha subido muchos niveles esta temporada, se ha hecho más fuerte, es un gran atleta y tiene habilidad», declaró Redknapp.

Para Rod Ruddick, «la sólida educación que había recibido en Cardiff fue clave para superar aquellas dificultades». Bale tuvo paciencia. A mitad de temporada se disputaba la Copa de África y él pensaba aprovechar la ausencia forzosa de Assou-Ekotto. «En cuanto me haga con el puesto, ya no lo voy a perder», le dijo a su descubridor.

Y así fue. A principios de enero mostró un gran nivel. En cada partido, Bale era el que más distancia recorría (doce kilómetros) y el que más corría a alta intensidad (ochocientos metros). Cuando volvió el camerunés, pasó a jugar de interior izquierdo, algo que fue «clave, decisivo, le ayudó mucho», según César Sánchez.

Se convirtió en indiscutible en el equipo. Se hizo el dueño de la banda izquierda. Y a finales de esa temporada marcó dos goles decisivos contra Arsenal y Chelsea que otorgaron a su equipo la clasificación para la Champions. Esos partidos fueron el 14 y el 17 de abril, lo que permitió a Bale conquistar su primer galardón de «jugador del mes en la Premier».

Según había acabado el curso, la temporada 2010-2011 tenía que ser la de su explosión definitiva. Le mejoraron el contrato. Y por fin pudo hacer una pretemporada

en condiciones. Y llegó el día en que le iba a conocer el mundo entero: 20 de octubre de 2010. En el mítico estadio de San Siro contra el Inter de Milán, que entrenaba Rafa Benítez. A la media hora, el Tottenham iba perdiendo 4-0 y estaba con diez. Ya no se trataba de sacar algún punto sino de evitar el ridículo. Pero Bale marcó un gol nada más arrancar la segunda parte y otros dos casi en el descuento. En los tres goles exhibió una potencia descomunal, superando en carrera a dos veteranos rapidísimos como Zanetti y Maicon. Fue su consagración internacional. Quince días después, en Londres, la exhibición fue parecida. Bale cabalgó por la banda izquierda sin encontrar oposición y dio dos grandes pases de gol en la victoria por 3-1.

Después de aquel partido, Harry Redknapp le dio cuatro días de vacaciones para que asimilase el nuevo estatus que venía. «La mayoría de jugadores se habría ido a Dubái o a Nueva York. Él prefirió volver a Cardiff a ver a su madre», recuerda el veterano técnico. Habían pasado los años, le empezaban a llegar la fama, los premios y los patrocinadores. Pero Bale seguía con su novia de toda la vida, sin probar una gota de alcohol y volviendo a su cama de adolescente para jugar con sus amigos a la consola o mejorar su hándicap 11 en los partidos de golf con su padre. Un humilde chico de barrio.

La aventura europea de aquel año terminó en cuartos de final contra el Real Madrid. Fue la primera vez que Bale pisó el Bernabéu. Pero no sería la última.

14

Leo Messi

Argentina

«La pulga que no crecía»

Recanati no supera los veinte mil habitantes. Está situado en Las Marcas, región de la Italia central bañada por el mar Adriático. En el país transalpino es famoso por ser la cuna del poeta Giacomo Leopardi. Un vecino mucho menos popular, Angelo Messi, vivía en 1883 en Valle Cantalupo, al norte del pueblo. Dadas las penurias económicas y emulando a otros muchos compatriotas, con diecisiete años y recién casado con Maria Latini decidió emigrar hacia Argentina en busca de un futuro mejor. Atrás dejó una familia cuyos descendientes aún permanecen en este municipio cercano a Ancona. Algunos de ellos también practican deporte. Michele y Alessandro Messi pertenecieron a la Sportiva Calcio Recanatese, mientras que Marco juega al voleibol a nivel amateur.

Como la mayoría de argentinos que llegaron a Buenos Aires a finales del siglo XIX, Angelo tuvo como primera base el Hotel de los Emigrantes. Desde ahí cada uno se buscaba su propia fortuna. La de Messi le llevó al interior del país, a la ciudad de Rosario, capital de la provincia de Santa Fe.

Era la época en la que estaban surgiendo los primeros clubes profesionales de fútbol y en los años siguientes Rosario alumbró el nacimiento de Newell's Old Boys y Rosario Central, que a lo largo del siglo posterior vivirían una enconada rivalidad.

Ambos están entre los diez clubes con mejor palmarés del país y por los dos han pasado algunos de los jugadores más representativos del fútbol argentino. En Newell's llegó a jugar en 1993, aunque solo cinco partidos, Diego Armando Maradona y se dice que el Che Guevara, nacido en Rosario, era hincha de Central.

Hay múltiples versiones sobre cómo surgieron los apodos de ambos equipos, pero la más creíble asegura que un día, en los años veinte, Rosario Central rechazó la invitación para jugar un partido a beneficio de los enfermos de lepra de un hospital de la ciudad. Aquello hizo que se ganaran el sobrenombre de «los canallas», mientras que a los de Newell's se les conoció a partir de entonces como «los leprosos».

La rivalidad entre «leprosos» y «canallas» afecta a todos los habitantes de la ciudad, incluidos miembros de una misma familia, como por ejemplo los Messi. Cuatro generaciones después, Jorge, el bisnieto de Angelo Messi, era jefe de sección en una empresa metalúrgica de los alrededores de Rosario y se había casado con otra descendiente de italianos, Celia Cuccittini, que trabajaba en un taller. Sus padres eran vecinos en Las Heras, un humilde barrio al sur de la ciudad. Allí se conocieron y allí se instalaron también con sus tres hijos varones (aún no había nacido la pequeña María

Sol), en una casa no demasiado grande. Tenía una cocina, un salón y dos habitaciones: una para los padres y otra para todos los hijos.

En la familia todos eran de Newell's salvo el hermano mediano, que salió de Rosario Central. Leo era el menor de los tres chicos. Muy bajito, pelo rubio, piel muy clara y ojos pícaros. Todos le recuerdan desde siempre con una pelota debajo del brazo. Incluso antes de caminar, ya quería dar patadas al balón.

El amor por el fútbol le viene por la pasión de sus dos hermanos: Rodrigo y Matías, siete y cinco años mayores que él respectivamente. «Siempre jugaba con ellos, siempre quería imitarlos, pero desde muy chico hacía cosas increíbles, realmente nos asombró», recuerda su padre. Los dos hermanos empezaron a jugar en el club más cercano a casa, Grandoli. Rodrigo era delantero centro; Matías, defensa. Las ocupaciones de los padres hacían que la abuela Celia fuera la encargada de acompañarlos a entrenar y, como no tenía con quién dejar a Leo, se lo colgaba del brazo y lo llevaba con ellos. Un día, cuando Leo tenía cinco años, faltaba un chico para completar el equipo. El entrenador era Salvador Ricardo Aparicio.

«Le hice señas al referí para que esperara. Yo tenía la ropa en la mano pero el chico no llegaba. Miré afuera y estaba la familia de Rodrigo y de Matías. Había un chiquito que pateaba la pelota contra la pared. Entonces se lo pido a la madre, que no quería porque era más pequeño que los que jugaban, pero la abuela me dijo: “Dale”. Yo les propuse que lo ponía acá en la banda, cerquita mío. “Así, si llora o se asusta, lo sacás”. La primera pelota le pasó por la derecha y ni se movió. La segunda le cayó en los pies, comenzó a correr con ella, a gambetear con ella —ríe—. Yo le gritaba: “Leo, largála, pateála”».

Grandoli se convirtió en una segunda casa para la familia. Allí jugaban los tres hermanos y también dos primos, Maximiliano (que luego haría carrera en Paraguay, México y Brasil) y Emanuel. Iban los lunes, los miércoles y los viernes. El sábado era el día de partido para todos. Salían de casa a las nueve de la mañana y volvían a las once de la noche.

La abuela, siempre presente, se levantaba al alba para preparar las milanesas, el plato preferido de Leo, que se llevaban para comer. Celia fallecería poco después, cuando Leo tenía once años. Fue un duro golpe. «La abuela materna fue un referente muy fuerte para él —dice su madre—; cuando estaba haciendo su carrera siempre me decía que a la noche le hablaba y le pedía que lo ayudara». Todavía hoy, cuando Messi marca un gol y señala al cielo, se lo está dedicando a ella.

LA ESCUELA, UNA OBLIGACIÓN

Leo pensaba solo en el fútbol y no le gustaba el colegio. Le costaba especialmente madrugar y se inventaba cualquier excusa para no ir. Todas sus profesoras le recuerdan muy introvertido, extremadamente tímido. Según Viviana Kosciuk, una de ellas, no participaba nunca en clase, incluso se agachaba cuando se le nombraba, «pero tenía la

misma expresión que ahora, una mirada de hombre bueno». Al principio tuvo problemas con la lectura, por lo que le aconsejaron visitar a un logopeda.

Su gran amiga por aquel entonces se llamaba Cintia Arellano. Sus madres eran íntimas, «hermanas de panza»; ellos iban juntos al colegio y se sentaban al lado. Eran de la misma edad pero la chica parecía mucho mayor, así que él se apoyaba en ella y ella lo protegía a él. Con el paso de los años, desarrollaron un mecanismo para copiar en los exámenes: «Él se sentaba detrás de mí, cuando no sabía alguna pregunta me golpeaba la silla, yo se lo escribía en la goma de borrar y se la pasaba... ¡Cuando se enteren las maestras!», recuerda Cintia.

Desde luego, la escuela no era su pasión. Había que estar muy encima de él para que hiciera las tareas. Le gustaba el dibujo y se le daban especialmente mal las matemáticas, aunque no faltaba nunca al colegio y al final acababa sacando unas notas aceptables.

Apenas hablaba pero se movía mucho en la silla. Solo esperaba a que llegara la hora del recreo. En ese instante se transformaba. Su timidez desaparecía. No buscaba el arenero ni la zona de juegos. Él solo quería una pelota o cualquier cosa a la que pudiera dar patadas. Entonces el tiempo se paraba para él. Pese a ser tan chiquitito, no paraba de correr y todos los niños iban detrás. Ya entonces los chicos se peleaban para que los escogiera en su equipo.

«Todos los amigos le consideraban un príncipe, los compañeros admiraban el poder que tenía sobre la pelota», recuerda su profesora de preescolar, Diana Ferreto. Nunca escuchaba la campana que señalaba el final del recreo, así que había que ir a buscarlo.

Esa timidez también desaparecía cuando atravesaba la puerta de su hogar. «Todo el mundo le conoce de otra manera, pero acá en casa era muy travieso. Era el consentido porque era el más pequeño. Hacía lo que quería», recuerda la madre. Y ya era muy competitivo. «Nadie quería jugar a las cartas porque tarde o temprano nos iba a hacer trampas. Odiaba perder. Si lo hacía, desparramaba las cartas y el juego se terminaba».

Fuera del colegio, su obsesión por la pelota era enfermiza. Con su amigo Walter Barrera, se colaban en un recinto militar, cercano a su casa, que tenía un pasto perfecto porque no lo pisaba nadie. Hasta que llegaba el vigilante y los sacaba por la otra puerta. Y en las reuniones familiares de los domingos, antes y después de comer, los cinco primos jugaban partidos interminables donde Leo a menudo acababa llorando porque era el más pequeño.

Pero sin duda, las mejores eran las tardes que tocaba ir a Grandoli. En aquel potrero, el chico rubito seguía dominando de forma inverosímil una pelota que le llegaba a la rodilla y los rivales ya comenzaban a usar malas artes para detenerlo. Su padre, que durante una breve etapa fue su entrenador, tenía que sustituirlo a veces porque temía que le hicieran daño. Esa generación del 87 arrasó, ganó todos los partidos del torneo local. El nombre de Leo Messi empezaba a sonar en los círculos futbolísticos de Rosario.

Con siete años, esos cantos de sirena llegaron a las oficinas de Newell's Old Boys. En las filas del club rojinegro había jugado su padre como centrocampista cuando era adolescente y allí estaban ya sus dos hermanos. El mayor, dicen, jugaba muy bien pero no tenía la constancia de Leo y además sufrió un accidente de tráfico, en el que se rompió la tibia y el peroné, que puso punto final a su carrera.

Jorge Griffa, el coordinador general, le insistía al propio Rodrigo para que llevara también con ellos al benjamín de la casa. Hasta que un día el propio Griffa fue a buscarlo y se puso de acuerdo con el padre. Leo entró en Malvinas, el complejo «leproso» para los más pequeños.

Su primer entrenador allí fue Gabriel Di Girolamo: «La primera impresión cuando me lo trajeron era ver jugar a un adulto. Su inteligencia en el campo era muy grande. Era algo distinto a todo lo que había visto antes. Uno no podía imaginar que algo tan diminuto tuviera esa coordinación, esa motricidad, esa explosión bárbara. Con siete años, lo que pensaba lo ejecutaba en el segundo».

Ernesto Vecchio, otro de sus técnicos, cree que sus condiciones son innatas. «Sorprendía la movilidad que tenía en la cancha, era capaz de recoger la pelota de su arquero y llegar al arco contrario regateando a todos los adversarios».

Empezó a forjarse lo que luego se conocería como la «máquina 87», un equipo con un juego colectivo impropio para esas edades. Los chicos tenían tanta calidad que se desafiaban entre ellos en cada entrenamiento. Messi no era el goleador de aquel equipo, sino que «limpiaba» la jugada. Los goles los marcaban otros. Era un equipo que llamaba la atención, los padres de otras categorías iban a verlos, se hicieron muy reconocidos en Rosario. Ganaban todos los partidos por goleada y se acabaron convirtiendo en el mejor equipo de la historia de las inferiores de Newell's.

«No nos gustaba perder nunca —recuerda Juan Cruz Leguizamón, uno de los integrantes de aquel equipo—. Estábamos tan acostumbrados a ganar que cuando alguna vez perdíamos nos poníamos a llorar». Juan recuerda un día que disputaban una final. El premio era una bicicleta para cada jugador del equipo ganador. Empezó el partido y Leo no llegaba. Al descanso perdían 1-0. Messi se había quedado encerrado en el baño de casa, pero tenía tantas ganas de jugar que rompió el cristal, saltó por la ventana, llegó, marcó tres goles y Newell's ganó el partido, el torneo y las bicicletas.

Hasta entonces, los chicos de la edad de Messi jugaban a lo que en Argentina llaman «baby fútbol», primero nuestro fútbol sala y luego nuestro fútbol-7. Pero llegó el momento del salto al campo grande, a jugar once contra once, de la mano de Carlos Morales. Normalmente los chicos sufren el cambio, se cansan más, se aburren porque tocan menos el balón. «Para Messi, sin embargo, fue una liberación, porque aún tenía más campo para correr».

La «máquina 87» se exhibió también a nivel nacional, en el torneo de Balcarce, e incluso de forma internacional, en un campeonato disputado en Perú en 1996 con veinticinco equipos de toda Sudamérica. Messi y sus compadres Billy y Depetris formaban un trío letal.

Adrián Coria, su último entrenador en Newell's, recuerda que «jugaba por detrás de

los dos delanteros. Parecía demasiado frágil pero dominaba la pelota como nadie, era explosivo y tenía temperamento, le gustaba ganar. Yo pensaba que podía ser más que Maradona».

EL TRATAMIENTO

Leo tenía nueve años y solo medía 1,27 metros. Sus padres estaban preocupados porque no crecía. Era con diferencia el más bajito del equipo, el más bajito de clase y más bajito que sus hermanos a su edad. Acudieron a distintos especialistas, empezaron a hacerle estudios. Los resultados arrojaron que tenía dormidas las glándulas de crecimiento. El informe llegó a la consulta del endocrino Diego Schwarzstein. «Newell's contaba con una política de seguimiento de los chicos bastante intensa. Pasaban por mi consulta bastantes jóvenes en aquella época. Un dirigente me dijo un día: “Tenemos uno que es un fenómeno pero necesitamos que crezca”. Tenía un déficit aislado de la hormona del crecimiento. No era de lo más frecuente pero tampoco era algo tan raro. Se hacía necesario darle al cuerpo una cosa que no fabrica por sí mismo e inyectarla por vía externa, como la insulina. Se hace un cálculo de dosis para que sea adecuada a cada uno de nosotros y se practica una inyección diaria».

Se trataba de una enfermedad que afectaba a uno entre veinte mil nacimientos. Lo que para la familia fue un trauma, el pequeño Leo lo acogió con toda naturalidad. Con diez años recién cumplidos, empezó a cumplir a rajatabla las indicaciones. Todas las noches antes de acostarse seguía el ritual: cogía su maletín, se sentaba en la cama, cargaba la jeringuilla y se ponía una inyección en cada pierna. Todas las noches.

«Nosotros sufríamos más que él, verlo pincharse en la piernita, solo..., era bárbaro, porque realmente era muy chiquito», recuerda la madre.

Ese mecanismo lo repetía también cuando dormía en casa de los Leguizamón. Llegaba, pedía que le guardaran la caja de las vacunas en el frigorífico, estaba dos o tres horas pateando el balón contra la pared o disputando con Juan un «River-Boca» en el jardín de la casa y por la noche, antes de dormir, repetía mecánicamente el procedimiento.

Pero había un problema: el tratamiento era muy caro: mil quinientos dólares (unos mil euros) al mes. Jorge Messi consiguió que la obra social de su empresa, la Fundación Acindar, le ayudara a pagarlo durante los dos primeros años.

Leo continuó jugando en Newell's pero sufrió otro percance: se rompió el antebrazo y no pudo disputar un torneo en Mar del Plata contra los mejores equipos del país. No obstante, viajó con sus compañeros y asistió entristecido desde la grada a la derrota de su equipo en la tanda de penaltis de la final. Todos los que le rodean coinciden en que con Leo apto nunca se habría llegado a los lanzamientos de penalti.

Transcurridos esos dos años, había que buscar nuevas vías de financiación para las vacunas porque la familia no podía permitírselas. Newell's aceptó pagarlas pero esa situación duró muy poco tiempo. Tampoco podían hacerse cargo. A la familia se le

ocurrió entonces viajar a Buenos Aires para comprobar si alguno de los grandes equipos de la metrópoli estaba interesado en contar con Leo Messi a cambio de hacerse cargo del tratamiento.

Jorge y Leo recorrieron en coche los trescientos kilómetros que separan Rosario de la capital para pasar una prueba en River Plate, en uno de los campos anexos al estadio Monumental.

Como era el más bajito, no fue considerado de inicio entre los veintidós jugadores que empezaron el partidillo. Fueron pasando los minutos y el encargado de realizar la prueba ni le miraba. Finalmente, cuando quedaban cinco minutos, le hizo entrar. Casi por compromiso, sin prestarle apenas atención. A los pocos segundos, Leo recibió el balón, hizo dos regates y disparó a portería. Una jugada habitual para quien le conocía pero que dejó estupefacto al entrenador. Se dio la vuelta hacia la grada preguntando quién era el padre del chico. De los cinco minutos, a Messi le habían sobrado cuatro. Querían ficharlo inmediatamente.

Una vez finalizada la prueba, Jorge Messi refirió que su hijo jugaba en Newell's y que debían negociar con ellos. El entusiasmo de los responsables de River decayó de inmediato. Adujeron que les iban a pedir mucho dinero y el asunto quedó en punto muerto. River Plate ni siquiera negoció el traspaso del joven rosarino. En Argentina no había solución. Y para Leo Messi era indispensable proseguir con el tratamiento.

AL OTRO LADO DEL OCÉANO

Por suerte para los Messi, las hazañas de Leo en Newell's ya habían saltado el Atlántico. Juan José Mateo Walter, un argentino que había vivido en Barcelona, le había hablado de él a Josep María Minguella, reconocido agente de jugadores cercano al Barça. No era la primera vez que alguien le señalaba la existencia de un fenómeno en algún lugar recóndito, por lo que su primera reacción fue de escepticismo. Pero finalmente acabó trasladando la insistencia de su informador en Argentina a la cúpula azulgrana: Joan Gaspart, Antón Parera y Charly Rexach.

«Tenía que ser alguien sin igual para que nos interesara. No fichábamos a chicos tan jóvenes de fuera de Catalunya y aún menos del extranjero». Las reticencias de Rexach, director deportivo del club, por la juventud del chico quedaron aparcadas y decidió invitar al supuesto fenómeno argentino a pasar quince días en Barcelona. Leo iba a cruzar el charco por primera vez.

Viajó con su padre el 16 de septiembre de 2000. Aprovechando que unos familiares lejanos vivían en Lleida, se instalaron allí, a hora y media de Barcelona. Pero pronto se encontraron con el primer contratiempo. Había habido un error de planificación: Rexach se encontraba en el otro extremo del mundo, en los Juegos Olímpicos de Sidney. Y lo peor: no se sabía cuándo regresaría.

Los primeros momentos para Jorge y Leo lejos de Rosario fueron extraños. La nostalgia iba creciendo según pasaban los días, unas jornadas vacías, sin que nadie se

pusiera en contacto con ellos. Cuando ya habían decidido abandonar y volverse a casa, recibieron una llamada del Barcelona. Rexach volvía el viernes, en menos de cuarenta y ocho horas. El club puso entonces a disposición de los Messi una amplia habitación de hotel cuyo ventanal ofrecía una estupenda vista frontal del Camp Nou.

Y llegó el ansiado día, el momento de la prueba, que, como había sucedido en River Plate, se trataba de un partidillo junto a chicos mayores que él, en este caso dos años. Lo había organizado Joaquim Rifé, responsable de la cantera.

Rexach llegó cuando el encuentro ya había comenzado. Se habrían disputado cinco o seis minutos. Subió las escaleras y apareció en un pasillo que discurría por encima de las gradas. Fue caminando hacia su asiento mientras saludaba a algunos conocidos. Pero de reojo miraba el césped y ya había reconocido al enclenque argentino del que tanto le habían hablado. No se había sentado aún cuando ya dijo: «Hay que ficharlo, es diferente». «Llevaba la pelota enganchada a la bota, como si su madre se la hubiera cosido con hilo invisible», recuerda Rifé.

Leo había pasado quince días en Barcelona y había convencido al club en cinco minutos. Regresó eufórico a Argentina mientras se formalizaban los trámites.

LAS PRIMERAS DIFICULTADES

Sin embargo, transcurrieron las semanas y los Messi no volvieron a tener noticias. El club azulgrana no pasaba por su mejor momento institucional y el fichaje de un niño de trece años, por muy bueno que fuera, no era prioritario. Además, no todos apoyaban su contratación. Algunas voces señalaban que era muy bajito; otras, que el tratamiento del que había que hacerse cargo era muy caro.

Rexach y Rifé estaban convencidos del fichaje y encontraron un aliado en las altas esferas: Juan Lacueva, un antiguo ejecutivo del Espanyol que en ese momento trabajaba en los despachos del Barça como director general adjunto para las secciones y el fútbol base. Lacueva se inmiscuyó de forma directa en el asunto, hasta el punto de acudir en persona a una farmacia cercana al Camp Nou para comprar las primeras dosis de la hormona del crecimiento del tratamiento de Messi. Pero antes de eso pidió un informe escrito a Rexach para poder defender su fichaje en la junta directiva. «¿Qué puse? Que era un niño acojonante».

Habían pasado dos meses desde la prueba. Nervioso, Jorge Messi decidió volver a Barcelona y se hizo acompañar por Horacio Gaggioli, un abogado rosarino afincado en la Ciudad Condal. En el Camp Nou se resistieron a recibirles durante algunos días, por lo que Jorge telefoneó a Rexach y le planteó un ultimátum. Al día siguiente, Josep María Minguella convocó a ambos en el Club de Tennis Pompeya, de su propiedad. En su cafetería, tras una larga conversación, el antiguo ayudante de Cruyff cogió una servilleta de papel y escribió: «Yo, Carles Rexach, como director técnico del Fútbol Club Barcelona, me comprometo a la contratación de Lionel Messi por parte del club azulgrana». Aunque rudimentario, ese gesto tranquilizó al padre del jugador que, con la

servilleta bien guardada, tomó el avión de regreso a casa.

Sin embargo, ese periodo de incertidumbre había generado también ciertas dudas en la familia Messi, por lo que, cuando finalmente sonó el teléfono que oficializaba la esperada noticia, Jorge y Celia reunieron a todos sus hijos alrededor de una mesa para tomar la decisión final: ir o no ir a Barcelona. La moneda salió cara. Era febrero de 2001 y los seis integrantes de la familia Messi Cuccittini cambiaban el verano sudamericano por el frío invierno europeo.

Los inicios no fueron fáciles. A Jorge Messi el club le proporcionó un empleo dentro del fútbol base del club a cambio de siete millones de pesetas, una trampa legal para poder abonar un salario a Leo. Eso servía para regularizar su situación y también para evitar pagar por el traspaso a Newell's. Leo había acabado el primer curso del equivalente a la ESO en Rosario y en Barcelona completaría los otros tres. Nunca iniciaría el bachillerato. Empezó a entrenarse con el equipo infantil B que dirigía Rodolfo Borrell pero, al haber llegado con la temporada empezada y ser extranjero, no podía disputar partidos de categoría nacional. Únicamente podía hacerlo en la liga territorial catalana. Debutó en el campo del Amposta con el 9 a la espalda. Marcando, claro.

Pasadas algunas semanas, en la familia estaban descontentos por varios acuerdos que el club había incumplido, como por ejemplo conseguir la documentación en regla a los hermanos adolescentes, que eran los que más sufrían la nostalgia de sus orígenes. Asimismo, les fue imposible encontrar una escuela con educación en castellano para la hermana María Sol, de seis años. La pequeña no entendía el catalán y volvía todos los días llorando a casa. Y para colmo, una dura entrada de un defensa del Tortosa lesionó a Leo. Fractura de peroné, dos meses de baja, temporada acabada.

Finalizado el curso escolar, se hizo necesaria otra reunión familiar. La madre quería que regresaran todos a Argentina, pero, en primera instancia y de manera inmediata, se decidió que ella volviera con la niña a Rosario. El padre instó entonces a Leo a que tomara una decisión, él tenía la última palabra. «Yo quiero quedarme, quiero llegar a jugar en Primera División con el Barcelona. Mamá, no te preocupes, vosotros iros, yo me quedo. Dios me ayudará». Jorge y los tres chicos permanecieron en la Ciudad Condal. A la vuelta del verano, la familia se separó.

En septiembre, ya recuperado de su lesión, otro contratiempo: el transfer de la Federación Argentina de Fútbol no llegaba. Durante ese primer trimestre, solo pudo entrenarse y disputar amistosos con el Cadete B, un equipo que dirigía Tito Vilanova y en el que destacaban Cesc y Piqué, entre otros muchos que después llegaron a ser profesionales. Aquel chico de lacia melena seguía siendo muy tímido, apenas hablaba con nadie. «Llegaba, se sentaba en un rincón, se cambiaba y saltaba al campo sin decir una palabra», recuerda Víctor Vázquez, otro compañero. Pero, aunque pareciera mudo, simplemente por lo mostrado en los entrenamientos a Messi le ofrecieron firmar un nuevo contrato. Su primer sueldo fue de trescientas veinte mil pesetas, unos dos mil euros mensuales. La firma Nike le ofreció su primera colaboración comercial: a cambio de tener sus derechos de imagen le suministraban todo el material deportivo que

necesitara.

Tenía trece años, medía 1,43 metros y pesaba treinta y cinco kilos, la mitad que ahora. Desde el principio se le realizaron exhaustivos seguimientos médicos. Los doctores del club decidieron disminuir paulatinamente el consumo de la hormona del crecimiento. Pensaron que con una dieta equilibrada y una preparación física específica alcanzaría el peso y la altura que le correspondían genéticamente.

Cuando por fin la FIFA autorizó a la Federación Española a tramitar su ficha, ya se había alcanzado el mes de febrero. Se había cumplido un año desde su llegada a Barcelona y por fin podía jugar sin obstáculos legales. Tal era la superioridad de su equipo que un mes después conquistaron matemáticamente el campeonato. «Siempre nos picábamos antes de los partidos —recuerda Víctor Vázquez—. Hubo dos partidos contra el Júpiter que ganamos ambos por 15-0. En el primero Leo marcó siete goles y yo seis. En el siguiente, Leo marcó cinco y yo diez».

Aquel era un equipo imparable, como lo había sido la «generación 87» de Grandoli y la «máquina 87» de Newell's. Esa primavera fueron invitados a varios torneos y hubo uno en Italia a finales de abril, el Torneo Maestrelli de Pisa, que fue muy importante para la integración de Leo. El periodista Roberto Martínez, hijo del futbolista argentino con el mismo nombre que actuó en el Espanyol y el Real Madrid en los años setenta, trabajaba entonces en el *Mundo Deportivo* y firmó en aquella época una columna que se titulaba: «El fantástico Cadete B tiene al nuevo Maradona».

¿Y SI HUBIERA JUGADO CON ESPAÑA?

La temporada siguiente, 2002-2003, ese bloque pasó al Cadete A que dirigía Álex García. Leo disputó todos los partidos y marcó treinta y seis goles, que sirvieron para conquistar la Liga de División de Honor (en la última jornada contra el Espanyol) y la Copa Catalunya. «Era el hermanito pequeño del grupo, lo cuidaban mucho porque le daban muchas patadas —recuerda su entrenador de aquella segunda temporada—. Todos los equipos del fútbol base jugábamos en esa época con un 3-4-3. A él le gustaba jugar de mediapunta pero yo le iba rotando en todas las posiciones de ataque para que ganara versatilidad, para que desarrollara todas sus aptitudes. No le gustaba mucho no entrar en contacto con la pelota. Aunque nunca protestaba, se le veía en la cara». Álex recuerda su timidez: «Aunque era muy receptivo y avisado, se notaba que te estaba escuchando. Y cuando le caía el balón, era imparable. Tenía un regate fulminante. Hacía las mismas cosas que luego se le han visto de profesional».

Y entonces sucedió algo que pudo cambiar el destino de la selección española. Ginés Menéndez era el seleccionador sub-16 y visitaba habitualmente las canteras más importantes del país. En uno de sus viajes a Barcelona, Álex le señaló que tenía un chico argentino de mucho nivel. «No sé lo que habrás visto por ahí, pero yo creo que en España no hay nadie igual de esta edad». Como había salido tan joven de Rosario y casi no se le conocía en Argentina, Ginés pensó que quizá le podría reclutar para jugar con

España.

A final de temporada se jugaba el Campeonato de España en Albacete. Solo podían disputarlo jugadores nacidos en nuestro país, por lo que Leo Messi y Frank Songo'o (hijo del exportero camerunés del Deportivo de la Coruña) acompañaron al equipo a pesar de no poder ser inscritos. En el descanso de uno de los partidos, Álex presentó a Leo a Ginés y este le planteó la posibilidad de vestir «La Roja». Sin levantar la mirada del suelo, casi susurrando, Messi agradeció la invitación pero dijo que su sueño era jugar con Argentina. Algo que conseguiría poco después, en junio de 2004, cuando fue llamado para disputar un amistoso contra Paraguay con el combinado sub-20 y se puso la camiseta albiceleste por primera vez.

La temporada siguiente continuó su escalada. Pasó a jugar en el Juvenil B, para el que habían fichado como entrenador a otro argentino, Ángel Guillermo Hoyos. Tal fue su nivel en algunos torneos de pretemporada que en el mes de septiembre, antes incluso de iniciar los partidos oficiales, ya pasó al Juvenil A. Messi recuerda haber «aprendido mucho de Hoyos, hizo todo para que pudiera subir de categoría». En esa misma temporada subiría a jugar en el Barça C e incluso en el Barça B, tras realizar un trabajo de gimnasio personalizado para poder competir en una categoría tan exigente como la Segunda División B. Ese salto tan brusco conllevó algunas lesiones musculares. Fue entonces cuando entró en su vida Juanjo Brau, un preparador físico específico que sería muy importante para él en los años venideros.

A finales de esa temporada se puso a prueba la humildad del chico cuando se le pidió que volviera al Juvenil B para disputar los últimos partidos, decisivos para el título. Leo aceptó sin rechistar. Y, claro, lograron el título.

Pero esa temporada tuvo una fecha concreta: 16 de noviembre de 2003. El primer equipo venía de una temporada horrible: sexto en Liga a veintidós puntos del campeón, el Real Madrid; eliminado en cuartos de final de la Liga de Campeones ante la Juventus y por un equipo de Segunda B —el Novelda— en la Copa. Tras ganar las elecciones, Joan Laporta había contratado a Frank Rijkaard como técnico y a Ronaldinho como estandarte.

El comienzo de temporada fue algo irregular, aunque cuando llegó el parón por los compromisos internacionales a mediados de noviembre, el equipo parecía haber alcanzado velocidad de crucero. El Barça se había comprometido a disputar un amistoso contra el Oporto para inaugurar el estadio Do Dragão, construido de cara a la Eurocopa de 2004. Sin apenas jugadores profesionales, Rijkaard completó su convocatoria con los chicos más prometedores de la cantera. Txiki Begiristain, director deportivo, le sugirió el nombre de Leo y juntos pactaron que tuviera su primera oportunidad con los profesionales en el tramo final del partido. Messi sustituyó a Fernando Navarro en el minuto setenta y cuatro. Con dieciséis años, cuatro meses y veintitrés días se convirtió en el tercer debutante más joven de la historia del club, tras Paulino Alcántara y Haruna Babangida. En su primera intervención se zafó con sencillez de dos adversarios. Frank y su ayudante, Henk Ten Cate, se miraron sorprendidos. En el otro banquillo, Mourinho también se encogió de hombros. En ese cuarto de hora dejó varios detalles. Más allá del

regate y la explosividad, fue la capacidad de tomar decisiones a gran velocidad lo que llamó la atención de los asistentes.

Pese a ello, el club decidió dejarle madurar tranquilamente. «Hay que protegerlo y tener paciencia. Puede ser muy grande», le dijo poco después Ten Cate a Roberto Martínez. Messi tendría que esperar ocho meses más, hasta la gira asiática, para volver a ponerse la camiseta del primer equipo. Pero la semilla ya estaba plantada. Tanto sufrimiento iba a tener su merecido premio.

Paulatinamente fueron llegando los primeros momentos cumbre de su trayectoria: el Trofeo Joan Gamper de 2005 ante la Juve de Capello, aquel partido deslumbrante en Stamford Bridge, su primer Mundial en 2006, el *hat-trick* al Madrid o su gol maradoniano al Getafe. Y, por supuesto, los títulos: Ligas, Champions y una colección de Balones de Oro. Todo con una naturalidad desconcertante. «Para mí no existe la presión. Yo solo juego y hago lo que me gusta». Palabra de Messi.

Epílogo

Vicente del Bosque

Evocar la infancia es una de las acciones que creo que a todos (excepto aquellos que la vivieron en circunstancias muy complicadas) nos resulta un ejercicio de introspección lleno de amabilidad y ternura. Además, nuestra memoria nos hace ser selectivos y, pasados los años, «olvidamos» las malas experiencias.

Cuando en alguna charla en un colegio, fundación o cualquier otro tipo de auditorio tengo que dirigirme a niños o chavales, hay un mensaje que siempre les repito y este no es otro que el de recalcarles que están en la mejor etapa de su vida. Una época en la que solo deben preocuparse de estudiar, de hacer el deporte que más les guste (que será bueno para su desarrollo) y de disfrutar de esos años sin apresurarse por crecer, dándole tiempo al tiempo. Algunos me miran con cara de susto o de «Este señor no sabe lo que dice». Es cierto que a esa edad los problemas propios son un mundo y de todo punto parecen irresolubles. Que tus mejores amigos no te permitan jugar con ellos al fútbol o que las notas no sean las que tus padres esperan (a pesar del esfuerzo no siempre reconocido) son dos de las peores cosas que un crío puede imaginar que sucedan en el mundo. (Por cierto, si mis recuerdos no me fallan, mucho más la primera que la segunda).

Me recuerdo a mí mismo feliz cuando tenía una pelota con la que jugar. Preferentemente, con mi hermano Fermín, cuatro años mayor que yo, y con nuestros amigos del barrio. Era un niño tremendamente feliz. Jugaba con ellos dividiéndonos en dos equipos. Si éramos veinte críos, nos separábamos en dos equipos de diez; si éramos tan sólo tres, jugábamos a pasarnos la pelota; si estaba yo solo, me acercaba a la pared y me apoyaba con ella para divertirme. ¿Cuántas veces habré chutado a darle a un determinado ladrillo, o a rematar de cabeza los balones que el propio muro me devolvía? Así podía pasarme horas y horas hasta que mi madre me reclamaba para subir a comer, a cenar o para hacer algún recado.

De estos juegos en la calle con el balón creo que me han quedado dos gestos muy marcados, aunque uno de ellos casi es una manía. El primero es que, cuando tengo un balón en las manos, tiendo a lanzarlo al aire para cabecearlo. Hay cientos de fotografías mías que pueden atestiguar este hecho.

El segundo, que, como decía, casi se ha convertido en una manía, es el entrenar dentro de unos límites, con un orden. Quizás porque en la calle no había límites físicos, o al menos no eran pequeños —el patio del colegio, una plaza o un descampado en el que marcábamos las porterías con piedras o abrigos—. Me gusta entrenar en espacios reducidos y reconozco que se ha convertido en una deformación.

Creo que el papel de los padres en la carrera de un deportista es esencial, tanto como el que tienen en la formación de sus hijos. Pienso que es necesario que estén pendientes de su desarrollo físico, intelectual y educacional. Pero cuando digo que estén pendientes, me refiero a una vigilancia discreta, en la que por supuesto estén atentos a sus hijos, pero sin interferir en las decisiones de profesores, entrenadores, etcétera.

Es cierto que como un padre o una madre se preocupa por un hijo nadie más se va a preocupar, pero no es menos cierto que en algunas ocasiones estos desvelos interfieren con el buen desarrollo de su actividad, haciendo que esos niños se inquieten innecesariamente por asuntos menores, producto de los fantasmas imaginarios de los padres. Cuántas veces hemos oído frases del tipo «El entrenador le da más minutos a fulanito porque te tiene manía» o «No te pone en tu sitio y por eso juegas peor».

No digo que nunca sea cierto, generalizar es malo y a veces ocurre. Pero en un alto porcentaje de las ocasiones el entrenador busca lo mejor para el equipo, para el bien común, para el de todos y cada uno de sus jugadores e incluso para sí mismo. Con lo que sus decisiones, aunque puedan ser erróneas —nadie está exento de equivocarse—, suelen tomarse buscando la excelencia. Normalmente nadie tira piedras contra su propio tejado.

En mi caso, he contado una y mil veces el mérito de mi padre y de mi madre cuando permitieron que yo me fuese a Madrid con apenas diecisiete años. Eran otros tiempos, no había Whatsapp ni Skype ni teléfonos móviles, y las conferencias telefónicas no estaban al alcance de todos y mucho menos todos los días. Sin embargo, ellos confiaron en el Sr. Malbo y en el Sr. Molowny. Ambos estaban pendientes de nosotros y les escribían contándonos nuestras novedades, al igual que hacíamos nosotros. Además de su preocupación por mi estado de salud o de ánimo, había otra preocupación que nos abrumaba: ni mis padres ni yo mismo teníamos muy claro si el fútbol iba a ser mi profesión. Yo era un chaval que llegó al Madrid para hacer méritos y ver si servía para esto del fútbol.

Al final parece ser que sí, y aquí estoy cuarenta y cinco años más tarde dedicándome a una profesión que me entusiasma, sobre todo cuando jugaba pero también como entrenador; que me ha proporcionado magníficas experiencias vitales, que me ha dado grandes satisfacciones y algún que otro disgusto —aunque, si soy sincero, los disgustos grandes los puedo contar con los dedos de las manos y me sobran—; en definitiva, una actividad en torno a la cual gira mi vida.

Vicente del Bosque
Seleccionador Nacional Absoluto

Agradecimientos

Queremos mostrar todo nuestro agradecimiento a: Alfredo Relaño, Ángel Alonso, Anna Carrillo (MIC), Anna Laura Lissardy, Bruno Alemany, Enrique Melo, Filippo M. Ricci, Francisco J. Díaz, Gaby Ruiz, Guillem Balagué, Joan Tejedor, Jorge Hevia, Jorge Messi, Julio Maldonado, Juni Calafat, Marco Ruiz, Miguel Ángel Vasco, Raúl Román, Roberto Martínez, Toni Padilla y Vicente del Bosque.

Galería de fotografías



Funchal, la capital de Madeira, donde nació Cristiano Ronaldo



Cristiano Ronaldo, en el centro de la imagen, jugando con el Nacional de Madeira con diez años

Futebolista em «miniatura» troca o Nacional pelo Sporting

Chama-se Ronaldo, é um “miúdo” natural de Santo António, e que depois de ter dado os primeiros passos (na categoria de Infantis) no nosso Clube, ingressou no Sporting Clube de Portugal, onde, agora de «leão» ao peito,



espera concretizar o seu sonho de ser um grande jogador.

Para já, Ronaldo frequenta a escola e vive, com outros vinte e oito jovens, no Centro de Estágio do Sporting, se bem que com algumas saudades à mistura...

Noticia en la prensa de Madeira del fichaje de Cristiano por el Sporting



Instalaciones deportivas del Nacional de Madeira hoy en día



Diego Costa durante su etapa en el Sporting de Braga cedido por el Atlético



Pista de fútbol sala construida en el barrio donde creció Ibrahimovic



En el barrio de Ibrahimovic: «Puedes sacar al chico de Rosengard pero no puedes sacar a Rosengard del chico»



Ibrahimovic, el primero por la izquierda de la fila de arriba, con su clase en la escuela Värner Rydén



Ibrahimovic con 16 años



Balotelli, el cuarto por la izquierda, con el Lumezzane. Tenía 16 años

Sacchetti dello Sport

serie C1-A

mercoledì 5 | aprile | 2006 | 25

LA STORIA L'attaccante ghanese ha debuttato domenica a Padova

La favola di Barwuah, che a 15 anni gioca in C

E' nato a Palermo, vive a Brescia ed è il gioiello del Lumezzane: ora insegue il passaporto italiano

■ «L'andata più o meno così: il mister si gira e mi dice "Preparati, stai per entrare". Passata la sorpresa, ho avuto paura. Mentre mi riscalavo sentivo le gambe pesanti. Alzavo gli occhi e vedevo tutta quella gente in tribuna...». L'esordio tra i professionisti è un po' come il primo amore: non si sa cosa mai, se poi il debutto arriva a 15 anni 7 mesi e 21 giorni, si capisce bene perché intorno a Mario Balotelli Barwuah ci sia molta curiosità. La prima osservazione è scaramantica: il ragazzo è solo all'inizio di una (si spera) lunga carriera, ma di sicuro porta bene. La scorsa domenica è entrato nella ripresa al minuto 18 di Padova-Lumezzane e dopo 9' i lombardi hanno segnato il gol vittoria in una trasferta considerata proibitiva (i veneti lottano per i play-off, i rossoblu sono pessimisti).

Che il fatto non sia abituale, inoltre, lo si capisce da un passaggio burocratico. L'attaccante è sceso in campo grazie a una deroga speciale concessa dalla Lega di C su richiesta del Lumezzane: per giocare tra i professionisti, infatti, bisogna aver compiuto 16 anni. Insomma, non è un record (Asbaheryan con la Reggina in B e Costa con l'Olbia in C2 erano ancora più giovani il giorno del debutto) ma poco ci manca. In più la storia di Barwuah è particolare.

Il ragazzo è ghanese, ma è nato in Italia (a Palermo) e dall'età di due anni vive a Concesio (provincia di Brescia) con la sua nuova famiglia.

Nonostante questo non ha ancora il passaporto italiano, un fatto che gli ha impedito di rispondere alla convocazione nelle nazionali giovanili. L'anomalia potrebbe risolversi nei prossimi mesi. Nell'attesa, Mario continua la sua vita divisa tra i campi d'allenamento, la scuola, le uscite in pizzeria con gli amici e modelli impegnativi. «Fin da piccolo — dice — restavo ore e ore a provare i giochi con il pallone. Anche in campo tento sempre il numero ad

effetto, perché il calcio è una gioia. Il mio mito? Senza dubbio Ronaldinho. Quando vedo le sue acrobazie resto a bocca aperta. Sarà impossibile arrivare a quei livelli. Già l'esordio in C1 mi è sembrato un'enciclopedia».

Oh, ma come è stato possibile questo passo? «Sono al Lumezzane da 4 anni. Ho sempre giocato con i ragazzi più grandi anche per via della mia prestanza fisica: ora sono alto un metro e 85. Nelle ultime settimane ho partecipato alla partita del giovedì contro la prima squadra. In un'occasione ho anche segnato e il mister mi ha convocato». Il mister è Sandro Salviotti. «L'ho subito notato —

condanna — è molto bravo a calcare, sa calciare con entrambi i piedi ed è veloce. Per la tratta di Padova non avevo potuto portarlo lui con Paghera, il debuttante. Certo, Mario è ancora acerbo sotto l'aspetto fisico ma ha tanta voglia d'imparare: potenzialità ci sono tutte. Dipende da lui non spreccarle».

Domenica a Lumezzane il Genoa capulista e a Bari Barwuah potrebbe toccare una porzione di partita. «Spero. Per ora, però, preferisco pensarci. Meglio ascoltare il cannone di Vasco Rossi». Vuole una favola, magari.

Francesco Ci

SSA Mario Balotelli Barwuah, 15 anni del Lumezzane. (StudioSport)

Ballotelli en un recorte de *La Gazzetta dello Sport* unos días después de debutar con el Lumezzane



Mario Balotelli, durante su prueba con el FC Barcelona en junio de 2006



Neymar posando con el trofeo de la MIC



Neymar en la Mediterranean International Cup (MIC) que jugó con la selección juvenil de Brasil en 2008



Radamel Falcao con 13 años, cuando aún jugaba con sus amigos de la infancia



Falcao en un torneo en Berlín en 2001 con River Plate



Los campos de La Gaitana, en Bogotá, donde Falcao dio sus primeras patadas a un balón



La sede de los campos de La Gaitana



Baljic, Geremi, Eto'o y Anelka juntos en un entrenamiento del Madrid



Eto'o posa con la Copa del Mundo antes de jugar el torneo en Francia en 1998



Casa donde creció Gareth Bale en el barrio de Whitchurch (Cardiff)



Fachada del Whitchurch High School, donde estudió Gareth Bale



Las espectaculares instalaciones deportivas del Whitchurch High School



Leo Messi, en sus inicios en el Grandoli



Rijkaard fue el técnico que hizo debutar a Messi



Messi en uno de sus primeros entrenamientos con el primer equipo del Barcelona



Messi, en su debut con el primer equipo del FC Barcelona, ante el Oporto de Mourinho

Notas de conversión

Por imposibilidad técnica han sido sustituidos algunos caracteres que podrían no mostrarse correctamente en algunos dispositivos.

(1) Ibrahimović

(2) Gravić

(3) Mladić

(4) Hamzić

(5) Ušanović

(6) Mijatović

(7) Ognjenović

(8) Baştürk

(9) Gençlerbirliği

(10) Şahin

(11) Hişiroğlu

(12) Doğan

(13) Taşçı

(14) Gündoğan

(15) Barış

[\(16\)](#) Soyudoğru

[\(17\)](#) Yeşil

Sobre los autores

Guillermo García Uzquiano (Madrid, 1976) es licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid. Desde 2001 trabaja en Canal+ como comentarista de fútbol en partidos y programas como Fiebre Maldini, Noche de Champions o El Día del Fútbol. Ha colaborado también en medios como Marca, ABC, Onda Madrid, Sky Sport, AS o Cadena SER. @GuilleUzquiano

Aritz Gabilondo (San Sebastián, 1980) es licenciado en Periodismo por la Universidad de Navarra y trabaja como redactor del diario deportivo AS desde 2003. Ha cubierto Mundiales, Eurocopas y Juegos Olímpicos para este medio. También es colaborador de Canal+, Eurosport, TVE y Cadena SER, además de diferentes medios en Japón. Ha publicado el libro La Roja: de niños a leyendas. @AS_AGabilondo

© 2014, Guillermo García Uzquiano y Aritz Gabilondo Goitia
© 2014, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-03-01442-8

Diseño de cubierta: Opal Works

Fotos de interiores: Diario AS, MIC (Mediterranean International Cup), Guillermo García Uzquiano, CD Nacional de Madeira

Conversión ebook: Raquel Martín

El editor está a disposición de los eventuales propietarios de derechos que, pese a la búsqueda efectuada, no se han podido localizar.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Índice

[Sueños de gol](#)

[Prólogo de Maldini](#)

[Prólogo de Alfredo Relaño](#)

[1. Cristiano Ronaldo. Portugal. «Lágrimas en Funchal»](#)

[2. Diego Costa. España. «La apisonadora de Lagarto»](#)

[3. Zlatan Ibrahimovic. Suecia. «Sobreviviendo al gueto de Rosengard»](#)

[4. Luis Suárez. Uruguay. «La última oportunidad de Salta»](#)

[5. Mario Balotelli. Italia. «Adoptado y sin pasaporte»](#)

[6. Franck Ribéry. Francia. «De "Scarface" a Bilal Yusuf Mohammed»](#)

[7. Neymar. Brasil. «Días tristes en Chamartín»](#)

[8. Wayne Rooney. Inglaterra. «El boxeador de Croxteth»](#)

[9. Arturo Vidal. Chile. «La salvación de Jacqueline»](#)

[10. Radamel Falcao. Colombia. «Del béisbol a tigre evangelista»](#)

[11. Samuel Eto'o. Camerún. «Un león indomable por Barajas»](#)

[12. Mesut Özil. Alemania. «Sangre turca en Bulmke»](#)

[13. Gareth Bale. Gales. «Whitchurch y el deportista total»](#)

[14. Leo Messi. Argentina. «La pulga que no crecía»](#)

[Epílogo. Vicente del Bosque. España. «La infancia»](#)

[Agradecimientos](#)

[Galería de fotografías](#)

[Notas de conversión](#)

[Sobre los autores](#)

[Créditos](#)

Índice

Sueños de gol	2
Prólogo de Maldini	3
Prólogo de Alfredo Relaño	5
1. Cristiano Ronaldo. Portugal. «Lágrimas en Funchal»	7
2. Diego Costa. España. «La apisonadora de Lagarto»	19
3. Zlatan Ibrahimovic. Suecia. «Sobreviviendo al gueto de Rosengard»	30
4. Luis Suárez. Uruguay. «La última oportunidad de Salta»	41
5. Mario Balotelli. Italia. «Adoptado y sin pasaporte»	52
6. Franck Ribéry. Francia. «De "Scarface" a Bilal Yusuf Mohammed»	63
7. Neymar. Brasil. «Días tristes en Chamartín»	73
8. Wayne Rooney. Inglaterra. «El boxeador de Croxteth»	84
9. Arturo Vidal. Chile. «La salvación de Jacqueline»	95
10. Radamel Falcao. Colombia. «Del béisbol a tigre evangelista»	106
11. Samuel Eto'o. Camerún. «Un león indomable por Barajas»	117
12. Mesut Özil. Alemania. «Sangre turca en Bulmke»	128
13. Gareth Bale. Gales. «Whitchurch y el deportista total»	139
14. Leo Messi. Argentina. «La pulga que no crecía»	152
Epílogo. Vicente del Bosque. España. «La infancia»	163
Agradecimientos	165
Galería de fotografías	166
Notas de conversión	190
Sobre los autores	192
Créditos	193